

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Año 28.—Núms. 163 y 164.

Tomo 56.—Fasc. 1 y 2.

PROBLEMAS SOCIALES DE LA HORA PRESENTE

I

La gran tragedia de los jóvenes intelectuales en paro forzoso

Panorama internacional.

No conozco apenas problema más actual ni más angustioso que el del paro forzoso de los jóvenes, y, más en particular, el de los intelectuales que salen de las Universidades y de las Escuelas superiores.

¿Qué encuentran estos jóvenes, al mirar a su alrededor?

Por una parte, desorden, egoísmo, inmoralidad. Por otra, una minoría luchando contra estos tres elementos de disgregación social con denuevo, pero con poco resultado.

Estos jóvenes observan el desorden de una sociedad que les ofrece el paradójico espectáculo de un enorme potencial de producción, juntamente con la imposibilidad de lograr que las masas se beneficien suficientemente de él, por la falta de confianza internacional, de créditos seguros y de mercados accesibles.

Ven, además, que los progresos de las ciencias rebasan todas las fronteras, al mismo tiempo que un proteccionismo exagerado levanta a lo largo de ellas barreras cada vez más elevadas, o restricciones de contingentes que las hacen prácticamente infranqueables.

Se enteran también de que, en muchos países, los almacenes están abarrotados de mercancías, y que, para mantener los precios, se destru-

yen cosechas y se inutilizan ganados; mientras que, en otros lugares, millones de hombres sin trabajo están mal alojados, alimentados y vestidos.

No hace mucho he visto en un periódico socialista un dibujo sumamente sugestivo. En la parte superior, en una miserable buhardilla, está una niña sentada delante de un fogón apagado. En la inferior se representan enormes montones de carbón y largas filas de vagones atestados de combustible. La niña pregunta:—Mamá, ¿por qué no tenemos carbón?—Porque papá no tiene trabajo.—Y ¿por qué papá no tiene trabajo?—Porque hay demasiado carbón.

Hay que lamentar amargamente la ceguera de los que no comprenden que contrastes como estos constituyen el fermento revolucionario más peligroso de la hora presente.

Los jóvenes intelectuales no han olvidado el fracaso de la Conferencia del desarme, ni el proceso verbal de carencia que tuvo que realizar la gran Conferencia económica de Londres, a la que habían acudido delegados de todos los países civilizados del mundo. Entretanto los hombres de Estado multiplican a porfía la adquisición de material de guerra y las declaraciones pacíficas.

El desorden que observan por todas partes los jóvenes intelectuales, encubre apenas un egoísmo implacable, mucho más peligroso porque es colectivo, y que con frecuencia, bajo el pretexto del interés general y del bien común, disimula un cúmulo de intereses particulares inconfesables.

Nadie puede negar que la circulación normal de los capitales y de los productos manufacturados es tan necesaria al mundo como lo es a nuestra vida la circulación de la sangre en nuestras venas. Es como los grandes ríos que atraviesan varios países; si uno de éstos cometiera la locura de poner en sus límites una barrera, la consecuencia sería, río arriba la inundación y río abajo la sequía, es decir, una calamidad y un desastre para todos.

No se puede ignorar que toda medida proteccionista acarrea tarde o temprano represalias, y que esto puede llegar a formar una cadena sin fin, creando una situación insostenible. Una Europa desunida, con sus treinta y nueve Estados independientes y los millares de kilómetros de fronteras nuevas con que la ha dotado el Tratado de Versalles, ¿no está seriamente amenazada de convertirse en víctima de la industrialización progresiva de los grandes países americanos y asiáticos, donde se puede viajar en tren rápido durante varios días sin tropezar con fronteras, chocar con los aduaneros, enseñar sus papeles, cambiar de moneda, ni hacerse malamente entender en una lengua extraña?

Son muchos ya los pueblos del Oriente que se aprestan a ser los pro-

veedores de Europa, después de haber sido sus clientes durante mucho tiempo. El peligro amarillo, considerado mucho tiempo como lejano, ya que no como imaginario, se ha convertido en un peligro inminente para los países occidentales, cada vez más divididos por desconfianzas inveteradas y agotados por la nueva carrera de armamentos.

Con ocasión del intento, casi inofensivo, de inteligencia económica de la Convención de Ouchy, escribía el Rey Alberto a su primer ministro: «Está definitivamente probado que ningún país se halla en estado de torcer en provecho propio, por sus propias fuerzas, el curso de la evolución económica. Solamente una acción concertada de los Estados, en el sentido de la solidaridad internacional, podría suministrar algún remedio a los hondos males que aquejan al mundo. Es ya tiempo de que esta solidaridad se afirme de otra manera que con discursos».

Por desgracia, nuestro llorado soberano no fué escuchado.

Y como cada uno espera que los demás empiecen, no hay esperanza de que cese este estado de cosas.

Los países más perjudicados son, naturalmente, los pequeños y de población muy densa, sobre todo cuando deben, como Bélgica, importar todas las materias primas necesarias para sus industrias, menos el carbón.

La víspera del día en que melancólicamente nos resignamos a la devaluación de nuestro franco, Mr. Ingenbleek, relator de la Comisión del Senado y miembro del Gobierno anterior, escribía estas líneas, que nuestros vecinos deben meditar: «Nuestros antiguos aliados no cesan de proclamar que la existencia de Bélgica es una condición primordial de la paz europea. Demasiado lo sabemos nosotros. Después del armisticio, hemos gastado más de 15.000 millones para la defensa nacional; y al presente, a pesar de la aguda crisis que agota nuestras reservas, a pesar de las pesadas cargas que ocasiona el sostenimiento de trescientos cincuenta mil parados, hacemos todavía crueles sacrificios suplementarios, para mantenernos eventualmente dignos de nuestro pasado. Pero es imposible continuar este esfuerzo, si por otra parte se impone a nuestro territorio un bloqueo económico que pone en peligro la vida misma de nuestra población. Esto puede y debe decirse, con todas las consecuencias que de aquí se siguen».

¿Es necesario añadir que los grandes Estados restringen más estrechamente aún la entrada de hombres que la de productos? Hay países que poseen inmensos territorios que podrían ser roturados, o que, mejor cultivados, podían dar un rendimiento mayor, mientras que otros tienen su población acumulada en un pequeño espacio de terreno, muchas veces poco fértil o refractario al cultivo. Los grandes países no se contentan

con impedir el acceso de individuos tarados o indeseables, sino que extienden las medidas restrictivas a toda clase de personas. Con esta política de exclusión, sus gobiernos ponen a los habitantes de los países superpoblados ante un terrible dilema, desgraciadamente inexorable: o bien, invadir los territorios vecinos menos poblados, desencadenando una guerra, que haga desaparecer dos o tres millones de hombres, y resuelva automáticamente el problema por algunos años; o sino, generalizar más y más la reducción de nacimientos por los medios que fácilmente se adivinan. Pero esta segunda solución, condenada por la moral cristiana, prepara a muchas naciones duras sorpresas. Muchas son las grandes ciudades en que el número de defunciones supera al de nacimientos. Mas, ¿qué importa a los partidarios de la limitación organizada de la natalidad la perspectiva de una patria amenazada de perder rápidamente su prestigio e influencia, con tal de que la generación presente no tenga que privarse de nada?

Mucho tiempo he dedicado en otras ocasiones a «realiser», como dicen los ingleses, la situación intolerable de los jóvenes matrimonios obreros o de la clase media, en las grandes aglomeraciones urbanas. Lo reducido de su vivienda y la disminución del salario o de la renta, insuficientemente compensada con el abaratamiento de la vida, les condena a vivir en una estrechez tal, que para aceptar una familia numerosa necesitan un espíritu de abnegación poco común.

Una sociedad que nos ha conducido a un estado de cosas semejante, no puede mantenerse indefinidamente, y si nosotros tardamos en reformarla, otros se encargarán de hacerlo.

Esta es la razón de que se hable con tanta insistencia de la vuelta a la tierra, y que se proponga la parcelación de terrenos particulares demasiado extensos, a fin de que parte de la juventud pueda dedicarse a la profesión agrícola. Pero, ¿qué hacer en las naciones pequeñas, en que las grandes propiedades apenas existen? No todas tienen la suerte de poseer lagunas Pontinas ni mares interiores para desecarlos. Además se requiere tiempo para que una familia obrera, acostumbrada a vivir en la ciudad, se decida a abandonarla y se acostumbre a ejercer la profesión agrícola en condiciones ventajosas.

No está muy lejos todavía el tiempo en que en más de un país de Europa, los propietarios de terrenos inmensos se negaban a vender la más pequeña porción, obligando con esto a una gran parte de la población del campo a refugiarse en los miserables suburbios de las grandes ciudades.

Muchos de estos grandes señores parecían preocuparse más de su caza que de las necesidades de su pueblo, lo cual no les impedía, por otra par-

te, colocarse en primer lugar, con la conciencia tranquila, en la iglesia de su parroquia. No se daban cuenta de que los autores verdaderamente responsables de las revoluciones no son los que las desencadenan en el último momento, sino los que por su egoísmo y su frivolidad las han hecho inevitables.

¿Qué oyen, además, nuestros jóvenes decir de la política financiera internacional?

Nadie ignora que la complejidad actual de los problemas económicos es a la vez causa y consecuencia de las complicaciones del problema monetario. Las fluctuaciones incesantes de los cambios y de los precios entorpecen las transacciones, siembran la desconfianza, fomentan el atesoramiento y constituyen un obstáculo casi infranqueable para la marcha normal de los negocios.

«Ningún país consentirá en limitar su libertad de acción en materia de tarifas aduaneras, de contingentes, de restricción del comercio de divisas mientras vea la moneda expuesta a fluctuaciones de tal amplitud que pueden comprometer bruscamente todo su comercio de exportación, y alterar profundamente la eficacia de su sistema de tarifas» (1).

La inestabilidad monetaria internacional y la correspondiente inestabilidad de los precios representan un obstáculo insuperable para el desarrollo normal de los negocios.

Si el Continente europeo no vuelve en sí, nada podrá impedir que quede como ahogado por los cuatro grandes «bloques», que son Inglaterra y sus dominios, el bloque ruso, el bloque asiático y el bloque americano.

Panorama nacional.

Cuando nuestros jóvenes intelectuales en paro forzoso, después de haber echado una ojeada sobre la situación internacional, observan lo que sucede en su país, el espectáculo no es mucho más halagüeño.

Se había creído algún tiempo que el régimen de las sociedades anónimas, permitiendo a los humildes prestar su modesto apoyo a las grandes empresas difundiría la riqueza, evitando en parte los riesgos. Pero resulta que los pequeños accionistas no son, de hecho, más que unos poseedores de títulos que les confieren un derecho de intervención prácticamente ilusorio.

Exageraba bajo todos los aspectos el orador de la sesión de apertura

(1) Mr. Jaspar, ex-primer ministro belga. Discurso en la sociedad económica de Bruselas.

del Jeune Barreau de Bruselas, cuando decía el 24 de Noviembre pasado: «La sociedad anónima no es ya una colaboración de capitales bajo el control de los individuos que los han aportado; es una masa cuya dirección pertenecerá a los más hábiles, cuando no se convierta para los más malignos en un recurso de insolvencia. Las asambleas generales tienen solamente un carácter protocolario; eligen, por pura fórmula, consejos de administración numerosos, pero sin ningún poder, porque, por encima de ellos, algunas personalidades se han apoderado para su propio provecho de un lugar en que el comunismo no tendrá que hacer más que substituirlos para realizar su programa. Nace una dictadura del crédito que se impone al Estado. He aquí lo que queda de la propiedad».

Pero es preciso reconocer que esta evolución no carece de lógica. El régimen de la sociedad anónima tuvo por consecuencia natural el desmenuzamiento de la propiedad mueble. Este desmenuzamiento originó con frecuencia una mala gestión, y de aquí se derivó una reacción exagerada, como lo son siempre todas las reacciones. Se llegó de esta manera a una concentración excesiva de las empresas, pues el público perdió la confianza en todo lo que no fuera los grandes bancos y los grandes negocios.

Al principio, las sociedades anónimas estaban constituidas por hombres, que, después de haber colocado su dinero en un negocio, designaban entre ellos mismos los administradores. Hoy por el contrario, los fundadores de estas sociedades son con demasiada frecuencia, hombres de negocios que comienzan por atribuirse grandes ventajas, en compensación de aportaciones, cuya valoración real es con frecuencia fantástica, y que, después de esto se dedican a la búsqueda de capitales.

Las cargas fiscales y financieras pesan tan rudamente sobre los industriales, que nos han conducido a esta paradójica situación: el capital activo, es decir, el dinero invertido en las empresas, es menos favorecido que el capital inactivo y atesorado, que corre menos peligros que el primero. No se puede imaginar nada más desalentador para las iniciativas indispensables a la reanudación normal de los negocios.

Hay que añadir, además, que en la hora actual hasta la forma misma de gobierno está puesta en litigio en la mayor parte de los países. Aún aquéllos mismos que siguen convencidos, como nosotros en Bélgica, de que el parlamentarismo es la mejor salvaguardia de nuestras libertades constitucionales, reconocen que este régimen exige profundas reformas.

Los jóvenes intelectuales, testigos de tanto desorden y de tanto egoísmo, son también hondamente impresionados por la impunidad con que se realiza la explotación de la inmoralidad en sus múltiples formas.

Por otra parte, mientras que el paro obrero adquiere proporciones de catástrofe en gran número de industrias, las fábricas de municiones y de material de guerra trabajan con toda actividad. Sus dirigentes tienen un interés manifiesto en provocar conflictos armados y en prolongarlos, y no sienten el menor escrúpulo en hacerse proveedores de ambas partes beligerantes.

Está demostrado que existen grupos internacionales de fabricantes de armas que realizan beneficios tan exagerados que ni siquiera se pueden calcular. Estos beneficios permiten pagar generosamente las más elevadas comisiones y las campañas de prensa más extensas.

Pero no es necesario recordar historias pasadas.

Ciertamente no habría durado tanto la guerra del Chaco, si los fabricantes de armas de otros países no hubieran suministrado a bolivianos y paraguayos medios para matarse entre sí. A estos proveedores de armas es a quienes pueden aplicarse con toda su terrible verdad las palabras del Papa en la Encíclica *Quadragesimo Anno*: «Su patria está allí donde está su interés».

He visto estos días un dibujo que se debe colocar junto al que os describía al comenzar. Representa una mujer del pueblo, rodeada de un pequeño grupo de niños andrajosos y esqueléticos como ella, que está mirando con tristeza la boca abierta de un enorme cañón, al lado del cual están colocados grandes proyectiles. La leyenda explicativa es corta: «Boca para alimentar». Se ve que lo primero que hay que hartar es la boca de acero.

En el anuario militar que publica la Sociedad de Naciones encontramos las cifras de los presupuestos de Defensa nacional de todos los países que a ella pertenecen. Los autores del anuario se guardan muy bien de indicar que los gastos efectivos suelen superar las cifras oficiales. Pero aun así, éstas son suficientemente sugestivas.

Las expensas militares para el ejercicio presupuestario 1933-1934, son evaluadas en francos suizos, de 22.000 millones y medio. Hay que añadir, además, que esta cifra no comprende los gastos de pensiones militares, ni las reparaciones de daños de guerra, las cuales son tanto más elevadas cuanto que en la mayor parte de los países el valor de las primeras materias ha disminuído. En un gran número de naciones los gastos militares representan alrededor de la cuarta parte del total del presupuesto.

Nadie ignora tampoco que, a partir del último año, estos gastos han aumentado en proporciones considerables. El aumento de los beneficios realizados por los fabricantes de armas es, naturalmente, paralelo. El informe de la Comisión senatorial de los Estados Unidos sobre el «escán-

dalo del tráfico de armas» constituye un documento tristemente revelador. En él se demostró que el único negocio de verdadera importancia que ha prosperado de manera constante en los Estados Unidos durante el período de la crisis, es decir, desde 1929 hasta hoy, ha sido la industria de municiones.

De este informe voy a recoger solamente un dato relativo a las materias primas para la fabricación de explosivos. La exportación de nitrato de sosa con destino a Alemania han pasado de 78 toneladas en 1929 a 2.400 en 1933, habiendo de hacer notar que el informante llama la atención sobre el hecho de que estas cifras representan tan solo las cantidades señaladas a las autoridades, y que no comprenden ni el comercio de contrabando ni las entradas clandestinas, cuya importancia es también considerable.

Se dice y se repite que un país debe poder hacer alarde de su fuerza para evitar el tener que usar de ella. Pero no falta quien se incline a creer que los países que han invertido sumas enormes en material de guerra, terminan siempre por caer en la tentación de utilizar lo que tan caro les ha costado. ¿Se engañarán siempre estos últimos? ¿Cómo es posible reducir los armamentos, si cada medida tomada por un país para reforzar su defensa provoca automáticamente en el vecino otra medida semejante?

Todo esto explica las recientes palabras del Sumo Pontífice: «Nós no podemos creer que aquellos que deberían velar por la prosperidad y el bienestar de los pueblos, quieran lanzar a la matanza, al odio y al exterminio no solamente a sus naciones, sino a una gran parte de la humanidad. Pero si alguno osara cometer este crimen execrable—Dios aleje esta predicción que Nós creemos irrealizable—entonces no podremos menos de dirigirnos de nuevo a Dios para decirle con el alma llena de amargura: «Confundid, Señor, a los pueblos que desean la guerra».

Sería incompleta mi exposición, si olvidara añadir que un pequeño número de oficinas internacionales con extensas ramificaciones, especializadas en producciones pornográficas, acusan ganancias escandalosas. De suerte que, en un mundo en que millones de desgraciados están reducidos a una pobreza próxima a la miseria, las dos industrias que acumulan más pingües beneficios son las que matan los cuerpos y las que matan las almas. Las primeras recogen el oro en la sangre, las segundas en el fango.

Toda esta miseria material y moral está, además, agravada por la inquietud del mañana. Primero, porque una guerra económica, cuando se prolonga demasiado, se transforma tarde o temprano en conflicto arma-

do. Segundo, porque es muy dudoso que la carrera de armamentos sea el medio más a propósito de prevenir la guerra.

Para la mayor parte de los hombres que no tienen tiempo ni medios de comparar ni aun de comprender los documentos oficiales u oficiosos, sería un consuelo a lo menos poder ser informados objetivamente de lo que sucede. Pero desgraciadamente, en la mayor parte de los países, los que menos pueden decir en los periódicos son los mismos periodistas. Aun los más audaces e independientes sufren, porque es preciso vivir, la ley que les imponen los sostenedores financieros del periódico.

Las plumas mejor retribuidas son, en general, las plumas serviles, porque un gran número de publicaciones están al servicio de intereses privados, que no tienen con el interés general más que relaciones remotas y ocasionales.

En cuanto a las grandes agencias de información, que se precian de transmitir objetivamente a sus periódicos las informaciones diarias, sería necesario un candor extraordinario para creer en su imparcialidad y en su independencia.

Situación espiritual de los jóvenes.

Pongámonos ahora en el lugar del joven intelectual que observa todo esto que yo he tratado de mostraros.

Ese joven acaba de salir de la Universidad, de una Escuela técnica superior o de una Academia de Bellas Artes. Para permitirle terminar sus estudios, sus padres se han tenido, quizá, que imponer duros sacrificios. Acaba su carrera con calificaciones y diplomas tal vez muy brillantes; ha terminado su servicio militar y es ya hora de pensar en ganar su vida. Experimenta dentro de sí un misterioso deseo de comunicarse, y comprende que se acerca el momento en que podrá fundar un hogar. Sus pretensiones son modestas y ni siquiera le espanta la idea de tener que expatriarse por algún tiempo. Comienza a trabajar para conseguir la posición deseada, sin que las primeras dificultades le desanimen. Pero pasan unos meses y va perdiendo poco a poco el optimismo del principio. ¡Ha escrito tantas cartas, esperado tanto tiempo en las antecámaras! Después fueron las sucesivas decepciones de las respuestas amables o secamente negativas, y el duro trabajo de comenzar mil veces de nuevo, para llegar, si todo sale bien, a conseguir una plaza, con frecuencia peor remunerada que la de un trabajador manual.

En estas condiciones, ¿cómo pretender que esos muchachos se encariñen con una sociedad que se repliega sobre sí misma y que nada les pue-

de dar? Cuanto más audaces y decididos sean, tanto menos titubearán ante la idea de reformas radicales, y tanto más pronto se unirán a los que prometen realizarlas.

Así sucede que los jóvenes más generosos y más inteligentes son los que más fácilmente se dejan seducir por la perspectiva de la destrucción de un régimen, del que lógicamente no se les puede exigir que estén encantados.

Desde luego, no hay que asombrarse de encontrar en labios de un joven abogado de Bruselas palabras tan amargas como estas: «Nuestra generación recibe como herencia una paz amenazada cada día, una economía en pleno desorden, un orden público inseguro, instituciones políticas desacreditadas y sobre todo, la indiferencia y el escepticismo de las masas populares, cansadas de la impotencia y el verbalismo de los gobernantes. Jamás hijo ninguno ha recibido de sus padres una herencia tan miserable» (1).

Perderíamos el tiempo si quisiéramos convencer a nuestros jóvenes intelectuales de que deben tener paciencia, recordándoles que nuestros antepasados han sufrido también pruebas tan duras como estas. No les sería difícil demostrarnos que la crisis actual no tiene precedentes, porque jamás se ha visto la coexistencia irritante de un paro obrero universal y prolongado con una potencia técnica de producción que crece sin cesar.

Cifras dignas de meditación.

Para poder apreciar bien la gravedad del peligro que nos amenaza, vamos a responder en esta segunda parte al siguiente problema: ¿Qué sabemos del número de jóvenes intelectuales en paro forzoso y de su estado de alma?

Tres fuentes de información me permiten responder con bastante aproximación: una encuesta abierta hace dos años por el periódico *Le Temps*, a la cual contestaron personalidades manifiestamente competentes; después, una documentación más reciente recogida por el Bureau Internacional del Trabajo de Ginebra; y por último, las respuestas a cuestionarios que yo mismo he dirigido a personalidades extranjeras.

Desde el principio de la nota en que el informe del Bureau internacional del Trabajo resume las observaciones recogidas, su autor lamenta la falta de estadísticas suficientes.

Por esta razón ha tenido que limitarse a una apreciación general fun-

(1) G. Dubois Clavier, discurso de apertura del Jeune Barreau de Bruselas.

dada en «la importancia de las organizaciones consultadas, en el carácter más o menos profundo y circunstanciado de las respuestas, y en la concordancia de ciertos argumentos y de ciertas experiencias dentro de una misma profesión o en el interior de un mismo país».

Algunas cifras precisas permiten apreciar el aumento considerable de estudiantes de Universidad en casi todos los países. He aquí porcentajes interesantes, resultado de la comparación del número de estudiantes en 1913 y en 1932. En Bulgaria aumento del 377 %; en Grecia, 151 %; en los Países Bajos, 124 %; en España, 81 %; en Francia, 78 %; en Italia, 70 %; en Alemania, 68 %; en Australia, 172 %.

A partir de 1932, se aprecia una ligera disminución en el número de licenciados, pero su número supera todavía a las necesidades efectivas.

En Medicina, se señalan, en Alemania, 1.100 vacantes anuales por 1.700 licenciados; en Austria, 150 por 350; en Francia, alrededor de 500 por más de 1.000 licenciados; en Noruega, unos 50 puestos por un centenar de licenciados; en Suiza, 80 para 150 aspirantes; en Yugoslavia, 200 para 350.

En las profesiones que no exigen la posesión de un título, no es menos grande la aglomeración. Músicos, pintores, periodistas, artistas dramáticos y líricos pasan también su tragedia. Los artistas de teatro han sido, como se sabe, gravemente afectados por el paro. Así, por ejemplo, en Francia, donde se cuentan alrededor de 10.000 artistas, de los cuales 6.000 son profesionales reconocidos, asociados en la Unión de los artistas, solamente 1.500 poseían un empleo en 1932.

En resumen, con raras excepciones, todas las organizaciones consultadas por Ginebra, señalan una gran aglomeración en las profesiones intelectuales y reclaman medidas para remediarla.

Entre los ingenieros es donde se encuentra mayor número de víctimas de la crisis. En las grandes ciudades la profesión de la Medicina está cada vez más saturada de personal y los jóvenes abogados deben esperar muchos años, antes de poder contar con una clientela suficiente. La disminución de los negocios, consecuencia de la crisis, coincide con el aumento del número de estudiantes que terminan su carrera.

Muchos países de Europa han suministrado cifras que permiten indicar la proporción de médicos por número de habitantes. En Inglaterra hay un médico por cada 822 habitantes; en Francia uno por 1.509; en Suiza, uno por cada 1.231, y en Polonia, uno por cada 3.322.

Entre las causas del paro forzoso de los jóvenes médicos, la encuesta de Ginebra señala la transformación progresiva de las condiciones del ejercicio de la medicina, que pierde terreno en cuanto profesión liberal,

y deriva cada vez más hacia el carácter de profesión asalariada, ejerciéndose como servicio público, en instituciones sociales o en empresas particulares. Los seguros de enfermedad contribuyen, cada vez más, a convertir a los médicos en funcionarios.

Otra causa del paro forzoso es la defectuosa repartición de los médicos en las diferentes regiones de un territorio. La mayor parte de ellos prefieren instalarse en las grandes ciudades mejor que en el campo.

Hay que notar también que el ejercicio de la profesión médica se orienta cada vez más hacia la especialización; y el perfeccionamiento del instrumental no permite al médico permanecer aislado y hacer frente a los gastos considerables de instalación que exigen los numerosos tratamientos impuestos por los descubrimientos científicos.

Solamente las instituciones pertenecientes a grupos profesionales o a colectividades importantes, tales como las clínicas o los grandes servicios de hospitales, pueden disponer de los recursos necesarios para la adquisición de un instrumental que se perfecciona sin cesar. En estos centros es donde en adelante deberá ejercerse con preferencia la profesión médica.

Por otra parte, no hay que dudar que el desarrollo de la higiene tiende automáticamente a disminuir gran número de enfermedades producto de la ignorancia y del abandono.

No carece de interés señalar dos observaciones que resultan de las estadísticas de Ginebra. El número de estudiantes de Farmacia y de Odontología aumenta regularmente, y de manera notable en Bélgica. En cuanto a los dentistas el hecho se explica ante todo por los rápidos progresos de la higiene dental en todas partes. De los estudiantes de Farmacia, pretenden malas lenguas, que el hecho se explica por la facilidad de establecer un margen considerable de ganancia entre el coste de fabricación y el precio de venta de los productos farmacéuticos.

En todos los países, un número considerable de jóvenes diplomados ocupan en empresas privadas o en la administración pública plazas de empleados temporeros, con frecuencia miserablemente retribuidas. Se citan cifras casi increíbles de jóvenes universitarios que aspiran a plazas de agentes de policía, de conductores de tranvías, de porteros de hotel, de chofer, de contable, etc.

En Alemania se ve crecer por todas partes el tipo de «Werkstudent», el estudiante-obrero, que trabaja en la mina o en la fábrica durante los cuatro meses de vacaciones, para ganar con que subvenir a sus estudios en la Universidad. Otros hacen simultáneamente estas dos cosas. Dan lecciones particulares, trabajan varias horas en una oficina, o en algún

almacén, tocan en la orquesta de un café o de algún establecimiento nocturno, etc. Estas situaciones, que existieron siempre como excepción, son hoy día la regla general. Los campos de trabajo reúnen a jóvenes de todas clases. Y este acercamiento, unido a una nivelación mayor de la vida y a la proletarización de las clases medias, me hace pensar en estas palabras de Francisco Mauriac: «El paro obrero no reconoce clases, pero si las reconcilia, temed que sea solamente en el odio».

La situación es singularmente angustiosa en los países de la Europa central.

En Checoslovaquia se designó, al terminar la guerra, a una multitud de jóvenes para ocupar los puestos más elevados de la diplomacia, de la administración y del ejército, porque se trataba, no de reconstituir, sino de crear los cuadros administrativos. Así se explica el pequeño número de plazas vacantes, pues los antiguos no son todavía viejos.

Hablando de los estudiantes que salen de las escuelas superiores, el autor de una encuesta sobre la juventud de Checoslovaquia, escribe: «La mayor parte encuentra todas las puertas cerradas delante de sí: ningún empleo, ninguna salida, ningún porvenir en perspectiva... Entre viejos y jóvenes la guerra es encarnizada».

También es impresionante la encuesta sobre la situación en Austria. Solamente la Universidad de Viena confiere anualmente de 1.000 a 1.200 doctorados, cuyo resultado es la acumulación incesante de un proletariado intelectual accesible a todas las sugerencias de la desesperación y de la aventura.

Los autores de otra encuesta hecha por la iniciativa del periódico *Le Temps* se han fijado sobre todo en el estado de alma de los jóvenes intelectuales parados.

Se caracteriza, en primer lugar, en muchos países, por una especie de mística nacional y guerrera, poco favorable al desarrollo de las ideas de intercambio y de paz internacional.

Su deseo natural de expansión, no encontrando suficiente salida en los trabajos intelectuales, les hace buscarla en los deportes, que absorben su atención y su actividad, con detrimento de la cultura general. A fuerza de oír repetir que nada se resiste a una voluntad enérgica sostenida por un cuerpo robusto, los jóvenes sacrifican a las pruebas deportivas el gusto por las cosas del espíritu. Pierden de vista que se pueden tener gruesos bíceps y ser al mismo tiempo un perfecto imbécil.

Una gran parte de la juventud intelectual víctima del paro forzoso sueña con un trastorno social inmediato. Ciertamente no ignoran que los gobiernos disponen de medios represivos suficientes para hacerlos re-

flexionar. Pero se consuelan por ahora pensando en que la situación cambiará cuando la generación que ellos representan constituya el día de mañana una parte notable de los ejércitos nacionales.

Otros también han estudiado y reflexionado lo bastante para haber aprendido que el terror y la violencia no han traído nunca como consecuencia el bienestar a las masas populares. Por esto se apartan de las soluciones violentas y procuran acelerar la evolución hacia un orden nuevo. Se interesan vivamente en el problema de la reforma del Estado y de la organización corporativa de las profesiones. Piensan además que un aumento de bienestar material, sin un esfuerzo hacia una mayor espiritualidad y moralidad, no hace a un pueblo más próspero ni más feliz.

Los que así piensan no son, desgraciadamente, la mayoría, pero constituyen un grupo escogido cuya influencia crece visiblemente. Dios quiera que sean la levadura que haga fermentar toda la masa, porque en realidad es casi con los únicos que podemos contar.

Remedios.

Llego a la tercera y última parte de mi estudio.

¿Qué se hace para remediar la situación que acabo de intentar describir? Se indican dos clases de remedios. Los primeros son medidas restrictivas propuestas para descongestionar progresivamente las carreras liberales. Los segundos tienden a asegurar mejor la colocación de intelectuales parados.

No puedo hacer más que enumerar las principales medidas que se nos recomiendan, porque cada una de ellas tropieza con múltiples dificultades de aplicación. Tales son: la orientación profesional, más severidad en los exámenes y en los estudios, el *numerus clausus*, es decir, la fijación anual del número de estudiantes de Universidad; reorganización de la instrucción primaria y secundaria; protección de los títulos académicos; lucha contra los aficionados por la acción de las organizaciones profesionales o por la vía legislativa. Tales son los medios que cuentan con más o menos favor entre las organizaciones consultadas para luchar contra esta aglomeración en las distintas profesiones por exceso de nuevo personal.

De la mayor parte de las respuestas resulta que la orientación profesional para las carreras intelectuales apenas existe en la hora actual.

Los futuros intelectuales muestran hasta ahora poco interés en consultar las pocas instituciones de orientación profesional que ya funcionan, y esta indiferencia es poco alentadora para los partidarios de esta reforma.

Algunos ensayos se han intentado en algunas Universidades alemanas, en Francia, Suiza, Estados Unidos, y por las organizaciones de la Acción Católica de diversos países, singularmente en Bélgica.

A pesar de esto, la casi unanimidad de las respuestas recibidas en Ginebra reclama la generalización de la orientación profesional.

La actividad de estas instituciones es triple, porque exige, en primer lugar, un examen de las actitudes del sujeto, después el estudio de las cualidades y capacidades especiales que requiere la profesión que el individuo va a escoger y, por fin, el estudio del campo de trabajo, es decir, el cálculo aproximado de las probabilidades de éxito. Evidentemente, el primer trabajo es el más difícil, porque se trata de un diagnóstico particularmente delicado y cuyas conclusiones desfavorables pueden tronchar para siempre el porvenir de jóvenes en quienes la realidad vale a veces más que las apariencias.

Todos están de acuerdo sobre la necesidad de establecer una selección severa a la entrada de las Universidades. En Francia se ha dado el caso, en la Confederación de Sindicatos médicos, de obtener un resultado superior en los exámenes por la institución de pruebas eliminatorias. Estas pruebas se han establecido en todas las facultades de medicina, al fin del primero y segundo año de estudios.

El remedio del *numerus clausus* nos parece una medida radical y cuyas consecuencias pueden ser crueles. Nunca debería ponerse en práctica hasta no haber experimentado la insuficiencia de todos los demás.

La protección de los títulos académicos y la lucha contra los aficionados está a la orden del día en la mayor parte de los países. El título de ingeniero es el que da lugar a conflictos más frecuentes. Actualmente el título y el diploma de ingeniero pueden ser obtenidos con demasiada frecuencia al fin de estudios extremadamente cortos y notoriamente insuficientes.

Quedan los demás remedios propuestos por la encuesta de Ginebra, los que aspiran a desembarazar las profesiones por la colocación de los parados.

Todas las medidas de esta categoría se refieren a las diversas organizaciones de colocación.

Una dificultad especial resulta del hecho de que la juventud intelectual, precisamente por ser menos numerosa, está más disgregada, y es más individualista, y menos expansiva que la juventud obrera. Y sin embargo se ve la importancia de centralizar lo más posible, por ciudades o por regiones, las ofertas y demandas de empleo para los intelectuales. Estos tienen tanta o más necesidad que los obreros o empleados de oficinas de colocación dotadas de todas las garantías necesarias.

Las asociaciones de antiguos alumnos han obtenido resultados muy halagüeños en muchos países, pero estos resultados implican la constitución de un secretariado permanente. Por otra parte se preocupan de reunir a los jóvenes con más regularidad, en locales donde encuentren una sala de reunión y otra de estudio, sin tener que hacer gasto ninguno por su parte.

¿Tendré necesidad de añadir que esta doble serie de remedios que acabamos de examinar no son más que atenuaciones de un gravísimo mal, siendo así que lo que importa es atacar su raíz?

Conclusión.

Volveré a repetirlo. No se podrá hacer nada durable, mientras no se consiga hacer desaparecer esta sensación universal de inseguridad que, paralizando las transacciones y desalentando para todo esfuerzo, empobrece al mismo tiempo los medios de donde salen los intelectuales y aquellos donde ellos deben vivir. El problema que hay que resolver, no es un problema italiano, francés, alemán o inglés, es esencialmente un problema europeo, aunque también alcance a Los Estados Unidos.

La Europa se ha enorgullecido siempre y con razón, de ser según la expresión tradicional, la cuna de la civilización. Este privilegio incomparable le ha conferido una potencia de expansión y una influencia que ningún otro contingente ha tenido jamás.

Pero he aquí que, desde hace menos de medio siglo, los progresos de la ciencia y de la técnica, poderosamente difundidos por las facilidades siempre crecientes de las comunicaciones internacionales, han hecho salir a muchos países orientales de su estancamiento secular. La rapidez de su adaptación a las nuevas necesidades lleva camino de superar todas las previsiones.

Por otra parte, una nueva guerra sería evidentemente el suicidio de Europa, ya que todos los beligerantes disponen de medios de destrucción mucho más terribles que aquellos que en la pasada guerra han ocasionado las deudas y las ruinas que ahora más que nunca nos están todavía haciendo sufrir.

Podemos preguntarnos con angustia si los únicos beneficiarios de una nueva conflagración no serían acaso tan solo los fabricantes de armas y municiones.

Sería necesario un candor más que ordinario para esperar en un porvenir próximo la constitución de los Estados Unidos de Europa. Pero si es importante saber si no se debería comenzar ya a multiplicar entre grupos importantes de países europeos sólidas uniones aduaneras. Si existe

alguna otra solución agradeceremos que se nos indique. Pero lo que sí debe hacerse es poner fin a tanta palabrería, porque las masas ya no creen en la eficacia de las conferencias internacionales que con tanta profusión se han sucedido después del armisticio.

La Providencia ha querido que los países latinos hayan sido a través de los siglos los portaestandartes y los más fieles defensores de la civilización cristiana. ¿Podrán seguirlo siendo en adelante, si no logran llegar a una inteligencia entre sí? Este es un problema transcendentalísimo, y diferir su solución a causa de las dificultades presentes, no servirá más que para hacerla más difícil.

Yo os ruego que no apartéis los ojos de la situación que os acabo de describir, por angustiosa que ella sea. Es un hecho que en todos los países existe un gran número de jóvenes intelectuales, enervados por la inacción forzosa, amargados por sucesivas decepciones, dispuestos a seguir a todo el que les predique la rebelión contra una sociedad que los trata como una madrastra. Si nosotros no ponemos remedio, los encontraremos el día de mañana en primera fila como sembradores de las ideas más subversivas y a la cabeza de las revoluciones más violentas. Si algún día tenemos que contemplar con ojos aterrados los desastres acumulados por ellos, no tendremos ni siquiera el recurso de invocar las circunstancias atenuantes, alegando que no habíamos sido avisados.

FR. C. RUTTEN, O. P.

Doctrina de Francisco de Vitoria sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado y fuentes de la misma

El maestro Vitoria tuvo siempre marcada preferencia por los problemas de índole jurídica. Entre ellos ninguno tan debatido en los círculos académicos de París, donde él se había formado, como el relativo a la constitución de la sociedad en sus diversas modalidades. Esa vocación innata, acentuada por el ambiente y las circunstancias históricas en que va encuadrada su vida, no podía dejar de repercutir en su producción académica. Y en efecto, de las trece elecciones vitorianas, seis están dedicadas a dilucidar puntos básicos en la convivencia de las grandes colectividades humanas. De esas seis, cuatro versan sobre el tema genérico *De potestate*; las otras dos, que son las famosas repeticiones *De indis* y *De jure belli*, surgieron a última hora de modo ocasional, como en réplica a cargos que se formularon contra el maestro por su elección anterior, la *De temperantia*.

Las cuatro *De potestate* constituyen un todo homogéneo en que en forma escalonada van dilucidándose con criterio teológico los problemas que en torno a su constitución interna y al ejercicio de su soberanía tenían planteados los Estados y la Iglesia, sin acertar con la fórmula precisa que armonizase los derechos de unos con los de los otros.

El desarrollo del tema desde el punto de vista puramente teórico o doctrinal lo da la naturaleza misma de la materia. Vitoria había meditado mucho sobre ello. En su mente las ideas constituían un todo orgánico que reflejaba con fidelidad el orden objetivo. Ante todo la sociedad humana emergiendo de la naturaleza del hombre; la autoridad, órgano representativo del poder de gobernarse a sí misma; relaciones de origen y de actuación entre el cuerpo social y la autoridad en quien se encarna el poder. Esto es vagamente diseñada la elección *De potestate civili*, primera de las que dió Vitoria entre las que se han conservado.

Esta pieza exigía al menos otra correlativa sobre la potestad eclesiástica. Pero Vitoria, teólogo ante todo, que había tratado aquel tema como preámbulo para entrar de lleno en su campo propio, no había de contentarse con estudiar un punto tan trascendental y complejo como la autoridad de la Iglesia en una sola disertación. Tras un intervalo de cuatro años, impuesto por las circunstancias, le dedica hasta tres relecciones: las dos *De potestate Ecclesiae*, y la *De potestate Papae et Concilii*, dadas consecutivamente en los años 1532, 33 y 34. En la segunda y tercera estudia, a base de la constitución misma de la Iglesia, el sujeto o sujetos en quienes radica la autoridad eclesiástica, o sea su jerarquía; asunto importantísimo frente a la herejía luterana, pero que no hace al caso presente. La primera *De potestate Ecclesiae*, aun circunscrita a lo más imprescindible, abarca cuatro cuestiones fundamentales: existencia de la potestad eclesiástica, efectos, razón de su origen y relación en que está por su misma naturaleza con la potestad civil. Entre estas cuatro cuestiones me fijaré tan solo en la última, donde Vitoria compara la potestad civil con la espiritual. Mas para reproducir fielmente, no la letra del maestro, sino el espíritu, la idea con todo el dinamismo que la informa, esto es, la solución precisa del problema latente en las luchas seculares entre la Iglesia y el Imperio, es necesario presentar en esquema el cuadro de esas luchas. Porque la defensa de los intereses en litigio hizo que la contienda material se extendiese también al orden de las ideas, y aguijoneó a unos y otros para escudriñar el fundamento de su derecho, proyectando, entre muchos errores, algunos rayos de luz que fueron recogidos por observadores atentos, cuyos nombres tendremos que recordar. Es una excursión larga y penosa, pero necesaria, si queremos, tomando las aguas desde atrás, estudiar el problema en su desarrollo histórico para venir a desembocar en el teólogo salmantino.

Y por fijar un punto de partida, situémonos en el siglo XIII, desde cuyas alturas nos será fácil dar con la clave de tantos enigmas como encierra la historia política religiosa de Europa en el punto de intersección de la Edad Media con la Moderna.

Los canonistas, en pugilato con los legistas, habían logrado imponer su criterio durante toda la alta Edad Media. Pero frente a Bolonia funda en 1224 Federico II en Nápoles una universidad laica, la primera universidad del Estado, para enseñar el derecho cesáreo. En Francia, Honorio

II toma precauciones contra la invasión de los legistas, prohibiendo bajo pena de excomunión que ni en París ni en sus alrededores se enseñe derecho civil ni en público ni en privado; pero las escuelas de Nantes les ofrecen asilo, y como en una especie de ateneo revolucionario planean

represalias que habían de repercutir hasta los confines del viejo mundo.

Los teólogos por su parte, sumidos en la especulación, apenas habían dejado oír su voz en la contienda, y si intervienen, es para apoyar la plenitud de la facultad de la Iglesia, la supremacía omnímoda de la potestad espiritual sobre la temporal, como el alma impera sobre el cuerpo. A lo sumo, el curioso investigador pudiera encontrar en Santo Tomás, perdido al final del segundo libro de las Sentencias, algún indicio de reacción, que secundado con acierto condujese a la solución verdadera, aquella que luego formularía Vitoria de modo taxativo sin que nadie le pueda mejorar. Oigamos al Angélico:

«Dos potestades, una de orden superior y otra inferior, pueden concebirse: primero, de modo que la inferior se derive totalmente de la superior. Y entonces, toda la virtud de la inferior se funda en la superior. En cuyo caso debe prevalecer siempre la superior... En esa relación está la potestad de Dios con respecto a toda potestad creada... Pero además, la potestad superior y la inferior pueden coexistir de tal manera, que derivándose ambas de una potestad suprema, ésta las subordine entre sí como le place; y entonces una no es superior a otra más que en lo que la potestad suprema haya dispuesto». Y ahora viene la aplicación adecuada de esta doctrina. «Tanto la potestad espiritual como la secular se derivan de la potestad divina. Y por consiguiente, la segunda ha de estar bajo la primera en la medida que Dios haya dispuesto, esto es, en lo que se refiere a la salvación del alma. Mas en lo que atañe al bien civil o temporal, se ha de obedecer a la potestad secular con preferencia a la espiritual» (1).

Aunque la subordinación de la temporal a la espiritual en sentido directo parece obligada por el contexto, la distinción de los dos órdenes, el natural y el sobrenatural, es un primer paso que, combinado con la doctrina de la Escuela sobre el origen del poder civil, acabaría por encauzar las cosas por la vía media, abandonando los dos extremos obstinadamente patrocinados por canonistas y juristas.

Así sucedió, en efecto, y dentro de la tradición tomista, viniendo a ser el texto referido del Angélico enunciado y punto de partida para llegar a la verdadera solución.

El problema volvió a plantearse con caracteres agudos a fines del siglo XIII, al ocurrir el encuentro entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso de Francia. No era aquel momento oportuno, mientras durase la agitación de los ánimos, para dilucidar con acierto un asunto tan complejo, que

(1) S. Thomas, In 2 Sent., d. 44, q. 2, a. 2, expos. textus, ad quartum.

exigía máxima serenidad y discreción. Pero el curso precipitado de los acontecimientos se impuso, y de todos los sectores llovieron dictámenes, tratados, disquisiciones, pretendiendo señalar la fórmula reguladora de las relaciones entre ambas potestades. El profesor J. Riviére, en un trabajo excelente, titulado *El problema de la Iglesia y el Estado en tiempo de Felipe el Hermoso* (1), ha hecho el estudio de estas piezas diversas catalogadas en tres grupos: el de los juristas, que actuaban de consejeros del monarca francés; el de los teólogos y canonistas, que se ponen de parte del Pontífice, y el de los que con variedad de matices siguen una dirección media, teólogos nacionalistas por lo general, en quienes su carácter eclesiástico y su naturaleza gálica sirven de estimulante antagónico para obligarles a encontrar una fórmula razonable que armonice aquellas posiciones extremas. Ese material académico ha influido de algún modo en Vitoria, y por eso nos interesa su conocimiento.

El proceder de Felipe el Hermoso con relación a la Iglesia, tenía que herir profundamente a Bonifacio VIII, pontífice integérrimo y defensor celoso de las inmunidades del clero, carácter enérgico de la pasta de Gregorio VII y de Inocencio III, y además canonista consumado, a quien se debe el libro sexto de las Decretales. Incompatibilidad de caracteres, de ideas y de aspiraciones, y, en cambio, coexistencia de radicalismos en ambos, que acentuaba más su oposición, el conflicto no podía menos de producirse. No todos los historiadores, y menos los franceses, están conformes en aprobar la conducta del pontífice. Pero sería más fácil encontrar entre ellos unanimidad en condenar el proceder del monarca desde el punto de vista moral. «Francia ha practicado con brillantez antes que nadie la política del egoísmo nacional», es afirmación de Lavissee que reproducen varios de sus coterráneos. «La política de Felipe el Hermoso y de sus ministros—agrega Renán refiriéndose concretamente a nuestro caso—puede definirse: Una vasta tentativa para explotar a la Iglesia en provecho de la realeza».

Frente a estas ingerencias abusivas ¿qué extraño es que Roma prodigase sus amonestaciones y amenazas, proclamando sin paliativos estar vinculada por derecho divino a aquella Sede la plenitud de potestad que simbolizan las dos espadas? Las bulas *Clericis laicos* de 25 de febrero de 1296, *Ausculta fili* de 5 de diciembre de 1301 y *Unam sanctam* de 18 de noviembre de 1302 en que se llega a una definición, vaga, es cierto, en los términos, pero expresiva en su significado, dieron pie a censuras despiadadas de la parte contraria. Las apologías de Nogaret, espíritu arroja-

(1) *Le problème de l'Eglise et de l'Etat au temps de Philippe le Bel*, Louvain, 1926.

do y malévolos, como lo manifiesta el atentado de Anagni, los libelos de Du Bois, arbitrista más ingenioso que práctico, son la afirmación contundente de que el Pontífice por ningún título puede ni debe intervenir en los negocios temporales de Francia. Políticos de conciencia laxa, abogados espontáneos de la idea nacionalista, persuaden al monarca que mantenga la resistencia y le impulsan luego a tomar la ofensiva franca, haciéndole creer que le amparan razones de Estado.

A los manifestos officiosos de los legistas de curia sucedieron los tratados doctrinales menos virulentos, elaborados a veces en las altas regiones de la especulación, pero tendenciosos siempre, por subordinarse al prejuicio de justificar la conducta del rey. Tal es, entre otras producciones, la *disputa entre un clérigo y un militar*, en que el primero sin resistencia sería termina por imponer sus ideas acerca de la soberanía del Estado, reservando a la Iglesia el triste papel de auxiliar y subordinada en todo lo que tiene alguna apariencia temporal.

En forma más sistemática se desenvuelve el tratado «Rex pacificus», debido a la pluma de un laico imbuído en las máximas legistas. Su autor concibe la unidad del cuerpo social a semejanza del cuerpo humano. Ambos poderes, el temporal y el espiritual, los describe por analogía con las funciones que la física aristotélica atribuye a la cabeza y al corazón. En el organismo la cabeza ejerce un oficio directivo, pero el corazón es el fundamento de todo el cuerpo, porque de él parte la sangre que lleva la vida. Ahora bien, en el funcionamiento del cuerpo social, el corazón, el principio motor es el poder civil. El anónimo teorizante no se embaraza al afrontar el simil tradicional de los teólogos pontificios, que conciben la misión de la Iglesia en el organismo social a semejanza del alma en el cuerpo físico. Para él no es lo espiritual lo que sustenta a lo temporal, sino inversamente. Y sin insistir demasiado en esta especie de positivismo que trastorna en beneficio del Estado la jerarquía de los valores sociales, se contenta con concluir por la distinción de poderes y por la independencia respectiva de sus funciones. El ensayo es, como se ve, un conato de sistematización del nacionalismo regalista, desviando el conflicto latente entre los dos soberanos hacia la zona templada, para hacer posible la convivencia pacífica sin sacrificar ninguno de los intereses del monarca francés.

Aunque elaborada en el mismo medio, adopta posición más moderada el autor de la *Quaestio in utramque partem*, un teólogo universitario a quien más que el problema práctico interesa definir la doctrina que debe sostenerse en punto a relaciones entre ambas potestades. Su contenido puede expresarse en estos enunciados: origen divino e independencia res-

pectiva de los dos poderes: superioridad del poder espiritual: jurisdicción indirecta del Papa sobre lo temporal en las causas mixtas o sea en las causas temporales «*quae connexionem quamdam habent cum spiritualibus*». Conclusión práctica: el rey de Francia es autónomo sin dependencia alguna ni del Papa ni del Emperador en el orden temporal. Avanzamos, pues, con paso firme a través de estos ensayos hacia la verdadera solución, desviada únicamente por la influencia que ejerce en sus autores el nacionalismo francés.

La reacción contra las teorías extremas que defienden, sea la absorción de la Iglesia por el Estado (tesis de los legistas), sea del Estado por la Iglesia (tesis de los canonistas), para afirmar la distinción normal de dominios, es un mérito que hay que señalar en el haber de los que se mueven en el campo de la teología. En ellos se ha de inspirar preferentemente Vitoria, dando a las fórmulas sus últimos retoques.

No voy a ocuparme aquí de la posición precisa que adopta un glosador anónimo de la bula *Unam sanctam* perteneciente a este mismo grupo de ensayistas de vía media, porque se trata de un documento arrancado por los eruditos del siglo xix al polvo de los archivos y por tanto desconocido de Vitoria. En cambio, conoció y utilizó otra producción de contenido paralelo debida al dominico Juan de París. Este religioso francés, maestro por la Universidad de París, tomó parte en la querella entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII escribiendo un importante tratado *De potestate regia et papali*, que salió a luz al mismo tiempo que se promulgaba la bula *Unam sanctam*, o sea a fines de 1302. Con toda oportunidad el ensayo en cuestión junto con otros opúsculos afines se publicaba en París por iniciativa del dominico Juan Clarée, confesor de Luis XII, la víspera de llegar a aquella metrópoli el maestro Vitoria.

Juan de París, tributario de Aristóteles y de Santo Tomás, estudia la naturaleza de los dos poderes, procurando mantenerse en el justo medio, para llegar a establecer una doctrina metódicamente ordenada sobre el poder de la Iglesia en sí y en sus relaciones con el Estado. No repugna a la potestad eclesiástica ejercer dominio y jurisdicción en el orden temporal; pero de sí la autoridad espiritual no confiere jurisdicción sobre lo temporal. La potestad civil emerge por derecho natural de la sociedad humana en orden a la consecución del bien común. La potestad eclesiástica difiere de ella en cuanto al origen, en cuanto a la forma y en cuanto al fin, que es esencialmente sobrenatural. Entre estas dos potestades, que por disposición providencial gobiernan el mundo, hay cierta coordinación, no subordinación, dice nuestro autor pagando tributo a sus sentimientos nacionalistas. Cada una es autónoma dentro de su propio campo.

Y aunque hay que reconocer al sacerdocio una dignidad superior a causa de su fin sobrenatural, la potestad civil, que, como la espiritual, viene de Dios, no está supeditada a él en el orden temporal, que es de su propia y exclusiva jurisdicción. «Nec quoad ista (scilicet temporalia) est ei subjecta in aliquo, quia ab illa non oritur»; grave afirmación, que Juan de París quisiera vincular a Santo Tomás, cuyas palabras va glosando, aunque sin mencionar al Santo, quizá para permitirse la licencia de jugar con ellas hasta incurrir en evidente paralogsimo.

El Papa—prosigue diciendo con un radicalismo desacostumbrado en la escuela, pero que no tardará en cristalizar y encontrará eco bien expresivo en Vitoria—el Papa no es dueño de los bienes temporales o espirituales de la Iglesia, sino solo administrador, y está obligado en justicia a servirse de ellos conforme a la necesidad y utilidad común del cuerpo místico de Jesucristo. Menos aun es dueño de los bienes de los laicos, de los que solo en caso extremo puede disponer, no a título de dueño, sino como intérprete de la ley.

Formando contraste con la jerarquía eclesiástica, distinta e independiente de ella en cuanto al origen y en cuanto al ejercicio, está la potestad civil, emanada también de Dios, concretándose en la persona del rey, no por ministerio de la Iglesia, sino por voluntad y designio del pueblo. «Potestas regia—dice formulando un axioma de gran contenido democrático—nec secundum se nec quantum ad executionem est a papa; sed est a Deo et a populo regem eligente in persona vel in domo». En suma, que ambas potestades, por ser específicamente distintas, se derivan inmediatamente de Dios, y no cabe suponer dependencia o subordinación entre ellas.

Por esta suerte de dualismo, tan opuesto al monismo de los teólogos pontificios, cuyo prototipo tenemos en Egidio Romano, no pretende nuestro autor negar la ley de la unidad, reconocida por todos como necesaria para la conservación del orden en el mundo. Solo que, mientras aquellos buscaban su centro en el Pontificado como fuente de toda potestad humana, éste la proyecta en Dios, del que se derivan el Pontificado y la Realeza en forma paralela. Aunque distintas en sí, con dominio también propio sobre objetos formalmente distintos, no es posible aislar de tal modo estos dos poderes que no haya entre ellos algún orden. La excelencia en dignidad que hemos reconocido en el Sacerdocio se funda en la del fin a que se ordena. Y por consiguiente la subordinación de los fines es la que ha de regular las relaciones entre ambos poderes. «Hoc semper reperimus—escribe nuestro teólogo formulando un principio que ha de recoger Vitoria como fundamento de su doctrina—quod illud ad quod pertinet ul-

timus finis perfectius est et melius et dirigit illud ad quod pertinet inferioris finis». Lástima que en su aplicación el dominico francés no haya acertado a sobreponerse a sus tendencias nacionalistas, para concluir, como concluirá el español, por una estrecha subordinación de poderes haciendo efectiva esa dirección del superior sobre el inferior. Contra toda lógica, de una *subordinación esencial* concluye Juan de París por una *dirección accidental*, tan accidental que se limita a la acción del Pontífice sobre la conciencia del soberano temporal como sobre la de cualquier otro súbdito de la Iglesia. Es en sustancia la tesis del gibelino Dante.

Todavía se permite Juan de París lanzar ciertas afirmaciones acerca de la constitución eclesiástica, que luego han de recoger los galicanos, comenzando por Gersón, para dar consistencia a la teoría conciliar y entrar francamente por el camino de una iglesia nacional. Vitoria vió todo eso cumplido con exceso, y aunque no podía desaprovechar los atisbos geniales del dominico del siglo XIII, separó discretamente los principios de sus aplicaciones, asimilándose el espíritu democrático que resalta en aquel tratado. Restituyó además al texto del Angélico, maltrecho en manos del antiguo profesor, su primitiva contextura, para deducir de él a la luz de un más claro concepto del origen del poder civil el genuino sentido que tiene en la intención de su autor.

Quizá le sirvió de guía en esta labor delicada lo escrito sobre ello por el cardenal Torquemada a mediados del siglo XV, ya que el célebre campeón de la autoridad pontificia alude dos veces al referido texto de Santo Tomás para fijar lo que puede y lo que no puede el Papa en materia temporal. Vitoria, con marcada deliberación, se abstiene de mencionar a Juan de París, como omite luego los nombres de otros representantes de la tendencia galicana, a pesar de haberlos utilizado en gran escala. En cambio en la relección primera, *De potestate Ecclesiae*, recoge argumentos de Torquemada y cita precisamente el pasaje en cuestión, haciendo luego en la primera parte de la relección *De indís* un análisis más amplio del mismo texto de Santo Tomás.

La doctrina vitoriana, partiendo del Angélico, ha ido, pues, desenvolviéndose y precisándose mediante la lectura del tratado de Juan de París y de Torquemada hasta adoptar forma propia, esa expresión feliz que después han de corroborar todos los teólogos de la escuela salmantina y encontrará su última consagración en las *Controversias* de S. Belarmino.

Pero el maestro vitoriano es además tributario de otros tratadistas con quienes convivió en París y que han dejado huella profunda en su ideología jurídica. No importa que no figuren sus nombres en las relecciones «De potestate», como tampoco los hallamos en las Lecturas, si no es para

impugnarlos. Por encima de ese silencio se advierte la atención con que Vitoria sigue el desenvolvimiento de sus ideas, se asimila lo que en ellas hay de positivo progreso, y lo hace entrar en la tradición del tomismo español para resolver los problemas que tenía planteados nuestra expansión ultramarina y los que suscitaba cada día la intensificación de las relaciones internacionales.

En 1510, cuando Vitoria comenzaba a internarse por los secretos de la ética y de la teología moral bajo la dirección de los maestros Kroekaert y Fenario, sobrevino la ruptura diplomática con la consiguiente lucha sangrienta entre Luis XII de Francia y el Papa Julio II. «Lo que se dice aquí del Papa—escribía Maquiavelo desde Francia a los florentinos a raíz de aquellos acontecimientos—vuestras señorías lo pueden imaginar: sustraerle la obediencia, convocar un concilio contra él y arruinar su poder temporal y espiritual». En conformidad con este plan, a la guerra sucedió el cisma, anunciándose para otoño de 1511 la apertura del conciliábulo de Pisa bajo la protección del monarca francés.

La rebelión política y religiosa se tradujo pronto en una abundante producción literaria contra Roma, resucitando las tesis más radicales del galicanismo, hasta crear una situación parecida a la de los tiempos de Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII. Entre los defensores del Pontificado se significó por lo sólido y comprensivo el que era a la sazón maestro general de la Orden de Predicadores, Tomás de Vio Cayetano, el más tarde famoso cardenal Cayetano. Por octubre de 1511 firmaba él su opúsculo *De auctoritate Papae et Concilii*, que llegaba a noticia de los cuatro cardenales cismáticos reunidos en Pisa poco después de inaugurar su conciliábulo. Acto seguido toman el acuerdo de enviar a la Universidad de París para su examen e impugnación «un cierto libelo,—así decía la carta remisoria—un cierto libelo sospechoso y lleno de injurias contra los concilios de Constanza, de Basilea y el nuestro Pisano y contra Juan Gersón, eximio defensor de la Iglesia compuesto por cierto fray Cayetano, hombre audaz y peligroso, a quien se debe castigar según merece su falta».

En París, la facultad de teología encomendó aquella tarea al joven y brioso maestro Jacobo Almain, el Almainus de nuestros teólogos, discípulo de Mayor y paladín de las doctrinas galicanas, al cual, por haber tenido el año anterior su ejercicio académico de vísperas, al que asistió probablemente Vitoria, sobre el dominio natural, civil y eclesiástico, se consideraba bien preparado para contender con el teólogo romano. Poco después volvió a tratar Almain este problema de la potestad eclesiástica y laica en su comentario a Occam. Con menos pasión y con más autori-

dad se ocupó al propio tiempo de las mismas cuestiones su maestro Juan Mayor en los comentarios al cuarto de las Sentencias y a San Mateo. Vitoria pudo observar de cerca todo este movimiento académico con el interés que supone el ser sus protagonistas, por una parte el superior general de la Orden, el cual había mandado a todos los religiosos sumarse a la defensa del pontificado, y por otra el maestro y el discípulo del profesor más estimado por el joven español, Pedro Krockaert. En esas condiciones, excusado es decir la influencia que tales escritos habían de ejercer en el autor de las Relecciones cuando se pusiese a dilucidar el mismo tema ante la Escuela salmantina.

La experiencia de los veinte años transcurridos entre uno y otro momento, y el ejemplo triste de la rebelión luterana, eran harto instructivos para que Vitoria no reaccionase con vigor contra las máximas galicanas, llamando al propio tiempo la atención sobre los perjuicios que habían acarreado a la Iglesia los abusos de parte de Roma. La cuestión había que plantearla y resolverla de una vez para siempre con miras desinteresadas, procurando evitar por igual los dos extremos, el cesaropapismo, y el del Poder directo del Papa, que hasta entonces habían sido las posiciones en que se debatían los respectivos bandos. Para ello era preciso poner en claro la naturaleza de ambas potestades, su respectiva misión, señalando cómo se armonizan en los planes de la Providencia los derechos y los deberes recíprocos; porque no cabe suponer el absurdo que Dios haya instituido su Iglesia para romper la armonía que ha de reinar entre los hombres.

Volviendo, pues, la vista al libro de las Relecciones, ahora que conocemos las fuentes vitorianas, analicemos paso a paso la marcha de su autor en aquella cuestión cuarta de la repetición primera *De potestate Ecclesiae*, donde hemos dicho que trata él este punto.

El maestro condensa la materia en dos enunciados, que conforme al estilo escolástico expresa en estas dos preguntas: 1.^a ¿Está sujeta la potestad civil a la espiritual? 2.^a Los escolásticos ¿están sometidos a la potestad civil? Porque ambas cuestiones, dice, tienen partidarios en uno y otro sentido y en gran número y de prestigio. «Nam utraque quaestio in utramque partem assertores et defensores non paucos nec postremi nominis habet». Vagamente alude Vitoria en estas palabras a tantas soluciones como al problema se había dado, sin excluir la de los patrocinadores de la tesis imperialista de Marsilio de Padua y Occam, a quienes cita más adelante.

Y aquí se me permitirá un pequeño inciso para subsanar cierta incorrección que figura en todas las ediciones antiguas y modernas y hace

cambiar sustancialmente el sentido. En ellas, al formular el segundo enunciado, aparece un *econtrario* que sobra, «an econtrario ecclesiastici sint subjecti potestati civili», cual si esta segunda cuestión fuese la solución inversa de la primera, en cuyo caso serían no dos cuestiones, sino dos soluciones opuestas de una misma cuestión. Semejante lección pudo introducirse de intento por una apreciación superficial y equivocada del contexto. Pudo también emanar—y esto es lo más verosímil—de la repetición en el manuscrito de la fórmula gráfica *eccli. eccli.*, contrasentido verbal que el copista transcribió luego por el contrasentido de ideas *econtrario ecclesiastici*. El lapsus aparece subsanado, aunque de diversas maneras, en algunos manuscritos (el de Palencia, el de Lisboa), consistiendo sustancialmente en la supresión de la palabra *econtrario*, con lo cual los dos enunciados expresan correctamente los puntos que Vitoria dilucida en esta sección cuarta de su relección, a saber: dependencia o independencia de la potestad civil con respecto a la Iglesia; exención total de los clérigos o medida en que están sometidos a la potestad civil. El segundo punto, aunque subordinado a la solución que se dé al primero es, como se ve, formalmente distinto de él, y así lo estudia Vitoria en párrafo aparte. Yo he de prescindir de él para fijarme tan solo en el primero.

Pregunta pues el teólogo dominicano: La potestad espiritual ¿es superior a la temporal? No se trata de saber cuál de las dos es más perfecta, siendo como es manifiesto que la espiritual sobrepuja a la temporal cuanto excede el fin a que se ordena, que es la bienaventuranza eterna, a la temporal y terrena. Pero como ambas actúan con frecuencia sobre la misma materia y es imposible que no haya colisiones, se pretende averiguar conforme a qué criterio se han de resolver tales conflictos.

Las soluciones simplistas no suelen ser ni verdaderas ni prácticas. Así sucede aquí con las dos extremas que algunos proponen. «Los hay—dice Vitoria—que se dejan llevar del afán de favorecer a los pontífices hasta defender que los reyes y príncipes temporales no son más que vicarios o ministros del Papa, y en consecuencia afirman que toda la potestad temporal se deriva del romano Pontífice. Otros en cambio, en tal forma exigen a los príncipes de la potestad eclesiástica, despojando a ésta de casi toda su virtud, que según ellos, las mismas causas espirituales se han de tratar ante los tribunales civiles, quedando allí sustanciadas en última instancia. Nosotros, entre estas dos posiciones, moderando ambas potestades, respondemos a la cuestión mediante algunos enunciados». Y condensa luego su pensamiento en ocho proposiciones y dos dubios, que es necesario reproducir a la letra para apreciar bien los matices y precisión matemática de las fórmulas.

Primera proposición: El Papa no es dueño del orbe; entiéndese con potestad de dominio. La proposición es del cardenal Torquemada, de quien toma también Vitoria, aunque sin decirlo, las tres primeras pruebas, las fundadas en la escritura, en los santos padres y en el Decreto. Después añade por su parte: El Arquidiácono y el Panormitano, o sea Guido de Baisio y Nicolás Tedeschi, con Silvestre Prierias y otros muchos, creen que el pontífice es dueño del orbe con dominio temporal propio y que tiene autoridad y jurisdicción temporal en todo el mundo sobre todos los príncipes. «Pero aunque afirmen que esto es manifiestamente verdadero—prosigue Vitoria—yo no dudo de que es manifiestamente falso. En realidad es un cuento inventado para adular y afianzar a los pontífices. Y así los jurisconsultos más sensatos sostienen lo contrario, y el mismo Santo Tomás, que fué diligentísimo defensor de la autoridad del Papa, nunca le reconoce tales atribuciones. Ni aun los papas se han considerado con semejante derecho, afirmando en cambio el doctísimo Inocencio IV que no tiene potestad en lo temporal, esto es en lo civil, sobre el rey de Francia».

Esta misma proposición la formula Vitoria en la relección primera *De indís*, primera parte, número 27, dada siete años más tarde, donde emplea idénticos argumentos y cita expresamente al cardenal Torquemada.

En la segunda proposición afirma nuestro autor que la potestad temporal no depende del Papa al modo que las demás potestades espirituales inferiores, por ejemplo los obispos, los párrocos, a quienes el pontífice confiere la jurisdicción y por tanto el ejercicio de esa potestad; pero no así a los príncipes, porque siendo el poder de que están revestidos de carácter temporal y careciendo el Papa de este poder, no puede dársele. Ni siquiera le toca a él la institución de los reyes como delegados suyos, según afirman los contrarios. «Todo esto—dice el maestro—es ficticio, pues no tiene apoyo alguno ni en la razón, ni en la escritura, ni en los Padres, ni en los que merecen el nombre de teólogos». Pero los glosadores del Derecho—añade con punzante sátira—siendo ellos pobres en haberes y en doctrina, le concedieron este dominio al Papa.

En consecuencia, la potestad civil no está sujeta al papa como señor temporal; y esta es la tercera proposición que se infiere como corolario de las dos anteriores. Por tanto no necesita de prueba. Pero puede corroborarse, dice Vitoria. La república temporal es sociedad perfecta e íntegra: luego es soberana, pues de lo contrario no sería perfecta; luego puede nombrar por sí misma al príncipe que la gobierne sin que éste quede supeditado en lo temporal a ningún poder extraño.

Almain propone la misma doctrina en su comentario a Occam, q. 1.

cap. 6, donde distingue, como lo había hecho ya Juan de París, la potestad de dominio de la jurisdicción, concluyendo según la mente del autor, que comenta, que por institución divina ni una ni otra en cuanto se refiere a las cosas temporales le competen al sumo pontífice. El nombre de Occam que aparece al frente de esta doctrina pudiera hacerla sospechosa. Vitoria mismo reconoce en otra lugar que el *venerabilis inceptor* estaba contaminado de errores acerca de la potestad del papa. Si la acepta, no es pues precisamente por la autoridad de Occam, sino porque además de encontrarla en autores ajenos a aquella tendencia, le parece verdadera. Esos autores son principalmente Juan de Torquemada y Cayetano.

De Juan de París debió tomar su doctrina acerca del origen del poder civil, punto en que coincide casi a la letra con Almain. Este poder es por derecho natural inmanente en la república por ser ella comunidad perfecta. Que el rey lo reciba directamente de Dios o por medio de la república, es accidental, siempre que se admita que no son dos potestades distintas, la del rey y la de la república, sino una misma que reside *habitu* en la república y *ministerialiter* en el monarca (1).

De estas tres primeras proposiciones infiere Vitoria otros tantos corolarios que precisan más su alcance. Primero: El Papa no debe intervenir como juez vía ordinaria en las causas de los príncipes, ni discutir el título de su jurisdicción sobre los reinos, ni se puede apelar a él en las causas civiles. Esto es claro, pues no siendo dueño ni superior en lo temporal, no hay razón para apelar a él. «Y digo—añade Vitoria—que no tiene esta potestad ni en cuanto al uso y ejercicio ni en cuanto a la autoridad o raíz de la misma. Los defensores de la potestad temporal del Papa conceden que no la tiene en cuanto al ejercicio, mas dicen, por supuesto sin fundamento, que es por haberla delegado en los príncipes». La única intervención que le compete en las cosas temporales es por razón de la potestad espiritual. No dándose el caso de intervención legítima por razón de esta potestad, tampoco puede deponer a los príncipes seculares ni confirmar o derogar las leyes civiles, aunque haya motivo para ello, siempre que no afecten a lo espiritual. Así rezan los corolarios segundo y tercero. Y en las proposiciones cuarta y quinta lo corrobora aun más. En suma, el Papa no tiene potestad temporal, *potestad digo ordenada al fin temporal*, y en consecuencia la potestad temporal o civil no depende como potestad subalternada de la espiritual. Ambas potestades son autó-

(1) Vitoria, *De potestate civili*, n. 8.—Almain, *De auct. Ecclesiae et conciliorum generalium*, cap. 1, y *Expos. circa decissiones magistri G. Occam super potestate summi pontificis de potestate ecclesiastica et laica*, q. 1, cap. 1.

nomas y soberanas en su respectivo orden. Vitoria insiste en esto, llamando la atención sobre lo inadecuado del ejemplo que suelen emplear los autores, entre ellos el mismo Torquemada, porque puede inducir fácilmente a error. El poder temporal, dice, no depende del espiritual como las artes o facultades inferiores dependen de las superiores. La razón de ser de la potestad civil no es precisamente el fin sobrenatural. Su fin propio, específico es la bienaventuranza temporal. Es, pues, por su naturaleza un poder autónomo. ¿Pero incondicionalmente autónomo?

Todos cuantos a partir del siglo XIII propugnaron esa emancipación de la potestad civil proponen este problema: Luego si la potestad civil es independiente de la espiritual, y la espiritual a su vez tampoco está subordinada a la temporal ¿es que no hay entre ambas ningún orden?

Vitoria en las cinco primeras proposiciones, fijándose en que el Papa, en cuanto tal, no tiene potestad de dominio ni de jurisdicción en lo temporal, recalca tanto la independencia del poder civil, que pudiera parecer regalista empedernido. En cambio, en las siguientes, donde trata del alcance del poder espiritual del pontífice, lo acentúa en tal forma, que no sólo contrarresta aquella primera impresión, sino que produce la contraria. En realidad, tanto en un caso como en otro sigue la vía media que anunció al principio, sin declinar ni a la diestra ni a la siniestra. Veamos cómo procede en esta segunda serie de proposiciones.

«No obstante lo dicho—escribe en la sexta indicando el rumbo de esta segunda parte—la potestad civil está sujeta de algún modo, no a la potestad temporal del Papa, sino a la espiritual». Cuando el fin de una facultad depende del fin de otra, esa misma dependencia se extiende a la facultad; y como el fin temporal depende de algún modo del espiritual porque se ordena a él como lo imperfecto a lo perfecto, resulta que la potestad civil está sometida de algún modo a la espiritual.

A continuación analiza Vitoria la naturaleza de esta sujeción o subordinación. La coexistencia de la sociedad espiritual y de la temporal no ha de concebirse al modo de dos repúblicas independientes, como Francia e Inglaterra, cuyos intereses materiales, aunque encontrados, puede cada una defenderlos con entera justicia. La Iglesia es una *sociedad supranacional*, con fin propio superior al de todas y cualquiera de las naciones y al que por consiguiente debe subordinarse el fin de éstas ¿En qué medida? lo veremos luego.

Antes enunciemos la proposición séptima en la que aparece una nueva manifestación de la potestad eclesiástica. «La Iglesia—dice Vitoria—tiene alguna potestad y autoridad temporal en todo el orbe». Esta proposición *prima facie* parece contraria a la cuarta, según la cual en el Papa

no hay ninguna potestad temporal. Vitoria ni siquiera repara en esta aparente contradicción, y es porque en efecto la contradicción no pasa de la apariencia.

En efecto, al explicar la cuarta emplea esta expresión literal: «Digo, pues, que en el Papa no hay potestad alguna que se ordene al fin temporal, potestad que sea meramente temporal». En cambio, en la prueba de razón que alega en la séptima se expresa de este modo: «Fué necesario para la cómoda administración de la Iglesia y para la consecución del fin espiritual que hubiese en ella potestad temporal: luego hay que reconocerle esa potestad. El antecedente se probará y declarará en la proposición octava».

Las proposiciones cuarta y séptima van, pues, en distinto supuesto. La primera se refiere a la potestad temporal ordenada al *fin temporal*, y la segunda a la potestad temporal ordenada al *fin espiritual*. Aquella no pertenece a la Iglesia; en cambio, ésta otra la tiene en medida tan amplia cuanto es necesaria para su subsistencia y para la consecución del fin propio. La distinción, aunque a Vitoria le parece tan elemental que ni siquiera llama la atención sobre ello, pasó inadvertida para muchos tratadistas, inclinándose unos a atribuir a la Iglesia indistintamente potestad de jurisdicción y hasta de dominio en orden a lo temporal, negándole otros ese poder en sí y aun referido al fin espiritual.

Nuestro autor se coloca entre esos extremos razonando su proceder en la proposición octava, que dice así: «En orden al fin espiritual el Papa tiene amplísima potestad temporal sobre todos los príncipes y reyes y emperadores. Y primeramente que en la Iglesia haya esa potestad temporal en orden al fin espiritual se prueba, porque, como queda dicho, las cosas temporales son de algún modo necesarias y están ordenadas al fin espiritual. Luego Cristo no hubiera provisto y asegurado suficientemente lo espiritual si no dejase alguna potestad a la que corresponda en cuanto sea preciso ordenar y usar de las cosas temporales en forma conveniente para el fin espiritual. Y como esta misión no pertenece a los príncipes seculares, porque ignoran la proporción de lo temporal con lo espiritual, ni es de su cargo atender a lo espiritual, síguese que pertenece a la Iglesia». Y es tan amplia esta potestad—añade superando la posición de muchos canonistas—que en virtud de ella puede el Papa hacer y disponer, no sólo todo lo que pueden los príncipes seculares, sino hasta deponer a los mismos príncipes y nombrar otros en su lugar, dividir los imperios y otras muchas cosas. Claro que este poder, por referirse a casos extremos, es más teórico que práctico, y aunque la lógica lo impon-

ga, la realidad tiene sus fueros que ningún hombre discreto se atrevería a infringir sin medir las consecuencias.

Pero ya que los casos extremos no pueden someterse a regla, en los ordinarios conviene poner en claro cómo se ha de proceder en ellos. Vitoria lo indica en dos dubios que vienen a continuación. Pregunta en el primero: Esta potestad temporal del sumo pontífice ¿se ha de entender solo mediante la potestad y espada espiritual o puede él ejercer inmediatamente actas de potestad temporal? O dicha de otra manera, ¿debe mandar con censuras a los príncipes que tomen las medidas de orden temporal encaminadas al fin espiritual o las puede tomar por sí mismo?

Primeramente el papa no puede revocar por sí las disposiciones del príncipe cuando no son evidentemente iníquas. Y aunque para el fin espiritual convenga sustituirlas por otras más adecuadas, tampoco puede hacerlo directamente el papa, porque de lo contrario se daría ocasión para intervenir en todo lo temporal, pues todo ello se ordena de alguna manera a lo espiritual. La intervención de la Iglesia ha de limitarse a los casos necesarios para salvar sin trabas su fin propio. Y esa intervención debe ejercerse primero mediante la potestad espiritual, ordenando al príncipe que lo remedie él mismo; y si se niega a ello, entonces puede hacerlo el papa directamente. Del mismo modo debe proceder con una nación cristiana que elige a un príncipe infiel con peligro evidente de perversión, amonestando primero al pueblo que desista de ello, y si no lo hace, impidiéndolo en forma directa. Pero en los negocios puramente temporales no debe suplantar a la potestad civil, aunque ésta sea negligente, si de ello no resulta perjuicio directo para lo espiritual. Podría darse el caso de dos príncipes que luchan entre sí por imperar en alguna provincia con detrimento de la religión. Entonces el papa debe ordenar que cese la guerra y se compongan amistosamente; y si lo resisten, puede intervenir como árbitro, decidiendo por sí el litigio en forma inapelable. He aquí un caso de arbitraje forzoso en que entra en acción la autoridad suprema del papa.

Pero esta supremacía, que como se ve, solo puede llevarse a efecto en determinados casos, *in casu verae necessitatis*, debe mantenerse bien deslindada para evitar conflictos. En el dubio segundo se ocupa de ello Vitoria. Reproduzcamos sus palabras. «Como el papa no tiene potestad temporal más que en caso de necesidad, si dijese que determinada ley civil o alguna administración temporal no es conveniente para el bien de la república, y mandase quitarla, y el rey dijese lo contrario ¿a quién se ha de obedecer? Respondo que si el papa dijese que tal administración no

conviene para el gobierno *temporal* de la república, no se le ha de hacer caso, pues juzgar de eso no corresponde a él, sino al príncipe; y aunque sea como dice el papa, en ello no tiene él autoridad, pues no afecta a la religión ni a la salvación de las almas. Pero si dijese que aquella administración es perjudicial para el bien de las almas, como que tal ley no puede cumplirse sin pecado mortal o es contra el derecho divino, se le ha de obedecer, porque a él y no al rey corresponde juzgar de esto.

Y para evitar intromisiones indebidas, el papa no ha de proceder a ello fijándose tan sólo en las conveniencias del orden espiritual, sin tener en cuenta los intereses materiales, porque sacrificando éstos podrían hacerse muchas cosas mejor de lo que se hacen. Pero ni los príncipes ni el pueblo están obligados a lo mejor. Basta que cumplan la ley cristiana dentro de ciertos límites. Mas, si todavía sobre ello surgiesen conflictos, siempre que se trate de salvar los intereses espirituales, la última decisión corresponde a la Iglesia, resolviéndose así en la unidad el dualismo de las dos potestades a quienes Dios ha encomendado el gobierno de los hombres.

He querido hacer la exposición de esta segunda parte en forma extensa con palabras del mismo Vitoria, para que se aprecie mejor la coherencia armónica de todos los términos que entran en juego. El conjunto constituye un sistema completo de principios sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado que inútilmente se buscará en los autores galicanos, ni tampoco entre los que militaron en las filas del tomismo, fuera de Torquemada y Cayetano. La pasión, el interés, un sentimiento de piedad mal entendida, habían desviado de tal modo las cosas de sus verdaderos cauces, que para volverlas a ellos y deshacer el embrollo, se requería la visión clara y comprensiva de un hombre como Vitoria, cuya independencia de juicio le pusiese a salvo de toda influencia malsana.

Como hizo con otros problemas que se debatían estérilmente en nuestras academias, logró centrar éste, despojándolo de convencionalismos arbitrarios, por muy arraigados que estuviesen en la tradición eclesiástica, para sustituirlos por una doctrina emanada de la entraña misma de las cosas. Citemos un ejemplo que vale por muchos. Veinte años antes, al mismo tiempo que Almain redactaba en París su impugnación de Cayetano, se publicaba en Roma con la firma de un dominico español, el aragonés Cipriano Benet, un librito dedicado a Julio II, reeditado luego en obsequio de León X. En él se defiende con el mayor radicalismo la tesis del poder omnímodo del Papa en materia temporal. «Omnis potestas ducum et principum temporalium—se dice allí—est

ancititati suae in ministerium attributa... Ab ejus dominio leges dependent et sua suscipiunt statuta vigorem; ab eo quoque illorum potestas restringenda aut amplianda venit». Vitoria no iba a tomar en consideración lo que tan fuera de camino debió parecerle; pero el hecho revela las dificultades y trabas que tuvo que vencer para enarbolar su doctrina, navegando contra viento y marea hasta imponerla en las aulas universitarias y darle entrada en las cancillerías, que terminaron por adoptarla como norma de derecho público.

FR. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.

La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho

La historia de España es casi siempre incomprendida por los pensadores extranjeros, aun los más objetivos y desapasionados, y sus hechos más relevantes desconciertan a todos los que no se han criado a las ubres saturadas de espiritualidad de esta Madre fecunda.

Ni el utilitarismo inglés podrá comprender jamás la generosidad del alma española, que desprecia todos los bienes ante un ideal incoercible que parece de ensueño. Ni el racismo sajón abarcará la amplitud ecuménica de nuestros pensamientos, que nos presentan el amor a la humanidad como el hijo legítimo del amor a la Patria. Ni el humanismo semipagano de algunos pueblos latinos será capaz de contemplar, sin caer deslumbrado, la divina belleza de la estrella fulgurante que guía nuestros pasos a través de los siglos. Ni siquiera el espiritualismo francés, cuidadoso del gesto, atento siempre a todos los pormenores que puedan embellecer la vida, podrá atisbar la grandeza sobrehumana del espiritualismo español, que vive de la alegría del sacrificio y lo arriesga todo en un arranque de heroísmo; que parece dormido cuando está cara al cielo en visión inefable, y beodo parece al salir de sus éxtasis para realizar sus gestas heroicas; descuidado y zafio tal vez en las apariencias, mas diligente y vigoroso en su contenido de sublimes esencias. Ni mucho menos podrá elevarse a una altura mayor que la de nuestros calcaños, si quiere vernos la cara, el materialismo soez en cualquiera de sus formas, aun aquellas que se presentan con atuendos de progreso, civilización y cultura. Somos, para todos, los eternos Quijotes, faltos de razón para quienes no saben elevarse sobre la razón misma ni trasponer las fronteras de lo que es limitado.

No es extraño, por tanto, que en la actual guerra nacional seamos incomprendidos, como lo hemos sido siempre, y por incomprendidos, calumniados. Mas no tenemos que arredrarnos ante el sarcasmo, la incompreensión o la calumnia, sino continuar nuestro camino con la frente alza-

da y la mirada altiva; no por desprecio, porque el desprecio no cabe en un corazón generoso; ni por orgullo, porque el orgullo es patrimonio de los que ignoran la verdadera grandeza; sino por seguir el impulso que agita nuestra alma y cumplir los destinos de nuestra Patria, sin atender siquiera a quienes desde la vera del camino ladran y gruñen.

El alma española es naturalmente cristiana, totalmente cristiana, universalmente cristiana. Acaso en ningún pueblo de la tierra el cristianismo se connaturalizó en tanto grado que apenas se puede separar ni distinguir lo que tenemos de españoles de lo que tenemos de cristianos. Y cuando en nuestros días se ha querido arrancar a Cristo de nuestras almas, no se ha conseguido sin arrancar también a España de esas mismas almas, que vienen a renegar de su madre piadosa y escupirle al rostro, para esclavizarse a una despótica madrastra. Y cuando se ha querido descristianizar la vida española con un frío laicismo, las esencias cristianas rezumaban de continuo bajo el caparazón laico, como en aquel alcalde que preguntaba cómo se celebraba el bautismo laico, o en el que rezaba un Padrenuestro por el alma del que acababa de ser enterrado civilmente, al finalizar un discurso enalteciendo esta manera de sepelio. Y aun aquellos hijos traidores que hoy luchan contra Cristo y contra España, conservan en su mayoría un rescoldo de fe cristiana, que muchas veces se enciende cuando el vendaval de la adversidad sopla en los carbones de sus almas, ennegrecidas por la pasión, el engaño y la malicia. Prueba de ello es el que muchos de éstos confiesan humildemente sus pecados cuando se ven en las fronteras de la muerte.

Y si el alma española se compenetró en tanto grado con la religión cristiana, que ésta venga a ser su segunda naturaleza, toda el alma española ha sido por ello cristianizada, sin que en ella quedase sentimiento alguno ni manifestación alguna de su vida individual o colectiva que no participase de esta misma cristianización en sumo grado. La religión cristiana no es solamente un culto, ni es solamente una moral; es una vida que eleva nuestra vida humana a la categoría de hijos de Dios por nuestra unión con el Dios-Hombre, y no es posible, sin desfigurar y empuqueñecer el cristianismo, separar en el cristiano lo que pertenece al hombre religioso de lo que pertenece al hombre sabio, al hombre social o al hombre económico, porque el cristiano tiene que ser cristiano y proceder como cristiano en todas sus actividades y en todas las manifestaciones de su vida. Así es como el alma española ha comprendido su religión, y por eso no la ha relegado nunca al santuario y al hogar, sino que la ha llevado a todas las manifestaciones de su vida pública y todas las ha moldeado en el troquel de su cristiandad.

Mas no sólo eran cristianas las instituciones populares, como salta a la vista de quien abra por donde quiera el libro de nuestra historia, sino que cristiano era el gobierno de la nación mientras España fué grande y se conservó en su plenitud el alma española. Los reyes consultaban con los teólogos la licitud o ilicitud de las guerras que habían de emprender o de las leyes que se proponían sancionar, cristianizando así los acuerdos o resoluciones de los hombres de Estado, sin menoscabo alguno de su soberanía en el orden meramente humano y sin que nadie concéptuase que había intromisión alguna por parte de la Iglesia o de sus hombres, pues se limitaban sus deliberaciones al terreno puramente moral, que por derecho propio le pertenece.

Las Leyes de Indias, modelo de legislación que a todos admira, fueron elaboradas más bien por teólogos que por juristas. El cargo de confesor de reyes era considerado como cargo trascendental para la nación, pues se suponía que el rey había de gobernar según su conciencia de cristiano y el encargado de formarla y dirigirla tenía una misión elevadísima que a todos afectaba.

De este modo España fué totalmente cristiana, universalmente cristiana, sin distingos ni cortapisas, y esta es la clave de nuestra grandeza, el impulsivo de nuestras empresas y el distintivo que nos hace inconfundibles con otros pueblos. Cuando exotismos indeseables vinieron a empañar la blancura de nuestra alma tan profundamente cristiana, en España comenzó la decadencia.

Hoy España trata de encontrarse a sí misma en una lucha formidable, porque los tóxicos que le venían propinando han producido en ella excrecencias patológicas que necesitan de una fuerte acción quirúrgica, y es preciso que los que se proponen crear una España nueva no desprecien las enseñanzas de la historia.

Ha pasado la época ominosa en que los gobernantes se avergonzaban de ser católicos, temiendo ser tachados de *clericales*, pues el ser católicos es nuestro blasón de nobleza e hidalguía y nuestro timbre de gloria; y si hemos de levantar a España *arriba, muy arriba*, tenemos que levantarla hasta Dios, que es lo más alto. Seremos tanto más españoles cuanto más cristianos, y más fuerte y más grande será España cuanto más compenetrada viva con la religión, que es el alma de su alma.

Para contribuir con nuestro granito de arena a la recristianización de la nueva España, y para dar alguna luz a quienes no han visto todavía despuntar el alba y dudan de la licitud y carácter de nuestro movimiento, vamos a enjuiciar, dentro del tribunal de la Moral cristiana, la presente guerra nacional. Y aunque también nos referimos a la parte del

Derecho, es sólo en cuanto el Derecho es subalternado de la Moral, con un contenido de justicia, que es virtud moral por excelencia, pues, como dice Vitoria, estas cuestiones no han de resolverse según las leyes humanas, sino según la ley natural y divina.

Procederemos por conclusiones precisas y argumentos escuetos, al estilo de las escuelas, sin ampliaciones ni relaciones efectistas, pues los hechos están en la mente de todos.

PROPOSICIÓN PRIMERA.—El Gobierno del Frente Popular es ilegítimo, tiránico, traidor a la Patria y a la Nación, enemigo de Dios y de la Iglesia.

1.º El Gobierno del Frente Popular es ilegítimo en su origen y usurpador injusto del poder.

a) El origen inmediato de tal Gobierno fueron unas elecciones amañadas, en que se prohibió la propaganda a los partidos católicos, se perpetraron toda clase de violencias, se corrompió descaradamente el sufragio y se anularon las actas de muchos Diputados católicos por vanos y fútiles pretextos. A pesar de lo cual los partidos católicos tuvieron mayoría de votos. Prescindimos de la injusticia que ha dado origen a estas elecciones, consistente en no haber querido entregar el poder a los partidos católicos que actuaban dentro de la ley, y a quienes pertenecía según derecho reconocido del régimen parlamentario, por ser el grupo más numeroso de la Cámara. Y aun podemos prescindir del hecho de haberse apoderado del Gobierno el Frente Popular antes de conocerse el resultado definitivo de las elecciones en varias provincias de España. Por lo que aparece bien claro que el Gobierno del Frente Popular es ilegítimo en su origen inmediato y usurpador injusto del poder.

b) El origen remoto de este Gobierno es la República, ilegítima también, puesto que nunca fué votada por la nación. La nación sólo había elegido sus Municipios, a quienes pertenece la administración local, mas no la determinación del régimen supremo, pues para ello no tienen capacidad ni mandato. Y aun debemos añadir que el mayor número de los Municipios elegidos y de sus representantes pertenecía a los monárquicos. Y no vale aducir que la República triunfó en las principales capitales de la nación, que son su parte selecta, mientras que los monárquicos sólo obtuvieron mayoría en los «burgos podridos»; pues aún en el supuesto de que esto fuera exacto, en un régimen democrático tiene igual valor el voto de un rústico labriego que el del más refinado y culto ciudadano.

El régimen republicano no es, pues, la expresión de la voluntad del pueblo. Ni se puede afirmar que este régimen se haya legitimado con el transcurso del tiempo por el consentimiento tácito del pueblo en un orden jurídico de paz y bienandanza, porque jamás ese orden ha existido en los cinco años de republicanismo ni el pueblo ha dejado de manifestarse en contra de los poderes republicanos—por lo menos una parte bien considerable del mismo pueblo—, siempre que la opresión triunfante le permitía algún respiradero. De donde resulta que, no sólo es bastardo el injerto, sino que está dañado el tronco desde la raíz misma. El Gobierno del Frente Popular es, pues, verdadero usurpador y detentador del poder público.

2.º *El Gobierno del Frente Popular es tirano en el régimen.*

Para probar esto basta abrir los ojos ante la realidad histórica. El Gobierno del Frente Popular atentó constantemente contra las instituciones más sagradas y consustanciales de la nación, como religión, familia, propiedad, oprimiendo a los ciudadanos honrados y elevando a los cargos públicos a los criminales que en los presidios cumplían la pena impuesta por los tribunales de justicia, despojando a los hombres pacíficos de sus derechos naturales, religiosos y civiles, fomentando el libertinaje de todo género y hasta impulsando al crimen, como en el asesinato de Calvo Sotelo. Esto, que comenzó a realizar antes del levantamiento, ha llegado a su plenitud después de entablada la lucha en las regiones que le están sometidas, y no por desquite o represalia, sino porque estaba en su programa, y de igual manera lo hubiera realizado en toda España si la guerra civil no estalla. Es, por tanto, un Gobierno tiránico, de lo más tiránico que se ha conocido, y en el sentido más crudo de la palabra.

3.º *El Gobierno del Frente Popular es traidor a la Patria y a la Nación.*

a) Ha fomentado las luchas intestinas y atentado contra la unidad nacional, descuartizando la Patria en locos separatismos y secundando las ambiciones de quienes pretendían medrar sobre los despojos de la Patria deshecha. Y, aunque gravísimo, no es esto lo peor.

b) Ha atentado igualmente contra la libertad e independencia de la nación (que es atentar contra su misma existencia), entregándola a la más ominosa esclavitud soviética, hasta el punto de considerar delictivo el grito de «Viva España», al cual se contraponía el vergonzoso grito de «Viva Rusia». Ha cometido, pues, el crimen de la más alta traición que el Gobierno de una nación puede realizar.

4.º *El Gobierno del Frente Popular es enemigo de Dios y de la Iglesia*

a) Esto se prueba ante todo con los hechos. Ha establecido la enseñanza atea, impuesto el laicismo en todas las manifestaciones de la vida social, destruido templos y conventos y perseguido al clero. Esto, que empezó realizando antes del levantamiento, lo completó ahora en las regiones que aún gimen bajo su tiranía, donde no queda ni un sacerdote ni un religioso más que alguno que permanece oculto a sus pesquisas; donde los ciudadanos honrados son fusilados o martirizados por el solo delito de ser católicos; donde apenas queda en fin un solo templo, como sucede en casi todas las regiones del Levante. El mismo Vicario de Cristo los ha declarado enemigos de la sociedad, de la religión y del mismo Dios, cuando en la alocución del 13 de Marzo de 1933, refiriéndose al Gobierno de entonces, que fué el predecesor del Frente Popular, dice: «*Contra hominum consortionem, contra Religionem sanctissimam, contra denique ipsum Deum, hi bellum conflant atque urgent*». Y equipara la persecución religiosa de España a la de Rusia y Méjico, cuando dice poco después: «*Quod jam diu continenterque accidit in immensis, iisdemque infelicissimis, Russiarum regionibus; quod in Hispania; quod in foederatis Mexici Civitatibus...*» (Acta A. S., vol. 25, págs. 112, 113).

b) Pruébese igualmente que el Frente Popular es enemigo de Dios y de la Iglesia porque sus filas se nutren principalmente de socialistas, comunistas y anarquistas, y se mueve a impulsos de las nefandas sectas masónicas. El comunismo (en cualquiera de sus fases, desde las más mitigadas hasta las más violentas) es el compendio de todos los errores, de todas las herejías, de todas las impiedades. Constantemente nos lo vienen repitiendo los Sumos Pontífices desde Pío IX, advirtiéndonos que es el gran peligro del cristianismo y de la humanidad. Sólo recogeremos algunas palabras del actual Pontífice Pío XI. En la Encíclica *Caritate Christi compulsi*, escribe: «Los enemigos de todo orden social, cualquiera que sea su nombre: comunismo, socialismo u otros... se emplean con audacia en romper todo freno, en quebrar toda ligadura impuesta por la ley divina o humana». Y en la Encíclica *Quadragesimo Anno*: «Nos no juzgamos, dice, seguramente necesario advertir a los hijos buenos y fieles de la Iglesia en lo tocante a la naturaleza impía e injusta del comunismo». Y también: «Hemos llamado de nuevo a juicio al comunismo y al socialismo y hemos encontrado que todas sus formas, aun las más suaves, están muy lejos de los preceptos evangélicos». Y en cuanto a la masonería, que alienta y mueve secretamente al Frente Popular, no es preciso hablar, pues la Iglesia la ha condenado con las más severas censuras. El

Frente Popular con su Gobierno es, por lo tanto, enemigo declarado de Dios y de la Iglesia.

PROPOSICIÓN SEGUNDA.—**El alzamiento en armas contra el Frente Popular y su Gobierno es, no sólo justo y lícito, sino hasta obligatorio, y constituye por parte del Gobierno Nacional y sus seguidores la guerra más santa que registra la historia.**

1.º El alzamiento en armas contra el Frente Popular y su Gobierno, es justo y lícito.

a) Es doctrina común de teólogos y filósofos cristianos que se puede resistir por la fuerza al tirano que ha usurpado el poder, a no ser que más adelante se haya legitimado de alguna manera. Así lo enseña Santo Tomás por estas palabras: «Qui per violentiam dominium surripit, non efficitur vere praelatus vel dominus, et ideo, cum facultas adest, potest aliquis tale dominium repellere» (II Sent., d. 44, q. 2, a. 2). Y añade contestando a un argumento: «Quando aliquis dominium sibi per violentiam surripit, nolentibus subditis, *vel etiam ad consensum coactis*,... tunc qui ad liberationem Patriae tyrannum occidit, laudatur et praemium accipit» (ad 5). Este es manifiestamente el caso del Gobierno del Frente Popular, que de ningún modo ha podido legitimarse.

b) También es doctrina de Sto. Tomás, al cual siguen la mayoría de los teólogos, que se puede destituir violentamente al que gobierna tiránicamente, aun cuando su gobierno originariamente hubiera sido legítimo. Veamos sus palabras: «Si ad ius multitudinis alicujus pertineat sibi providere de rege (en el régimen republicano siempre pertenece a la multitud elegir sus gobernantes), non injuste ab eadem rex institutus potest destitui vel refrænari ejus potestas, si potestate regia tyrannice abutatur» (De Reg. Princ., Lib. I, cap. VI). Y en la Summa Theológica demuestra que el levantamiento en armas contra el tirano no es sedición y, por tanto, no es injusto, cuando escribe: «Regimen tyrannicum non est justum, quia non ordinatur ad bonum commune, sed ad bonum privatum regentis... Et ideo perturbatio hujus regiminis non habet rationem seditionis (porque en ese caso sería ilícita)... Magis autem tyrannus seditiosus est, qui in populo sibi subjecto discordias et seditiones nutrit (como hizo el Frente Popular), ut tutius dominari possit: hoc enim tyrannicum est, cum sit ordinatum ad bonum proprium praesidentis, cum multitudinis nocumento» (Sum. Theol., 2.^a 2^{ae}, q. 42, a. 2 ad 3). El levantamiento armado contra el Frente Popular es, pues, justo y lícito, por

tratarse de un Gobierno usurpador y tiránico en sumo grado. Y este levantamiento reúne todas las condiciones que exigen los teólogos, pues no quedaba otro recurso humano y no se podía dilatar su ejecución por el peligro inmenso que había en la tardanza.

2.º *El alzamiento en armas contra el Frente Popular era obligatorio*

a) *Por la obligación de defender a la Patria cuando está en peligro.*—Es ésta una verdadera guerra defensiva. El agresor injusto es el Frente Popular y su Gobierno. Para convencerse de esto basta recordar las estadísticas de crímenes, desórdenes, asesinatos, incendios de templos y conventos, perpetrados por el Frente Popular, con la anuencia expresa o tácita de su Gobierno, durante los meses que precedieron al levantamiento. Esas listas fueron leídas en el Congreso de los Diputados por los señores Calvo Sotelo y Gil Robles, y publicadas en el *Diario de Sesiones*. Y el mismo Gobierno del Frente Popular se ha declarado «parte beligerante», es decir, *agresiva*, puesto que los católicos a nadie agredían y se limitaban a reclamar el ejercicio de sus derechos. Y más clara aparece la agresión por parte del Frente Popular si se tiene en cuenta los fines perversos que éste se proponía, atentando a la misma independencia de la Patria y a la existencia de la nacionalidad española, como dicho queda. Ahora bien, cualquier nación tiene la obligación de defenderse contra los enemigos extraños y, *a fortiori*, con mayor motivo, contra los enemigos internos. Puede un individuo particular renunciar al derecho de defensa que a todos asiste, pero una nación no puede renunciar a este derecho, porque sería conculcar el derecho de la multitud y atentar contra el bien común. Y es que la Patria es como nuestra madre y estamos obligados para con ella por la misma virtud de la piedad y con los mismos deberes que tenemos para con nuestros padres, como Sto. Tomás enseña (II-II, q. 101). Mas ningún hijo habrá que se crea exento del deber de defender a su madre cuando la ve ultrajada, perseguida y en peligro de perecer. Pues bien, los ultrajes que recibía nuestra Patria en sus instituciones y en sus ciudadanos eran continuos; máximo e inminente era el peligro en que ella misma se encontraba; y la obligación de defenderla pesaba, por lo tanto, gravísimamente sobre todos sus buenos hijos.

b) *Por la obligación de defender a la religión.*—El insigne Maestro Vitoria, fundador y padre del derecho internacional, entre los títulos legítimos por los cuales se puede hacer la guerra a los indios y aun despojarlos de su soberanía, establece dos que tienen aplicación al caso presente. Son el tercero y el quinto. En el tercero se dice: «Si algunos de los bárbaros se convierten al cristianismo y sus príncipes quieren por la

fuerza y el miedo volverlos a la idolatría, pueden por este capítulo también los españoles, si de otro modo no puede hacerse, declarar la guerra y obligar a los bárbaros a que desistan de semejante injuria, y utilizar todos los derechos de guerra contra los obstinados y, por consiguiente, destituir en ocasiones a los señores, como en las demás guerras justas». Y el quinto título dice: «Otro título puede obedecer a la tiranía de los mismos bárbaros o de las leyes inhumanas que perjudican a los inocentes, como el sacrificio de hombres inocentes o el matar a hombres inculpables para comer sus carnes... Y esto no sólo se entiende para el preciso momento de ser llevados a la muerte, sino que también pueden obligar a los bárbaros a que renuncien en absoluto a tal costumbre; y si se niegan, ya hay causa para declararles la guerra y emplear contra ellos todos los derechos de guerra» (Vitoria, Relec., *De los indios* (primera). Ed. y traduc. del P. Getino. Madrid, 1934. Tomo 2.º). Según esto, es lícito hacer la guerra a una nación extraña y hasta deponer a sus príncipes legítimos, para defender a algunos cristianos que hubiere en ella y fueren impedidos en el ejercicio de su religión; lo mismo que si se da la muerte sistemáticamente a gentes inocentes. Ambas cosas hacían *los bárbaros* del Frente Popular en España, matando sacerdotes, etc.; y tanto más es aquí lícita la guerra, cuanto que no se trata de una nación pagana, sino de una nación católica, que es de este modo vejada y oprimida. Y si cualquier nación podría en este caso venir a España y hacer la guerra al Frente Popular y deponer a su Gobierno tiránico, para que la nación eligiese otro conforme a su religión y conservador del bien común, la propia España no sólo tiene el derecho, sino el deber ineludible de defender la propia religión e impedir los crímenes que contra ella y sus sacerdotes y seguidores se cometen. Y no se diga que algunos teólogos no admiten ese tercer título de Vitoria, porque la Iglesia de Cristo no ha de defenderse por la fuerza, pues una cosa es que la Iglesia en cuanto tal no haya de tomar las armas, y otra cosa es que las naciones cristianas no las tomen en defensa de ella, o mejor dicho de su propia religión, que es el bien más grande que poseen. La nación española, por lo tanto, tiene la obligación de defender su propia religión, que es la católica, por medio de las armas, si de otro modo no puede conseguirlo, contra cualesquier enemigos exteriores o interiores. Y si se pregunta con qué autoridad se puede realizar esto, contestaré con el mismo Vitoria, que con la autoridad de todo el orbe («auctoritate totius orbis»), pues la muerte de inocentes es un crimen de lesa humanidad; o con la autoridad de toda la comunidad cristiana, pues crimen de lesa cristiandad es la persecución de la cristiana religión; o con la autoridad de la propia nación, que en ella ra-

dicalmente existe, como enseña el mismo Vitoria, antes que en cualquier poder constituido.

3.º *La guerra nacional española es guerra santa, y la más santa que registra la historia.*

a) Teníanse en otros tiempos por guerras santas las que se hacían contra los turcos, que intentaban invadir la cristiandad y acabar con nuestra religión, o las que se hacían contra herejes o luteranos que pretendían pervertir la fe católica, o las Cruzadas, que tenían por objeto rescatar los Santos Lugares del poder sarracénico; en fin, todas aquellas que tenían por móvil y determinante algún asunto religioso. Mas en todas las guerras santas que ha habido hasta el presente se ventilaban cuestiones de menor cuantía y tenían por adversarios a enemigos que adoraban a Dios y le rendían culto y vasallaje. En la actual guerra nacional se discute la existencia misma de toda religión, natural o positiva, y nuestra lucha es contra los que declaran la guerra al mismo Dios y le quieren desterrar del mundo, contra los «sin Dios», como ellos mismos se llaman. Por eso es la más santa de todas las contiendas, por ser el enemigo más perverso y la cuestión que en ella se discute de una trascendencia ilimitada.

b) Esta guerra es también la más santa, porque es la defensa de toda la humanidad, no sólo en el orden divino, sino en el orden meramente humano y natural. El comunismo y el sovietismo son nuestro enemigo, y éstos, como tantas veces nos han advertido los Papas, son enemigos de toda la humanidad e intentan destruir los fundamentos mismos de la sociedad, rompiendo toda ley divina, natural y humana. Así, cuanto más intenso y universal es el mal que se combate, tanto más excelente es el bien contrario que se busca y se defiende. Y el mal aquí es universal, lo mismo por la universalidad de los principios santos que destruye, que por la universalidad de gentes y de territorio, pues pretende invadir el mundo entero. Santa, pues, y la más santa de todas es la presente guerra nacional.

PROPOSICION TERCERA.—El Gobierno Nacional es legítimo y católico, y está cumpliendo un deber patriótico, humanitario y religioso.

1.º *El Gobierno Nacional es legítimo.*

a) *La nación española tenía derecho y deber de nombrar o instituir su Gobierno.*—Hemos probado que el Gobierno del Frente Popular es ilegítimo y tiránico, y por consiguiente, la nación española—la auténtica,

no la esclavizada a poderes traidores y exóticos—, desde el momento que le sea posible, tiene el deber ineludible de designar las personas que han de ser sujeto del poder civil y desempeñar las funciones del Gobierno. Es, para el caso, indiferente la cuestión que se discute entre los teólogos, de si el pueblo mismo es el sujeto de la autoridad, o son las personas designadas para gobernantes las que la reciben inmediatamente de Dios. En cualquiera de los casos, una sociedad civil, sin un órgano de la autoridad, es un cuerpo inorgánico, o más bien, no organizado, amorfo. Para constituirse en persona moral y jurídica, no de un modo potencial, sino efectivo, capaz de realizar el bien común, que es su fin propio, por ley natural está obligada a constituir el órgano que la ha de gobernar, estableciendo el orden jurídico, conduciéndola a la consecuencia de sus fines y defendiéndola de sus enemigos. Este es deber ineludible de toda sociedad civil que no quiere firmar su sentencia de muerte, y esto es lo que ha hecho la nación española constituyendo el Gobierno Nacional que hoy la rige y gobierna y defiende vigorosamente, al verse privada de Gobierno legítimo y en manos de un Gobierno usurpador y tiránico.

b) *La forma en que se ha constituido el Gobierno Nacional es legítima y la más acomodada a las circunstancias por que atravesaba la nación.*— La ley natural que ordena al hombre formar sociedad y constituir en ella un órgano de la autoridad, nada prescribe acerca de la forma en que esto se haya de ejecutar, y puede, por consiguiente, llevarse a cabo en cualquier forma que se acomode al estado de la nación, con el consentimiento, implícito por el menos, de la misma. En el caso presente, no habiendo nada determinado por leyes o convenciones anteriores, pues la ley fundamental de la nación había perdido todo su valor—si es que alguna vez lo hubiera tenido—al derrumbarse el poder tiránico que la representaba y que fué el primero en conculcarla, la genuína nación española tenía plena libertad para establecer el órgano de su Gobierno en la forma que mejor le hubiere parecido. Y la forma en que se ha constituido este Gobierno Nacional es la más adecuada al estado de la nación y a las circunstancias difíciles por que atravesaba. El poder defensivo de la nación reside en el Ejército, si bien subordinado a la autoridad suprema de la nación misma. Careciendo a la sazón la nación española de esa autoridad suprema y siendo urgentísima la necesidad de defenderla contra el poder tiránico que la esclavizaba, al Ejército competía ejercer por sí mismo su propia función defendiendo la Patria, y en representación de la nación toda, con el consentimiento tácito de ella, asumirse también las funciones de autoridad suprema. Ese consentimiento tácito de la nación fué por el momento virtual e interpretativo; mas bien pronto se manifestó

de un modo efectivo, por el aplauso con que el pueblo recibió la constitución del nuevo Gobierno Nacional y la prontitud con que se asoció a él para auxiliarle también en su función defensiva, formando las aguerridas milicias voluntarias. No puede en manera alguna considerarse esta guerra como un levantamiento militar contra un poder constituido como quiera que sea, sino como un movimiento vital de la España auténtica que orgánicamente constituye su órgano de Gobierno, elevando al poder supremo al que ya era su órgano defensivo y que ha cumplido desde el primer momento su deber, entablando la lucha para defenderla de sus enemigos interiores y exteriores. Y mucho importa dejar bien establecido este carácter nacional del movimiento, ya que son pocos los que se dan cuenta de ello fuera de España. Lo más urgente para la Patria y de una necesidad perentoria es su propia defensa, y mientras esta necesidad exista, y mientras se organiza en forma la nueva España regenerada, al Ejército compete como por derecho propio, que la nación espontáneamente le ha otorgado, desempeñar las funciones del Gobierno en la Patria española. El Gobierno Nacional es, pues, legítimo y el más acomodado a las presentes circunstancias.

2.º *El Gobierno Nacional es católico.*

a) El Gobierno Nacional representa la antítesis del programa del Frente Popular, soviético, masónico, antinatural, antisocial y antireligioso. Su programa, por consiguiente, tiene que ser católico y llevar la doctrina católica a todas las manifestaciones de la vida, tanto política y social como privada. Esto tiene que ser si ha de ser verdadero Gobierno Nacional, ya que se propone la restauración de la verdadera España, siendo la religión católica como consustancial a la hispanidad.

b) El movimiento nacional, representado y dirigido por el Gobierno Nacional, es un movimiento católico, por lo mismo que es patriótico. Vienen a integrar este movimiento cuatro partidos políticos: Requeté, Renovación Española, Acción Popular y Falange Española. Todos estos partidos propugnan la religión católica como elemento esencial de la nacionalidad española. Del catolicismo de los tres primeros nadie puede dudar. Y en cuanto a Falange Española, fácilmente nos convenceremos de su catolicismo con sólo leer el artículo 25 de su programa, que copiamos a continuación: «Nuestro movimiento incorpora el sentido católico—de gloriosa tradición y predominante en España—a la reconstrucción nacional. La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, etcétera». Según esto, un Gobierno Nacional, que sea como el *substractum* de las esencias nacionales y sintetice las aspiraciones comunes de los cua-

tro partidos políticos que integran este movimiento, no es posible concebirlo siquiera si no es netamente católico. Si no quiere ser un suicida y un Gobierno Nacional ficticio, católico tiene que ser, como lo es de hecho.

c) El Gobierno Nacional aún no ha podido elaborar su programa por la premura del tiempo y las necesidades urgentísimas de la defensa y reconquista nacionales. Mas con los hechos va mostrando que la religión católica entra como elemento esencial en su programa. La actuación del Gobierno Nacional ha sido hasta el presente enteramente en sentido católico. Ha instaurado la enseñanza religiosa en todos los centros oficiales y repuesto el crucifijo en las escuelas; ha derogado practicamente las leyes secularizadoras y laizantes, y ha reconocido en todos sus procedimientos los derechos de la Iglesia, de sus ministros y de todos los fieles. Y aún podemos decir que ha vuelto a cristianizar el Ejército, llevando a él capellanes católicos y sólo recibiendo para las funciones sacerdotales a los que fueran llamados a él investidos ya con las órdenes sagradas. Un Gobierno que así procede, bien se puede asegurar que es genuinamente católico, aunque no lo hubiera solemnemente declarado.

3.° *El Gobierno Nacional está cumpliendo un deber patriótico, humanitario y religioso.*

Esta afirmación es corolario de todo lo dicho anteriormente. El Gobierno Nacional está sosteniendo guerra formidable para librar a la Patria de la esclavitud soviética, y esto constituye un deber patriótico. Mas como el sovietismo o comunismo es enemigo de toda la humanidad, al oponerse a él como un dique de hierro, se libra a la humanidad de las garras de este monstruo, lo cual constituye el cumplimiento de un deber humanitario. Y como el mismo enemigo trata de desterrar a Dios y destruir toda religión, principalmente la católica, en cumplimiento de un deber religioso el Gobierno Nacional trata de vencer a ese enemigo, para que la religión triunfe y se ejerza libremente. Tal es la misión importantísima que actualmente desempeña el Gobierno Nacional Español.

PROPOSICIÓN CUARTA.—Toda ayuda o auxilio que se preste, directa o indirectamente, al Frente Popular, es ilícita; así como lo es igualmente toda oposición al legítimo Gobierno Nacional, en las actuales circunstancias.

1.° *Es ilícita toda ayuda o auxilio que, directa o indirectamente, se preste al Frente Popular.*

El Frente Popular es malo intrínsecamente, malo en sus fines y de-

sastroso en los efectos que se seguirían si llegase a alcanzar la victoria. Por consiguiente, todo auxilio que, directa o indirectamente, se le preste es una cooperación formal al pecado y, por lo tanto, ilícito. Analicemos estos conceptos:

a) *El Frente Popular es malo en si mismo e intrínsecamente.*—El Frente Popular es un conglomerado monstruoso de partidos políticos, anticatólicos todos ellos, amalgamados accidentalmente para arrebatar injustamente el poder y constituir un gobierno tiránico, opresor de la Patria y perseguidor de la Iglesia. Todo esto queda demostrado anteriormente al probar su ilegitimidad y su tiranía. Luego el Frente Popular es malo intrínsecamente y por su propia naturaleza.

b) *El Frente Popular es también malo por sus fines.*—Estos fines ya nos son bien manifiestos por lo que está realizando en las regiones que aún gimen bajo su yugo. Podemos reducirlos a dos: establecer e imponer un humanismo materialista en el sentido más crudo de la palabra, y abrir las puertas al comunismo soviético, traicionando a la Patria y aniquilando el catolicismo en nuestra nación. Es, por consiguiente, esencialmente malo en sus fines, sin que haya nada que lo pueda justificar, aunque a veces trate de enmascararse con disfraces de civilización o cultura, de protección al proletariado, de destrucción de la tiranía, u otros semejantes. Nadie que tenga ojos para ver, podrá llamarse a engaño sobre este particular.

c) *Si el Frente Popular triunfase, los efectos desastrosos que se seguirían para la Patria, para la Iglesia y para la humanidad, serían incalculables.*—La nación española perdería su propia personalidad y su independencia, entregada a un poder soviético; la Iglesia española tendría que volver a las catacumbas, si no quería ser totalmente aniquilada, y la humanidad entera sentiría acercarse el peligro de verse totalmente absorbida por las fauces del monstruo soviético. En efecto, teniendo la Unión Soviética un punto de apoyo en nuestra Patria, por su favorable situación geográfica, cogería el resto de Europa entre una tenaza formidable, y fácilmente extendería sus tentáculos hacia América, y todo el mundo podría temblar de espanto al verse a punto de perecer ante la inundación bolchevista. De este peligro espantoso no se cansa de avisarnos el Vicario de Cristo, atento siempre al bien de la humanidad y de la Iglesia.

d) *Es, pues, absolutamente ilícito, como cooperación formal a un mal inmenso y a consecuencias funestísimas irreparables, todo auxilio que directa o indirectamente se preste al Frente Popular.*—Y no se diga que por conseguir algún fin bueno se pudiera prestar cualquier auxilio indi-

recto al Frente Popular, porque tratándose de una cosa intrínsecamente mala, como probado queda, todo auxilio que se le pueda prestar bajo cualquier pretexto y en cualquier forma, sería una cooperación formal, como dicen los teólogos, y en ningún modo podría justificarse, porque el fin no justifica los medios cuando éstos son intrínsecamente malos, y la cooperación formal al mal es intrínsecamente mala, según el sentir unánime de los moralistas católicos. Ya se ve que no tratamos aquí de los que, por un error o ignorancia invencibles, cooperan con el Frente Popular en sus fines perversos, o son arrastrados por una fuerza mayor ineludible. Mas bien urgente sería sacar a los primeros de su ceguera, diciendo entre tanto: «Señor, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

e) *No vale atrincherarse bajo la capa de la legalidad o la juricidad.*— Tal es el argumento que emplean para seducir a los incautos, porque el Gobierno del Frente Popular es el legalmente constituido y jurídicamente establecido. Mas a esto tenemos que replicar que la legalidad y la juricidad son palabras huecas y engañosas si se prescinde del concepto de verdadera justicia. «Lex injusta non est lex», según reza un principio fundamental de todo derecho; y, por tanto, no hay que atender sólo a la materialidad de la ley, que es la legalidad tan decantada por algunos juristas, sino a su contenido de justicia, que es una virtud moral y de la cual la ley humana ha de tomar su fuerza obligatoria. Y esa juricidad, que no se nutre de justicia, que quiere sustituir lo justo por lo jurídico, es un mascarón sin alma, que sólo en espíritus farisaicos, seguidores de la letra que mata y despreciadores del espíritu que vivifica, puede despertar ridículos escrúpulos. Ya hemos visto anteriormente la justicia que le asiste al Gobierno del Frente Popular, injustísimo en su origen y más injusto aún en su actuación tiránica; y el querer echar sobre él esa capa de la legalidad o de la juricidad, es cubrir con manto de armiño la hediondez de un cadáver putrefacto.

2.º *Es asimismo ilícita toda oposición al legítimo Gobierno Nacional en las circunstancias actuales.*

Pudiera considerarse esta proposición como un corolario de aquella en que se ha demostrado la legitimidad del Gobierno Nacional. Mas hay que tener presente que aún a un Gobierno legítimo se le puede en ciertas condiciones hacer la oposición, en virtud de derechos parciales que lícitamente se pretende ejercitar o reclamar. Por eso avanzamos un paso más afirmando que toda oposición al Gobierno Nacional, en las actuales circunstancias, es ilícita y criminal. Con pocas palabras se puede probar.

a) El Gobierno Nacional está realizando la grande obra, patriótica,

humanitaria y religiosa de que hemos hablado anteriormente; y para ello necesita del auxilio de todos, pues lucha contra un enemigo fuertísimo, con medios inadecuados, como lo estamos palpando. Todo aquél, por consiguiente, que, lejos de prestarle su apoyo incondicional para la realización de esta magna obra—apoyo que, como españoles, como cristianos y como hombres, estamos obligados a prestarle—, se oponga positivamente en las actuales circunstancias al Gobierno Nacional, tratando de debilitar su esfuerzo o mermar su poder o entorpecer su actuación, podría considerarse como traidor a la Patria, infiel a la religión y criminal ante la humanidad.

La razón es manifiesta, porque todos los males que se pudieran seguir de que el Gobierno Nacional fuese vencido en esta lucha—¡el Señor no lo permita!—, se imputarían, al menos proporcionalmente, al que directa o indirectamente se opusiese a él mismo o a su actuación. Ante el cúmulo de esos males, inmensos, irreparables, de que ya hemos hecho mención anteriormente, ningún bien se puede oponer por grande que sea, que pueda justificar, ni aún aparentemente, semejante oposición.

b) Oponerse de cualquier modo al Gobierno Nacional, combatirle o debilitar su acción, es prestar auxilio indirecto al Gobierno ilegítimo del Frente Popular y cooperar a su triunfo. Mas esto ya hemos visto que es absolutamente ilícito y criminal. Por lo tanto, ninguna razón, ningún motivo, ningún derecho parcial, real o aparente, puede justificar una oposición positiva al Gobierno Nacional en las actuales circunstancias.

PROPOSICION QUINTA.—Los nacionalistas vascos, como cristianos, ya que no sea como españoles, obran ilícitamente al tomar las armas contra el Gobierno Nacional y al lado del Frente Popular.

Esta proposición no es más que una aplicación, al caso particular, de lo dicho anteriormente. Prescindimos aquí de que el pueblo vasco tenga o no derecho a que se le conceda su Estatuto, por el cual lucha, porque esa no es cuestión que directamente toque a un moralista resolver, ni puede tener cabida en los ámbitos de este escrito. Mas, aún suponiendo que al pueblo vasco le asistan todos los derechos para reclamar su Estatuto, afirmamos que es absolutamente ilícita su actuación bélica actual.

a) La mutua ayuda que en la región vasca se están prestando los del Frente Popular y los nacionalistas vascos, luchando unidos contra nuestros ejércitos nacionales, muestra hasta la evidencia, que se trata de una cooperación formal, y por tanto, absolutamente ilícita, como queda de-

mostrado. Y no se diga que ellos, como católicos, garantizan la existencia de la religión y obligan a sus aliados a respetarla, conteniendo sus desmanes e impidiendo la implantación del comunismo con todas sus consecuencias. Aun cuando llegaran a ser una realidad sus propósitos dentro de la región vasca—lo cual es muy problemático, si no del todo improbable—, siempre será verdad que ellos cooperan formalmente al triunfo del Frente Popular en el resto de España, donde acabarían con la religión y con la Patria. Y esa cooperación formal a un mal de tan enorme trascendencia, por ningún motivo ni bajo ningún concepto se puede justificar, sino que es absoluta e intrínsecamente mala, como se ha visto anteriormente. Añádase a esto que luchan contra el Gobierno Nacional, y serían responsables de todos los males que se pudieran seguir si éste llegara a ser vencido en la actual guerra.

b) Mas cabe presentar aun bajo otro aspecto la cuestión, prescindiendo de la cooperación, que habrá quien piense que es puramente material. Los nacionalistas vascos luchan para conseguir su Estatuto, que ellos consideran como un bien (efecto bueno), y a ese fin pactan con los marxistas o los del Frente Popular que les ayuden a realizar su empeño, prescindiendo a su vez su ayuda para que ellos alcancen también el triunfo y puedan realizar sus objetivos (efecto malo). La cuestión moral se plantea en estos términos: ¿Puede lícitamente ejecutarse alguna obra de la cual se siguen dos efectos, uno bueno y otro malo? Todos los moralistas están acordes en decir que dicha obra será lícita solamente cuando concurren en ella cuatro condiciones: 1.^a Que la obra en sí sea buena o indiferente. 2.^a Que el fin sea bueno. 3.^a Que el efecto bueno se siga directamente de la obra (*per se*), y el malo solamente de un modo indirecto (*per accidens*). 4.^a Que el efecto bueno supere, o compense, por lo menos, al efecto malo que se hubiere de seguir. Ahora bien, ¿reune estas cuatro condiciones la alianza ofensiva vasco-soviética? Prescindamos de las dos primeras, aunque algo se pudiera decir acerca de ellas. Paremos mientes en la tercera condición: que se siga *per se* o directamente el efecto bueno, y el malo sólo *per accidens* o indirectamente. En el presente caso, tan *per se* y directamente se sigue el un efecto como el otro, pues si consiguen el triunfo, juntamente lo consiguen unos y otros, y aún pudiéramos decir que más directo es el efecto malo, que el bueno, puesto que los vascos no conseguirían su Estatuto sino *mediante* el triunfo del Frente Popular, que es el que se lo concedería. Por este concepto ya la acción resulta completamente ilícita. Examinemos la cuarta condición: que el efecto bueno supere, o compense, por lo menos, al efecto malo. El efecto bueno sería la consecución de un Estatuto político, cuyas ventajas—aun suponiendo que

fuera reales y lo más excelentes que se las pueda imaginar—sólo beneficiarían a una pequeña región y en un orden meramente temporal; el efecto malo, por el contrario, sería el triunfo del comunismo en el resto de España, con la ruina temporal, moral y religiosa de la misma, y con un peligro real de que esto se extendiera a toda la humanidad. ¿Hay quién se atreva a decir que el efecto bueno que se pretende, pueda ni remotamente compensar a los efectos desastrosos que produciría la implantación del comunismo en la nación española? Y esto, en el mejor de los supuestos, porque si en España triunfase el comunismo, ¿podrían los vascos hacerse la ilusión de que no serían bien pronto arrollados por el mismo, y todos sus Estatutos e instituciones más santas morirían entre las ruinas del templo de la nacionalidad española, que ciegamente quieren ahora derribar? Faltan, pues, dos condiciones esenciales para que su unión bélica con los marxistas pudiera ser lícita, a parte de otras cosas que pudieran ser más discutibles. Pero la evidencia de estos argumentos es tal que apenas se comprende que haya quienes, habiendo saludado siquiera la ciencia de la Teología Moral, no abran los ojos a la luz que explende con claridad meridiana.

FR. IGNACIO G. MENENDEZ-REIGADA, O. P.

Profesor de Teología y Miembro de la Asociación F. de Vitoria.

(Concluirá).

ACTUALIDAD ESPAÑOLA

Tres charlas ante el micrófono de la radio:

LA GUERRA DE ESPAÑA VISTA DESDE ITALIA Y FRANCIA.

I

Al llegar a León, siete meses después de salir de España, me piden que comunique desde esta radio, como comuniqué desde Radio Castilla de Burgos, algunas de las impresiones recibidas en el extranjero con respecto a este momento trágico de nuestra patria. Estas impresiones hay que reflejarlas con exactitud, sean gratas, sean desagradables, para que nos formemos una idea

NOTA. En lugar de la *Crónica* de España, preferimos en las presentes circunstancias estos informes volanderos, pronunciados ante la radio de varias ciudades, tomados taquigráficamente. Es una forma de literatura novísima—medio charla y medio conferencia—, que en este caso fué preparada con vistas a LA CIENCIA TOMISTA, donde tenemos mucho gusto en publicarla; recogiendo tres audiciones, entre las que dirigió el autor a los radio-oyentes de Burgos, León, Palencia y Valladolid.

Del entusiasmo que suscitaron nos da una idea *El Diario de León* en la reseña que hace de una de ellas: «Nosotros, que tenemos la plena seguridad de que los lectores que no pudieron escuchar la Conferencia, tendrían gran sentimiento de no conocerla, y de que aun los que la oyeron desean repasarla con mayor detenimiento, hemos tomado taquigráficamente el hermosísimo discurso y nos proponemos publicarlo en los próximos números».

«Al felicitar a Radio León y al preclaro hijo de Santo Domingo, nos congratulamos de que haya leoneses que, como él, pueden ser faros luminosos que guíen a la humanidad en estas horas de negras tempestades y de procelosas borrascas».

cabal de lo que piensan los extranjeros de nosotros y corriamos lo que no vaya conforme a los cánones de la justicia internacional, en los que hemos de convivir con ellos; y en lo que hemos sido antaño sus Maestros, puesto que de nosotros salió aquel gran Maestro de Maestros internacionales que se llamó FRANCISCO DE VITORIA, luz de nuestras escuelas salmantinas y reverenciado en todas las del orbe.

Cabalmente yo salí de España hace unos meses con la obsesión internacionalista y vitoriana, pues acababa de publicar el tercer volumen de sus obras.

En el ambiente de escritores y profesores en que vivía yo, los temas sobre nuestra patria que tuvieran carácter financiero, industrial, comercial pasaban de largo como una materia profana. Nuestra conversación recalaba enseñada en los de carácter jurídico más o menos relacionados con el estado mental de las naciones donde estaba, que eran Italia y Francia.

Italia y Francia, si no lo eran todo para nosotros, lo representaban todo; porque como es sabido, la una está gobernada por jefes enteramente adictos a los blancos; es decir, al Ejército español y a sus auxiliares, y la otra por un Frente Popular parejo del que estaba en España al frente de nuestros destinos. Tristes destinos, ciertamente.

Como que en Francia había que estar constantemente en actitud de defensa y en Italia más bien en actitud de suspicacia, pues dudaba uno del fundamento de su entusiasmo por nosotros, como se duda de los encomios que los abuelos hacen de sus nietos.

Antes del levantamiento de Julio, en las semanas de inquietud penumbrosa que le precedieron, todo el mundo me preguntaba: ¿Qué pasa en España? ¿Cómo se explica que una nación católica hasta ayer, de la noche a la mañana haya perdido su fisonomía religiosa y consienta que arranquen los crucifijos de las escuelas, incendien los conventos, arrasen las iglesias y asesinen a muchas gentes de derechas y a muchísimas más las eliminen del censo electoral, como si fueran parias?

Yo contestaba que con un Gobierno masónico, cómplice de los incendiarios, los incendios eran fáciles en cualquier país; y aun los asesinatos eran muy explicables, teniendo desarmada la masa derechista y armadas hasta las uñas las gentes de la izquierda.

En cuanto al pleito electoral, las elecciones ganadas hace dos años y medio bajo un Gobierno radical, pero respetuoso con los comicios, delatan la opinión del país verdadera, no la amañada de última hora.

El secreto del fracaso de estas últimas lo explicaba yo por el hecho de que Portela Valladares había tomado el poder con el compromiso de formar un

partido centro a costa de las derechas, a las que amenazaba con desatar la demagogia roja donde no le concediesen las actas que pedia. Habíamos ido a las elecciones sin presentar mayoría de candidatos por esa causa, y no iba a tocarnos una lotería a la que no habíamos echado. Ibamos a la lucha, en el caso mejor, dejando el fiel de la balanza en manos de Portela. El Presidente de la República, que debía haber encargado el Gobierno, que hasta lo había prometido varias veces a la minoría más numerosa, sacrificó los partidos de derecha y entregó el Poder a los que garrote en mano y pistola al cinto habían ganado gran parte de las actas... Después vino el desborde de la demagogia en las formas de crímenes e incendios que denunció Calvo Sotelo, víctima de su gallardía, como estuvieron a punto de serlo pocos días después otros cuatro jefes de derecha, buscados en sus casas, cuando hacía unas horas que se encontraban fuera de ellas. Estábamos ya en plena guerra por una de las partes.

Así exponía yo ante los críticos extranjeros la situación de España; y si se me acorralaba más, añadía que atravesábamos una hora de castigo propinado en la forma de invasión del espíritu soviético, esencialmente enemigo de los factores de la civilización cristiana. Una hora de prueba inexplicable y amarguísima.

En el sonrojo de mi cara y en la expresión acobardada de mis explicaciones era facil adivinar que algo más trágico e inconfesable me quedaba dentro y roía mis entrañas, sin poderlo yo definir enteramente.

Ese algo era el desmoronamiento real y efectivo de las derechas españolas, era la falta de arrestos de la gran masa tradicionalista y católica para lanzarse, como en el siglo pasado y con cien motivos más, a una defensa irreprimible, a una lucha sangrienta, pues todas las otras defensas eran inadecuadas en estos momentos.

Nuestra cobardía, nuestro temor a arrostrar como valientes una muerte, que al cabo se nos venía encima con el sello oprobioso de la impotencia, era la nota humillante y desastrosa que latía inconfesada en estas discusiones sobre nuestra dinámica social.

Esa era la causa de mi sonrojo, eso era lo que me estorbaba el gesto arrogante y la réplica contundente a mí y a cuantos españoles de derecha andábamos por el extranjero.

Cada nueva noticia de los diarios provocaba poco más o menos los mismos interrogatorios y obtenía idénticas respuestas. Y las noticias diarias de hace cuatro, cinco y seis meses eran los asesinatos a mansalva, los despojos con el mayor cinismo y los incendios con absoluta impunidad.

Como secuela de este estado moral vino el descenso de la economía hispá-

nica de toda clase de valores, sobre todo de los básicos, de los territoriales, que hacían imposibles las transacciones y convertían en censos las mejores fincas de la nación. Nadie daba por ellas cantidad razonable; España iba a la ruina moral y económica por un plano inclinado, sin que sus ciudadanos, tan heroicos en otros tiempos, diesen señales de oponerse a su ruina.

Llegó en esto el levantamiento de mediados de Julio, el choque heroico, la esperada gallardía de los españoles auténticos, del Ejército, de los requetés, de los falangistas, de los japistas, de los de Renovación, de todas las derechas españolas; y cambió con ello mi gesto, sin procurarlo yo y casi sin sentirlo.

—*¿Qué pasa en España? ¿Están locos en España, metidos en una guerra civil?* me decían, *¿Qué es esto, que va a acabar con la nación?*

—No lo crean ustedes. Esto es España. Aquí pasa lo que tenía que pasar. La España tradicional se levanta contra la anti España. El espíritu de nuestros mártires, de nuestros guerreros, de nuestros colonizadores, de nuestros misioneros, de nuestros teólogos, de nuestros legisladores, se levanta para defender lo que ellos crearon y estaba para aniquilarse, lo que ellos levantaron y estaba derrumbándose, lo que ellos produjeron y ahora pretendían arrancar de la memoria de los hombres los espíritus sovietizados e inconscientes, saturados de envidia y de odio.

Esta guerra, que se llama civil, es más lógica que todas las guerras internacionales, aun incluidas las de los bárbaros del siglo iv y v y las de los sarracenos del siglo viii al xv; porque hoy no sólo se destruye lo que ellos destruyeron, sino que se atenta contra lo que ellos respetaron. Y aun parece que eso—la idea de Dios, el principio religioso; la idea de la patria, el principio político; la idea de la familia, el principio social—es lo que ahora en primer término se trata de borrar.

Para todos aquellos que tengan esos tres sustentáculos por postulados de la vida racional, el empeñar por ellos su existencia es lógico. Así lo testifican con frecuencia los moros, que han venido a luchar con nosotros. La vida sin esos postulados no merece vivirse.

Para los que adoran a Cristo y contemplan toda nuestra vida cristiana y toda nuestra cristiana civilización, brutalmente ultrajadas y en peligro de desaparecer, el dar la vida por conservarlas es simplemente cumplir lo que se ha prometido mil veces, lo que era todos los días objeto de nuestros votos.

Yo que soy uno de los fundadores de la Asociación «*Francisco de Vitoria*», que me he pasado la vida tronando contra la guerra, porque poquísimas veces la encuentro legítima y justa, creo que es este uno de los pocos casos en que se puede legitimar, pues no se veía otro camino que el choque sangriento para defender la España cristiana, la civilización cristiana en España, el culto a Dios y el respeto a la familia. La esencia—digámoslo así—de nues-

tra patria, que no es una entelequia, sino una historia; que no es sólo un trozo pequeño de tierra en el mapa del mundo, sino un influjo dilatado en todo él; la esencia de nuestra patria estaba en gran peligro, después de una época de befa y de persecución de sus enemigos de dentro, azuzados y ayudados por otros de fuera, que venían inyectando en nuestro organismo desde hace más de un siglo mortíferos venenos. España resistió mucho tiempo; mas ya no podía resistir más, si habían de salvarse sus esencias históricas.

El ¡viva Rusia! entronizado, y el puño en alto de colofón, implicaban sencillamente el ¡muera España! Ante eso, la guerra era un deber elemental para los genuinos españoles. Había que aceptarla; había que defenderse.

Luchamos desde el siglo VIII al XV contra los árabes, que socavaban la mitad de nuestros ideales; justo era que luchásemos contra los que los destruían todos.

Nos levantamos contra Napoleón, que arteramente al principio y a la fuerza después, quiso ahogar nuestras libertades, perseguir nuestra religión, trastornar nuestras leyes y costumbres. Con mayor motivo habíamos de rebelarnos contra los opresores actuales, iconoclastas de toda nuestra contextura nacional.

Nuestra historia es nuestro patrimonio, más sagrado aún que nuestro territorio.

Los que conocen, sienten y aman a España, tienen que defenderla; y si no queda otro campo que el de Marte en que salvar su suerte, a este campo tienen que acudir. A ese han acudido, ofrendando, despreciando, si se quiere, la vida por la patria, y viendo en este trance uno de los más caros motivos de guerra justa que reconoce nuestro gran internacionalista Francisco de Vitoria: *La respuesta sangrienta a una ofensa grave, cuando ya no se encuentra otro medio de obtener la satisfacción.* Esa era mi respuesta a cuantos me preguntaban por los motivos de la guerra.

II

La justicia de la guerra la defendíamos con esta argumentación invencible. Su legitimidad, por ser esa la voluntad del pueblo español digno de este nombre, es también manifiesta.

En junio y julio yo decía en Italia a los españoles que en Italia me hablaban de vacaciones, que este año no pensasen disfrutarlas en España pues yo presentía un estallido militar y popular, que estaba en el ambiente, que se mascaba como se masca el polvo durante un fuerte vendaval de verano. Alguno me hizo caso, y me escribió luego desde Bélgica, dándome las gracias.

Se ha pretendido hacer creer desde el campo de los rojos que el levantamiento de los militares del 17 de julio era antipopular, e ilegítimo por lo tan-

to; ya que para ellos toda autoridad emana del pueblo, no sólo en cuanto a la designación de personas, sino en cuanto al origen de la autoridad misma.

Es acusación comunísima en Francia, la impopularidad del movimiento, que califica n de una simple militarada.

Profundo error, que la realidad desvirtúa.

Profundo error, que os diré cómo lo rebatíamos:

El movimiento militar, desligado del pueblo, o triunfaba en una semana o tenía que sucumbir en corto espacio, como se han cansado de repetir en sus discursos los portavoces del Frente Popular. No era posible, a la larga, el triunfo de los militares contra el pueblo, y menos luchando en contra la marina y habiendo sido ocupados por el Frente Popular los cuarteles en las principales ciudades del reino (Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Bilbao, San Sebastián, Murcia, Cartagena..)

¿Por qué se pudo triunfar con las fuerzas que estaban en las provincias blancas? Por el concurso de las milicias voluntarias del pueblo. Sin ese concurso, y concurso voluntario de sangre, era absolutamente imposible el triunfo de los militares insurgentes. En Navarra se presentan el segundo día del levantamiento nueve mil requetés voluntarios y luego veinte y luego treinta mil; y luego se ofrecen hasta sesenta mil.

Se prende el fuego sacro en Alava, Castilla la Vieja, León, Galicia, Aragón, Sevilla, Granada, Baleares y Canarias y en la zona del protectorado; y de todas estas regiones surgen voluntarios a millares, en los cuales se apoyan las escasas fuerzas militares que emprendieron la cruzada de defensa española.

Movimiento enteramente popular y en gran parte espontáneo y rápido. Las falanges llevaban tres años escasos de organización, y podían calificarse de tropas bisoñas e improvisadas; los de Acción Popular y Renovación eran también recientes; los requetés eran elementos militarizables de antiguo abo-lengo. Los abuelos de los actuales sostuvieron en España dos guerras civiles con la misma bandera que hoy empuñan. Antiguos y nuevos eran bien populares y espontáneos.

Dábamos otra prueba:

La guerra moderna necesita mucho dinero. El Gobierno de Azaña lo tenía en los sótanos del Banco de España y los partidarios del Frente Popular se lo procuraron despojando en todas partes a cuantos tenían una peseta o una alhaja. Los caudillos blancos, sin las barras del Banco emisor, sin el pillaje de los comunistoides, obtuvieron por donación voluntaria enormes cantidades de oro y plata, con las que pudieron hacer frente a los gastos enormes de una guerra en la que los gubernamentales fueron ayudados constantemente por Francia y Rusia y alguna que otra vez por Méjico y por Bélgica.

Con las alhajas y donativos voluntarios se cubrían los gastos para las municiones de guerra.

Las municiones de boca y las ropas eran enviadas en gran cantidad a los frentes por las Juntas de señoras, que trabajaban y trabajan constantemente porque nada falte a los soldados de la nueva cruzada.

Obra más popular que esta difícilmente se podrá presentar en la Historia: la gente mayor da su dinero sin regateos, las mujeres su trabajo y sus joyas, los jóvenes su sangre voluntariamente y como a porfía. ¿Se parece en algo este desprendimiento al sistema de pillaje que reina en las poblaciones dominadas por los rojos y a las dificultades con que éstos se encuentran para llevar al frente los obreros marxistas, que luego cejan y huyen desquitándose en el expolio de pueblos y ciudades, que tenían oprimidos y atemorizados, pero no sometidos?

El carácter profundamente popular de esta guerra en el sector de los blancos contrasta con la conducta de los rojos, que el oro lo obtienen con amenazas de muerte y la vida la exponen a más no poder, cediendo en los encuentros, y demostrando que la voluntad, aún en los casos en que se manifiesta, se manifiesta con tan diverso brío, que da bien a entender dónde está el oro y dónde el similar; dónde la auténtica voluntad y dónde la ilegítima y bastarda.

Panorama gemelo nos ofrece la manera de vida que se lleva en ambos sectores blanco y rojo en orden a la tranquilidad. Son las notas que más se destacan en esta guerra y que ofrecen contraste mayor ante el mundo; porque al fin y al cabo, si el voluntariado es más numeroso entre los blancos y fué más espontáneo, tampoco falta entre los rojos; y si aquéllos exponen la vida heroicamente con la ilusión de un ideal cristiano, éstos no dejan de exponerla con valentía, por una ilusión libertaria que los encandila y lleva al sacrificio. Hay una similitud en eso de despreciar la vida propia, aunque el modo y el número acusen diferencias fundamentales. A muchísimos de los rojos no hemos de regatearles arrojo y valentía en el desprecio de la vida propia.

En cambio, el respeto a la vida ajena separa por entero como un abismo ambos campos. Lo habíamos leído cien veces en Francia y en Italia; era la impresión de cuantos periodistas, después de recorrer las poblaciones dominadas por los dos bandos, describían la vida que en ellas se hacía, y la recogimos muchas veces de labios de los que se pasaban al extranjero; las ciudades dominadas por los blancos llevaban una vida tranquila y sosegada; en ellas de nada se carece; en ellas nadie es objeto de robos y asesinatos. En las dominadas por los rojos la mitad de la gente no sale de casa, los asesinatos son frecuentes, los robos están a la orden del día, la zozobra y el miedo lo llenan todo; y con tener la mayor parte de los puertos de mar, carecen de los alimentos más indispensables. Como consecuencia de este estado de cosas, las poblaciones de los blancos se hallan abarrotadas de gente, y de las otras huye todo el que puede, y aun los mismos rojos ponen en salvo sus familias, sacándolas

de sus propias ciudades. Por estos hechos más que por las palabras se conoce en el mundo dónde se disfruta de verdadera libertad; dónde se disfrutaban las ventajas y encantos de la vida ciudadana.

Entre los mismos blancos se ha acusado en varias ocasiones a los de su misma ideología el vivir en Biarritz, San Juan de Luz y otras ciudades de Francia, abandonando la patria y dejando el dinero en el extranjero.

Injusta acusación que nosotros podemos desmentir o reducir a sus términos debidos. En el convento de Biarritz tuvimos que vivir algunas semanas y allí recibíamos constantes visitas y constantes informes de los españoles, aun de algunos nacionalistas vascos que en la última temporada huían de Vizcaya y Guipúzcoa.

No era Biarritz, este año por lo menos, lugar de refugio veraniego de nuestra aristocracia regazona. Allí muchas familias españolas y muchas americanas pasaban sus horas refugiadas y en constante zozobra, pensando en sus parientes y amigos que estaban luchando en el frente o habían quedado escondidos en regiones dominadas por los rojos. Todo el mundo sabe que este verano los jóvenes no pisaron las playas de Biarritz, y que si alguno pasó por allí saliendo huído de la zona catalana, valenciana o vasca era para entrar en seguida por la zona navarra al frente de combate.

Es un hecho que nadie puede desmentir, y que se podrá contrastar en los registros de Dancharinea, Valcarlos y en la comandancia de Pamplona. Nuestra aristocracia se ve por las muchísimas bajas que ha tenido, que jugaba su vida en los frentes de combate; muchos jóvenes estarían escondidos por Madrid, Barcelona y Valencia contra su voluntad. En Biarritz no se veían más jóvenes que algún enfermo que, a medio curar, se agregaba al Ejército salvador.

Como esto era tan claro, no hay que insistir en ello, sino responder a los que acusaron a la gente mayor y al bello sexo de quedar en la costa francesa gastando allí un dinero que hace falta en España. Hablemos de Biarritz nada más. Allí hay algunos españoles colocados; otros que tienen casas y propiedades; otros que tienen parientes que los reciben, médicos que los conocen y trataron siempre. En una playa tan vecina a España, fundada por la españolísima Emperatriz Eugenia para concurrencia de españoles, no es posible que éstos falten nunca y menos en un verano, en el que muchos no podían volver a Madrid por falta de casa y por el peligro que había en acercarse a ella.

Apenas se tomó San Sebastián, se despobló casi Biarritz de españoles, a pesar de que a los enfermos del corazón se les recomendaba permanencia en lugares donde la aviación belicosa no comprometiese su vida. En trueque, Biarritz, San Juan de Luz, Bayona, el Boucau y otros pueblos vecinos de Francia se vieron llenos de vascos escapados de los pueblos fronterizos. Esos sí que se contaban por miles.

Anotemos otro hecho ejemplar de los españoles o mejor de las españolas acogidas en Biarritz este verano; y es que se pasaban lo mejor del día haciendo jerseys para los muchachos del frente y comprando artículos de sanidad, calzado y cuanto sabían que escaseaba en España. Una estadística de las prendas confeccionadas en Biarritz y de las compradas para nuestros soldados sería edificante. Y aun los calvarios a que se vieron sometidas muchas personas para poder introducir en España vestidos, calzados y medicinas, que no eran contrabando de guerra; que legalmente no podían estorbarse, pero que se estorbaban de hecho, porque en Francia mandaba el Frente Popular, conchabado con el Frente Popular de España, al que favorecía tanto como perjudicaba al nacional o blanco.

III

Y ya estamos en camino de hablar mas en concreto de la opinión francesa sobre los asuntos españoles. Es algo diferente de lo que yo pensaba y de lo que veo dan por seguro muchos en España.

Sabido es que allí está hoy entronizado y dirige los destinos el Frente Popular, idéntico al nuestro en el nombre y análogo en el espíritu, masonizante, judaico y de catadura comunistoide. Hay que dar por descontado que una gran parte de la opinión francesa tiene que ser adversa al movimiento libertador de España; el Frente Popular nos enseña el puño allí como aquí.

Por otro lado, como los alemanes tienen tanta simpatía por el movimiento antimarxista hispánico, y Francia mira con gran recelo todo aquello que es grato a su enemiga secular, aún en el sector artimarxista francés hay cierta prevención, si no contra el movimiento liberador de España, al menos contra las consecuencias que su triunfo pudiera tener para Francia en un caso de guerra con Alemania o con Italia. Estos señores, enemigos del gobierno Blum, lamentando, como lamentan, el auxilio constante prestado en armas, hombres y favores al comunismo español, miran con recelo nuestro triunfo, temiendo nuestras represalias.

Frente a estas dos corrientes, la una opuesta abiertamente y la otra recelosa de nuestra prosperidad, hay que destacar serenamente tres corrientes enteramente favorables de la república vecina:

a) La de las falanges llamadas «Cruces de fuego», que dirige el Coronel La Rocque, que cuentan en sus filas un verdadero ejército de valientes antimarxistas, monárquicos en su mayoría. No se trata de masa informe sino de ciudadanos selectos, capaces de todos los sacrificios, entre los que figuran muchos militares. En la oficialidad del ejército francés es muy corriente la simpatía y hasta el entusiasmo por nuestro ejército y por su causa. Recuérdese la carta del general Castelnau, en la que este glorioso caudillo proponía a la Sociedad de Naciones que rompiera toda relación con el gobierno rojo de Espa-

ña, como reo de los crímenes más abominables y sistemáticos contra el Derecho de Gentes.

b) La prensa conservadora de Francia, órgano de la tercera parte de nación y reflejo natural de sus simpatías, ha sido muy favorable al glorioso movimiento insurreccional de España. Yo tengo treinta y un periódicos señalados y algunos semanarios y revistas enteramente favorables a nuestra causa. Algunos como «La Libere du Sud Ouest» de Burdeos y la «La Presse de Bayona» denunciaban a diario con gran valentía todo lo que entraba por Irún para el Frente Popular, increpando al gobierno francés su falta de neutralidad en la contienda.

Era una valentía verdaderamente conmovedora, que nosotros agradecemos y que no podemos menos de reflejar aquí.

c) Otra nota gratísima de carácter colectivo y acaso la de más valor simbólico fué la de los franceses residentes en España y refugiados en Francia por orden de sus cónsules. Estos eran en su casi totalidad simpatizantes de los blancos, a pesar de que los rojos españoles les habían dado para salir mayores facilidades que a los restantes extranjeros. En las colectas organizadas en la costa vasca francesa hicieron verdadero alarde de amor a la España blanca, a pesar de que por aquellas fechas dicha costa estaba inundada de rojos españoles escapados de Vizcaya y Guipúzcoa.

Nosotros, que al entrar en Francia no creíamos encontrar más ambiente que el del Gobierno judaico masonizante de Blum y la masa comunistoide del Frente Popular, parejo del nuestro, nos encontramos con mucha prensa, con numerosas y selectas falanges y con emigrados franceses que pudieran calificarse de hermanos de nuestros requetés. Sino con los más, con los mejores.

En Italia nos extrañó el fervor hispanófilo, no sólo por ser universal, sino porque se producía a raíz y en medio de las odiosas sanciones que el Gobierno español sostuvo contra Italia en un momento difícil de su historia.

IV

Los italianos, con esa percepción delicada y sutil que les caracteriza, distinguieron perfectamente el panorama de las dos Españas; el de la oficial y marxista, que les detestaba; y el de la España cristiana, que estaba con ellos y compartía sus duelos y preocupaciones.

Ellos sabían muy bien que los rojos odiaban de muerte a todas las derechas españolas y a todas las llamaban «fascismo», desde las falanges de Primo de Rivera hasta los agrarios de Royo Villanova.

En Italia nadie sabía decir si el Frente Popular español, encarnado en los Gobiernos del último semestre, aborrecía más a los lectores de «El Siglo Futuro» que a los de «El Debate», que a los del «A B C» o que a los de «La

Nación». Eso no lo llegaban a percibir en Italia, porque tampoco en España había modo de distinguirlo. Yo creo que nos odiaban a todos por igual, como ahora por igual los asesinan.

La prensa italiana se mostró desde el primer momento partidaria de la causa de los blancos, que era la suya propia antijudaica y antimarxista.

En Italia yo no dí con un solo periódico hostil a la causa de los blancos. Ya que en el entusiasmo hubiera diferencia entre ellos, en el hecho de ponerse de su lado poco faltará para la unanimidad. Tales eran, al menos, mis informes.

Los cónsules italianos de nuestras poblaciones es sabido que se multiplicaron, y hasta expusieron su vida por salvar la de los españoles que acudían a ellos; como lo hicieron también los diplomáticos de las naciones Sudamericanas, entre los cuales hemos oído ponderar con especiales encarecimientos los de Cuba, Argentina y Chile.

También se decía por Italia que algunos aviadores Italianos se habían alistado en la legión de extranjeros, para luchar con nosotros, y por aquí aseguran que se han portado bravamente, como era de esperar.

La amargura con que en Italia se vió nuestro Calvario ante los asesinatos, incendios y expolios de los rojos se patentizó al entrar en la Península hermana nuestros refugiados. A unos les hemos oído que les pagaron los viajes, a otros que no les cobraron en los Museos, a otros que les regalaron ropa nueva. Sacerdote vimos que entró en Italia sin una prenda de traje clerical y salió con tres sotanas; que entró sin una lira y salió con trescientas.

Los italianos están tan enterados de las crueldades inauditas cometidas por los rojos con las personas religiosas y honradas de España, con cuantos representan la España tradicional, que sienten por nosotros una gran piedad, que se traduce en generosidad, que es la prueba más fehaciente de la simpatía y del amor.

Los franceses, en cambio, aun en sectores de la derecha, nos acusan de ser tan crueles como los mismos rojos. Sobre ese particular yo tuve que sostener violentas discusiones, negando toda paridad. «Por lo menos, argüía yo, los blancos a nadie martirizan, a nadie roban, en ningún lado incendian».

Aquí en España esa espantosa conducta de los rojos, que en lugar de mostrarse fieros en el frente de guerra, se encruelecen con los habitantes pacíficos arrancándoles de sus casas y fusilándolos y martirizándoles sin forma de proceso, contra todo derecho de gentes, parecía inevitable que provocasen algunas represalias aunque fuese contra nuestros principios y enseñanzas. A pesar de todo, ni como castigo, ni como amenaza se aceptó entre nosotros la represalia; y ni por excepción, el martirizar a los presos.

Esa acusación de algunas revistas francesas católicas parangonándonos

con los rojos nace de mala información. Mejor parangonaban a éstos con los franceses de la «guerra de la independencia», en la que tantas veces se ensañaron con mujeres y niños, como confiesa el afrancesado conde de Toreno en su Historia. El mismísimo Napoleón, al entrar en Valladolid y enterarse de que un criado de los religiosos de San Pablo había matado a un soldado francés y había huído después, por temor a un castigo, condenó a muerte a todos los religiosos, que eran cerca de ciento, si no se encontraba al agresor. Conducta parecida a la de los rojos, que mataban a los detenidos en los barcos de Bilbao a medida que sonaban los cañonazos de los blancos en San Sebastián... ¿Concebís siquiera en Franco un acto parecido a esta conducta de Napoleón y de los rojos, opuesta de todo en todo al Derecho de Gentes?

No podemos negar que en la guerra es imposible evitar ciertos excesos, mientras no se organicen los tribunales.

Los paseos que se daban en los primeros tiempos de la guerra, seguidos de ejecuciones sin proceso formal, se realizaban por crímenes verdaderos o supuestos, no por cuestión de ideas solamente, ni por represalias, ni como camino para el expolio, como en la acera opuesta.

Aun siendo así, eran más bien tolerados que aprobados, y fueron finalmente prohibidos los trágicos paseos. Nuestros jefes se guían por principios; y cerrando los ojos a las maldades que con nosotros se cometen, se atienen a los siguientes principios cristianos:

Aunque los rojos nos maten sin forma de proceso, nosotros procuraremos aquilatar en procesos su culpabilidad.

Aunque ellos nos maten por ser blancos, nosotros no debemos castigar sólo por ser rojos, sino a aquellos de quienes se demuestre que cometieron algún crimen.

Aunque ellos fusilen a los blancos de un pueblo, nosotros, al tomar el pueblo, no fusilaremos a los rojos que quedan, si no han tomado parte en los delitos.

Aunque ellos quemen y roben nuestros edificios, librenos Dios de quemar y robar los suyos.

Aunque ellos sean capaces de exterminarnos, no pensemos tanto en exterminarlos a ellos, cuanto en cambiar su mente y su conducta. Nuestra conducta ha de ser tan opuesta a la suya como es nuestro ideario. Generosos, dentro de una gran disciplina.

Tengamos fe en nuestras doctrinas y no tomemos por modelo a los que las combaten. Algunos piensan que si no se limpia a España de rojos, volverá a ser pronto lo que fué este quinquenio; que no puede haber cambio mientras ellos alienten.

Mi viaje a Italia me ha convencido de lo contrario. Aquel pueblo que yo

visité antes de la gran guerra y a raíz de ella; que estaba en una situación caótica, con los valores humanos invertidos, medio entregado a un socialismo destructor, en el que los obreros de abajo controlaban las fábricas; aquel pueblo por donde no se podía andar sin oír insultos y groserías, se ha convertido en un pueblo de distinción y de respeto, acogedor, ordenado, laborioso, modelo de pueblos. Una disciplina férrea y una enseñanza cristiana lograron, a la vuelta de una docena de años, tan asombroso cambio. Más diré: tan asombroso crecimiento. Porque la Italia de hoy es una nación imperialista, dominadora, que acaba de conquistar un imperio y desafía serena las iras de la Gran Bretaña, que la quiso humillar y no pudo.

Los guerreros se lanzaron a la lucha como héroes de leyenda; los que quedaban en sus casas, se desprendían del último alfiler; y lo que es más extraño, los antifascistas y emboscados, que los había por miles, cambiaron de sentimientos y se sienten tan fascistas como el mismísimo Musolini, en el día de hoy. Hoy Italia es toda ella fascista. Los conquistadores de Abisinia son los «balillas» de hace doce años.

Eso logra un buen Gobierno, una educación cristiana y una disciplina rigurosa. Dijo Campanella que el pueblo italiano era el más semejante al español. Fácil será imitarle.

¿No tenemos nosotros hombres capaces de llevar a cabo semejantes heroísmos? Sólo con mirar al Alcázar de Toledo, nos sentiremos razonablemente optimistas; sólo con echar una ojeada a la ruta de los blancos, desde Algeciras a Madrid; sólo con nombrar a Franco, Mola, Varela, Yagüe, Castejón, Aranda, etc., etc.; sólo con pensar en nuestros abnegados requetés; sólo con ver desfilar a nuestros decididos falangistas; sólo con advertir cómo buscan y encuentran la muerte por la patria los miembros de una aristocracia que muchos consideraban sumida en la molicie, encontraremos naturalísimo el resurgimiento de España. Ese resurgimiento empieza a ser un hecho manifiesto.

La sangre de nuestros mártires será grito permanente y sagrado que nos fuerce a reorganizar una España heroica cimentada en el sacrificio, no en el espíritu de vindicta y menos de exterminación. Este espíritu atizado por una explicable indignación, prescinde de penas intermedias y escalonadas, aplicando fácilmente a los inducidos las penas debidas a los inductores y cabecillas.

En los casos de muerte hay que diferenciar a los que martirizaron, de los que simplemente asesinaron; y a los que fusilaron hombres de guerra, de los que fusilaron gente de paz.

En los robos la graduación es más variada.

En los incendios también es necesario distinguir y empezar con la sanción mínima de *obligar a reconstruir los edificios a cuantos los destruyeron directamente, o por una pasividad culpable los dejaron perderse*. Severos, no crueles con nuestros enemigos. Vengadores, no vengativos.

Una de las sanciones obligada de la post-guerra es obligar a reconstruir los edificios a los culpables de su devastación.

Que entiendan los incendiarios y sus cómplices que la pena menor que les espera es la reparación completa de lo que destruyan.

Dentro de la justicia y bajo la intervención de los tribunales guiémonos por un espíritu constructivo, no destructivo. Nuestros mártires son ya nuestros maestros; y ellos murieron perdonando generosamente a ejemplo del Maestro, de todos y Señor Nuestro, Jesucristo. Recordad las últimas palabras de Pradera, de Beunza, de Carlos Miralles y de Juan Pidal; cuatro de nuestros mártires.

V

Para terminar, saquemos algunas consecuencias prácticas, como es estilo en los sermones. Algunas consecuencias para el tiempo de guerra, y para la post-guerra.

PARA EL TIEMPO DE GUERRA: A la altura en que estamos de serenidad y reflexión es menester que los extranjeros no nos puedan echar en cara que fusilamos a nadie, sin procesos, fuera de los que caigan en las líneas de fuego y en los objetivos forzosos de la guerra. Esos objetivos los jefes los determinarán. Ellos, sólo ellos.

Nosotros tenemos que diferenciarnos de los rojos, no solo en no martirizar a nadie, sino en que a nadie se elimine entre nosotros sin que un tribunal de hombres preparados para juzgar, de hombres de capacidad y de honor, hayan dado su fallo con respecto a los crímenes cometidos.

Lo decía el día 21 desde *Radio Salamanca* nuestro heroico General Millán Astray, que añadía estaban ya nombrados los tribunales que han de juzgar a los delincuentes de Madrid; y que estaban formados, dice él textualmente, «por los jefes militares que llevan en sus personas la garantía de serenidad para sus fallos, que habrán de ser justos y sin ánimo de venganza».

Estas palabras a mí me llenaron de satisfacción, porque implican el mismo concepto que yo había expresado siempre en el extranjero, para reflejar las normas de nuestra conducta, fuera de los casos de populares ímpetus y de personales represalias inevitables en la guerra, a lo menos en sus principios, como antes indicábamos.

SEGUNDO: Los tribunales mismos tienen que pensar más en las penas intermedias, que en las de muerte; recogiendo en sus fallos esa enorme gama de castigos que median entre absolver a uno y fusilarle.

Dadas las características de esta guerra en la que los incendios y robos señalan por todas partes el paso de los rojos, cuando éstos estén convictos y confesos de semejantes crímenes, procede, siquiera por vía de reparación, que se

les obligue con multas y prestaciones personales a levantar todos los edificios destrozados. Todos, sin quedar uno.

PREVENCIÓNES PARA LA POST-GUERRA.—Estamos a las órdenes de unos caudillos que desde Algeciras a Irún han paseado su carro triunfador entre dificultades inmensas. Dudar de que ellos triunfen, no sólo parece una ilación ilógica, sino una injuria a tan esclarecidos capitanes.

En ellos hemos de depositar toda nuestra confianza.

En la guerra primero y en la paz después. Yo creo que la paz se avécina, a pesar de los siniestros presagios de una resitencia que puede prolongar la guerra más de lo que pensábamos; a pesar de una resistencia, que lleva en la dilación providencial castigo. El triunfo rápido hubiera traído la impunidad.

Luego vendrá la obra reconstructora, que nuestros caudillos acarician y preparan; pero que no podrán llevar a efecto sin la cooperación entusiasta nuestra.

Tendrán que organizar la alimentación con los productos de nuestra tierra, para que no tengamos que enviar al extranjero el poco oro que nos dejen los rojos...

Tendrán que consentirnos poca alimentación de carne, para reponer nuestra ganadería, deshecha enteramente en algunas regiones por el pillaje de los de enfrente y hasta por necesidades de la guerra...

Habrà que pensar en una frugalidad y en una austeridad a las que no estamos acostumbrados: en los días sin postre, que ya empiezan y en el plato único de que nos dieron ejemplo en la gran guerra las naciones más prósperas del mundo.

Nuestro espíritu religioso nos deparará recursos sobrados para aceptar una vida más sencilla, más parecida a la que llevaron nuestros antepasados. Hoy somos esclavos y víctimas de muchas necesidades que nos hemos creado, más bien que de verdaderas exigencias de la naturaleza. Por una habituación absurda llegamos a considerar necesarias mil cosas redundantes y esclavizadoras costumbres que no pueden proporcionar las más legítimas satisfacciones.

Adquiramos el hábito del trabajo y encontraremos en él mayor satisfacción que en la ociosidad, a la que nos sentimos tan inclinados, sin la costumbre de una labor tenaz y persistente.

Acostumbrémonos a partir nuestro pan con el prójimo, y no lo hallaremos sabroso si lo comemos solos...

Con un gobierno cristiano y enérgico arriba y con una disciplina social en los de abajo, no temamos el porvenir. Ahí tenemos de espejo el pueblo más parecido al nuestro: Italia... Insisto en recordar y recomendar sus esfuerzos para independizarse espiritualmente del socialismo, y económicamente de las naciones de quienes importaba tantos productos.

No tenían bastante pan y lo conquistaron con aquellas famosas cruzadas del trigo. No tenían carbones para sus trenes y los electrificaron, aprovechando la hulla blanca de sus lagos y de sus ríos. Carecían de muchos productos industriales, de maquinaria, de drogas, y se multiplicaron para producirlo y no reconocer ajenas servidumbres.

Italia hizo estos milagros careciendo de primeras materias que a nosotros nos sobran.

No tenía carbón, del que nosotros estamos abastados. Carecía de hierro, que a nosotros nos sobra.

Estaba falta de plomo, de azogue, de cobalto, de piritas exportadas a gran por nosotros...

Tenía que ser tributaria en muchos artículos de que la Providencia dotó con largueza a nuestra España. Nosotros con suficiencia de trigo, con abundancia de metales, con exceso de aceites, de vinos, de conservas, con el control del plomo, del corcho, de las piritas podemos hacer frente al futuro más fácilmente que lo hicieron los italianos.

El que seamos tributarios en cuanto al algodón y al petróleo, nos sirve para cambiar por ellos los productos sobrantes; y el carecer de muchas industrias, donde se transformen nuestras primeras materias, servirá de estímulo para que reverdezca el espíritu industrial de algunas de nuestras viejas ciudades.

El Gobierno nos empujará por esas vías de economía, de trabajo y de ingenio hasta nivelar siquiera nuestra balanza comercial... Nosotros que aspiramos a ser cristianos de verdad, y por consiguiente sacrificados, debemos secundarle con alma y vida. Hemos de ser en la lucha de paz como en la de la guerra.

Si echamos una ojeada retrospectiva sobre nuestro pasado, advertiremos que esos nobles estímulos patrióticos, esos sacrificios por el engrandecimiento de nuestra patria son como un vínculo de familia; son una herencia de nuestros mayores.

Un recuerdo a este propósito para terminar.

La región más rica de nuestros dominios, cuando en ellos no se ponía el sol, fué el Perú. ¿Os acordáis cómo la conquistó Pizarro? Antes de llegar al momento escalofriante y legendario de Cajamarca, superior a las homéricas proezas, encontramos un instante más trágico, aunque menos sonado. Pizarro advierte que algunos se asustaban ante las dificultades que ofrecía la loca aventura de conquistar el imperio incáico y se propone seleccionar sus hombres. Traza con su espada una raya en el suelo, y mirando al norte, les dice: «Por ahí se va a Panamá, a la abundancia, a la tranquilidad, a la comodidad... Por aquí, por el SUR, a la lucha, a la necesidad, al sacrificio, a la gloria. El

que quiera seguirme que pase la raya». Y la pasaron doce, que por eso se llamaron los doce de la fama que con los que luego se les agregaron abatieron el ejército imperial y capturaron al Inca en Cajamarca.

Nosotros, bajo la dirección de Franco y de sus Capitanes, hemos de crear un Imperio dentro de España misma, que es madre de veinte naciones y debe estar a su cabeza, dándoles ejemplo de dignidad cristiana. Lo demás nos vendrá por añadidura.

¡VIVA ESPAÑA!

NUESTRA ESPAÑA—LA ESPAÑA TRADICIONAL—LA ESPAÑA CATOLICA—LA ESPAÑA UNA—LA ESPAÑA LIBRE—LA ESPAÑA GRANDE.

II

JUSTICIA, CONVENIENCIA Y LEGITIMIDAD DE LA ACTUAL GUERRA.

Como a miembro de la «Asociación Francisco de Vitoria», han acudido a mí los directores de la emisora palentina, para que desde ella, diserte unos momentos sobre la licitud de esta terrible guerra en que estamos metidos; sobre su «justicia», sobre su «conveniencia» y sobre su «legitimidad», según nosotros solemos estudiar dichos temas, a la luz de los principios establecidos por nuestros teólogos y juristas clásicos.

Es un lance bien delicado para quien se ha pasado la vida tronando contra la guerra y ambientando la Sociedad en delectable pacifismo, salir ahora con una justificación con una defensa de esta conflagración en la que se consume la parte de la humanidad que uno más ama.

Tengo personas queridísimas en el frente en peligro constante de morir. Hermanos en religión, compañeros de toda la vida, como los PP. Urbano, Gafo y López Tascón van ya llenando las páginas del Calendario de Dominicos victimados, que por las cuentas que nos echamos se aproximan al centenar. Amigos de toda la vida y de tal intimidad, que cada uno se lleva al bajar a la tumba pedazos de nuestro corazón, son ya bastantes los perdidos.

Los «Monasterios, Iglesias, Santuarios, Colegios, Asilos», en cuya fundación o desenvolvimiento hemos tomado alguna parte y fueron pasto de las llamas en esta tragedia que nos cerca, forman ya lista dilatada, para que no sangre por todas partes nuestro pecho lamentando notas de actualidad. Y es más angustioso todavía lo que presentimos de muchos casos ignorados, que lo que sabemos de algunos conocidos...

No digamos nada, al lado de esto, de los valores que a todos nos afectan, de Bibliotecas destruidas, Museos, Casas, Puentes, Industrias, Valores, propiedades con que se mantenía la vida económica de nuestra nación...

A la vista de toda esta catástrofe de heridas irrestañables, de irreparables pérdidas, ¿puede un juez imparcial justificar la guerra? ¿calificarla de salvadora? Examinémoslo serenamente, empezando por ese *argumento en contra*, que es del P. Vitoria, nuestro más celebrado escritor internacionalista; el cual afirma que cuando la guerra se puede presumir que reporte mayores perjuicios que beneficios, no puede razonablemente declararse... Cerremos con este los «sed contra» de esta argumentación.

Me parece que van enfilados los argumentos más formidables que suelen aducirse por los autores «en contra» de la guerra; y yo tengo motivos no sólo para comprenderlos, sino para sentirlos y vivirlos, ya que tan al vivo me afectan. Antes de analizarlos, a vuestra vista, vaya una confesión, acaso innecesaria: Lo que voy a afirmar es todo por mi cuenta y sin presión de nadie; soy incapaz de hablar al dictado. Unos caballeros me ruegan que desarrolle el tema. Nadie piense que porque yo hablo en la zona dominada por los blancos, defendiendo su posición en esta lucha.

Puesto en el caso de que no me fuera permitido mantener otros puntos de vista, con inhibirme, saldría del paso, como salen tantísimos otros, encomendándose a la cobardía o a la comodidad. En estos momentos, yo entiendo que eso sería doblemente culpable. Por comodidad me hubiera quedado en Biarritz.

Empiezo por establecer que esta guerra no es guerra «ofensiva»,—de esas que tan difícilmente pueden justificarse—sino «defensiva» ¡y por lo mismo de fácil justificación! Es decir, que en sus comienzos, nosotros los blancos, las derechas, los nacionales, el ejército, los rebeldes—aceptamos también este calificativo—estábamos de tal manera perseguidos, éramos de tal suerte acosados, nos encontrábamos en un trance tal de proscripción, de servidumbre, de humillante postura, de descenso económico, y tan amenazados de una fulminante y cruel acometida—con las listas de condena a muerte expedidas—, que a no abdicar de la dignidad de hombres libres, de ciudadanos completos, de españoles amantes de nuestro pasado, de nuestras tradiciones patrias, de nuestra religión sacrosanta, teníamos que saltar al campo de la lucha, aceptando ese reto y previniendo la hecatombe que para muy pronto se nos preparaba. En algunos pueblos de Navarra, que yo he visitado, se encontraron las listas negras de las personas de derechas que había que sacrificar el día de la consigna, que creo era el 30 de julio. Proyecto tanto más criminal y cobarde, cuanto que contaba con unas derechas desarmadas por el mismo gobierno.

Este había dejado armarse al Frente Popular, verdadero amo en aquellas calendas de la comparsa gubernamental, y en el Congreso mismo se mofaba de todo intento de rebelión por parte de las derechas, que iban allí a denunciar la ruina de nuestra querida Patria, que en un sector tradicional no tenía ya derecho a la existencia.

Recordaréis el discurso de Calvo Sotelo, lleno de indignación y de amargura; la intervención aquélla en que describía nuestra ruina económica, comprobada por números y nuestra ruina moral reflejada en robos, en incendios, en asesinatos, llevados a cabo por hordas armadas con la complicidad de un gobierno de sombra, que servía de cortina encubridora de la demagogia imperante.

Recordad aquellos discursos de un vidente, de un patriota y de un mártir, preparado como ningún otro para señalar las heridas de la Madre en la más entrañable de sus tragedias. Y recordad también que tres semanas antes del levantamiento militar, en carta al Ministro de la Guerra, profetizaba la revolución, si no se ponía coto a los desmanes, el entonces Capitán General de Canarias y hoy jefe del Estado Español Excmo. señor don Francisco Franco.

Nuestra vida, la de las gentes de derecha, valía lo que puede valer la de una rata. En poco más estima la tenían los sañudos perseguidores de la España tradicional.

Nuestros templos, los lugares para nosotros más sagrados, estaban a merced del engreído, ignorante, inconsciente y envenenado Frente Popular, que los quemaba sin la menor exposición y sin el más mínimo remordimiento. La impunidad de aquí y las direcciones de Rusia, explican cómo aquellas masas ignoraras no se detenían ante los monumentos de arte nacional, ni ante la inculabilidad de los que solo por ser de derechas destinaban al sacrificio.

Si los ciudadanos de cualquier nación hubieran cometido con nosotros la centésima parte de las vejaciones y atropellos que recibimos nosotros de los que forman el Frente Popular, hubieran sido inevitables con anterioridad muchos conflictos bélicos. ¿Quién hubiera soportado, no digo de naciones débiles, sino de alemanes, italianos, ingleses o franceses los robos, las quemas, los asesinatos de que fuimos objeto? Afrentas tan ignominiosas, soportadas sin protesta sangrienta, hubieran delatado condición de parias. Y ante esa marea degradante, la vida es despreciable y la guerra liberadora es precisa.

Para nosotros la vida, con dignidad, se hacía imposible. De los sacerdotes en Madrid, puedo testificar que no podían salir a la calle, sin estar expuestos a la befa y escarnio de cualquier chiquillo, pues nos solían echar por delante los golfillos adiestrados. Estábamos de hecho proscritos de la Sociedad.

La defensa por vías legales quedó en la práctica eliminada, desde el momento en que el antagonismo, del que se hacía alarde en la vida social, se extendió a los comicios; y la judicatura, presionada, hipotecó la independencia.

Perdimos las elecciones mismas, en gran parte por el miedo a los atropellos; y en no escaso número también, por las Actas que nos robaron en mil diversas formas. Las nuevas Cortes, así amañadas, se convirtieron, siempre que les convino, en Convención. En la aprobación o desestimación de las

Actas de Diputados reinó el capricho: las sucias pasaron por limpias, y muchas enteramente limpias fueron rechazadas.

Hace unos días leímos unas notas entregadas por el Sr. Cambó a un periódico de Londres, en las que da por cierto, que si se descuentan las Actas amañadas, el Frente Popular no tenía mayoría, a pesar del quebranto que en las derechas el partido Centro del Sr. Portela llegó a producir, creciendo a cuenta de ellas, y amenazando con desatar las turbas, donde no se le dejaran puestos.

Constituídas las Cortes de tal guisa, no es extraño que tanto trabajo le hubiera costado a Calvo Sotelo el poder hablar y que a Pérez Madrigal le obligaran a callar a estacazos. Formando en el Frente Popular los de la Esquerra Catalana y los Nacionalistas Vascos, ni siquiera se podía hablar contra los Estatutos separatistas votados y en proyecto, que dividían como con una espada las entrañas de la Madre-Patria.

No creo pueda negarnos nadie que el Frente Popular, concentración oficial de las fuerzas de izquierda, levantaba con toda franqueza la bandera que pudiéramos llamar de las siete llagas: «separatismo, irreligión (fuera del sector vasco), incendio de templos y conventos, desarme de gentes de derechas (en tanto que las izquierdas se armaban hasta las uñas), eliminación directa de personas poco gratas al partido imperante, incautación sin indemnización de las fincas extensas y entrada a saco en las casas de los que creyesen sustentaban contraria ideología».

Esta última herida que empezaba a abrirse nada más, se ensanchó después hasta el punto de sacar de España miles de joyas de los particulares y de la nación.

Si a estos agravios añadimos el descenso enorme de nuestra Hacienda, que empezó con la instauración de la República, el acaparamiento fraudulento de Actas de Diputados en las que apoyaban su legitimidad, y las leyes iníquas ya votadas en las Cortes Constituyentes y vigentes aún, tendremos un resumen aproximado de las causas que provocaron el malestar, la desesperación y la protesta armada, que llamaremos más propiamente *defensa armada*.

En ese estado de cosas y como fruto de él nació Falange, que viéndose imposibilitada para desenvolver su actuación en un plano de paz, pensó en colocarse en el plano de acción directa, cuando fuese menester, como lo hacían sus enemigos. No quedaba otro remedio.

Entonces en la acera de enfrente se levantó un clamor consignado mil veces en la prensa de izquierdas: «Deleatur Cartago»; es preciso exterminar el fascismo, la Falange, la resistencia de las derechas. Y siguieron a todo tren las depredaciones, los incendios, los asesinatos, ya que mencionar ahora los insultos es referirse a niñerías. El que solamente era insultado, se considera-

ba feliz. Me parece que esto ya era guerra, bastante guerra, declarada guerra por parte de ellos, aunque por la nuestra aún no hubiera tenido respuesta.

Siguieron los atropellos en forma tan desatada por parte de las turbas y con tal encogimiento de hombros por parte de las autoridades, que todas las derechas se consideraban indefensas. No quisiera exagerar un punto la realidad de hace medio año. Recordaréis un argumento que vale por mil; que es definitivo para determinar el estado social de aquellos días que precedieron al levantamiento de mediados de Julio: el discurso del Sr. Gil Robles en las Cortes. El Sr. Gil Robles era el organizador de la reforma pacífica, de la vuelta a la tradición por medios legales, de la cooperación de los católicos dentro de la República. Esa fué su bandera, esa era su misión y con él comulgaba Acción Popular, que representaba la tercera parte de España.

Pues bien, el Sr. Gil Robles, que había enarbolado esa bandera, a la que debía tantos triunfos; el Sr. Gil Robles, que era tan duramente tratado por los falangistas; el Sr. Gil Robles, que aun después de unas elecciones de mala estrella era la segunda fuerza del Parlamento, en medio de él declara terminantemente que si la tónica del Gobierno no toma rumbos de orden, la *Confederación de Derechas Autónomas* dejaría de existir, porque muchos estaban desertando de ella, y todos tendrían que pasarse al partido extremo de lucha franca, de lucha por la existencia, de oposición armada a un Gobierno, que nos entregaba maniatados en poder de la demagogia. El Sr. Gil Robles con toda la ilusión que sentía por sus brillantes huestes, confesaba su impotencia para luchar en forma pacifista frente a los apologistas del crimen, secundados por la complicidad de un Gobierno que al Frente Popular debía la existencia; que bailaba a su compás, y que después de dejarnos inermes, lanzaba sobre nosotros la jauría de sus canes sedientos de sangre. ¡Imposibilidades de paz y fórmulas de guerra!

Al desmoronamiento religioso y moral, siguió el desmoronamiento económico. Como los inquilinos que no querían pagar las casas, no las pagaban, el precio de las casas se convirtió en una sombra y hasta en una pesadilla y en un censo. No había modo de venderlas, quedando con ello enteramente perturbada la propiedad urbana. La rústica, que ya lo estaba enormemente después de los repartos y disposiciones de los primeros tiempos de la República, quedó desvalorada enteramente, como demostró en pleno Parlamento el señor Calvo Sotelo, sin que nadie osase contradecirle. La forma de contestar a sus argumentaciones concluyentes, ya sabéis la que fué: asesinarle villanamente, arrancándole de entre los suyos las autoridades mismas o sayones a su servicio y por ellas encubiertos y amparados. Esta afirmación, que corre entre nosotros por verídica, no la haría yo sin amontonar pruebas, si no fuera una niñería alegarlas a estas alturas, después que hemos visto multiplicarse los

casos de vil asesinato en otros diputados a Cortes de derechas, algunos, como el del Sr. Aza, en forma todavía más espantosa y más cruel. Y era Aza un hombre que a honrado, generoso, desprendido, trabajador e inteligente le llegarían pocos.

Pero ese era el programa; a esos había que eliminarlos, porque podían acreditar mejor doctrinas que no estaban conformes con las suyas. Había que desarticular la España antigua; había que inocularle sangre rusa; y todo lo que implicara reacción a la vacunación marxista, tenía que desaparecer. Por eso en esta lucha despiadada en que estamos, a los curas y a los frailes y a las personas de significación claramente derechista o simplemente partidarias del Ejército, que es como decir del orden, se les fusila, sin más proceso ni averiguación.

En suma: que España riquísima hace seis años, y desde el 31 medio hundida, seguía hudiéndose a causa de la desmoralización, de los robos, de los incendios, de los asesinatos; que más de la mitad de la nación gemía oprimida, vejada, aniquilada por el Frente Popular; que éste había llevado a las Cortes una gran cantidad de diputados por medios tortuosos y violentos, siendo en realidad muchos detentadores de la autoridad, más bien que delegados del pueblo; que el gobierno cantaba al compás de las hordas marxistas.

Si a esto añadimos que España no es una franja de tierra enclavada en el mapa, sino una historia dilatada, una tradición sostenida, una nación oficialmente cristiana durante quince siglos, con legislación cristiana, con arte cristiano, con costumbres cristianas, habremos de concluir que la rebeldía por parte de los que representaban todos esos valores dogmáticos, morales, culturales, económicos, era absolutamente necesaria. Ninguna ofensa grave de esas que los tratadistas conceptúan suficientes para la declaración de guerra se acerca con cien leguas a la serie de ofensas que representaba nuestra situación oprobiosa de mediados de Julio. Todos los motivos de guerras religiosas que tuvimos contra la morisma en los siete siglos de luchas, subsistían aquí, con otros muchos nuevos.

Es más, la guerra de exterminio estaba declarada a todos los falangistas expresamente, y de modo terminante puesta en práctica; y lo estaba implícitamente para todas las derechas y para el «Ejército y Guardia Civil» desde el momento en que el «Frente Popular» se declaraba a roso y velloso sucedáneo del espíritu y procedimientos de los mineros asturianos del año treinta y cuatro. Ante la guerra exterminadora de los rojos no quedaba otro camino de salvación para los blancos que la guerra también, exterminadora quizás, de millares y aún millones de rojos y aún de blancos; pero salvadora de la tradición hispánica, del arte hispánico, de su historia, de sus costumbres, de todo eso que conocemos con el sagrado nombre de ESPAÑA, descubridora y colo-

nizadora de veinte Naciones. España es una historia más que una geografía: ¡España es grande con muy poca extensión! su lengua la hablan veinte naciones.

Destrozar los rasgos esenciales de esa España una, libre y grande es en hecho de verdad declarar la guerra ante los que están dispuestos a dar su vida por la Patria y ven con claridad que, sin esos caracteres, la Patria formalmente desaparece.

Con esto queda evidenciado que la guerra nuestra, el alzamiento militar del 17 de Julio era *una guerra defensiva*; y que la guerra, ofensiva por parte de los rojos, estaba desatada sin rebozo y sin disimularlo. Los chispazos primeros, ya verdaderamente graves y capaces de desatar una contraprotesta armada, fueron los incendios de Mayo del 31. Fué todavía más trascendente provocación y guerra armada, y hasta muy difícil de dominar, la revolución del 34, que abortó en Cataluña y Vizcaya; pero que en Asturias dió lugar a una lucha campal de varias semanas, con muchos miles de hombres sobre las armas en los dos campos. No triunfó allí la revolución antiespañola, que se gloriaba de ser inspirada por Rusia, porque el Gobierno español no fué cómplice, sino adversario del movimiento. En cambio, en las asonadas criminales y exterminadoras del 36 estaban conchavados revolucionarios y gobierno.

Siendo esta guerra de Julio manifestamente *defensiva* por nuestra parte, caen por su base los argumentos que suelen aducirse contra su licitud; argumentos que sólo corren contra las guerras *ofensivas*, que rara vez pueden justificarse. Esta fué *defensiva* enteramente. No quedaba otro camino que sucumbir o defenderse. Ni siquiera faltó la previa admonición solemne (en guerras defensivas innecesaria) de los dos jefes principales de derechas en el Parlamento, ni una carta conminatoria al Gobierno del actual Jefe del Estado y entonces Capitán General de Canarias; ni era un secreto para nadie, y menos para el Gobierno, el compromiso escrito de varios miles de jefes y oficiales de nuestro Ejército, de defender a España de la invasión soviética que estaba penetrándola.

La «justicia» de este levantamiento, es clara. Vamos a estudiar la «conveniencia» y la «legitimidad», que son puntos distintos.

Aun siendo la guerra justa no es lícita según el P. Vitoria, si es más lo que va a perderse que lo que va a ganarse en ella. Por eso muchas veces se perdonan las ofensas nacionales y se busca una satisfacción cualquiera, para no desencadenar este azote cruento que trae consigo la peste, el hambre, la despoblación, la desmoralización de las costumbres, la ruina de los capitales. Empecemos por éstos.

La ruina de los capitales.—Iban ellos tan cuesta abajo, que los funda-

mentales—las casas y las fincas—habían perdido su valor, conforme demostró Calvo Sotelo. A recuperarlo se ordenaba la guerra. ¿Lo podrá conseguir? En cuanto al papel y a otros valores del Estado sólo me permitirá hacer una consideración. Estaba yo en Francia y soy testigo de lo que afirmo. Los franceses, al menos su Gobierno del Frente Popular, eran y son partidarios de los rojos. Pues bien, un día que se corrió que éstos habían derrotado a los blancos en las inmediaciones de Madrid, bajaron todos los valores españoles durante unos días. ¡Los rojos franceses tenían por su dinero en mano de sus congéneres marxistas! Hasta que la gente se convenció de lo contrario, nadie quería comprar valores españoles. Hoy mismo es sabido cuánto mejor se coticizan los billetes resellados de los blancos que los sin resellar o los de nueva emisión de los rojos. ¡Y eso que son suyas todavía las principales poblaciones españolas! ¡Y eso que sacaron del Banco de España el oro que teníamos allí amontonado, para responder de nuestro papel moneda! Más que el oro que ellos arrebataron monta la seriedad y honradez de nuestro Gobierno. ¿Cómo es que aquí se paga a todo el mundo y en las provincias de los rojos todo se vuelven atrasos, con ser las provincias más ricas y haberse llevado nuestro oro? ¿Cómo que aquí nadie pasa hambre y allí están pereciendo de necesidad? ¿Cómo que la guerra que, según decía Indalecio Prieto, la tenían que ganar ellos, porque sólo con el oro se puede sostener, la llevan tan mal y no han hecho en ella más que perder terreno? Algo que vale más que el oro en grandes masas se queda en nuestras manos, y es la sana administración de modestas cantidades; porque sabido es que no suele ser más rico el que más gana, sino el que menos gasta; no el que hereda mucho, sino el que administra bien, el que es honrado y no se crea necesidades.

La impresión que hoy tenemos, es que ellos, los ricos, los salteadores del Banco de España y de todos los otros Bancos y de todos los palacios y Casas importantes de Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Bilbao, Gijón, San Sebastián, están ya reducidos a la miseria; y nosotros disfrutamos de un modesto pasar. Dentro de poco, desvinculados de ellos, libres de su ominoso yugo, España restañará las heridas de esta mediatización roja, que empezó hace seis años casi; sus campos y sus tierras volverán a conseguir estimarse y valuar en mucho, y sus casas contarán con seguro alquiler. Al contrario de lo que sucedía en esta República, que iba secando las fuentes de riqueza de la nación.

La desmoralización.—Es indudable que la guerra comúnmente desmoraliza, y que, por ese lado, hay que mirarse mucho antes de desatlarla. En la guerra domina la fuerza, que se presta al abuso, y se ausenta o queda como aterida la caridad, que es la dulzura de la vida. En la guerra la acción de la juventud, que fácilmente se desenfrena, sustituye al mando sereno y experi-

mentado de la ancianidad; la intervención de los jefes de ejército, que juegan con cañones, sucede a la resolución suavizadora de los Magistrados, que son los capitanes de la paz.

En la guerra los objetivos militares se imponen sin espera, teniendo a veces que atropellar lo que en tiempo de paz se tiene por sagrado.

En la guerra, finalmente, la juventud que constituye la inmensa mayoría de sus contingentes, se entrega con facilidad al saqueo, al robo, a la disolución, a la matanza. Todo esto es cierto; y debemos tenerlo presente para evitar cuantas extralimitaciones sean posibles en nuestros guerreros. Pero ese argumento hace poca fuerza en la guerra actual, a causa de «la manera de ser de nuestros enemigos» y de «la manera de portarse de nuestros soldados».

Nuestros enemigos profesan una moral tan disoluta, si es que eso puede llamarse moral, que tienen por ridículos trampantojos todos nuestros escrúpulos y se beben como agua los delitos que a nosotros sencillamente nos aterrorizan. ¡Destruir obras de arte! Es su entretenimiento, su diversión, su orgullo. El pasado no les interesa, ni siquiera para reorganizar el porvenir...

¡Allanar edificios suntuosos, históricos!—Mejor; así quitan armas al enemigo, al amante de la España antigua, que hay que sustituir por otra. Cuando pasaron por León los mineros que mandó engañados Aranda a la defensa de Madrid, uno de ellos dijo al enfrentarse con San Isidoro: «Yo me comprometo a no dejar en un día piedra sobre piedra de esta mole. ¡Con unos quintales de dinamita puestos a mi gusto!»... Tenía mucha razón: en destruir son maestros los rojos españoles. Están bien acreditados; se cuentan por millares los edificios que destruyeron por destruir. ¿Cómo van a tener escrúpulos en destrozarlos como objetivo militar?

¡La muerte de personas inocentes!—Ese ha sido el entretenimiento de los rojos cuando no están en el frente: sacrificar personas inocentes. Irse diez o quince o veinte hombres armados a una casa, de noche, sorprender a algún infeliz en su cama, sacarle fuera, muchas veces sin dejarle vestirse, fusilarle y luego registrar la vivienda, no dejando clavo en pared. Son muchos los miles así sorprendidos, los así ajusticiados, para que les cause impresión la muerte de una persona inocente.

¡Violar las mujeres!...—Esto que para los cristianos es un crimen, para los mediatizados por el espíritu soviético es una guapeza. Proclamando ellos el amor libre y gloriándose ellas de no saber quiénes son los padres de sus hijos, la violación pierde enteramente su significado y es un acto corriente en estos desgraciados. Se colocan más allá del bien y del mal; se constituyen en turbina de todas las torpezas. Por honor de la humanidad no queremos creer lo que hemos leído a veces en la prensa, de que deshonoraban a las mujeres en presencia de sus maridos y a las hijas delante de sus padres. Si eso fuera así,

la guerra podría justificarse sólo para que desaparecieran de la humanidad tales monstruos.

Las crueldades y martirios.—Tampoco quisieramos creer lo que sobre torturas, hambres, vejaciones e insultos han publicado los periódicos; pero eso en muchos casos es ciertísimo. Nosotros lo hemos oído a testigos presenciales; algunos eran extranjeros, que al cabo de no pocas angustias fueron entregados a sus cónsules. Son ciertos los casos de personas obligadas a cavar su fosa, de personas enterradas vivas, tiradas vivas, pero con los huesos quebrantados, a un cementerio o a un desmante cualquiera; de las personas descuartizadas, desconyuntadas por trabajos forzados, angustiadas cien veces con la amenaza de la muerte inmediata y hasta quemadas vivas. De treinta y cuatro poblaciones lo ha demostrado en informes oficiales la Junta de Burgos. Son ciertos los casos de horripilante crueldad; y conste que yo no doy pase a ninguno que no me conste por testificaciones inmediatas. Los demás los considero apócrifos. Ante una moralidad de esa naturaleza no tenemos que temer cargo ninguno de nuestros enemigos, ni de los fiscales extranjeros, por muy hostiles que ellos sean, si algo tienen de críticos. Que se informen y basta.

Existe una diferencia inmensa, notoria y absoluta que separa como un abismo entrambos campos; diferencia que la historia tiene que hacer brillar para enseñanza de las generaciones; la condición y destino de los rehenes; de aquellas personas que sin haber intervenido en la guerra, sólo por el hecho de ser de ideología distinta están detenidas o están procesadas, o en suma, se encuentran bajo el dominio de quien puede disponer de su vida.

La seguridad de los rehenes es como si dijéramos una de las cláusulas testamentarias de Francisco de Vitoria. Su vida es sagrada, dice el gran maestro. Aun en el caso de que sus conciudadanos no cumpliesen la palabra a que se comprometieran formalmente, so pena de que sus rehenes fuesen sacrificados, no se les puede privar de la vida; porque son inocentes. Y el inocente es siempre sagrado.

Pues bien, en esta guerra fratricida, aún sin haberse entregado con esas cláusulas los infelices rehenes; siendo éstos cazados a lazo, tomados en sus casas o en otras a cuya hospitalidad se hallaban acogidos, se les llevaba a un barco o a un castillo; y cada vez que sonaba el cañón enemigo se sacrificaba una docena o dos o más de aquellos inocentes, como represalia. Yo os confieso que entre todas las noticias horrendas de la guerra, ninguna me repugnaba más que esta ferocidad de los rojos, que afortunadamente, ni como respuesta merecida tuvo eco entre los blancos. Los asesinatos en masa de la gente inocente que está fuera del campo de la lucha y que se la busca para inmolarla en un momento de odio o sólo para vengar una derrota, son la mayor vergüenza de esta guerra.

Y la moralidad nuestra ¿cómo es? ¿Qué nivel alcanza en esta guerra? ¿No bastarán sus quebrantos, para que nos pese haber entrado en ella?

Hablemos alto y claro:

Nuestros soldados jamás han martirizado, ni torturado a nadie, ni matádo-le de hambre. En las ciudades dominadas por nuestras fuerzas las familias de los rojos disfrutaban de la misma tranquilidad que las de los blancos. Es esta una de las notas diferenciales entre nuestros valientes soldados y los soldados del ejército rojo.

En la guerra todo el mundo mata, si puede; pero sólo se encruelece el que tiene el corazón envenenado. Al vencido se le puede matar, si hay razones para ello. Se le fusila secamente; no se le atormenta con crueldad. Del temor que sienten los rojos ante el sadismo de los blancos, tenemos una prueba terminante en que cuando los llevan a ajusticiar, van muchas veces los reos insultando a los que les conducen. El sadismo, no sólo está fuera de nuestro programa, sino de nuestras costumbres: ellos lo saben bien.

Vamos a decir dos palabras de la moralidad sexual, tan difícil de guardar en los ejércitos. Se sabe que en el de los rojos van mujeres por cientos; se las oye desde las trincheras de los nuestros; se glorían los contrarios de entregarse en el frente a sus desordenados y bestiales apetitos de carne; se autorizan los matrimonios en el frente con la seriedad de informes que pueden suponerse.

Entre los nuestros es todo lo contrario; no se consienten mujeres en el frente; y por lo que hace a los Requetés, Japistas y a muchas de las columnas de Falange, es cierto que rezan el rosario, y generalmente dos, y írecuente-mente de rodillas, y que allí se confiesan, y que no se consiente la blasfemia. Nuestro frente de batalla es un templo. Esto nos parecería increíble, porque es inusitado en la guerra. Sino que esta guerra es una cruzada; es una guerra religiosa ante todo; de principios dogmáticos; una guerra de cristianos que profesan una moralidad más exigente y que van a defenderla contra los soviéticos, que consideran la moralidad como una fórmula sin contenido, como una superstición de tantas que ellos están llamados a extirpar.

Por este motivo onde entre los rojos la disolución, y entre nosotros se advierte una disciplina y hasta una austeridad que estábamos muy lejos de os-entar en tiempo de paz. Se da la paradoja entre los blancos de que el campo de batalla está convertido frecuentemente en lugar de ejercicios espirituales.

Después de esta guerra, si Dios quiere que enteramente la ganemos, como es de presumir según el camino que lleva y los factores que la integran, ha de quedar España purificada; desterradas la blasfemia y la procacidad; entronizado el respeto mutuo entre los hombres de las más opuestas tendencias y con-sagrado el profundo respeto a la mujer, como ahora se advierte en las ciuda-

des blancas; asentada la disciplina, la austeridad y el amor al trabajo sereno y sin protestas, conforme ya lo vemos; vuelta la familia a su ser de cristiana, religiosa y honesta; desterrado el divorcio, que es su lacra y la embriaguez y el juego y la ociosidad, que a esa lacra pueden acompañar; desterrada la pornografía que es peste de la moralidad; restituído el amor a la Patria, de la que se venía renegando impunemente hace más de un siglo; sustituida la legislación sectaria de las Cortes Constituyentes por una legislación justa y paternal, acomodada a las tradiciones y posibilidades de nuestro pueblo.

Haciendo el arqueo de las pérdidas y ganancias de esta guerra en orden a la moralidad, que es el tesoro mayor de las naciones, podemos afirmar que entre nosotros las buenas costumbres acusan un alza manifiesta desconocida en otras guerras; que la moral tiene el pabellón mucho más levantado y enhiesto; y que si ha descendido entre los rojos, ese era un plan acariciado por ellos y empezado a implantar en tiempo de paz. Dada la rampa en que estaban colocados, con guerra y sin guerra se iban al fondo. Las iglesias que destruyeron, que según algunas estadísticas pasan de quince mil; los sacerdotes y religiosos que fusilaron, que también dicen se aproximan a esa horrible cifra, no obedecieron a objetivos de guerra sino a directrices de mentalidad; a imperativos de moral invertida. Los lugares donde se entroniza la moralidad y los heraldos de ella—los templos y los sacerdotes—excitan su rencor y acucian su fiereza. Una corriente de vesanía sacude esas masas entregadas al látigo de Rusia, como sacudía la menguada dignidad de los gladiadores romanos la presencia del César presidiendo los juegos en que aquellos miserables iban a morir brindando por el tirano que les presidía y diciéndole: te saludan los que van a morir; «Cesar, morituri te salutant». Lo mismo que ese grito de abyecta servidumbre suena para nosotros ese otro de *¡Viva Rusia!* con que sustituyeron los rojos el *¡Viva España!* que flameaba en todos los hastiales de nuestros templos y vibraba en todas las gargantas de nuestros sacerdotes.

Terminaremos estudiando la legitimidad de la guerra actual, por razón del que la declara. No la declaró la autoridad, sino que se declaró contra la autoridad. Pero era autoridad tiránica. Tiránica por sí misma y tiránica por encubrimiento y por cooperación. Tiránica por su origen y por su gobierno criminal.

Santo Tomás sostiene, y con él toda la escuela católica, que es el jefe del Estado o la nación misma quien ha de declarar la guerra y no ningún particular; y que es preferible soportar un tirano a levantarse contra él sin autoridad constituida; porque eso equivaldría a pasarse de la servidumbre a la anarquía, que es cien veces peor. Y como el jefe del Estado Español en el mes de Julio último era el señor Azaña y las Cortes que se decía representaban a la Na-

ción no decretaron la guerra, se ha llamado *rebeldes* e insurgentes a los que la sostuvieron hasta que prevaleció el título más justo de *nacionales*.

Nuestro levantamiento no sólo estaba justificado, como hemos demostrado antes, sino que tenía jefes responsables y estaba lejos del peligro de la anarquía. Miles de oficiales habían respondido del orden con su palabra y con su firma. La condición reclamada por el Aquinatense se cumplió.

En las provincias dominadas por los rojos todo el mundo anda a sombra de tejado; el miedo, el hambre, las lágrimas la incertidumbre, la inseguridad son la impresión registrada por cuantos extranjeros entraron en esas atormentadas regiones. En cambio, en las provincias de los blancos no se nota la guerra. Ved, pues, como la guerra es legítima por razón de la autoridad y está noblemente legitimada por el modo con que la autoridad se conduce.

Digámoslo clarito:

Pasó aquella zozobra y descorazonamiento de la época, que precedió al estallido sangriento de Julio. En medio de nuestro dolor, podemos respirar aires de vida y acariciar risueñas esperanzas. Nuestros caudillos actuales son severos y humanos a la vez. No están como los anteriores, ansiosos de chuparnos la sangre, de robarnos, de entregar nuestro patrimonio en las garras de un socialismo destructor; de arrancarnos el amor a nuestra religión, a nuestra Patria, a nuestra familia; de destrozarnos con estatutos separatistas. Por el contrario, tratan de reorganizarlo todo conforme a las grandes directrices del pensamiento tradicional hispánico. Estamos reconquistándonos a nosotros mismos, como a sí misma se reconquistó Italia. Esperamos con fundamento que a la vuelta de unos años transcurridos bajo un Gobierno de austera disciplina, España resplandezca con su signo Imperial de Nación directora de mundos. No hay necesidad de embelesarnos con un siglo de oro y de inmensos dominios materiales. Las veinte naciones, hijas nuestras, que llegaron hace un siglo a la mayor edad y obtuvieron su independencia política, no hemos de pretender que materialmente la obedezcan, sino que espiritualmente veneren su conducta y la tomen por norma de la propia.

Hay un recuerdo más propio para entonar nuestro espíritu en la hora actual, que ese otro tan traído y llevado de nuestro imperio colonial. Hace ciento treinta años España, empobrecida y hasta mediatizada por los afrancesados o rojos de entonces, pudo derrotar al Capitán del Siglo, Napoleón Bonaparte. Figurémonos que hoy Rusia es Napoleón, y preparémonos para llevar a feliz término la nueva guerra de nuestra Independencia. La otra duró más de seis años; no nos extrañemos que ésta no termine en uno. Lo principal es que lo que resta se lleve con ventura.

Lo importante es que lo que falta por conquistar se vaya tomando con tanto tino como lo conquistado hasta la fecha. ¡Veintitantas provincias aseguradas

en cinco meses y sin que se haya retrocedido sensiblemente en ninguno de los extensísimos frentes!... Me parece que es para descansar tranquilamente en manos de nuestros expertos caudillos.

A esta Epifanía de 1937; a esta fiesta de Reyes que celebramos hoy, acude espiritualmente nuestro Ejército con la ofrenda verdaderamente regia de las batallas ganadas y de las ciudades conquistadas de la barbarie roja. Se habla de «17.000» edificios destruidos en las ciudades y pueblos que quedaron bajo sus garras. Lleguen o no a esa cifra, bien podemos figurarnos que otros tantos o más se salvaron en la España blanca por la bravura de nuestras tropas. ¡Y ese sí que es un regalo de Reyes que pueden ofrendar nuestros caudillos en los altares de la Patria, en la cristianísima y españolísima festividad de Reyes.

Esperemos en Dios que para la Epifanía inmediata esté reconquistada España entera, y que en toda ella juntamente con la reconstrucción material se opere la reconstrucción espiritual, el renacer cristiano de otros tiempos en los que éramos la primera potencia de la tierra.

¡Viva España!

III

LA GUERRA EN ESPAÑA.—CARACTERES DIFERENCIALES DE LOS DOS BANDOS, «BLANCO Y ROJO.

Durante los tres meses de guerra que yo pasé en el extranjero, donde me alcanzó la conflagración, ninguna polémica de guerra me molestaba tanto como aquellas en que se nos ponía al nivel de los rojos; ninguna lectura me hacía palidecer de coraje y vergüenza como aquellas en que se aseguraba seriamente que usábamos *idénticos procedimientos de barbarie* los blancos y los rojos. Esa insidia sobre la semejanza moral de los dos bandos, que corrió por moneda de buena ley entre algunas personas de derecha de Francia, tuvo también su resonancia en Gran Bretaña, según nos asegura en uno de sus artículos en el *Catholic Herald* el celoso diplomático defensor de nuestro buen nombre, señor Merry del Val.

Por ese motivo, al entrar en España, bien mediado Octubre, tuve interés singular en enterarme concienzudamente de la manera de ser y de obrar de los beligerantes de vanguardia y de retaguardia.

El haber andado algunos días bordeando el frente de combate no me proporcionó la sorpresa de hablar con ningún rojo, ni siquiera la de examinar su indumentaria, que por lo que se cuenta, es tan abigarrada como la de los blancos, ya que hay entre ellos Soldados y Oficiales del Ejército, Guardias Civiles, Guardias de Asalto, Milicias de la CNT, de la UGT, de la FAI, que ignoro qué linaje de atuendo prefieren, ni si van todas tocadas con el mismo atalaje; milicias internacionales, etc., etc.

En nuestras huestes hallamos el clásico Guardia Civil con capa a la española y el temido tricornio; el soldadito de traje ceniciento; el falangista de la camisa azul, símbolo de mentalidad aristocrática; el requeté con la boina de color de fuego, que nos recuerda el de la sangre; los muchachos elegantones japistas y de renovación, muy envueltos en ponchos flotantes y en pasamontañas de un mimetismo simulador y cauteloso, y ostentando unos la cruz de la Vitoria y otros la de Santiago; el regular africano, que unas veces simula un monje y otras una pantera pintada de blanco, negro y amarillo, próxima a dar el salto mortal sobre su presa codiciada; el veterano curtido del Tercio con su clásica teresiana, con el brazo descubierto y el aire triunfador, tan pintoresco y tan variado en prendas de vestir como las regiones de donde procede.

De la mayor parte de las de Europa hay soldados en ambos bandos, predominando entre los rojos los rusos, franceses y checoslovacos y entre los blancos los italianos, alemanes e irlandeses. En cuanto al número, nada afirmaré, por ser contradictorios los informes.

Con toda esta mezcla de típicas milicias, cada bando tiene un carácter, observa una manera de proceder, da culto a un ideal, que entronca con los antecedentes genéricos de ambos grupos, más bien que con la composición actual de sus respectivas milicias. Aunque tan revueltos los componentes de los irreconciliables adversarios, llevan inconfundible la línea directriz, la idea inspiradora; que es por donde hemos de empezar a estudiar su contextura espiritual.

* * *

Esta se refleja en un gesto único entre los rojos; gesto de destrucción, de odio, que es levantamiento del *puño cerrado* por todo saludo. Los blancos ostentan varias formas de salutación y reflejan su intencionalidad en las enseñanzas religiosas, que unas veces bajo los trajes y otras al exterior, portan generalmente escapularios, cruces, medallas. Alicientes del sacrificio y la perseverancia, signos de amor y de perdón, no de odio y de exterminio.

Más que en los símbolos hemos de parar la atención en las obras, analizándolas imparcialmente, tales como son, y atendiendo a aquella sentencia de Cristo: *Por sus obras los conoceréis*.

Los que vivan en contacto inmediato con el elemento dinámico de estos sectores, estarán en condiciones de analizar sutilmente, psicológicamente, no sólo las actuaciones encontradas de los que son opuestos, sino las diferencias particulares dentro de una pareja ideología.

Para los que estamos constantemente alejados de las funciones específicas de la guerra y sin nexo con ningún efectivo militar, el estudio más provechoso, el único verdaderamente concienzudo tendrá que ser el de conjunto, el de las

grandes líneas, el que se base en el deslinde de obras, que se reflejan a lo lejos y tienen su comprobación documentada a la vista de todos.

Estas características trascendentes han de tomarse de atrás, han de empezar a sopesarse en los meses que precedieron al conflicto. Entonces, mal que bien, convivían ambos grupos; después no ha existido entre ellos inteligencia alguna, ni siquiera suspensión de armas, fuera de los pequeños jugueteos admitidos alguna que otra vez, al margen de la disciplina, en las avanzadillas.

* * *

El pertenecer yo con alma y corazón al bando de los blancos no quisiera influiese en el verismo y objetividad de los hechos. Las consecuencias sáque-las cada cual a su sabor, dulces, amargas, ácidas...

El incendio español que hoy el mundo contempla con espanto, estaba soterrado tiempo hacía, y exhalaba su vaho sofocante. Es la lucha de dos civilizaciones, más que de dos partidos.

En la España medieval, tradicional, cristiana—como la queramos llamar—empezó a incubarse en el reinado de Carlos III una anti-España, que trasvasaba a nuestro organismo espiritual el espíritu descreído de la revolución francesa, que se infiltró a todo lo largo y ancho de la península en tiempo de la guerra de la Independencia.

ANTECEDENTES DE LA GUERRA.

Este espíritu de afrancesados y liberales, vivificado por las Sociedades secretas y transformado en socialismo y comunismo, se desbordó varias veces en el reinado de Fernando VII, y otras más en el de su hija Isabel II, y en la primera República; y finalmente estalló como volcán de hirviente lava en la segunda. Su primer biennio fué de desatada legislación; el segundo fué de moderación y de freno; el tercero, yendo a las elecciones con un programa moderado del Frente Popular, dió lugar a espolios y asesinatos tan numerosos y de tal catadura, que la antigua España viendo en peligro su religión, sus tradiciones, su paz, su economía y su prosperidad general, se lanzó a morir, si preciso fuera, por defenderlas.

Creo definir un hecho histórico que acabamos todos de presenciar y que no presentarán de otra suerte los escritores del campo opuesto, ya que la franqueza en la manifestación de sus planes y en la oposición a los de la España tradicional no les faltó.

Analicemos un poquito más los últimos sucesos. La segunda República vino sin lucha; se la sirvieron los monárquicos a los republicanos en bandeja de plata. Los izquierdistas salían de la cárcel o del destierro para encaramarse a las Direcciones Generales, a los Gobiernos Civiles, a las Subsecretarías

y hasta a los Ministerios. Sustituyeron a su antojo las autoridades municipales, hicieron las elecciones a su placer, votaron una Constitución anticristiana, dictaron leyes atentatorias de la propiedad, quemaron conventos e Iglesias al mes de disponer del orden público, desarmaron las derechas, quitándoles hasta las licencias de caza, otorgaron a Cataluña un Estatuto separatista, si no en la intención, al menos en las obras; y administraron tan perdidamente, que todos los valores dieron fuerte bajón.

* * *

Frente a esa situación tan desastrosa para las derechas y para la economía nacional, que vió en pocos meses consumirse los ahorros de la Dictadura, las derechas amilanadas, tuvieron solo el gesto caballeroso y mal preparado del 10 de agosto, seguido de las muertes y destierros que están en la memoria de todos.

Tanto se gastó aquel Gobierno, que el señor Azaña no pudo sostenerse en él, y fué llamado a la Presidencia el gran Oriente de la Masonería, Sr. Martínez Barrios. A pesar de su significación, las izquierdas pierden las elecciones, y el Presidente de la República tiene que entregar el poder al único que podía presentar mayoría de diputados en el Parlamento, que era el señor Lerroux, apoyado por una fracción de derechas, que había sido la más afortunada en los Comicios y que resultó más numerosa que la centrista del señor Lerroux.

No había otra mayoría posible; no obstante lo cual, las izquierdas, que habían votado la Constitución, conforme a cuyos dictados se había formado el Parlamento, amenazan con la revolución si se le da el poder, y se lanzan a ella con el mayor ardor, sobre todo en Asturias, donde las organizaciones societarias estaban preparadas para la lucha.

Las derechas habían aceptado la coyunda de las izquierdas, cuando éstas tuvieron mayoría normalmente obtenida. Las izquierdas no se resignaban a aceptar gobierno que no hubiese salido de su seno, aunque ellas carecían de mayoría en el Parlamento. Y eso que contactos con los partidarios del señor Lerroux, su camarada de toda la vida, no les podían faltar, y menos en unas Cortes elegidas bajo la Presidencia de don Diego Martínez Barrios, antes y después entregado a estas facciones.

* * *

Se gasta también el señor Lerroux; y cuando se creía que el señor Presidente de la República entregaría el poder a la fracción más numerosa de la Cámara hasta que ésta se gastase también, entrega el poder y el decreto de disolución a un francmasón de cuenta, que ni era diputado, ni tenía en las Cortes partidarios. ¡Linda manera de actuar en un régimen parlamentario! Constituido el Frente Popular, que tanto fomentó el Presidente de la República,

se dió a organizar el nuevo grupo parlamentario del señor Portela a costa de candidatos de derecha, a los cuales se les amenazaba con dejar hacer a los demagogos, donde ellos no dejaran libres los lugares reclamados por el gobierno. ¡Horrible tesitura para gentes por una parte partidarias del orden y por otra enteramente desarmadas! Portela llegó a cambiar todas las autoridades en algunas provincias como Lugo y Málaga. El Frente Popular, por su lado, no dejó de imponerse por el terror, donde le fué posible, captando por esta vía una porción de Actas, apoderándose del poder antes de que terminaran las elecciones, anulando las de Cuenca, Cáceres y Granada, y escamoteando algunas Actas sueltas, dominando finalmente el hastial parlamentario por el número de Diputados, a pesar de haber logrado las derechas (según los datos de la Junta del Censo), 73.049 votos más que las izquierdas.

Con qué violencia se procedería en algunas localidades se puede calcular por las instrucciones que dió el Alcalde de Alicante en el mitin del 5 de febrero: «A todo aquel que se sospeche que va a votar a las derechas, se le rompe la papeleta, y si es preciso, se le cortan las manos».

* * *

No siendo de nuestra incumbencia los empastados electorales, dejamos la palabra a un político tan experto y de tanta solvencia crítica como el señor Cambó, que en un artículo publicado a principios de año en el *Daily Telegraph*, escribe: «Para obtener la mayoría durante el día 19 y 20 de febrero, fechas previamente fijadas para el escrutinio y proclamación de los candidatos triunfantes, y bajo la presión de las masas proletarias del Frente Popular, se falsificaron en gran número las Actas de los escrutinios parciales, no obstante lo cual y a pesar de otras maniobras prohibidas, el Frente Popular no logró alcanzar mayoría.

«A fin de lograr su propósito, tuvo que forzar la suspensión del escrutinio general en algunas provincias, para ganar tiempo y realizar otras falsificaciones. Mediante ellas consiguió obtener una mayoría de diez o doce Diputados el Frente Popular, que aun con la ayuda de todos estos documentos, no llegaba a representar la mitad de votos emitidos» (1).

(1) El señor Gil Robles en reciente carta al Director del *The Universe*, escribe: «No es gobierno legítimo en su origen (el del Frente Popular), porque según las elecciones de febrero de 1936, la victoria fué de las derechas, por una mayoría de 400.000 votos sobre las izquierdas; pero éstas por la fuerza bruta y con la ayuda de los policías violaron las urnas en La Coruña, Pontevedra, Lugo, Cáceres, Córdoba y Sevilla, y alteraron los resultados, naturalmente a su favor; y así consiguieron una pequeña mayoría en la Cámara; mayoría que se apresuró y declaró nulas total o parcialmente las elecciones en Granada, Cuenca, Burgos y Salamanca; viniendo de esta manera las

Aun quitando hierro a las ilegalidades de este cómputo, el triunfo obtenida hacía esperar esa moderación de que alardea generalmente el que no tiene ya miedo a perder. Moderación que armonizaba, sino con los procedimientos electorales, que fueron desatados, con el programa electoral del Frente Popular y con el discurso pronunciado por el señor Azaña ante el micrófono de Unión Radio llamando a la concordia y respondiendo de la tranquilidad y del respeto debido a todos los ciudadanos. El caso fué que empezaron con mayor furor los atropellos a la propiedad, los asesinatos a los propietarios y el obligarles a admitir en sus empresas hasta aquellos que habían atentado contra su vida; a los que hubo que pagar los atrasos, como si el crimen fuera un merecimiento.

* * *

Toda esta cadena de atropellos y humillaciones había suscitado la aparición de Falange española, que con ser un movimiento tan natural y tan indeclinable de defensa, fué señalado por el Frente Popular en sus mítines y prensa como un movimiento que había que extirpar por la acción directa, como se procuró hacer, no consintiendo que las derechas hicieran resistencia a la apisonadora del Frente Popular. El Frente miraba a las derechas como a esclavos destinados al sacrificio; y se reanudó la serie de asesinatos que culminaron en el del señor Calvo Sotelo, que acababa de denunciar en pleno Parlamento la crimosidad del gobierno, cómplice de tantos desafueros como estaban labrando la ruina moral y económica de la nación.

En el mismo sentido de conminación ante el descenso de los valores nacionales escribió por aquellos días al Ministro de la Guerra una carta, después

izquierdas a tener una mayoría ficticia, que les permitió formar gobierno, pero ilegal e ilegítimo en su origen, como aparece manifiesto.

En el ejercicio de la autoridad o del poder, tampoco ha probado el de Madrid ser legítimo gobierno. Desde que entró en funciones en febrero de 1936 hasta el día del alzamiento nacional pesa sobre el gobierno del Frente Popular los siguientes crímenes: la quema de 84 Iglesias, 4 redacciones de periódicos, 36 centros políticos y 92 casas particulares de gentes de derecha. Mató a 256 personas y dañó a más de mil. Robó, sin indemnización de ningún género, 300 propiedades particulares y cerró más de 800 centros católicos de enseñanza. Dejó sin trabajo, echándolos de su sitio, a todos los no afiliados a organizaciones izquierdistas; y en los cuarteles, arsenales y aeródromos introdujo el comunismo. Dejó cesantes, de la noche a la mañana, a centenares de empleados en el Servicio Civil, que ocupaban legalmente sus puestos; y permitió atacar e insultar a los oficiales del Ejército, a los sacerdotes y a los jueces y magistrados.

Todos estos hechos se denunciaron, ante el Parlamento en pleno, por el diputado monárquico señor Calvo Sotelo, sin que pudiera negarlos el gobierno.

muy comentada, el entonces Capitán General de Canarias, Excmo. Sr. don Francisco Franco, eco bien autorizado del disgusto existente entre la gente de armas ante aquella persecución desenfrenada, que estaba aniquilando la nación.

Interpelado el Gobierno en las Cortes sobre la lucha entablada entre izquierdas y derechas, contestó por boca del Ministro de la Gobernación, que en aquel pleito el Gobierno no era juez, sino parte. Parte, claro está, de las exterminadoras izquierdas.

Ante un Parlamento de aquella catadura y con un gobierno que se solidariza con la demagogia que le había entronizado, la guerra estaba declarada con todos los pronunciamientos. El choque no podía tardar más que el tiempo necesario para que los agredidos pudieran contestar. Veamos con qué características lucharon ambos bandos. Pero antes hagamos un alto para resumir ligeramente los antecedentes de guerra, que suelen ser siempre los móviles de ella.

* * *

Las derechas aceptaron las Cortes del 31 y pasaron por la Constitución, con tener artículos contra el derecho natural y contra toda la tradición española; las izquierdas se rebelaron contra las Cortes del 34 y fueron a la revolución, desde el momento en que al más numeroso de los grupos parlamentarios se le concedieron Ministros. Fueron a una revolución en la cual no sólo lucharon militarmente, sino que asesinaron sistemáticamente, sobre todo, a los sacerdotes y religiosos, a la guardia civil y a muchas personas de derechas. Hablamos todavía de 1934. Las elecciones de hace un año, de febrero de 1936, adolecieron del vicio de innumerables atropellos por parte de los rojos, que se forjaron la mayoría a su gusto, a costa de muchas actas ganadas por los blancos.

En el entretanto de las elecciones y de la constitución y primeros pasos de la Cámara, las izquierdas vejan a las derechas, queman sus iglesias y monasterios, asaltan la propiedad, apoderándose de todo, asesinan a los propietarios e imponen a sus familiares la convivencia con los asesinos.

Durante el mando de las izquierdas se convierte en *déficit* el *superavit* de las arcas municipales, bajan muchos enteros los valores públicos y la propiedad privada llega al borde de la ruina. Por parte de las derechas no hay más signos enérgicos de respuesta a las acometidas que la protesta armada del 10 de agosto, ahogada en sangre, y los intermitentes respiros de Falange Española, perseguida como una fiera. Los demás esfuerzos, aun siendo a veces tan magníficos como la propaganda electoral de 1934, eran enteramente pacifistas e inadecuados para las acometidas de que eran objeto las derechas.

Tales son los hechos, tales eran las posiciones antes de la guerra. Los ro-

jos no discutirán estos hechos, en los cuales ellos dominaban por su acometividad y majeza, de la que hacían alarde. En la revolución del 34 oponían a nuestro españolismo, a nuestra defensa de las tradiciones hispánicas, el grito novedoso de *¡Viva Rusia!* Como no tratamos aquí de calificar conductas, sino de reflejarlas, no decimos más de los antecedentes de la guerra. La guerra fué desatada, fué provocada por las izquierdas, y sólo después de insoportables humillaciones, aceptada por las derechas.

CARACTERÍSTICAS DE LOS DOS BANDOS EN LA GUERRA.

En la guerra no puede ser distintivo de nadie el matar. En el frente de combate se inutilizan cuantos enemigos se pueden inutilizar. En cuanto al modo hemos advertido dos diferencias: Los rojos han tirado bastantes veces con balas «dum dum», cuya herida no sólo inutiliza, sino que martiriza y mata; y los blancos nunca lo hicieron. Otra diferencia: los rojos han bombardeado con frecuencia ciudades abiertas e indefensas, y los blancos sólo las cercadas o los objetivos militares de las que están lejos del frente. En Madrid señalaron una zona imbombardeable, donde puede recogerse la gente civil.

Fuera del frente de combate, los rojos han matado multitud de niños, como consta de los documentos oficiales de la Junta de Burgos, a los que acompañan testimonios y fotografías. Los blancos no han matado un solo niño, fuera de los que caigan por efecto del bombardeo.

* * *

Los rojos han asesinado a multitud de señoras en Madrid, Barcelona, Valencia y otros lugares, conforme hemos oído a algunos huídos. Con respecto a Extremadura, Andalucía y Toledo, la Junta de Burgos alega bastantes comprobantes de mujeres inocentes sacrificadas. Los blancos sólo han sacrificado unas pocas de las más criminales, después de un proceso minucioso. Cuando leemos esa acusación injusta en los periódicos franceses, equiparándonos a los rojos, nos figuramos que tratan de cohonestar los tres días de matanza a que ellos se entregaron en Tarragona en 1811, por no hablar de otras plazas, donde el matar mujeres fué corriente. Los blancos españoles no han seguido ese ejemplo, ni de los rojos ni de los otros. Los rojos asesinan sistemáticamente a religiosos, sacerdotes y aun Obispos, (que ya se cuentan once sacrificados). En Toledo solo mataron más de ochenta, sin más crimen que el de ser sacerdotes o religiosos. Los blancos han fusilado, según se dice, una docena de sacerdotes separatistas, algunos de los cuales fueron cogidos con armas en la mano.

* * *

Con seglares calificados de derechas, los rojos no se condujeron más misericordiosamente que con los religiosos. Los mataron por docenas en los pue-

blos pequeños; por centenares en las poblaciones de consideración y por miles en las grandes ciudades. Los fusilados, sólo por ser de derechas, en Madrid, Barcelona y Valencia, son tantos, que explican el estado de terror en que se ha vivido en todo el territorio rojo. Son muchas las cifras que sobre eso se van dando, que yo no se si se aproximan a la realidad. Por estar avalado por una firma como la de Hitler, recordaremos la cifra dada por él en el discurso de hace pocos días: 170.000

Los blancos, en cambio, a nadie matan por ser de izquierdas, sino por fechorías, de que se hubieran hecho reos. En todas las poblaciones y aun en todos los pueblos que los blancos dominan, está lleno de rojos que viven tan tranquilos; y si algunos por temor, pasan a la otra banda, suelen dejar en ésta sus familias. Algunas como las de Asensio viven bien atendidas y mimadas en Valladolid.

* * *

Otra característica diferencial más evidente aún, es la de los martirios. En el frente rojo se ha desatado la más feroz vesanía. Si no lo hubiéramos contemplado en las reproducciones fotográficas; si no lo hubiéramos visto en los documentos de la Junta de Burgos; si no lo hubiéramos escuchado a testigos de vista, no daríamos crédito a las relaciones que vemos en la prensa. Y eso que algunas llevan la firma de personas solventes y no pueden negarse, como lo que afirmaba con toda gravedad de los martirios de Málaga, Ciudad Real y Manzanares el señor Queipo del Llano. Lo referente al doctísimo Prelado de las Ordenes Militares, lo habíamos oído ya varias veces por referencias de gentes venidas de la Mancha.

El sadismo, el placer de torturar de los rojos pasará a la historia como un estigma de la humanidad.

Resumamos algo del AVANCE DEL INFORME OFICIAL de la Junta de Burgos, que ha tirado sólo dos cuadernos y anuncia el tercero para un día de estos.

En Arahal fueron quemadas vivas 23 personas; en Aznalcóllar fueron asesinadas veinte, «todas ellas con la mayor crueldad»; en Baena noventa y una, siendo muertas a hachazos cincuenta y ocho; en La Campana fueron quemadas doce; en Campillo seis; en Cazalla fueron asesinadas con diversos martirios sesenta; en Constantina ciento cincuenta; en Guadalcanal cuarenta y uno; algunas de dos en dos y con lenta agonía; en Lora del Río ciento treinta y ocho, siendo muchas enterradas vivos; en Morón veinticinco (nueve Guardias Civiles); en Palma del Condado, diez y ocho, con bombas de mano; en Palma del Río cuarenta y una personas, la mayor parte con ensañamiento; en Posañas ciento cinco, habiendo sido violadas muchas jóvenes públicamente; en Puente Genil ciento cincuenta y cuatro, con los más diversos martirios; en

Utrera diez y siete varones, dos en presencia de sus esposas y otros dos delante de sus prometidas; en Aljucén se echaron ochenta bombas de mano sobre once encarcelados, que quedaron reducidos a un montón de carne; en Almen-dralejo fueron asesinados veintiocho, después de un martirio prolongado; en Antequera setenta y ocho, algunos en presencia de sus mujeres y a otros a la vista de sus madres; en Azuaga ciento cinco, torturados antes muchos de ellos con barras de hierro, porras, vergajos; en Burguillos del Cerro a treinta y seis, a fuerza de pedradas, escopetazos, hachazos y algunos quemados vivos; en Castro del Río ochenta y ocho, entre ellos familias enteras, y a alguno como don Juan Antonio Navas Luque, «lo asesinaron en la puerta de su casa, en presencia de su esposa, hijos y madre, falleciendo esta última a consecuencia de la impresión sufrida»; en Espejo fueron fusilados cuarenta y tantos, entre ellos jóvenes de quince y diez y seis años; y muertos a hachazos y tiros quince, entre ellos doña Carmen Trigo, que antes fué desnudada y atropellada; en Fuente de Cantos diez y seis, doce abrasados; en Granja de Torrehermosa, el informe pericial de los tres médicos asegura que «en el exterior del cementerio de dicho pueblo, al lado izquierdo de la puerta que le da entrada, se encontraba profusamente hacinado un montón de cadáveres en número de once, de los cuales ocho eran de mujeres de diversas edades, dos de niñas y uno de hombre»; en Ronda unos seis cientos, cincuenta y dos de una sola vez, fusilando a los hijos que pedían misericordia para sus padres; en Talavera la Real veinte asesinatos, precedidos de palizas horribles durante varios días, unas veinte personas, atadas de dos en dos, dejando a algunas gravemente heridas todo el día, para rematarlas al día siguiente; en Cartajena, sólo de Oficiales de allí y de los traídos de Alicante, se cuentan unos quinientos asesinados, ahogados en su mayor parte.

Defender a los blancos de acusaciones semejantes equivaldrá a injuriar-los, concibiendo como posible que incurran en tales abominaciones.

* * *

Al lado de las marcas de ferocidad para con los que han de ser rematados se despliega entre los rojos un lujo de ferocidad con sus familias: se las visita pistola en mano, metiéndoles el corazón en un puño; se las acosa para que descubran el paradero de sus familiares; se las maltrata, si no entregan cuantas joyas y emolumentos sospechan que poseen; y en muchos casos se las arroja de su casa... ¡Señores! Ni por excepción he oído que una sola vez hicieran esto los blancos con las familias de los rojos.

Esa mentalidad incomprensora, esa cobardía cruel y despiadada les llevó también—y ya habían hecho alarde de ello en Oviedo el año 34—a poner en el frente de fuego masas inocentes de derecha, que les sirvieran de parapetos

en el momento de las descargas enemigas. A los blancos habría que volverles al revés el cerebro y el corazón para que pudieran llegar a tan cobardes determinaciones.

* * *

En la cuestión de represalias yo mismo he oído en Francia a alguna persona de derechas acusarnos de análogos procedimientos. Yo lo negaba en redondo; pero tenía algún miedo a que, no como iniciativa, sino como defensa, como aplicación de la pena del talión, se hubiese usado entre nosotros con alguna frecuencia de las represalias. Me acordaba de la ofuscación del terrible general Cabrera, cuando supo que sus enemigos habían matado a su madre, sólo porque era madre suya... Pensaba en la difícil situación de los que saben que a sus deudos se les asesinó sólo por ser deudos suyos, como dice el general Mola en su último discurso de Salamanca.

Cuando llegué a España me convencí de que la represalia no había asentado su sangrienta planta entre nosotros. Represalia es matar a uno, sin tener para ello más razón que la de que a nosotros nos mataron otro o nos hicieron daño acá o allá. Eran represalias las que se tomaban en las prisiones de Bilbao con los infelices detenidos, cada vez que sonaban las bombas de los blancos sobre Irún o San Sebastián. Fuera represalia en nosotros el haber vengado en los detenidos los asesinatos de Bernardo Aza o de Madariaga o de Albiñana. Nunca lo hicieron nuestras tropas.

Esas represalias, si no hay otros motivos, el P. Vitoria las rechaza hasta para los rehenes, que se han entregado respondiendo con su vida de alguna cláusula de un tratado. Si no se cumple, el P. Vitoria niega que se les pueda ajusticiar, a pesar del incumplimiento; porque los rehenes, en cuanto tales, son inocentes; y eso basta para que directamente nadie pueda dañarles. Los blancos se habrán tal vez equivocado en el fusilar; pero a cada uno lo fusilaron por su hoja de servicios. Sólo por ella. Conste, por tanto, esta otra diferencia: que entre nosotros no se practicó la guerra de represalias, ni siquiera para evitar que continuara tan bárbara costumbre entre los rojos.

Cuando tanto me lo aseguraban en Francia, pensé yo, al llegar a España, que confundían la *represalia*, siempre innoble, con *el paseo*, que hoy se dice; que consiste sencillamente en ejecutar sin forma de proceso, ordinariamente en algún camino extraviado. Este sistema de eliminar la gente, frecuentísimo entre los rojos, tuvo al principio entre los blancos alguna aceptación. No era, sin embargo, el arbitrio el móvil de esas ejecuciones. Yo, que por eliminarlas he trabajado cuanto pude desde que entré en España (porque yo, sin juicio, no encuentro buenas las sentencias, por evidentes que parezcan las causas), he de confesar que preguntando en Pamplona por la causa de algunos *paseos*,

me alegaron motivos enteramente notorios de acciones criminosas. En León me ocurrió igual, y aunque a veces eso no se veía tan claro, los que lo hacían lo tenían por verídico. Repito que yo soy opuesto a ese procedimiento y no lo apruebo nunca, sin alguna manera de proceso; pero muchas veces lo había, aunque no se formalizase la escritura.

En ejecutar nunca debe haber prisas; y vale más que queden sin castigar una docena de culpados, que se condene un inocente. Hoy me dicen que sin el correspondiente atestado no se fusila a nadie entre los blancos; cuando entre los rojos es el procedimiento corriente. Hay que tener en cuenta que las Falanges y Requetés, en los principios, no podían, por una parte, dejar los pueblos expuestos al influjo de los indeseables; y por otra, no tenían Tribunales nombrados, ni iban a poner sus asuntos en manos de los Tribunales de un poder que habían venido a desbancar. He aquí como los *paseos*, la nota más discutible de los blancos, se diferencian mucho entre ambos bandos. La inmensa mayoría de los *paseos* hechos por los rojos eran para ejecutar personas honradísimas; y la casi totalidad de los *paseos* de los blancos para saldar cuentas graves con la justicia. Los franceses que esgrimían contra nosotros ese argumento, acuérdense de lo que dice su aficionado el conde de Toreno, al describir por ejemplo la toma de Jaén por las tropas de Napoleón, que ya tenían los Tribunales perfectamente establecidos: «*Degollaron dice, los franceses hasta viejos y niños, ejerciendo acerbas crueldades contra los religiosos enfermos de los conventos de santo Domingo y de san Agustín*».

Pues sí que serían graves los tribunales napoleónicos para acordar la ejecución de niños, ancianos y de religiosos enfermos!!

Fuera de toda duda: los franceses fusilaban aquí a esos infelices inválidos, por el delito de ser españoles; los rojos *pasean* a los blancos, por ser de derechas; los blancos han *paseado* algunas veces a los rojos, no por ser de izquierdas, sino por ser fulano o mengano, acusado de esto o de lo otro. Siempre a cien leguas de los procedimientos rojos y de los de las tropas napoleónicas.

* * *

Al que nos arguya que esos fusilamientos sin procesos, se prestan hasta para venganzas personales, sea en rojos, sea en blancos, se lo concederemos. Y es otra de las razones porque hemos recomendado su supresión en Pamplona, en León, en Burgos y en Palencia. Y según me escriben, con éxito, estorbando absolutamente los *paseos* en alguna de estas ciudades.

Ahora que el arbitrio y la venganza tenían sus quiebras. En varias ocasiones nos aseguraron que habían sido fusilados algunos milicianos blancos, por no justificar algunos *paseos*. Y en esta parte, he de referir un

caso que de los rojos se cuenta, relativo al dominico P. Celestino Alonso, fusilado en Navelgas con otros tres religiosos, un oficial y un sacerdote secular, a fines de agosto.

Unos milicianos rojos de La Felguera, que habían conocido allí a dicho Padre y eran testigos de su bondad, se indignaron tanto, al tener noticia de aquel asesinato, que fusilaron al autor principal de él. El veneno marxista que ha invadido las entrañas de tantos españoles, no les ha intoxicado todavía los surgideros de la nobleza de corazón. Confiemos en que pronto la mayor parte de ellos, a la vista de la conducta que en las regiones blancas se practica, se cambien, y vengan a partido. Así se reconciliaron con el Fascio los marxistas italianos. Por esa razón creo yo que los procedimientos de exterminio (fuera de los casos de resolución judicial), ni son necesarios ni convenientes para llegar a la renovación de España. Hay que creer y esperar en el cambio de conducta; y hay que amarlo y procurarlo con tesón. Antes de la muerte hay muchas penas; entre ellas la importantísima de obligar a reconstruir todos los edificios destruidos.

* * *

El organizar compañías de mujeres armadas para el frente, si van de buena voluntad, no digamos que implique una perversión como la de esas otras satánicas costumbres. Es, no obstante, una nota diferencial, pues entre los blancos no se ha estilado utilizarlas para la guerra, fuera de los servicios de la Cruz Roja, aun pudiendo contar con un voluntariado regular.

Lo del voluntariado femenino entre los rojos debe tener sus quiebras, ya que por la radio se las convoca, a veces, con amenazas de castigos.

Diferencia más trágica en el trato con las mujeres, y que me contentaré con indicar, es la de violaciones y hasta sacrilegios por parte de los rojos, que a juzgar por las que pueden demostrarse en materia tan delicada, debieron ser en número crecido.

* * *

Relacionada con la voluntariedad hallamos otra costumbre violenta entre los rojos, que no ha tenido lugar entre los blancos; el tener que definirse siempre, levantando el puño crispado, quíerese o no se quiera. Y menos mal que no se propasen a exigirles palabras soeces y hasta blasfemias, que los buenos cristianos no pueden proferir, aunque les cueste la vida. ¡Y cuántos santos varones y fuertes mujeres no la han perdido, por no prestarse a blasfemar! Verdaderos mártires de Cristo me parecen a mí todos esos, que por no ofenderle ofrecieron sus vidas.

Esto de morir alabando a Cristo, sí que es otra diferencia manifiesta entre blancos y rojos.

* * *

También lo es la costumbre de blasfemar entre los rojos, que recogieron esa *herencia* de nuestros malos ciudadanos, y es hoy como una impronta de sus afirmaciones.

En los blancos, por el contrario, se advierte hoy un movimiento religioso extraordinario, aun en el mismo frente, donde el ardor y el furor tan fácilmente ahogan otros sentimientos más delicados. Ese valor que en nuestros Requetés y Falanges tanto admiran los Regulares africanos, procede del sentimiento religioso, que les mueve a inmolar su vida por Dios y por la patria. A algunos de nuestros milicianos hemos oído hablar de los Rosarios que rezan en el frente, de rodillas y con el mayor fervor, y de las veces que se confiesan antes de entrar en fuego. Habiéndoselo oído a ellos mismos, no he menester ampararme en las relaciones que corren por la prensa.

* * *

A esa situación de espíritu religioso e irreligioso en los respectivos frentes blanco y rojo, responde en gran manera la moralidad de costumbres. He oído elogiar la de los blancos en el frente como algo en que esta guerra nuestra se levanta cien codos sobre las otras que en las historias registramos. En cuanto al frente rojo hay tal disolución aun en la parte que menos pudiera esperarse —en el frente vasco— que los periódicos *Euzkadi* y *Gudari* lo lamentaban acerbamente y se hacían cargo de una noticia que corría como buena, afirmando que la prostitución causaba en sus filas más bajas que los Requetés. No sé si será cierto. ¡Ojalá no lo sea! ¡Y ojalá sea lo que de los nuestros se dice! Por lo menos sí parece que se profesa vida de austeridad en el frente, y que el espíritu que aquí nos lleva a suprimir los carnavales, el postre en ciertos días y los diversos platos en otros, lleva a nuestras tropas a un respeto al sexto mandamiento no tan acostumbrado en la guerra.

* * *

El séptimo mandamiento ha de marcar diferencias profundas no sólo en las teorías, que son opuestas, sino en la práctica.

Acabo de leer en el *Frente Libertario* de Madrid (8 de enero de 1937), un artículo en el que se describen casas de cinco pisos, «todas ellas habitadas por trabajadores, con todas las puertas rotas, unas a porrazos y las más saltadas las cerraduras a golpes de machete, encontrándose todo el ajuar desparramado por las habitaciones, destruido todo y dando la sensación de que allí habían pasado los moros, asolándolo como una tempestad y cometiendo toda clase de crímenes»...

Sabíamos que los rojos robaban así las casas de los blancos. Que saqueasen así las suyas propias no lo creeríamos, sino lo atestiguaran los interesados. Eso, no en una ciudad conquistada, sino en una ciudad propia, fuera de un día de asalto y de pillaje es nota que tenemos que subrayar.

El asalto a las casas particulares, el robo a mansalva, separa enteramente a los rojos, que lo practican por sistema, de los blancos, que lo tienen vedado, fuera de lo que se les autorice en el día del asalto.

En los documentos publicados por la Junta de Burgos, es tan general la relación del pillaje, que llega uno a pensar que la mayor parte de los asesinatos se ordenaban a poder robar impunemente. Es estilo constante de la miserable humanidad, y en las tribus salvajes tan corriente, que cuando se registra un asesinato, se dan todos a pensar qué robo se tendría fraguado.

Mucho habrá sustraído del Banco de España y de los restantes Bancos de Madrid y de las provincias dominadas, el gobierno rojo de Madrid y Valencia; pero creemos que monta más lo arrancado por los rojos de casas particulares y de Iglesias. La gente no se forma idea de la inmensidad de esos espolios. Sólo los de la Iglesia de Morón estaban tasados en siete millones de pesetas... Cálculense lo que robarían en los palacios de Alba, Medinaceli, Infantado, Fernan Núñez, etc., y en los tesoros catedralicios, rematados en las asombrosas estanterías de la Catedral de Toledo, donde sólo el manto de perlas de la Virgen del Sagrario superaba con mucho en precio a todas las joyas de Morón. Las preciosidades de la Iglesia Primada piden ellas solas abultado volumen para ser debidamente valoradas.

¡Vergüenza da pensar que los que lamentábamos antes la salida de joyas de primera importancia, tengamos que bendecir hoy a los que las sacaron de España, para que, al menos, en Museos extranjeros, sean pregoneras del genio de nuestros artistas!

* * *

Es tan espantosa la destrucción de monumentos y joyas de arte en la empobrecida España roja, que a nosotros no nos cabe en la cabeza que eso pueda atribuirse a los directivos españoles, sino a los directivos extranjeros y a esa masa amorfa envenenada e ignorante que lleva por toda idea directriz la extirpación de la sociedad burguesa y de todo cuanto pueda recordar su actuación en glorias del pasado.

Entre los pocos recuerdos honrosos que quedan en España de la segunda República, aquí en Valladolid os queda el de la organización del Museo escultórico de San Gregorio, que es una de las maravillas de España por el continente y por el contenido. En San Sebastián fué organizado en estos años de República el Museo de San Telmo, también en un edificio dominicano. Claro es que tanto los edificios como las joyas encerradas pertenecen a la España cristiana; pero el disponerlos tan hermosamente indica en los dirigentes de la República una mentalidad contraria a aquella de que ha hecho gala la masa roja.

Argumento bastante, si otros no hubiese, de que las ideas corruptoras, que

en mentes cultivadas detienen sus efectos maléficos, porque otras más asentadas los contrarrestan, en las masas ignaras se muestran inevitablemente deletéreas desde el principio. Cuando vino la segunda República, sin sangre y sin lucha, fué saludada por sus intelectuales como una aparición alada e ideal. Al mes estaba cubierta de sarro por las quemas de los conventos. Los directivos empingorotados en los Ministerios alardeaban de conservar incólumes los tesoros artísticos de la Nación; y a los pocos días, desbordados por la demagogia, ostentaban su propia plebeyez en el cambio de escudos de los edificios; absurdo aquitectónico incomprensible en personas cuyo cerebro funcione con normalidad.

Tal fueron conformándose los de arriba a las imposiciones de los de abajo, que, al ver deshechos los Museos Públicos, llega uno a sospechar si en eso los de arriba fueron desbordados por los de abajo, o comulgaron todos por igual en el nefando contubernio. Para el mundo civilizado todos son inconómacos, por igual. La destrucción de los Museos, verificada por orden del gobierno, so pretexto de seguridad, no se podrá precisar hasta la reconquista de las ciudades devastadas. No obstante, algo se puede ya rastrear.

Del más importante de nuestros Museos, del Museo del Prado, orgullo de todos los españoles que entendían de arte, puede decirse en vista de tantísimas informaciones periodísticas no sólo que quedó enteramente desvalijado, sino también trasladado al extranjero, y hasta vendido en parte. Esto debe tener su fundamento, por increíble que parezca, pues provocó reclamaciones diplomáticas del gobierno de Burgos .. Nada de eso se puede calificar, porque faltan adecuados calificativos... Del Museo episcopal de Vich, que en tablas primitivos era nuestro primer tesoro, recuerdo haber visto en Francia fotografías de sus destrozos. Por lo cual, aunque nunca hubiera pensado que Vich los consintiera, no puedo menos de admitirlo. En los documentos de la Junta de Burgos también aparece apuñalado el retrato de Cristóbal Colón, del Monasterio de la Rábida. Mas ¿para qué pensar ahora en inventarios, que se han de hacer con toda minuciosidad no tardando? Constándonos, como nos consta, que muchos templos, verdaderos museos de arte, fueron destruidos en esta guerra y en las quemas que la precedieron, por las mismas personas del sector rojo, podemos dar por seguro que ellos se daban a la destrucción de nuestros monumentos de arte con una constancia igual a la que nosotros habíamos puesto para conservarlos.

No obstante esta patente realidad, uno de los verbos de los rojos, el conocido escritor Zamacois, asegura, en un artículo, que los blancos padecen una neurosis helefrénica o de destrucción de las obras bellas. Gracias a Dios la España blanca las conserva todas; la frase resulta una antifrasis, una ironía

contra el que la forjó. La España blanca está íntegra; la roja enteramente mutilada.

* * *

El mismo afán destructor que con los Museos, mostraron los rojos con los registros de la Propiedad, con los archivos parroquiales, con los archivos de la nobleza, ganosos de que las vinculaciones de sangre y de bienes lleguen a anularse.

Los blancos, en cambio, aun aquellos que no son partidarios de las vinculaciones de nobleza, las respetan como valor histórico, reconocen la propiedad como necesaria para la paz social y para el estímulo del trabajo, y no admiten incautaciones sin indemnización. Diferencias éstas todas entre rojos y blancos, que aunque parezcan teóricas, se reflejan en la pantalla de la vida práctica.

* * *

Paralelas a las destrucciones de objetos de arte se dibujan entre los rojos las destrucciones de obras de carácter literario e histórico, que en las quemadas de Bibliotecas, desaparecen frecuentemente, sin posible sustitución por tratarse de ejemplares únicos, de ejemplares que los blancos, contrastando con ellos, aman como a las niñas de sus ojos, y por años y siglos los conservaron.

* * *

Más que con la historia patria es natural que estén reñidos los rojos con la patria legislación. La legislación hispánica tiene en las Partidas el código más prodigioso entre los similares de la Edad Media; y como está calcado todo sobre el *Credo*, que es el coco de los marxistas y al que de todo en todo se opone la Constitución que ellos nos impusieron, en la legislación nos encontramos tan enfrentados como en las obras.

* * *

En el orden de pura destrucción de riquezas naturales, no estará demás oponer al espíritu de los blancos, que las conservan todas (sino se atraviesan, naturalmente, entre sus objetivos de guerra), el espíritu de los rojos que destruyó Irún, sólo por destruirlo; que echó abajo el magnífico viaducto de Ormaiztegui, felizmente reconstruido; que estuvo para destruir San Sebastián; que deshizo los puentes de la carretera de Ponferrada a Villablino, de Cangas de Narcea a Oviedo y que en palacios y casas dejó un reguero continuo de obras destruidas sin ninguna finalidad que la guerra exigiera. Tan cierto es esto, que tuvieron que volver, para provecho suyo, a reconstruir algunas de las obras tan a lo tonto destruidas.

* * *

Una manía más inexplicable y deshonrosa que todas esas me parecía a mí en los rojos la de sus irreverencias con los difuntos sacándolos de sus tumbas, sagradas para todo mortal, y colocándolas en repugnante exposición a la vista del público. Vi ya las fotografías estando en Francia, pues desde el principio se presenciaron tan macabras escenas en Barcelona. Luego me contó profanaciones semejantes ocurridas en nuestro convento de Corias el dominico francés, P. Revertogat, que las había presenciado, y que luego había podido salvar protegido por el Consul francés de Gijón.

En Barcelona buscaban encontrar en los cadáveres indicios de no sé qué crímenes; en Corias andaban en busca dinero, que sospechaban estuviese en las tumbas. Lo mismo da; no hay que filosofar sobre los móviles; ahí están los hechos que habrá pocos que tengan el valor de comentarlos... Opongamos a estas profanaciones la delicadeza de nuestros requetés navarros, por ejemplo, que se propusieron trasladar todos sus cadáveres a los pueblos de su nacimiento y enterrarlos con todos los honores al calor de las lágrimas de sus padres.

En Francia, recuerdo que un religioso venido de París afirmaba que todos los jefes militares del movimiento eran masones, excepto el general Franco. Que es el mismo chisme de los hermanos Tharaud, de que daba cuenta el *A B C* de Sevilla en las fiestas de Navidad.

Como son afirmaciones sin pruebas, la respuesta es una negación y nada más. Una negación tanto más justificada, cuanto que de algunos sabíamos que eran fervorosos católicos.

No me atreveré a afirmar que entre nuestros jefes no haya alguno que estuviese algún tiempo inscrito en las Logias masónicas. Pero esos que hayan podido haber dado su nombre a la secta ter ebrosa y anticristiana, por el mismo hecho de luchar en el cristianísimo ejército español, son hoy enemigos de los franc-masones, ya que según declaración hecha la primera semana de enero por el Generalísimo de los blancos a un periodista portugués *«la franc-masonería fué la principal causante de la ruina política de España desde la caída de la Dictadura del general Primo de Rivera, la implantación de la República, la revolución de Asturias, del golpe del Estado en Barcelona, de la destitución del gobierno radical cedista, de la victoria electoral del 16 de febrero y del asesinato de Calvo Sotelo en virtud de orden emanada en Ginebra...»* El general Franco sigue hablando del favor que dentro de la guerra prestan a los rojos los franc-masones de Rusia, Francia, México, Bélgica y Checoslovaquia *«solidarizados, dice, con los comunistas y rojos españoles»*. Asegura, además, el jefe del Estado Español que *«la mayor parte de los oficiales que se encuentran al lado de los marxistas»*.

tas, son masones». Tan en ello están los de la secta, que entre los acuerdos tomados por la masonería española, publicados en la prensa por el superior de Policía, se encuentra el siguiente, suficiente para que se dé de baja cualquier masón que quedase en nuestras filas: «*La Masonería española está entera, total y absolutamente, con el Frente Popular, al lado del gobierno legal y en contra del Fascismo*» (Día de Palencia, 11 de enero de 1937). Eso afirman las Logias mismas.

Conforme a esto decía el general Mola en el discurso del 28 de enero, que parece tiene contadas las palabras: «*¿Es que existe persona medianamente culta que ignore que la tragedia que hoy vive España fué concienciadamente preparada y hábilmente desencadenada por la masonería internacional, el más poderoso enemigo con que ha luchado y tiene que luchar la Santa Iglesia Católica?*» Son palabras de Mola.

Bien claro es, por lo tanto, que los rojos están con los masones y los blancos en contra y que la masonería no puede hoy anidar en nuestro ejército, ni siquiera en nuestro campo, sino de una manera solapada y vergonzante. Es nuestra enemiga. El espíritu cristiano de nuestro ejército se ve claro y como en espejo en el diario del Alcázar toledano.

* * *

Los periódicos de hoy publican unas manifestaciones del Ministro rojo señor Prieto, que si son exactas, señalan otra nueva diferencia entre blancos y rojos. Asegura dicho señor que en el sector rojo se estropeó la cosecha toda por orden de los dirigentes rusos, y que en cambio en el sector rebelde, que es el de las provincias trigueras, se ha hecho la siembra con entera normalidad.

Que entre nosotros se hizo la siembra hasta con más intensidad que en otras épocas, es cierto. Que los rusos lo hayan estorbado en el otro lado lo dice el Sr. Prieto, y parece congruente con lo que hicieron cuando la guerra con Napoleón, al cual derrotaron ofreciéndole al paso de sus tropas pueblos desolados, donde ellas no dieron con provisiones para alimentarse.

Nuestros caudillos han organizado la siembra en todas partes, en primer lugar, porque se procura un sobrante para alimentarlos a ellos el día que sean vencidos y se encuentren sin tener que comer.

Sea lo que quiera de las intenciones, conste el hecho de un procedimiento contrario: nosotros hemos realizado la siembra normalmente, y ellos sistemáticamente la destruyeron según dicen.

* * *

El cuidado de los niños señala completas divergencias en los procedimientos de ambos bandos. Ya antes de la guerra la educación atea reflejaba en todas las Españas que estábamos bajo el signo de la constelación soviética. Los

signos religiosos habían sido desterrados de las aulas: los maestros tenían prohibido hablar de Dios, que es un imperativo de nuestra razón, y de Cristo, que es la clave de nuestra historia patria; el concepto de patria mismo se alteraba con las infiltraciones socialistas; y hasta el concepto de familia. Toda esta lucha ideológica, desatada estaba con anterioridad al 17 de julio.

La guerra dejó en ambos campos ejércitos de huérfanos y de abandonados. Los rojos, si son ciertas las informaciones numerosas de la prensa, han enviado miles de niños fuera de España, arrancándolos con frecuencia del regazo de sus madres.

Entre los blancos se han adoptado en las familias niños de toda procedencia, blancos y rojos; siendo este uno de los cuidados más entrañables de las autoridades; y habiendo respondido el público con tanta generosidad al llamamiento, que ni los niños han padecido abandono, ni hambre, ni falta de colegios. Se encuentran atendidos en todos nuestros pueblos con mayor solitud que antes de la guerra. Los sacerdotes, que antes nos veíamos insultados por esas desgraciadas criaturas, azuzadas por sus padres y maestros, ahora se nos acercan a besar la mano.

Relacionado con la génesis de los niños leemos en los periódicos una noticia, que si fuera exacta, descubriría una antítesis más entre blancos y rojos. Se dice que entre éstos el Sr. García Oliver, Ministro de Justicia, ha implantado oficialmente los procedimientos malthusianos para evitar la concepción, que en algunas naciones se estilan ya, pero de una manera oculta y vergonzante. Entre los blancos eso se tiene por un crimen, y oficialmente pugna con sus procedimientos, y desde luego con sus doctrinas.

* * *

Uno de los medios de conocer las cualidades que distinguen a un bando, es estudiar sus relaciones y amistades con los demás pueblos. De ellos puede decirse lo que de los individuos particulares: *dime con quién andas, y te diré quién eres.*

Los blancos españoles son mirados con generales simpatías en Portugal, en Italia, en Alemania, en Irlanda; los rojos en Rusia y en Checo-Eslovaquia y en Francia. Y encontrándose Francia gobernada por el Frente Popular, que capitanea el judío Blum, esa simpatía se traduce en ayudas constantes de hombres y de municiones de boca y guerra; a pesar de que anhelan el triunfo de España en la nación vecina las huestes distinguidas, denominadas «*Cruces de fuego*», y en general, el elemento conservador. Lo mejor de Francia, en espíritu al menos, es nuestro. Algunos buenos, por mal informados, nos denigran. Esperamos su cambio.

En México ocurre tres cuartos de lo mismo: el elemento católico suspira

por el triunfo de los blancos, y el comunistoide, que es hoy el gubernamental, alienta y favorece el movimiento de los rojos.

En la América Central los desengaños recibidos del comunismo estos años de atrás, les ha llevado a interesarse por los anticomunistas en una forma que se tradujo en las representaciones diplomáticas, las primeras en reconocer nuestro gobierno.

Las manifestaciones del Brasil con motivo del asedio del Alcázar de Toledo y las de otras repúblicas sudamericanas con motivo de las crueldades practicadas por los rojos y del propósito de ir a habitar muchos a aquellas tierras, denuncian, a las claras, quiénes están en contra y quiénes en favor de ambas tendencias.

Si un poco se profundiza, se saca una consecuencia general: Con los rojos están en todas partes los partidarios de la dictadura proletaria; con los blancos los enemigos de ella. Con ellos la Rusia y sus simpatizantes; y con nosotros la anti-Rusia.

En España es fácil advertirlo, no sólo en la contraposición de los campos en lucha, sino en cada una de las provincias, tan distintas y todo como nos parecen, pertenezcan a los unos o a los otros en el momento actual. En todas hay de todo. La nación católica antaño de arriba abajo, sufre en toda su extensión infiltraciones de espíritu soviético, esencialmente anticatólico, y que en algunas ha envenenado siquiera sea pasajeraamente, más de la mitad de la masa. En esos sectores grandes o chicos, España es Rusia; como en los otros España es Italia, es Portugal, es Alemania.

* * *

El substractum característico de las dos ideologías en lucha, ácrata y extranjerizante la una; autoritaria y patriótica la otra, mejor todavía que en las afinidades con los demás pueblos, se puede alcanzar en el símbolo que cada una escoge y glorifica como encarnación de su espíritu. Buscar esa encarnación en las autoridades respectivas, nos llevaría a conclusiones muy complejas, dada la variedad de autoridades que en poco tiempo se suceden y la dificultad de encontrar una que provoque el reconocimiento universal. Por ese motivo, y por el temor a cambios posibles en la existencia veleidosa del hombre, se otorga más generalmente la representación definitiva a los que han fallecido luchando por nuestros ideales. Que por eso se dice también, que *los muertos mandan*.

En la lucha actual de las dos Españas hay dos personajes ante los cuales las respectivas masas se inclinaron en homenaje de rendimiento universal y apoteósico.

Por nuestra parte, José Calvo Sotelo, católico a machamartillo, español cien por cien, inteligencia procer, laboriosidad acrisolada, valentía rayana en

la temeridad, defensor de la religión, de la familia, de la propiedad en su forma más generosa, mártir de la causa, ídolo de todos los antisovietistas españoles, símbolo y substractum de comunes anhelos; y por otra parte, alma inocente, antecedentes claros como el cristal, historia blanca, blanca, blanca, de un enorme y revolucionario Ministro de Hacienda, que hace la nación rica y él sigue pobre, hasta el punto de tener que ayudarle sus amigos a pasar su vida en el destierro... Los rojos exaltaron también hasta la apoteosis a uno de los suyos, que murió valerosamente en el frente de Madrid y fué acompañado a la tumba en Barcelona como en inmenso triunfo por el gobierno de Azaña, por el de la Esquerra, por las milicias rojas de casa, por las internacionales de fuera, por el pueblo incontable de Barcelona: Buenaventura Durruti. Ese es su hombre. Hombre de gran valor, de grande ingenio, de espíritu dominador y revolucionario, nacido de la nada y llegado a un puesto de dominio absoluto de las masas, de señor de vidas y haciendas.

Pero la historia de Durruti no era blanca como la de Calvo Sotelo. Bandido de toda la vida, asesino, ¿qué digo? jefe de asesinos, que se estrenó con la muerte del anciano Cardenal Soldevila; con hoja de antecedentes criminosos en los centros de policías de muchas naciones; asaltante de Bancos en Gijón, en Habana, en Buenos Aires, en Chile; cambiando de nombres en todas partes, para burlar la persecución de que era objeto, es bien extraño que con estos antecedentes se le rindieran los máximos honores. Por esos crímenes no se le rindieron, ciertamente. Se le rindieron a pesar de esos crímenes, por ser ácrata y comunista; por ser enemigo de la autoridad, partidario de la acción directa y de que los bienes no sean de quien los gane, sino de quien los tome. Como quiera que sea, Sotelo es nuestro símbolo; el suyo Durruti. Con esto ya tenemos bastante bien caracterizados los dos bandos.

* * *

No hemos de ocultar que este modo de ver la situación y las costumbres desde la España blanca no es compartido en toda su exposición por la España roja, ni por sus partidarios del extranjero, que no sé cómo verán sus propios actos, pero que a nosotros nos atribuyen crímenes de los que no tenemos más noticias que las que ellos nos dan por las emisoras de sus radios y por su prensa.

Aun siendo algo pueril pretender convencerles de la realidad de nuestra vida, voy a señalar algunos hechos suficientemente elocuentes, que espero no me negarán los partidarios nacionales y extranjeros de la *España gubernamental*—que así se llaman los mal hallados con toda forma de gobierno.

Se calcula que hasta la fecha van asesinados en la *España gubernamental* más de cinco mil sacerdotes, once de ellos Obispos, por las cuadrillas de C. N. T., F. A. I., U. G. T., etc. ¿Se atreverían a afirmar estos asesinos que los miles

de sacerdotes y religiosos existentes en el campo nacionalista, mataron uno solo de los miles y miles de emboscados rojos que todos conocemos en el campo nacionalista, ni siquiera por vía de represalia o para imponer en el campo contrario respeto a la vida de los nuestros? ¿Hay quien señale *un solo* homicida en los miles de sacerdotes sacrificados por los rojos y en el número mucho mayor que queda entre los blancos?

Las monjas han sido sacrificadas a centenares por las abanderadas del sector gubernamental. ¿Hay un solo caso en que las religiosas de nuestra España, de la España nacionalista, se hayan manchado en sangre?

Vaya otro caso, de aspecto general y representativo, no de sacerdotes y religiosos, sino de seglares, de gente de guerra: En las poblaciones que hemos recuperado, y lo mismo se tiene averiguado de Madrid, Barcelona y Valencia y otras varias, las casas de las gentes religiosas, conservadoras, de orden, han sido asaltadas y despojadas de sus tesoros y hasta de sus muebles. ¿Se puede presentar algún pueblo de los nacionalistas en que se hayan saqueado las casas de los rojos, fuera de algún caso excepcional de castigo? ¿Qué pueblos hemos devastado? ¿Qué edificios hemos destruido? ¿Qué patrimonio nacional hemos llevado al extranjero? ¿Qué diferencia hemos puesto nosotros para la alimentación y el buen trato entre las familias de los rojos y de los blancos? ¿Hay algún carnet o privilegio que mejore la condición de los nacionales? En las poblaciones casi todos están definidos. El culpable podrá ser castigado alguna vez: la familia goza de todas las inmunidades ciudadanas.

Eso es tan cierto, es tan palpable como regla general en ambos campos, que los más ciegos defensores de los gubernamentales no lo pueden negar. Y será caso único en la historia, el de unos *gubernamentales que no respeten nada* y el de unos *facciosos que respeten todo lo respetable*.

Dentro de algún tiempo, cuando la guerra acabe, los blancos no necesitarán más defensa ni más exposición que la publicación de un Album mudo que señale lo que hay y lo que había en cada región española. Ni siquiera necesitarán advertir cuáles han sido dominadas por ellos. Este Album mudo lo dirá todo a cuantos sin prejuicios quieran leer. Empezando por demostrar que estábamos tiránicamente gobernados; que teníamos derecho y aun deber de salir de aquella inícuca tiranía; y que lo hicimos contando con jefes que ante todo evitasen la situación anárquica, que suele ser peor que la tiranía misma. España estaba perdida, y se salvó.

¡Viva España! ¡Viva el Jefe del Estado Español! ¡Arriba España! La España histórica; que no hay otra que la histórica. La España tradicional. La España católica. ¡ESPAÑA UNA, LIBRE, GRANDE!

FR. LUIS GETINO, O. P.

CONTRA UNA CAMPAÑA INJUSTA

A la Redacción de «Sept»
y de «La Vie Intellectuelle».

Increíble parece que una parte de la prensa católica francesa continúe todavía haciéndose eco de la propaganda izquierdista contra nuestro gran movimiento católico-nacional. La incomprensión llega a tal punto que ya no podemos atribuirle a desconocimiento de sus características fundamentales. Para explicarla de alguna manera hay que hacer entrar en juego factores de índole muy diversa. Al escribir esto nos referimos principalmente a *LES EDITIO.VS DU CERF*, de París, Boulevard La-Tour-Marbourg 29, donde se publican las importantes revistas «La Revue des Jeunes», «La Vie Intellectuelle» y «Sept». Nos duele en el alma tener que tomar la pluma para combatir a una sociedad cultural católica que tanto bien ha hecho en Francia. Pero nunca con más razón que en la ocasión presente se dijo aquello: *amicus Plato sed magis amica veritas*.

De estas tres revistas, sólo algunos números de «La Vie Intellectuelle» han llegado a nosotros después del glorioso movimiento nacional, pero nos consta que en las tres domina la misma tendencia adversa a nuestro movimiento.

En el número de «La Vie Intellectuelle», perteneciente al 10 de Febrero, aparece un artículo de Christianus, titulado «La Theologie de l' intervention», en el que, con una ligereza incomprensible se enjuicia nuestro glorioso movimiento nacional.

Se dice en el citado artículo que nosotros «comprometemos el catolicismo por la manera *anticristiana* de defenderlo». ¿En qué se funda para decirlo? ¡En la prensa roja!... «Qui lit la presse de gauche, chez nous, ne connaît de crimes que du côté des militaires. Qui lit celle de droite n' en connaît que chez les gouvernementaux. Qui lit les deux en vient à penser, hélas! que si les uns travaillent à détruire le christianisme, les autres le compromettent par la manière *antichretienne* dont ils le défendent, au point qu' on ne voit guère d' espérance que dans le sang des martyrs» (p. 324)... ¿Es que la prensa roja de izquierda merece a *Christianus* más fe que la de las derechas?... ¿No tiene acaso más fuentes de información para juzgarnos a los católicos españoles que la prensa roja? Y aunque otra no tuviera ¿cómo se atreve a fallar contra nosotros a través de esas informaciones? ¿Acaso desconoce—inte-

lectual y católico—, el carácter de la prensa roja y de sus procedimientos maquiavélicos? ¿No sabe que es ese uno de tantos medios y acaso el más poderoso de que se sirven nuestros adversarios para perseguir y aplastar la Religión Católica en España? Si *Christianus* quiere conocer cómo se combate en la España católico-nacional, deje de informarse por la prensa masónica—totalmente difamadora y calumniosa, venga aquí, y se convencerá por sus propios ojos de que las únicas armas con que luchamos nosotros son: la Oración, el Sacrificio, la Justicia, el Derecho y el Heroísmo de nuestro Ejército y Milicias, empujados todos por el soplo divino, para salvar a la España tradicional y católica, y lo que todavía es más, para salvar a toda una Civilización Occidental y Cristiana.

Y por si *Chistianus* no está enterado, le vamos a decir nosotros lo que está haciendo el Frente Popular Francés en España. Nada más que esto. Sostener y apoyar descaradamente con toda clase de ayudas materiales y morales, en virtud del principio de no-intervención, a los perseguidores de la Religión Católica, a los traidores de España, a los criminales y asesinos, a los sin Dios, a los ladrones y ultrajadores de todo derecho tanto divino como humano. El F. P. francés está alimentando en España desde el primer día del glorioso y santo alzamiento del pueblo Español contra la tiranía, la impiedad y la barbarie, el fuego satánico del crimen, de la impiedad, de las violaciones más repugnantes de los derechos del hombre, de las abominaciones más espantosas cometidas *únicamente* por nuestros adversarios. Si no fuera por el F. P. francés, la guerra se hubiera terminado en quince días, o a todo más, en un par de meses. Eso es lo que tenemos que agradecer nosotros, como católicos y como españoles a nuestros vecinos los franceses. ¿Es eso lo que enseña la teología de la intervención?

Por todo esto LA CIENCIA TOMISTA protesta indignada por el enjuiciamiento que hace *Christianus* en su artículo, del santo y glorioso movimiento nacional, salvador de la España Católica y de la Civilización Occidental y Cristiana.

No es así como se dan pruebas de seriedad sobre todo en una revista de carácter religioso-intelectual destinada a la juventud, ni mucho menos cómo se forma el espíritu de ésta en el santo amor de la Patria y en el todavía más santo de la Religión. Nosotros formamos a nuestra juventud en el espíritu de verdad y la disponemos por el amor de ella a luchar con heroísmo, de la manera que lo está demostrando en estas horas decisivas para España y para Europa, por los dos grandes ideales de la Religión y de la Patria. ¡Quiera Dios que la juventud católica francesa cuando llegue el momento oportuno, tal vez no muy lejano, sepa salir al campo de batalla como lo hizo la nuestra con un espíritu de cruzada jamás conocido en la historia!

Y no queremos decir nada del escándalo que entre los católicos españoles ha producido la conducta de muchos de sus hermanos franceses, por la falta de solidaridad en la defensa de los sagrados principios de nuestra común Religión Católica. De aquella misma solidaridad internacional en la Verdad de Cristo, que *Christiannus* proclama en su desdichado artículo.

Cuando corregíamos las pruebas de la nota anterior, recibimos otro número de la misma revista, correspondiente al 25 de Febrero, en que continúa la misma campaña de incomprensión e injusticia contra nuestro movimiento nacional. En ella aparece un artículo del P. Pío Duployé, en el que se hacen varias afirmaciones que nos interesa analizar.

Es la primera de todas que la Carta del Primado de España, Dr. Gomá, a Aguirre, no tiene valor de «documento eclesiástico». Para probarlo copia unas palabras de la misma carta según la traducción francesa que de ella hizo la embajada roja española en París, y que suenan así. «Nuestro punto de vista tiene poco valor; esta carta aún menos; pues no hemos hecho más que esbozar el tema, reservándonos para mejor ocasión tratarlo con más calma y más documentación»...

He aquí a los católicos franceses juzgando de un documento oficial de todo un Primado de la Iglesia Española, a través de la interpretación de una embajada marxista. ¡Increíble parece, pero no es menos real y positivo! Que esto hiciera una persona civil, que en calidad de buen francés no conociera más que su lengua nativa, todavía fuera menos extraño, pero que haga esto un eclesiástico... raya verdaderamente en los límites de lo inaudito.

Si el P. Pío Duployé tomara la más elemental prudencia de mandar traducir las primeras líneas de la carta de nuestro Primado a una persona imparcial, vería en ellas el lamentable engaño de que ha sido víctima por su enorme credulidad a una embajada soviética, tratándose de asuntos eclesiásticos.

Dice así el Primado: «Por las reiteradas alusiones que hace (Aguirre) al silencio de la Jerarquía sobre determinados puntos cuya gravedad no puede ocultarse en estos momentos, me creo en el deber de contestarle, como *representante más alto* que ha querido la Santa Sede fuese de la gloriosa jerarquía eclesiástica española... Ni quiero deje de tener este escrito el carácter de Instrucción Pastoral dirigida a mis diocesanos, por cuanto las cuestiones que son objeto de esta carta afectan a todos los españoles, que nunca como hoy necesitan luz que les oriente en las gravísimas cuestiones de orden político religioso».

El Primado de España habla, pues, en su carta al traidor Aguirre, en nombre de la jerarquía española, expresamente requerido para ello por él, y quiere que su carta tenga carácter de instrucción pastoral para sus diocesanos. Díganos ahora el P. Duployé, por poco versado que esté en estas cuestiones, si esta carta debe o no considerarse como un documento eclesiástico.

Las palabras que cita Duployé para probar lo contrario no se encuentran en ninguna parte de esa carta, sino que son una de tantas falsedades y engaños que la embajada soviética española en París ha esparcido a los cuatro vientos con el objeto de trastornar la conciencia católica del mundo, particularmente de los incautos y de los asombrosamente crédulos. ¡Qué vergüenza!

En cuanto al valor que ese documento tiene en cuestiones «político-religiosas», no hemos de explicárselo aquí al P. Duployé, él, como eclesiástico que es, obligación tiene de no ignorarlo.

Y pasamos a la segunda afirmación. Dice el P. Duployé que esta carta tiene por «objeto declarado suministrar a una importante fracción de los beligerantes, los católicos, las mejores armas de que se les puede equipar, una convicción interior sacada del vivo sentimiento de su fe». Suponemos que esto lo

habrá tomado también de alguna manifestación de la embajada soviética en París; porque en ninguna parte de la carta consta eso, ni cosa parecida. Aún más, la carta no se dirige a los beligerantes nacionales, sino al desventurado Aguirre y a sus huestes engañadas para contestar a unos, más que preguntas, retos que hizo aquel a la jerarquía eclesiástica española. El fin verdadero es hacer ver a los católicos vascos la monstruosidad que han cometido al aliarse con los sin Patria y sin Dios para combatir a los que luchan por Dios y por España. No pretende, pues, el Cardenal Primado, suministrar armas para la lucha, sino que una parte de los católicos engañados y cerriles cesen en ella contra los nacionales, que son los verdaderos católicos. Bien claro está todo esto en la carta del Primado, ahora que no sabemos las torceduras que la traducción soviética habrá dado al sentido de sus palabras. Los nacionales no necesitamos de esos estímulos, porque desde el primer momento el espíritu católico se ha desbordado en una explosión de entusiasmo y heroísmo por la causa de Dios y de España, que no ha experimentado hasta la fecha la menor vacilación ni el más ligero enfriamiento. Y estoy por decir que el Cardenal Primado hubiera hecho un papel ridículo si tratara de despertar nuestra adhesión a la causa santa por ese camino. La conciencia católica española está en pie de guerra contra el marxismo sin Dios y sin Patria, y así continuará hasta el final de la victoria.

A continuación nos recrea el P. Duployé con estas palabras: «En Francia, ¿cómo no temblar de inquietud con la lectura de afirmaciones tan temibles como las siguientes: 1.^a Que el espíritu religioso es el nervio de la guerra actual en España, y 2.^a Que los obreros de cualquier filiación que sean nada tienen que temer de la Religión ni de las espadas?»

Pero ¿por qué tiemblan los católicos franceses ante esas afirmaciones? Será tal vez porque ni el espíritu francés, ni las espadas francesas, si allí se repitiera el caso de España, tal vez no muy lejano, tendrían la gallardía, el valor y el heroísmo de lanzarse a la defensa de principios tan sagrados, como son la Religión, la Patria y los derechos del necesitado y menesteroso? A la verdad si no es eso, no alcanzamos a vislumbrar por qué esas afirmaciones pueden parecer tan temibles para un católico, y menos todavía para un eclesiástico.

Y llegamos a uno de los puntos más fundamentales de nuestro improvisado articulista. Dice que «las espadas hasta el presente no han logrado pacificar a España, y que lejos de eso han provocado una guerra atroz y una revolución proletaria infinitamente más mortífera que aquella cuya explosión han querido prevenir».

Se necesita petulancia para hablar de esa manera. En primer lugar la explosión de la revolución soviética a la que providencialmente se adelantó nuestro glorioso alzamiento nacional pretendía hundir para siempre en nuestro suelo la Religión y la Patria, y preparar aquí el camino para acabar con la civilización occidental en toda Europa. Y ¿no le parecen legítimos y santísimos al P. Duployé todos los sacrificios, hasta el último de la vida, para salvar esos fundamentales principios? ¿Qué catolicismo es, sino, el suyo? ¿Que no son posibles las Cruzadas en estos tiempos? Eso será en Francia, pero no en España.

En segundo lugar, en todo el territorio dominado por nuestro Caudillo, el

invicto Franco, brazo de Dios en España (sépanlo bien todos los católicos franceses y del mundo entero) y hombre integérrimo en su conducta, tanto pública como privada, reina la paz más absoluta como no la conocíamos hace seis años. Y con la paz todo lo que ésta supone y lo que a ella sigue. Donde reina el odio, la persecución y el crimen, es en la otra zona donde todavía imperan los otros, que no nos atrevemos a llamar simpatizantes de Duployé.

Quien ha encendido esta guerra dándole proporciones verdaderamente internacionales, no han sido nuestras espadas sino las naciones entregadas a poderes ocultos, como Rusia, Francia, México, etc. Esos son los verdaderos causantes de esta guerra mortífera. Si nos hubieran dejado solos a los españoles todo se hubiera acabado muy pronto. ¿Porqué los católicos franceses no abren de una vez los ojos a la luz, y ayudan a los católicos españoles haciendo propaganda contra los manejos criminales de su gobierno, en lugar de dedicarse a enrarecernos la atmósfera en los medios internacionales? ¿Acaso pesan más en ellos su simpatía por el Frente Popular y los prejuicios políticos contra Italia y Alemania, que los principios del catolicismo? ¿Donde está esa solidaridad internacional católica que tanto pregonan y de la que ningún caso hacen?

¡Ah!, contesta Duployé, es que había otra solución distinta de la guerra: «Jesucristo y el espíritu de su Evangelio». Pero ¿en qué quedamos? ¿No habíamos convenido con el Cardenal Primado en aquello que tanto miedo infundió a nuestro articulista, que el espíritu católico era el principio vital de esta guerra de parte de los nacionales? ¿O es que el espíritu católico es distinto del espíritu del Evangelio y del espíritu de Jesucristo? ¿O será más bien que Jesucristo y el espíritu del Evangelio nos exigen a los católicos que cuando tratan de arrancarnos por la violencia la Religión y la Patria nos crucemos de brazos y lo entreguemos todo como mansos corderitos al lobo tragador? Ese será el espíritu del Evangelio según la interpretación de algunos franceses, pero no según el sentido que le dió Jesucristo, y de la manera que lo entendemos los españoles. Por algo infundían pavor a Duployé aquellas dos afirmaciones del Cardenal Primado.

Vejatorias en alto grado para la conciencia católica nacional son las palabras que a renglón seguido escribe Duployé: «Plega a Dios conceder de una manera especial a los católicos españoles guiados por sus obispos la caridad de que tanta necesidad tienen». No sabemos cómo tomar estas palabras, si en serio o en broma. Tomarlas en serio sería hacer demasiado honor al autor del artículo en cuestión, que además del desconocimiento tan grande que muestra del caso de España, así como de otras cosas, revela también una petulancia que los españoles no podemos soportar fácilmente. Cuando habla de católicos guiados por sus obispos, si sabe lo que dice, sólo puede referirse a los del bando nacional, porque en la otra parte ya no hay obispos, ni casi sacerdotes, porque los han asesinado. ¿Y se puede decir semejante atrocidad de quienes lo dan todo, hasta la propia vida por la Religión y por la Patria? Pero tampoco se puede hacer tan monstruosa afirmación de los que todavía están prisioneros en el campo enemigo, en las mismas disposiciones que nosotros, soportando con ejemplar heroísmo de mártires las más crueles vejaciones y tormentos por el nombre glorioso de católicos. ¿Quiénes tienen más caridad, los que sufren todas estas cosas por Dios y por la Patria, o los que desde el

extranjero están haciendo campaña contra ellos difamándoles ante el mundo en esta gesta heroica? Pero no teman los católicos franceses que eso hacen, porque nuestra caridad no se limita a aquello sólo, sino que también sabe perdonar con santa generosidad cristiana a todos sus difamadores y calumniadores de cualquier condición y nacionalidad que sean.

Y como colofón de su artículo termina el P. Duployé: «Mientras tanto—es decir, hasta que Dios nos conceda aquella caridad de que tan necesitados estamos—roguemos los católicos franceses por nuestros hermanos de España, y trabajemos por apaciguarlos. Tal es en Francia nuestro deber de cristianos».

Muchas gracias por sus oraciones, y en cuanto a lo de apaciguarnos, no se molesten. Les agradeceríamos mucho más que no se ocupasen de nosotros y que no nos incendiaran cada vez más el fuego de la guerra. Y por nuestra parte también le pedimos a Dios que tenga misericordia y clemencia de todos aquellos católicos extranjeros, particularmente si son sacerdotes, que lejos de ayudarnos en nuestra colosal empresa de salvar en Europa la civilización occidental y cristiana, y de sentirse conmovidos y solidarizados con la sangre vertida de tantos hermanos suyos, se dedican a desacreditarlos en una campaña de incomprensión e injusticia.

LA REDACCIÓN.

ACTUALIDAD EXTRANJERA

ROMA

Segundo Congreso Tomista Internacional.

Organizado por las dos Academias Pontificias Romanas, la Academia de Santo Tomás de Aquino y la Academia de Ciencias («Nuovi Licei»), se celebró entre los días 23 a 28 de Noviembre pasado, en la capital romana, este segundo Congreso Tomista Internacional. Los motivos para la convocación de esta magnífica Asamblea de cultivadores del pensamiento tomista, fueron: primero, la ya lejana fecha del primer Congreso, año 1925, que hacía sentir la necesidad de una segunda reunión, para facilitar, con el contacto directo de ideas y orientaciones, la mutua comprensión de todos, y renovar los métodos e ideologías ante los nuevos problemas que se suscitan, sobre todo, desde el campo de la ciencia, y más especialmente, la circunstancia de ser el año 1937 el Centenario del *Discurso del Método*, en memoria del cual, pues que se le considera como origen de toda la filosofía moderna, se prepara para el verano próximo un gran Congreso filosófico en París.

A la llamada hecha por los organizadores, puede decirse que respondieron en bloque los centros de estudios católicos del mundo, como lo prueba el número y calidad de congresistas, que acudieron con sus aportaciones y memorias de las partes más distintas del mundo. Tan brillante cortejo de eminentes personalidades científicas del orbe católico, formaba una bella y digna representación de la filosofía tomista, y daba, al mismo tiempo, sensación de la vitalidad y vigor siempre nuevos de la «Filosofía perenne». La asistencia asidua de una masa tan numerosa como selecta de estudiantes de los Colegios Romanos contribuyó al realce y buen éxito del Congreso.

La Presidencia formábase el mismo Consejo de Presidencia de la Academia de Sto. Tomás, Emmos. Card. Bisleti, Laurenti y Mercati. Secretario del mismo, el R. P. Boyer, S. J., y Vicesecretario, el P. Bart. Xiberta O. Carm.

Se abrió el Congreso el día 24 de Noviembre con una misa en el altar de Sto. Tomás de Sta. María la Minerva, en que pronunció un notable discurso Mons. Ruffini. En la sesión inaugural, con una carta del Card. Pacelli invitando a todos a seguir y profundizar la Filosofía tomista según las normas de las Encíclicas, unas palabras de saludo del Card. Laurenti y Prolusión del

P. Boyer. El Card. Laurenti esboza ya el programa del Congreso. Tres temas son los propuestos, como tres *guiones* indicadores de las materias a tratar: a) *De Cognitione*.—b) *De Philosophia et scientiis*.—c) *De Philosophia et Religione*.

Al día siguiente dieron comienzo las tareas del Congreso. Las sesiones se desarrollaban en el orden siguiente: Leíanse primero dos *relaciones* en sesión general, que abordaban los problemas ampliamente. Dábase luego bastante margen a las discusiones, en que los disertantes sostenían sus respectivas tesis. Luego, dividido el Congreso en secciones, eran leídas y discutidas las *comunicaciones*, o trabajos más reducidos.

* * *

En la primera relación, el Sr. Noël, Presidente del Instituto de Filosofía de la U. de Lovaina, disertó sobre el tema: *De criterio veritatis et de realismo*. En el primer Congreso de 1925, el autor presentó un ensayo de epistemología tomista para responder al problema del conocimiento planteado por la filosofía moderna. Ahora quiere volver sobre el mismo tema para precisarlo y responder a las dificultades que en muchos espíritus han levantado sus ideas. Creen algunos que una epistemología general o un análisis del valor del conocimiento anterior a toda ontología, es un pseudo-problema, e ilegítimo en buen tomismo. La tradición no lo ha conocido. Descartes ha sugerido el proyecto a la filosofía moderna y la ha puesto sobre el camino fatal que conduce al idealismo. Poner el problema inicial es encerrarse en el *Cogito* cartesiano que conduce necesariamente al idealismo.

Históricamente así es, en efecto. Pero es que Descartes se forjó un *Cogito* «cerrado», que fuera como el germen, el «primer principio de toda la filosofía». Y del pensar puro no brota la realidad, sino sólo un mundo idealista. El mismo Descartes sólo llegó a la realidad por inconsecuencia con su principio. La norma de las «ideas claras y distintas» brota sólo de una manera indirecta y artificial. Sólo Fichte con una dialéctica férrea ha hecho del *Yo* pensante la fuente generatriz de todas las nociones.

Mas lógicamente, no es necesario que una filosofía, tomando el *Cogito* como punto de partida, aboque en el idealismo. Basta eliminar de este punto de partida las restricciones arbitrarias de que Descartes le rodea. En lugar de ser cerrado, hay que concebir un *Cogito* «abierto». Es que, en efecto, la reflexión verá que el «pensar» es siempre de un objeto. No hay pensamiento sin objeto, y un pensamiento vacío es una nada de pensamiento. La reflexión encontrará también el objeto con el acto de pensamiento, bajo pena de no encontrar tampoco el sujeto. Y no sólo el objeto. Un objeto puro, a su vez, es una nada de pensamiento. No hay objeto sin un fondo de realidad. Luego explica cómo, en efecto, hay ciertos juicios que se imponen al espíritu, a nuestra reflexión, con todos los caracteres de valor real. Y el aristotelismo ha encontrado a través de la doctrina de la abstracción, el fondo real, la base empírica de estos juicios necesarios y de toda ciencia y metafísica.

Establecer, pues, la epistemología como anterior a toda teoría ontológica del conocimiento, es decir, esa exigencia de reflexión sobre nuestras certezas espontáneas, propia de toda la filosofía moderna, sería un progreso real que le toca hacer al pensamiento tradicional. Y en un colofón admirable explica el

Sr. Noël, cómo están en armonía estas ideas con la doctrina de la verdad del juicio, según Sto. Tomás y su escuela, que no es sino la aplicación de esta epistemología general a nuestros juicios, de donde resulta la crítica que explica técnicamente la reflexión implícita en todo juicio.

El segundo ponente, *Mons. Olgiati*, profesor de la Universidad católica de Milán, desarrolló: «*El problema del conocimiento en la Filosofía moderna y el realismo escolástico*. Como observación previa, el ponente insiste en la necesidad de estudiar a fondo el desarrollo histórico del problema para juzgarlo adecuadamente. De esta visión de conjunto se infiere un principio y un hecho: El principio es que el *problema gnoseológico se ha planteado siempre en función de una metafísica*. No es la teoría del conocimiento la que decide de la orientación, sino al contrario, es siempre la ontología la que caracteriza todo sistema gnoseológico y es como su alma inspiradora. No la cuestión del conocer, sino el concepto de realidad es la nota dominante de todo sistema, aún moderno.

Un hecho: En la filosofía moderna se ha introducido un concepto de realidad esencialmente diverso del concepto antiguo. Los antiguos pensadores, por más que discreparan en explicar el mundo—cual fuera la sustancia primera de las cosas—tenían siempre un punto común, que era la idea de realidad. Después de la Edad Media, se niega ya el concepto de realidad. Lo real no es ya concebido en función de ser—concepto fundamental: *ens in quo intellectus suas conceptiones resolvit*—sino es sustituido por otras concepciones, sea el fenómeno puro, o la pura actividad pensante, irreductibles de todo punto, *al ens*, a la noción de realidad en sí.

De ahí ya inferimos cómo debemos de juzgar del problema crítico, fruto de esta terrible convulsión metafísica. Ciertamente, que si por el problema del conocimiento se entiende un examen a fondo del valor de nuestro conocer a la luz de la evidencia, sería ridículo negar que fuera conocido por Aristóteles y Santo Tomás, los cuales lo han planteado y resuelto en función de la idea del ser. Pero el problema crítico moderno es diverso, porque su misma enunciación se hace con conceptos distintos de la realidad. «Yo niego, afirma el autor, el planteamiento del problema crítico moderno, y *a fortiori*, la solución que le ha dado el idealismo, no en nombre de un realismo ingenuo, sino en nombre de la exigencia racional invencible que postula sea propuesto todo problema en términos que sean pensables y no contradictorios... No prestar oídos a los que hablan de abandonar—siquiera sea por un instante—el concepto metafísico del ser. No se puede, no se debe prescindir de nuestra metafísica, porque un campo mental que sea en sí indiferente y no implique ya otra metafísica, no existe».

En las discusiones y comunicaciones que siguieron se echaba de ver cierta nota de apasionamiento. Era el afán por dar una solución satisfactoria al problema crítico desde el punto de vista tomista, que animaba del mismo espíritu a todos los Congresistas. Las comunicaciones fueron muy numerosas. Se habló ampliamente sobre el problema del conocimiento en *Descartes*. Disertaron sobre temas a él concernientes, los Sres. *Benes* (Praga), *De Ivanka* (Budapest) y *Sirven* (Tolosa), los PP. *Bizarri*, O. M. Cap. *Grammatico*, O. Carm. (Roma), *De Bloud*, S. J. (Jersey), profesores *Lantrudá*, *De Ruvo*, no siempre con criterio idéntico. Por lo que a nosotros respecta, las ideas críticas de Bal-

mes fueron revaloradas y vindicadas por los PP. *Rubi*, O. M. C., Director de *Criterion* y *Flori*, S. J. Los demás disertantes, algunos con originalidad, tocaron puntos diversos de la criteriología tomista, como el criterio de verdad, la evidencia, etc.

Así el P. *Rozwadowski*, S. J. habló sobre *El fundamento metafísico de nuestro conocimiento universal*, trabajo original en que el autor sostiene que, según Sto. Tomás, una realidad simple no puede ser fundamento de dos conceptos perfectamente distintos. Sólo las realidades compuestas pueden ser base de dos conceptos perfectamente distintos. En última instancia, toda distinción virtual o conceptual perfecta, se funda sobre la distinción real de potencia y acto, distinción de género y diferencia que dice Sto. Tomás. El disertante añade, sin embargo, que esta cuestión tan importante, no ha sido aun del todo dilucidada.

El Sr. *Régis Jolivet* (Lyon) hizo la «*Crítica del Idealismo*», probando cómo, en su origen histórico procede del fenomenismo y de una ontología empirista y nominalista, como puede verse en Descartes y el nominalista Nicolás de Autrecourt. El Dr. *Alexius Usenicnik* (Yugoeslavia) sostuvo con un criterio algo cartesiano, como en la reflexión completa se encuentra la razón última de toda certeza. El P. *Degl' Innocenti* habló sobre «La sensación según Sto. Tomás».

La impresión de esta primera jornada la recogió con justeza el P. Boyer, en su resumen final. Dos tendencias, dijo, se han manifestado sobre la cuestión del conocimiento: La de los *críticos* y la de los *metafísicos*, representadas en las relaciones de Noël y Olgiati respectivamente. Los primeros, preocupados de que todo sea justificado, muestran cierta inclinación hacia la duda metódica universal, próxima al idealismo. Los otros, deseosos de que todo quede a salvo, quieren dar a la Metafísica la precedencia, no sólo en el orden de dignidad, sino en el orden metódico expositivo. No negamos algunas divergencias de fondo; mas se podrían disminuir si se acentuaran las direcciones convergentes. De modo que se podría aconsejar a los críticos admitir sin reparos que existen certezas naturales especulativamente justificadas, y a los metafísicos no pasar adelante sin hacer ver cómo aquellas certezas naturales están especulativamente justificadas. «Y no se ve mejor explicación que la de Santo Tomás (De Verit. q. 1 a 9) al reconocer la reflexión natural como medio por el cual el intelecto adquiere conciencia del valor aprehensivo de sus actos».

* * *

Al segundo tema del Congreso—*Filosofía y Ciencias*—fueron consagrados los tres días siguientes: Abrió la serie, día 27, el R. P. Pedro *Hoenen*, S. J., profesor de la U. Gregoriana, con su relación: *De constitutione corporum*. El relator estudia con gran competencia en una síntesis histórica, cómo la filosofía peripatética ha explicado y resuelto los diferentes problemas suscitados por la física clásica en armonía siempre con los descubrimientos de la ciencia. La heterogeneidad del compuesto químico, la permanencia de las fuerzas específicas de los distintos elementos componentes, la misma heterogeneidad molecular y atómica, todo ello había sido formulado y desenvuelto claramente en la filosofía peripatética, con la teoría de los mínimos naturales, de la presencia virtual..., etc., antes que la ciencia moderna llegara a verificarlo. Todo aquello que en la física clásica encontraba una solución atomística, la ha encontrado igualmente en la posición peripatética. Y la ciencia moderna que pro-

clama la crisis de la física mecanicista en la explicación del compuesto inorgánico y de toda unión atómica, ignora a su vez la verdadera solución de este problema, que sólo se encuentra en sucesivas especificaciones del sistema aristotélico-tomista.

Como segundo ponente disertó el P. *Beda Thum*, O. S. B., profesor en el Colegio de S. Anselmo de Roma, sobre el tema *Significado del indeterminismo quanta-teoretico*, refiriéndose a las novísimas teorías científicas sobre las «relaciones de indeterminación» que niegan todo determinismo causal y las mismas leyes de causalidad en el mundo físico. Este mismo grave tema, con repercusiones en la filosofía natural, fué abordado también ese día en distintas comunicaciones. Destaquemos, entre ellas, la del Prof. *Natucci*: *El principio de causalidad en física a la luz del pensamiento católico*, y sobre todo, la del ya citado P. *Hoenen*: *El principio fundamental del neopositivismo*. El ilustre profesor de la Gregoriana hizo ver el grave error que cometen los representantes de esas teorías físicas, como Einstein y Heisenberg, en querer elevar una conclusión de tipo físico, deducida de la observación científica, al carácter universal de principio filosófico. Del hecho de que no se pueda constatar perfectamente la simultaneidad absoluta de dos fenómenos, por defecto de nuestros aparatos de medida y observación científica, no puede negarse ya el determinismo de las leyes de causalidad. La intuición intelectual corrige la insuficiencia de los sentidos, y nos dice que este determinismo causal y esta simultaneidad existen objetivamente, aunque no puedan ser comprobadas científicamente con nuestros medios de observación. En sustancia es la crítica triunfante, ya presentada por otros autores, desde el punto de vista tomista a las teorías científicas del relativismo.

Otras comunicaciones examinaron también diversos puntos de las teorías científicas modernas en sus consecuencias para la Filosofía de la naturaleza. *L. Matte* (Canadá) disertó sobre: *La ecuación reversible entre materia y energía a la luz de la Filosofía*, en que discutió el problema de la «aniquilación» de la materia y la dificultad filosófica que suscita. *P. Rossi* (Milán) y otros varios estudiaron la constitución de los cuerpos según el tomismo y la ciencia. *P. Nojnacki* (Varsovia): *El Fisicalismo en Psicología y Aristotelismo tomista*. El P. *Coninck* (Canadá), siguiendo las ideas de Maritain, presentó: *La filosofía de las ciencias como función sapiencial de la filosofía natural*. Hubo también sus disonancias en este concierto armónico de filosofía tomista. El P. *Sanc*, S. J. (Sarajevo), que quiso hacer pasar como doctrina de Sto. Tomás, la distinción real de una doble materia y forma—física y metafísica—en las cosas.

Al día siguiente fué oído con notable expectación de los congresistas el ilustre pensador *J. Maritain*, sobre el tema *Filosofía y ciencia*. Habla de la escuela de Viena, que tiene el mérito, dice, de representar en toda su pureza las aspiraciones de la ciencia contemporánea, en nombre de la cual se niega toda posibilidad de un conocimiento filosófico de las cosas. Esto nos ha de servir para fijar, según Sto. Tomás, la verdadera posición de la filosofía frente a las ciencias. Para la Escuela Vienesca, en alto grado positivista, la única ciencia que tiene sentido, no es la de la esencia de las cosas sino la que opera directamente sobre el complejo de fórmulas y conexiones matemáticas elaboradas en torno a aquello que nuestros sentidos perciben con ayuda de los

instrumentos de elevación y de medida. Es decir, la inteligencia permanece extraña al trabajo científico. Es un regulador indispensable del sentido, cuya misión es traducir en signos, siguiendo las reglas de la sintaxis matemática y lógica, lo que éstos perciben. Instalada en la «oficina central de la fábrica» sistematiza y somete a un cálculo cada vez más extensivo las indicaciones que le son transmitidas.

Pues bien, su error esencial consiste en extender a todo saber humano lo que es válido sólo en la ciencia de los fenómenos. De ahí la negación de toda metafísica. Estos pensadores desconocen aquel modo de resolver los conceptos que se puede llamar ontológico y se produce en la dirección del ser inteligible.

Contra esta concepción univocista del saber deben deslindarse bien los dos campos. La filosofía de la naturaleza versa, sobre el mismo mundo que las ciencias empíricas, el mundo del movimiento y de lo sensible. Pero la suya es una consideración de orden diverso que viene a completar, procediendo según un tipo noético y un léxico de conceptos del todo diferente, el conocimiento experimental procurado por la ciencia. La cuestión, por ej., de la constitución de la materia reviste en uno y otro caso, sentidos diferentes, puesto que el *tipo de abstracción* es específicamente diverso.

Significa para el físico: cual sea la última entidad físico-matemática que permita interpretar un sistema de observaciones recogidas sobre los cuerpos al estado atómico, mientras para el filósofo es el problema acerca de los últimos principios de la sustancia corpórea. Dos cuestiones *específicamente distintas*, que pertenecen a dos mundos también *epistemológicamente* diferentes, sin posibilidad de interferencias. Por tanto, pretender que la respuesta dada a la primera lleve consigo la solución a la segunda es un puro contrasentido.

El día 27 la Asamblea aplaudió calurosamente la relación del R. P. A. Gemelli, Rector de la Universidad Católica de Milán, sobre el tema: *En torno a las relaciones entre la psicología y la filosofía*. La psicología experimental, dice, fluctúa siempre entre dos corrientes: La de aquellos que quieren hacerla una ciencia independiente sobre el mismo plano que las otras ciencias, y los que quieren incorporarla, como una rama, a la filosofía, porque su objeto, la vida interior, no es del dominio de la ciencia. «En realidad, afirma, debe decirse que la psicología es una ciencia nueva, con una vida de poco menos de un siglo, que está buscando el camino para desprenderse definitivamente de los lazos de la filosofía y determinar su dirección, sus métodos y su contenido.

Y esta dirección la encuentra el relator en el sentido de la novísima Escuela del *Behaviourismo*, o la psicología como estudio del comportamiento. En efecto, en un breve recorrido por las varias corrientes psicológicas, hace ver el relator que éstas, mientras reclaman para la psicología el derecho a ser considerada como ciencia autónoma, muestran la tendencia a negar que sea la ciencia de la conciencia y de la experiencia inmediata. Y es que rechazan la introspección como método científico. La psicología no ve entonces sino un camino abierto dentro de sí: estudiar el comportamiento del hombre, las reacciones de la vida interior, y así llegar por vía indirecta a conocer los factores de la personalidad humana.

«La conclusión es, pues, clara respecto a la posición de la psicología frente a la filosofía. No toca a ella estudiar la naturaleza íntima de la vida psíquica y de sus relaciones con la vida orgánica. Es un problema sencillamente inabordable con sus métodos de observación y análisis. Si, como toda ciencia, la psicología debe detenerse en este punto sin penetrar en aquello que estudia, de reconocer es, no obstante, que hemos llegado a afirmaciones que abran las puertas a una concepción filosófica, cual es la aristotélica, que ha tenido el mérito, desde los días de su fundador, de estar en la más estrecha armonía con los datos de la investigación científica».

De esta conclusión del eminente psicólogo notemos cómo se desprende otra, o sea, la armonía y unidad íntima entre la psicología—ciencia y la Psicología—disciplina racional, pues que las investigaciones, bien conducidas, de aquella, preludian y como esbozan ya las conclusiones y soluciones de ésta.

Disertó en segundo lugar el R. P. *Aniceto Fernández* (Colegio Angélico, Roma), sobre el tema: «Los primeros principios intrínsecos de los cuerpos naturales», tratando de definir la posición y naturaleza de esta cuestión, punto, afirma el ponente, de gran importancia para precaver soluciones erróneas y obviar dificultades. La cuestión suele proponerse con otros enunciados que no siempre significan lo mismo. El mismo cuerpo natural puede ser objeto de una triple consideración: sea *metafísica*, en cuanto *ente*, o *matemática*, como *mensurable*, o simplemente *física*, en cuanto cuerpo móvil, sujeto a la movilidad sensible. La cuestión propuesta no es «metafísica» como afirman algunos, ni «matemática» como quieren otros, sino «física», como enseñan los antiguos.

Y en esta consideración física o del cuerpo móvil no se estudian los principios específicos, sino los principios comunes, que convengan a todo cuerpo natural en cuanto tal. No hay porqué restringirla a los seres orgánicos o a los solos seres anorgánicos, porque es una y misma cuestión para todos. Así lo propusieron explícitamente los grandes Maestros, Aristóteles y Sto. Tomás.

La existencia de los cuerpos naturales, así como su pluralidad, y el cambio, no se prueban en este campo. Se proponen como evidentes a los sentidos.

Todos los sistemas panteístas, monistas, idealistas, etc., dan una solución, no física, sino metafísica, del problema, y sus prejuicios o postulados, deben refutarse en su campo propio, en el campo metafísico y del valor del conocimiento.

Una solución completa de la cuestión depende esencialmente de la experiencia, y no sólo de la experiencia vulgar, sino de la científica. Una experiencia vulgar del mundo es una base insuficiente, por ser necesariamente incierta y llena de errores. El relator comprueba ampliamente el aserto en los dos métodos seguidos comúnmente para resolver el problema. «O se retiene el argumento de los cambios sustanciales, y entonces la ciencia puede sólo decirnos donde existen verdaderas mutaciones sustanciales, o se rechazan éstas, lo que significa también que abandonamos la experiencia vulgar por la científica».

Mas la ciencia positiva no basta para resolver la cuestión. Hay que elevarse sobre el campo de la observación científica, pues en el fondo del problema sólo puede penetrar la razón apoyada en principios superiores y filosóficos.

Notemos, otra vez, esta interdependencia y connexión mutua entre ciencia

y filosofía natural, que el relator defiende, en contraposición a las ideas de separación completa, de órdenes incluso de inteligibilidad y abstracción distintos, sin contacto, sin interferencias entre las mismas, patrocinadas por el señor Maritain. Para el P. Fernández ciencia y filosofía natural no son dos órdenes diversos de saber, o dos problemas perfectamente distintos planteados sobre la materia, sino dos campos subordinados uno al otro, que se completan mutuamente y cooperan a la solución de un problema único, la explicación del mundo y de la materia por sus causas físicas. El P. Hoenen, ya hemos visto, pensaba en el mismo sentido. Sus reflexiones sobre la insuficiencia de muchas explicaciones propuestas por la física moderna respecto al constitutivo íntimo de los cuerpos, y cuya solución se encontraba sólo en el tomismo, indicaban ya que ambas, ciencia y filosofía natural, se mueven sobre el mismo terreno de conocimiento del mundo por sus causas físicas, aunque siempre la solución íntima del problema escape a los méritos puramente científicos. Creemos que la tesis Maritain no hace sino ensanchar más el abismo abierto por el Neopositivismo Vienaense entre Ciencia y Filosofía de la Naturaleza, para así rechazar por quimérica ésta, y dar por absolutas las soluciones, siempre parciales, de aquélla.

* * *

El tercer tema del Congreso *Relaciones entre la Filosofía y la religión*—fué objeto de un amplio estudio, con el mismo título, del P. Garrigou-Lagrange, profesor del Colegio Angélico de Roma. El relator dividía su trabajo en dos partes: la cuestión entre los racionalistas modernos y 2.º) entre los católicos.

Para la primera, cita conceptos vertidos por L. Brunswigc. La verdad es una e indivisible, y es herencia exclusiva de la razón. La religión no puede presentarse como algo superior transpasando los límites de una verificación estrictamente filosófica. El relator concluye que no se necesita mucho esfuerzo para rechazar la posición racionalista, verdadero nihilismo en materia religiosa, en la que no cabe conciliación entre razón natural y fe positiva, pues una y otra (la concepción filosófica y la religiosa) se tacharán mutuamente de utopistas, en frase del mismo Brunswigc.

Luego señala la posición del problema entre los católicos. Dos soluciones erróneas produjo el siglo XIX con sus discusiones sobre filosofía y religión, y sus relaciones mutuas. El *semirracionalismo* que exaltaba con exceso los derechos de la razón humana con mengua del sobrenatural y de la fe. El fideísmo, al contrario, negando en parte el valor a la razón y a las certezas filosóficas, quedando todo en el campo de la fe. El ilustre ponente cree que se mueven en el mismo paralelismo las tan agitadas discusiones entre los teólogos actuales acerca de la Filosofía cristiana y su subordinación a la Fe y la Teología. Unos en tal forma defienden el *espíritu cristiano de la filosofía cristiana*, que su valor racional se esfuma; y otros que quieren conservar una filosofía puramente natural y de valor racional, parecen no reconocer suficientemente su espíritu cristiano. La solución media y verdadera cree el autor encontrarla en la opinión de aquellos que subordinan la filosofía *subjetiva y objetivamente* a la fe, como *positive et in se christiana*, tesis que trata de probar y demostrar largamente como doctrina indicada en la enseñanza de la Iglesia.

El tema fué objeto de varias comunicaciones. El P. Jacobo de Blic, S. J.

(Vals), que disertó sobre las diversas acepciones de la expresión «filosofía cristiana» y en qué sentido puede hablarse de una filosofía verdadera y específicamente cristiana. El Sr. *Bonamartini* (Roma), sobre el tema: *ciencia, filosofía y religión*. Ed. *Dhanis*, S. J. (Lovaina), que defendió contra Kant y demás autonomistas de la razón, *la naturaleza religiosa*, en su origen, *de la obligación moral*. Su tesis: La ley moral es la ley de la razón. Pero en tanto, es ley y obliga, en cuanto está en dependencia absoluta de Dios, del fin último. Señalemos también la ponencia del Sr. *Penido* (Friburgo), en pro de una *filosofía tomista de la Religión*. Sostuvo cómo no puede abandonar el tomista esta clase de estudios, filosóficos de la religión, terreno tan cultivado por las tendencias modernas, con tanto peligro para los problemas filosóficos. Explica lo que había de ser la estructura de esta filosofía tomista de la religión, es decir, aun análisis, a la luz de los principios tomista, de los diversos problemas, origen de la religión, efectos de la religión, etc., considerados en su fenomenalidad, en su aspecto puramente natural, tal como aparecen en los numerosos estudios positivos de la ciencia de las religiones.

El Sr. *Colombo* (Milán) quiso también presentar al público de congresistas el fruto de sus meditaciones sobre el tema: *En torno a la Filosofía cristiana*. Después de analizar las posiciones de Gilson y P. Motte, expone su pensamiento, la que podríamos llamar solución «a outrance» puesto que coincide con las ideas de Blondel y habla de un «conocimiento divino humanizado, de una filosofía divina», filosofía que ya no será la corriente y moliente de la demostración y el silogismo, sino el *intuir* de la propia vida espiritual del filósofo, del yo espiritual transformado y sublimado por la vida cristiana (!) Hasta este grado se ha llegado a «cristianizar» la filosofía.

FR. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P.

Roma, Febrero, 1937.

BOLETÍN DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA

Las circunstancias en que nos encontramos no son precisamente las más propicias para hacer un boletín de Teología. Y no precisamente por la tranquilidad de espíritu necesaria, porque ésta es absoluta en la zona conquistada por Franco, así como la fe en el triunfo final no lejano; sino por la carencia de comunicación internacional con las librerías de Europa y América. No hace mucho que en otro boletín teníamos que lamentarnos también de la falta de elementos materiales, aunque por una razón distinta, pues todos los que entonces poseíamos en abundancia habían sido pasto de las llamas en la revolución marxista pasada, rápidamente sofocada y localizada en la región asturiana, en cuya capital nos cogió en persona y con cuanto teníamos. Ahora hemos corrido mejor suerte gracias a la Providencia. No haríamos esta observación si no fuera necesaria para explicar la deficiencia de material teológico en que por fuerza tiene que abundar este boletín.

* * *

La nota predominante de la producción teológica en los últimos años, sigue siendo la de carácter histórico. Tiene esto una doble ventaja y una doble finalidad. Primero la de señalar la evolución de las ideas y doctrinas, y segundo la de fijar su sentido y alcance juntamente con el avance o retroceso que representan unas respecto de otras. Entre las diversas cuestiones teológicas es de una importancia capital la que se refiere a la misma naturaleza de la teología. Puede decirse que la Teología no llegó a tener plena conciencia de sí misma, como ciencia distinta de la Sagrada Escritura y las demás ciencias, hasta llegar a su estado adulto con la incorporación de la filosofía aristotélica a su espíritu y procedimientos hecha por Alberto Magno y Santo Tomás. No sucedió así por ejemplo con la Metafísica la cual desde el primer momento se constituyó a sí misma, como ciencia suprema del orden natural, con una perfecta delimitación de su objeto y de las fronteras con las demás ciencias. En cambio, la Teología por lo que atañe al conocimiento de su naturaleza, como ciencia distinta, vivió hasta S. Alberto Magno y Santo Tomás, una vida que pudiéramos llamar de infancia o de semiinconsciencia.

Buena prueba de esto es el opúsculo publicado por Federico Stegmüller, *De natura Theologiae*, extraído del comentario a las Sentencias de Roberto

de Kilwardby (1). La fecha en que fué escrito este comentario, la coloca Stegmüller entre los años 1248-61, siendo por lo tanto contemporaneo de las lecturas de S. Alberto Magno y S. Tomás, sobre el mismo libro de las Sentencias. Kilwardby es uno de los representantes más intransigentes de la corriente agustiniana, a la que pertenecían casi todos los teólogos de entonces, en oposición abierta con la aristotélica que empezaba a nacer, patrocinada por los dos grandes Doctores dominicos de la Iglesia. Por eso este opúsculo es uno de los mejores que se pudieran escoger para apreciar las diferencias en la concepción de la Teología de las dos tendencias que se disputaban la hegemonía en el siglo XIII, y el progreso grande, hasta llegar a la perfección, que sobre la agustiniana representa la aristotélico-tomista. Porque Kilwardby era, tal vez, el más capacitado entre los autores de su corriente, para darnos un tratado completo de *natura theologiae*, por haber escrito otra obra titulada *De ortu scientiarum*, en la que analiza el objeto, método y fin de las demás ciencias.

Siete capítulos por el siguiente orden comprende este opúsculo. I. Prologus de quator causis Theologiae. II. De causa materiali, sive de subjecto Sacrae Scripturae. III. De causa formali Theologiae. IV. De causa efficiente Theologiae. V. De fine, sive de utilitate Sacrae Scripturae. VI. Utrum Theologia sit scientia. VII. An possit odiri veritas.

Aunque Kilwardby expone con alguna confusión sus ideas acerca de la Teología como ciencia, vamos a seguir su pensamiento según el mismo orden por él establecido, haciendo caso omiso de los capítulos primero y último por no ser necesarios para la inteligencia de esta cuestión.

Causa material.—En este apartado trata el Arzobispo de Cantorbery del objeto de la Teología. Después de exponer brevemente las diferentes opiniones sobre el caso, de los teólogos medioevales, se inclina por la de aquéllos que lo hacen consistir en Cristo y su Iglesia. «Alii ponunt quod subjectum est *Christus integer*, secundum caput et corpus, scilicet, *Christus et Ecclesia militans ac triumphans, sponsus et sponsa*» (p. 16). ¿De qué manera? En cuanto constituyen una unidad *moral* por medio de la gracia. «Est autem, hujus scientiae subjectum unum *unitate gratuita*, sicut aliarum subjecta habent unitatem *naturalem*, de quo Gal., 3, 28: «*Omnes vos unum estis in Christo*», et Ro. 17, 32: «*Ut sint unum sicut et nos, etc...* Et erit hic duplex unio gratiae, una in Christo humanitatis cum Verbo, alia in tota Ecclesia corporis cum Christo capite» (p. 17).

Aunque él no lo dice, ni distingue entre objeto material y formal *quod* de la Teología, no cabe dudar que Kilwardby trata de este último. Compárese ahora esta doctrina con la de S. Tomás, el cual, después de distinguir cuidadosamente entre objeto material y formal de la Teología, hace consistir éste en Dios sub forma *deitatis*, y al primero en todas las cosas, en cuanto de diversas maneras dicen orden a Dios, y se verá fácilmente cuánto ha progresado con él la Teología en el conocimiento de su objeto. Este pro-

(1) *Opuscula et Testus historiam Ecclesiae ejusque vitam atque doctrinam illustrantia.*—Series Scholastica. Fasc. XVII. Roberti Kildwardby, O. P. DE NATURA THEOLOGIAE. Ad fidem manuscriptorum, Aschendorff, 1935, In 8, pp. 56.

greso podemos representarlo así: Del aspecto soteriológico de Cristo al ser divino en sí mismo, como forma y como fin; y de la unidad moral gratuita a la unidad *natural* del objeto de la Teología.

Causa formal.—Tal vez sea este punto el más imperfectamente tratado por el Arzobispo dominico. Después de haber señalado anteriormente el objeto de la Teología, cualquiera podía pensar que iba a ocuparse ahora de la ratio formalis «sub qua» de la misma. Y nada más distinto; ni siquiera hace mención de ella. Para él la causa formal de la Teología se reduce a la división y al método, «consequenter quaeritur de causa formali quae consistit in duobus scilicet, in modo tractandi et in modo docendi: Primum patebit in librorum divisione... De secundo quaeritur primo: an sit in hac scientia modus artificialis. Secundo; an certitudinalis...» (27).

Es interesante, sin embargo, observar cómo desenvuelve este punto porque aquí, tal vez más claramente que en ninguna otra parte, es donde se revela la concepción pretomista de la Teología. A la primera cuestión: An sit in hac scientia modus artificialis, responde así: «Scientia haec differt ab aliis in duobus; scilicet, in origine et fine. Et propter utrumque non sunt dicendi modi necessarii in hac scientia sicut in aliis. Primum sic patet: Duplex est modus scientiae, Unus divina inspiratione, alius humana inventione. Et differunt sicut scientia a libro per studium accepta, et scientia per vivam vocem impressa. Et est hic magna similitudo, si perfundius inspicias. De primo modo scientiae est Theologia; de secundo Philosophia... Et ideo, istae scientiae quae humana ratione perquirunt verum, necesse habent *definire, dividere et colligere*... Ubi autem erit certitudo ex ipsa veritate sine humana inquisitione, non *oportet illos modos haberi, nec debent*, et talis erit Scriptura Sacra. Item differt haec Scriptura ab aliis quoad *finem*. Est, enim, scientia ut scientia solum intendens rerum notitiam; et haec est philosophica. Et est scientia ut sapientia intendens amorem veri boni, et cultum Dei, id est, pietatem, quae consistit in fide, spe et caritate. Prima nihil habet facere, nisi illuminare solum aspectu et ipsum certificare. Secunda habet praeparare affectionem et accendere affectum in consensum summi veri per se et summi boni; et ideo ad ipsam pertinet *non ratiocinatio*, quae satisfacit soli aspectui, sed *praeceptio, exhortatio, oratio et hujusmodi*. Et ideo, modus Sacrae Scripturae partim est *praeceptio*, partim exhortatio; praeceptivus, partim *exhortativus*, partim *orativus*, et hujusmodi, quia talibus praeparatur et accenditur affectus» (27-29).

Para Kilwardby, como para los demás representantes medioevales de la corriente agustiniana la Teología no se distingue suficientemente de la Sagrada Escritura. Por eso excluye de la primera todo el proceso racional de las demás ciencias. La misma teoría iluminista del conocimiento, tan característica de aquella tendencia, le fuerza a no ver en la Teología una ratio formalis sub qua distinta de la de la Sagrada Escritura. De aquí que lógicamente su doctrina sobre la causa formal de la Teología conduzca a la negación de ésta como ciencia distinta de la Escritura. La revelación de la ratio sub qua de la Teología, estaba reservada a la mirada escrutadora del genio a la vez intuitivo y arquitectónico de S. Tomás. Los demás teólogos anteriores, parece que la presienten, y en algunas ocasiones hasta la afirman *implicitamente*, en otras proposiciones que la suponen, pero sin llegar nunca a formularla expresamente y de una manera rotunda y categórica.

La afirmación que la Teología excluye de sí mismo todo proceso racional, ponía a Kilwardby en flagrante oposición con los hechos. De aquí que se pregunte a sí mismo: «Cum iste liber Sententiarum sit pars hujus Scripturae; ad quid Magister utitur hic definitionibus, divisionibus et collectionibus?» (29).

A lo cual responde el Arzobispo de Cantorbery: «Hoc facit non propter hujus scientiae necessitatem, sed propter aliorum infirmitatem, videlicet ut affectus infirmorum juvetur et roboretur fidelium et informetur perversorum saltem mediante aspectus illuminatione. Unde non facit hoc, quia ille. modus sit necessarius Sacrae Scripturae, sed nobis» (29).

De nuevo se acusa aquí la falta de una distinción tajante entre la Sagrada Escritura y la Teología por una parte, y por otra, entre la *Teología nuestra* y la de Dios y los bienaventurados. Esta distinción la hará resaltar con toda claridad Sto. Tomás, para concluir que el proceso racional es esencial no a la Fe, ni a la Escritura, ni a la Teología de Dios o de los bienaventurados, sino a *nuestra* teología. El proceso racional aparecerá entonces como radicando no en la infidelidad, ni en una exigencia de la piedad, ni en los defectos subjetivos, sino en la misma necesidad objetiva de nuestra teología.

La segunda cuestión que toca perteneciente a la causa formal de la teología, es la de su certeza. Para los agustinianos esta cuestión no era de solución difícil. Veamos cómo la resuelve Kilwardby, que en ésta, como en todas las demás, no hace otra cosa que resumir el pensamiento de la escuela en que milita. «Respondeo: Est scientia notitiae simplicis tantum, quae radicitur in consensu aspectus nudi ad rationem aliquam vel visionem; et est scientia notitiae amantis, quae radicitur in consensu affectus per amorem rectum. Prima est in philosophicis, secunda in theologicis. Et haec secunda facit habitum firmiorem quam primam, quia major est adhesio, sicut patet in hac quam in illa».

«Item: Certior est quia hic novimus testimoniis omni exceptione majoribus, quia haec secunda scientia prodiit *immediate* auctoritate primae veritatis, quae omnino nequit mentiri, neque falsum dicere, in mentes fidelium per *inspirationem*. Illic autem novimus quod philosophia erupta est de creaturis scrutinio humanae ratiocinationis, ubi tum propter nostram imperitiam, tum propter rerum occultarum essentiam proferto nescimus quando veritas inventa est» (31).

Es decir, para Kilwardby, como para los demás representantes de la corriente agustiniana, la mayor certeza de la teología con respecto a las demás ciencias, reconoce dos causas: 1.^a La iluminación interior e inmediata de Dios con exclusión de toda deducción racional; 2.^a La *afectividad* del conocimiento teológico. De donde se siguen dos cosas: 1.^a Que la mayor certeza de la teología es no solo *objetiva*, sino también *subjetiva*; 2.^a Y como la iluminación interior e inmediata de Dios in mentes fidelium (theologorum), no es discernible del conocimiento sobrenatural, que la teología es una ciencia no sólo *radicaliter*, sino también *formaliter supernaturalis*.

Para Sto. Tomás la certeza de la teología es también superior a la de las demás ciencias, pero los fundamentos en que la basa son muy distintos. El discurso racional o deducción teológica es, según él, esencial a la teología, porque sin ella ésta no sería ciencia para nosotros. Desde un principio el Doctor Angélico abandona la teoría iluminista de los agustinianos, que lleva lógi-

camente a la confusión de la teología con la fe. En toda ciencia la naturaleza de la certeza de sus conclusiones, depende de los principios de donde parte el discurso de la razón. Y como los principios de la teología son verdades de fe, cuya certeza es superior *objetivamente* a la de los primeros principios, de aquí que la certeza de la teología como ciencia, sea superior a la de toda otra. Pero entiéndase la certeza *objetiva*, no la *subjetiva*. En otros términos; el fundamento, según Sto. Tomás, de la mayor certeza de la teología se encuentra en la revelación *mediata* o *virtual*, ratio formalis sub qua de la misma. De donde se sigue que ésta sea una ciencia *formaliter naturalis*, y sólo radicaliter *supernaturalis*.

Causa eficiente.—Como Kilwardby iguala la teología a la Sagrada Escritura consecuentemente el autor de aquélla será el mismo de ésta. El teólogo no es más que un copilador de la doctrina revelada. «Nota quod licet veritatis traditae in Sententiis Deus auctor sit, *compilationis* tamen efficiens vel, auctor secundum quod *compilatio* est, bene et vere dicitur Magister» (p. 34). De S. Tomás en adelante, se dirá, que Dios es causa principal de toda la verdad revelada, y el teólogo verdadera causa eficiente, aunque subordinada, de la teología, o lo que es lo mismo, de la *ciencia* teológica en cuanto tal. La diferencia es de bulto para no ser apreciada inmediatamente por cualquiera, por poco versado que esté en los conocimientos teológicos.

Causa final.—Dejemos la palabra al célebre teólogo dominico. «Consequenter quaeritur de fine sive de utilitate hujus Scripturae. Notandum quod doctrinae libri Sententiarum est unus finis communis totius Sacrae Scripturae, qui scilicet, jam proxime traditus est (la perfecta manifestación de Dios y la reparación y glorificación del hombre). Alius est finis sibi *specialis*. Et hic duplex, scilicet, studiosorum scholasticorum primo et immediate, sed non principaliter, scilicet ut haberent sententias Patrum quodam facili et evidenti compendio. Item, utilitas totius Ecclesiae *secundo* et *mediate*, sed non principaliter, scilicet, ut exaltetur veritas catholica et convincatur error. Et hoc, ut destruat in quibus est, et non admitatur in quibus non est» (p. 38).

Después de S. Tomás se valorará de una manera muy distinta la utilidad de la teología. Tomada ésta en cuanto a las verdades de fe, de las que parte como de sus propios principios, se dirá que es *absolutamente* necesaria para todos, supuesta la elevación del hombre al orden sobrenatural. Mas, si se considera, como ciencia, o sea en cuanto a la deducción de la verdad teológica de los principios revelados, en este sentido es *inmediate* et *principaliter* necesaria para la Iglesia, en su función docente de esclarecer la verdad, defenderla del error, y para combatir a éste. Y en el mismo sentido es *utilísima*, no sólo para los teólogos, sino para todos los fieles, ya en general, ya en particular.

¿Pero, la teología es ciencia? No deja de ser un poco extraña esta cuestión al final de un examen de sus cuatro causas. Pero aquí es donde la propone Kilwardby, y nuestro propósito ha sido seguirle paso a paso. «Quoniam autem in praecedentibus saepe suppositum est, quod haec Scriptura sit scientia quae, ritur, an hoc sit verum» (p. 39).

Desde un principio el teólogo dominico trata de oponer la teología al concepto de ciencia, tal como lo definió Aristóteles, pretendiendo hacer de aquélla una ciencia *totalmente* heterónoma respecto de las demás ciencias. Es su-

mamente instructivo el siguiente pasaje: «Respondeo quod scientia aliter accipitur apud theologos et sanctos, et aliter apud Aristotelem. Theologi enim et sancti, scitum dicunt omne quod mente cognoscitur, *sive credatur, sive videatur*. Sed Aristoteles nihil dicit scitum nisi *conclusionem causaliter demonstratam*. Et hoc requirebat necessitas doctrinae quam docebat. Quia enim humana ratio investigando non invenit verum nisi discurrendo a termino in terminum per medium, et hoc non est universaliter possibile nisi ab universalibus ad aequae universale vel particulare, propterea ponit scientiam esse habitum conclusionis et ab universalibus exire. Et quia non est certa cognitio humana inventionem, nisi fuerit causa, medium et necessaria causa talis effectus, ideo dixit scientiam esse ex hiis quae non possunt se aliter habere, et esse demonstrativam et causalem. Principiorum autem cognitionem non posuit huiusmodi esse, nec debuit. Et illam vocat intellectum, quia certa sunt in se et luce veritatis propriae praeter universalibus praecedentia vel causas demonstrativas. In theologia, igitur, *quia non est facta notitia humanae inventionis sed divina inspiratione, non oportet illam esse ex universalibus*. Et quia *certa est ex ipsa veritate per se, quae intra inspiravit eam, non oportet esse ex aliquibus praemissis universalibus causis vel demonstrationibus*, quae nequeunt aliter se habere» (p. 42).

Y es ciencia eminentemente práctica, puesto que su fin es la reparación y perfección del hombre, por medio de la virtud y de la unión con Dios por el amor. Otra de las ideas fundamentales de la teología pretomista. «Haec (theologia) est *activa* ad hominis perfectionem tum per amorem Dei immediate, tum per amorem proximi» (p. 41).

Y es sabiduría en un sentido *místico*, porque es ciencia secundum *affectum*, secundum *gustum*, en cuanto que considera a Dios no como primer Sér y Verdad primera, sino como sumo Bien creador y reparador del hombre. «Dicunt etiam quod Metaphisica est de causa causarum, Deo, et ideo sui gratia est, et proinde secundum Aristotelem proprie dicitur sapientia. Sed aliae scientiae sunt de causatis, et ideo illis convenit nomen scientiae quia non sui gratia sunt. Scientia vero, quae est de causa causarum, aut docet verum *ut verum*, aut *ut bonum*. Illa quae docet de prima causarum *verum ut verum* Metaphisica est, et spectat tantum ad *aspectum*. Illa quae docet de eadem *verum ut bonum*, Sacra Scriptura est, et pertinet ad *motionem affectus*. Et haec proprie dicitur sapientia, *a sapore*, quia facit cognitionem *secundum gustum*. Illa vero dicitur sapientia, sed minus proprie, quia facit cognitionem, *secundum visum tantum*. Propter quod *theologia est sapientia ut sapientia, metaphisica sapientia ut scientia, ceterae vero scientiae sunt scientiae ut scientiae*» (p. 50).

Si se trata ahora de definir la naturaleza del hábito de la teología, es un verdadero lío el que se arma el célebre representante de la escuela agustiniana. Después de recorrer la clasificación aristotélica de los hábitos intelectuales no encuentra ninguna en que poder encajarlo, viniendo por último a parar en la concepción de un hábito de la teología filosóficamente monstruoso. Oigámosle. «*Intellectus et scientia demonstrativorum, opinio et fides dialecticorum non cadunt hic*» (45). ¿Cuál será entonces el hábito propio de la teología? Porque el *arte*, que es el que le quedó por enumerar, por lo mismo que es de cosas factibles, a todas luces no puede convenirle. Pues bien,

según Kilwardby el hábito propio de la teología es un hábito *común* a la fe y a la visión, a la ciencia y a la sabiduría... ¿No dijo antes que la teología era ciencia en cuanto ésta significaba un conocimiento común a la fe y a la visión? Por eso enseña ahora que el hábito de la teología es común a todas esas especies de conocimiento. «Scientia autem, ut est *communis habitus fidei et visioni*, cadit hic, et sapientia similiter, quia haec scientia tangit tam res humanas quam divinas, tam temporales quam aeternas. Et quia nomen sapientiae accipitur pro scientia et e converso, propterea communis habitus totius theologiae potest dici scientia, potest etiam dici *sapientia*» (45). ¿Pero es concebible siquiera un hábito *común* a la fe y a la visión, a la ciencia y a la sabiduría?...

En cuanto a la relación de la teología con las demás ciencias, enseña que éstas no contienen a aquella, sino más bien lo contrario, no con inclusión de subalternación, «sed continientia principalitatis et famulatus» (46). La concepción de la teología como ciencia subalternada a la de Dios y de los bienaventurados, ni la sospecha siquiera.

El cambio dado por Sto. Tomás en toda esta cuestión de la teología como ciencia, es verdaderamente enorme. Para el Angélico Doctor, la teología es el habitus conclusionum ex principiis fidei. Por lo tanto, ciencia en el propio y riguroso sentido de la palabra. Pero no una ciencia unívoca, sino analógica con la definida por Aristóteles, en cuanto procede de principios de fe y no de principios evidentes por luz natural. Y por lo mismo, una ciencia *subalternada* a la de Dios y de los bienaventurados. El hábito de la teología es a la vez especulativo y práctico *eminenter*, «magis tamen est speculativa quam practica, quia principalius agit de rebus divinis quam de actibus humanis, de quibus agit secundum quod per eos ordinatur homo ad perfectam Dei cognitionem. in qua aeterna beatitudo consistit» (I. P. q. 1, art. 4). Porque el objeto de la teología es Dios, supremo ser y verdad primera, sub ipsa forma deitatis, y no precisamente bajo la razón de bondad. Y la teología es también *sapientia* suprema. Pero al paso que los teólogos de la corriente agustiniana identifican, in actu signatu no in actu exercito, la teología con la sabiduría mística, Santo Tomás distingue al lado de la sabiduría *speculative*, con la cual se confunde la misma teología como actuación suprema de la razón informada por la fe, la sabiduría propiamente mística, *formaliter* supernaturalis, efecto de los dones del Espíritu Santo en las almas.

En suma, la teología medioeval pretomista desconoce in actu signato, de una manera *formal*, su objeto «quod», la ratio formalis «sub qua», y su naturaleza como ciencia distinta de la Sagrada Escritura y de las demás ciencias. Buena prueba de ello es el presente opúsculo de Kilwardby, contemporáneo de Sto. Tomás y representante auténtico de la tradición agustiniana. Así por ejemplo, entre este opúsculo y el prólogo de S. Buenaventura a las Sentencias, las diferencias de pensamiento son casi imperceptibles. Y no hemos tocado otros puntos también fundamentales relativos al método y sistematización de la teología en que los avances de Sto. Tomás son, si cabe, todavía mayores. Porque como esta reseña se va alargando excesivamente y, por otra parte, el opúsculo de Kilwardby no nos da pie para ello, hemos creído oportuno pasarlos en silencio, contentándonos con esta sencilla indicación.

La primera cuestión de la Suma de Sto. Tomás, representa, pues, lo que pudiéramos llamar la conciencia plena y cabal de la teología. El milagro de

esta transformación tan rápida y perfecta débese a la incorporación a ella del espíritu de la filosofía aristotélica, llevada a cabo por S. Alberto Magno y Santo Tomás, merced a la cual aquella se organizó y constituyó en ciencia del Ser divino, analógicamente a la filosofía de Aristóteles, dando al mismo tiempo un golpe de muerte al dinamismo moral a que los representantes de la corriente agustiniana la tenían reducida. No olvidemos que los teólogos agustinianos, y de una manera especial Kilwardby, que condenó varias de las tesis fundamentales de la filosofía tomista, profesaban un odio irreconciliable a la filosofía aristotélica.

He aquí lo que nos sugiere la lectura de este opúsculo del célebre dominico, extraído de su comentario inédito a las Sentencias, el cual por primera vez ve ahora la luz pública, gracias a la inteligente intervención de Federico Stegmüller. El opúsculo está editado según las exigencias de la crítica moderna.

* * *

La historia de la teología trinitaria en el siglo XIII, queda enriquecida con la publicación de una obra del esclarecido historiador de la Edad Media, Carmelo Ottaviano, sobre la escuela de Joaquín de Flores, conocido en la teología con el nombre del Abad Joaquín (1). La doctrina teológica de éste es estudiada por Ottaviano en una introducción, que es una síntesis magnífica de las ideas de Joaquín de Flores, a través de las preocupaciones religiosas de la Edad Media, convergentes todas ellas en aquella gran utopía idealística de una era nueva de la historia de la humanidad, en la que se espiritualizara todo lo que en nosotros hay de corpóreo, material y terreno, y en la que no existieran las diferencias de siervos y señores, de pobres y ricos, de humildes y potentados. La figura del Abad Joaquín, un tanto ridícula y grotesca, sale muy mejorada de esta introducción del ilustre historiador de la Edad Media.

A partir del siglo XIII hasta nuestros días, rebasa la cifra de 250, el número de autores que se han ocupado tanto de la doctrina como de la significación en la historia del movimiento religioso de la Edad Media del célebre vidente. Pero no todos lo han hecho con la exactitud y ponderación de juicio que fuera de desear. Por eso Carmelo Ottaviano, después de un maduro análisis de sus escritos, y de haber consultado toda la biografía que alrededor de este personaje existe, se ve en la precisión de rectificar muchos puntos, tales como los que a continuación expresamos.

«Es absolutamente falso, dice, que Joaquín hable de dos Anticristos, del valor puramente simbólico de la Encarnación, de dos encarnaciones de Cristo, de un valor moral de los Sacramentos y de una revelación futura. La venida del Espíritu Santo no tiene por objeto anunciar un nuevo Evangelio, sino transformar toda la naturaleza física. Gerardo di Borgo S. Donino, es responsable de esta interpretación restrictiva que falsea todo su pensamiento» (p. 23).

Es también falso que Joaquín exalte la Iglesia Griega sobre la Latina, así como que haya despreciado a la Iglesia Romana, y le haya sido hostil y rebelde. Tampoco es verdad que haya tenido simpatía por las corrientes here-

(1) Joaquinimi Abbatis Liber contra Lombardum.—(Scuola di Gioacchino da Fiori). In 18 por 25, pp. 299. Roma, Reale Academia d' Italia.

ticales, juzgadas por él como el flagelo de la Iglesia o del pueblo cristiano, o que haya sentido inclinación hacia los hebreos a los cuales equipara a los sabelianos. Es inexacto también que se hubiera adherido al milenarismo; que identificara a Babilonia con la Roma papal; que hubiera acogido los apócrifos maniqueos circulantes en su tiempo; que no tuviera interés por las Cruzadas; que pretendiera racionalizar los misterios divinos; que asentara plaza de profeta cuando sus profecías no son más que deducciones de la historia precedente de la humanidad; que despreciara a los Cistercienses, y, en fin, que sus obras sean un tejido de repeticiones o contradicciones, cuando una lectura paciente y atenta de las mismas, muestra en ellas una lucidez de visión y una claridad de expresión verdaderamente sorprendentes (23-28).

Pero lo que ha dado celebridad en la historia de la teología a Joaquín de Flores, es su obra titulada *Liber contra Lombardum*. Como lo indica su mismo título, combate en ella la doctrina trinitaria del Maestro de las Sentencias, en el punto relativo a la unidad de las divinas Personas con la esencia. Según Pedro Lombardo, una numéricamente es la esencia de las tres divinas Personas, la cual «nec est generans, nec genita, nec procedens», perteneciendo esto propia y exclusivamente a las Personas. El abad de Flores ve en esta doctrina una herejía, el sabelianismo, por cuanto parece reducir las Personas divinas a modos distintos de una misma esencia, con la que las identifica. Y un sacrilegio por que destruye la *trinidad*, y establece en Dios la *cuaternidad*, al decir que la esencia divina «nec est generans, nec genita, nec procedens».

Para el Abad Joaquín las Personas divinas se constituyen por la misma esencia individual, identificándose totalmente con ella, por lo cual, la misma esencia divina est generans, generata et procedens. Y así como hay tres personas distintas en Dios, así hay también tres esencias *numero* distintas. La unidad divina queda reducida por él a la pura semejanza: «tres personae una substantia sunt *similitudinarie*».

El autor conviene con Fournier y Anitchkof en que el triteísmo del Abad Joaquín tiene una relación necesaria con la peregrina doctrina de los tres ciclos, en el último de los cuales se había de verificar aquella espiritualización de la humanidad por la comunicación del Espíritu Santo. En efecto, cada Persona divina tiene, según él, una acción distinta *ad extra*, propia y peculiar, a la cual corresponde cada uno de los ciclos. De aquí la distinción de las tres personas en su esencia numérica. Porque negada la distinción numérica de esencia de las Personas divinas, cae por su base la acción distinta *ad extra* de cada una de ellas, y por tanto, lo que es característico de cada uno de los tres ciclos de la historia universal. Y entonces la utopía religiosa, con tanto amor acariciada por Joaquín de Flores no tendría razón de ser. A esto júntese, por lo que mira a la acción del Espíritu Santo, en el tercer ciclo, una concepción errónea de la naturaleza de la gracia, que el Abad de Flores identifica con el Espíritu Santo, y un emanatismo *sui generis* de la comunicación de Este con la creatura. En estos dos puntos el Abad Joaquín depende más o menos directamente de un realismo exagerado de derivación erigena, y de Orígenes, por el intermedio de los basilianos. Lo mismo sucede en cuanto a la idea fundamental de subordinación del proceso trinitario *ad intra*, al hecho creativo *ad extra*, al menos como causa final.

El libro de Joaquín fué condenado por el Concilio Lateranense IV, en cuanto a la doctrina enseñada por él acerca de la unidad de esencia en la trinidad y definida la contraria contenida en la fórmula del Maestro de las Sentencias.

Pero el *Liber contra Lombardum* de Joaquín de Flores se perdió, y con él el principal documento del triteísmo en el siglo XIII. El que ahora publica por vez primera Carmelo Ottaviano no es del mismo Joaquín, sino de un autor desconocido pero perteneciente a su escuela. El libro en cuestión, es reproducción del contenido en el códice en pergamino 296 del Balliol College de Oxford, 405 x 275 mm. en 284 folios de principios del siglo XIV, que ocupa desde el folio 219 r hasta el 245 v. En total 27 folios.

La fecha de composición es, sin embargo, anterior a la segunda mitad del siglo XIII. El único dato seguro que existe acerca de esto, es que fué escrito después del 5 de septiembre de 1234, fecha de la publicación de las Decretales de Gregorio IX, citadas en las primeras líneas de la obra. Otras referencias extrínsecas no existen. Los autores más próximos citados (S. Anselmo, Abelardo, S. Bernardo, Hugo de S. Vito, Ricardo de S. Vito, además de Pedro Lombardo), pertenecen todos al siglo XII.

Pero si la atribución de la obra es incierta, una cosa queda fuera de duda, y es que su autor es un discípulo de Joaquín y que no sólo pertenece a su escuela sino que además sigue muy de cerca al *Liber contra Lombardum* condenado por el Concilio de Letrán el año 1315.

En cuanto a su contenido puede considerarse dividido en cuatro partes. La primera, después de centrar con agudeza la tesis fundamental de Pedro Lombardo, de la única substancia divina idéntica a las tres Personas, «nec generans, nec genita nec procedens», dirige contra ella una doble argumentación de autoridad en sentido indirecto primero y después directamente (págs. 111-132). La segunda se subdivide en cinco tesis: 1.^a Refutación en cinco argumentos de la doctrina de Lombardo, que la esencia divina sea una numéricamente. Históricamente es ésta la parte más importante del Liber, en la que, la tesis triteística está expresada con claridad y defendida con vigor y tenacidad (págs. 138-151). 2.^a No siendo la unidad de la sustancia divina más que de pura semejanza, y por otra parte, identificándose totalmente aquélla con cada una de las Personas distintas, puede decirse con toda verdad que la esencia divina es «generans, genita et procedens» (págs. 195-212). 3.^a La identidad real defendida por Pedro Lombardo entre la esencia divina y las Personas, no es posible, porque lo que no es «generans, genitum et procedens», no puede ser realmente una misma cosa con lo que «est generans, genitum et procedens» (págs. 216-226). 4.^a Aun admitiendo que la «res nec generans, nec genita, nec procedens» pudiese coexistir con las Personas, sería siempre realmente distinta de ellas en cuanto opuesta a su propiedad fundamental. Y por lo tanto, la *cuaternidad* sería inevitable en Dios (págs. 226-234). 5.^a Por último, si la «res nec generans, nec genita nec procedens» fuese posible en Dios, sería «universorum principium». Pero esto es imposible, porque la creación del mundo sensible supone la realización o generación del mundo inteligible en Dios, es decir, el Verbo Divino (págs. 235-241).

En la tercera parte trata del constitutivo de las personas divinas, el cual no puede ser algo relativo, sino la misma esencia de Dios (págs. 242-250).

En la cuarta hace aplicación al misterio de la Encarnación de las ideas anteriores, rebatiendo la opinión de aquellos que pretendían negar la encarnación de la naturaleza divina, afirmándola sólo de la Persona del Verbo (páginas 251-254).

En resumen: de la misma manera que en el Abad Joaquín, toda la obra se reduce a una doble serie de argumentos contra la tesis de Pedro Lombardo. Acusación de sabelianismo por el lado que identifica las Personas con la esencia divina, y de establecer en Dios la *cuaternidad*, en cuanto enseña que la esencia divina como distinta de las Personas, «nec est generans, nec genita, nec procedens».

En confirmación de la unidad total de pensamiento entre el Abad Joaquín y el autor de este opúsculo, cita Carmelo Octaviano, otros muchos puntos así teológicos como de carácter filosófico, al mismo tiempo que hace ver la disparidad de vía entre el triteísmo defendido por Joaquín de Flores y el autor de esta obra por una parte, y el sustentado en el siglo XII por Roscelino y Gilberto de la Porré. Según Roscelino «tres personae sunt tres res sicut tres angeli aut tres animae, ita tamen ut *voluntate* et *potentia* omnino sint idem». En cambio Gilberto de la Porré distingue entre la Persona, «quod est», y la naturaleza o *divinitas*, «quo est», siendo ésta como la forma extrínseca de aquellas la cual las hace semejantes entre sí, dándose el caso verdaderamente paradójico de que la divinidad no es Dios.

Por todo esto Carmelo Ottaviano, no vacila en afirmar que se trata aquí de un discípulo auténtico de la escuela de Joaquín de Flores, cuya obra puede suplir la falta de la de su maestro. Y ciertamente, la demostración no puede ser más cabal y perfecta. La edición del texto está hecha según todas las exigencias de la crítica histórica. Al texto precede, en italiano, un breve resumen del mismo, siguiéndole al final cuatro índices, el primero, por orden alfabético, de las citas hechas en el texto y con toda exactitud precisadas por el autor; otro de materias; el tercero de nombres propios citados en aquel; y por último otro similar de los citados en la introducción y el sumario, así como de los argumentos desarrollados en ellos. A los índices sigue un cuadro de las abreviaturas usadas en el texto. Viene después una riquísima bibliografía sobre el movimiento joaquinita, terminando con cuatro esquemas del *Liber contra Lombardum*, que facilitan grandemente su manejo.

Con razón escribió Ottaviano: «Me parece indudable que el Liber aquí publicado es uno de los más importantes documentos para la historia del pensamiento filosófico-teológico de la primera mitad del siglo XIII; y creo no haber olvidado nada en su edición crítica» (86).

* * *

Entre las obras sobre mariología escritas en los tres últimos años, merece destacarse la tesis doctoral del P. León Leloir en el Instituto Pontificio Internacional Angélico de Roma. En nuestro boletín anterior dimos ya idea de un extracto de aquella, publicado por el autor. Gracias a su generosidad poseemos ahora el texto original que consta de cerca de unas mil páginas en tres volúmenes en folio (1). Nunca agradeceremos bastante al P. Leloir generosi-

(1) *De Commendatione B. Mariae Virginis*. Tres tomos en folio, escritos a máquina con correcciones y adiciones por el autor. Págs. 952.

dad tan grande, que reviste los caracteres de un verdadero sacrificio, el cual Dios le premiará mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros. Es nuestro propósito dar una más amplia idea de esta tesis doctoral, porque entrar en el análisis crítico de cada una de sus partes, nos llevaría demasiado lejos, lo cual no es posible en un boletín de teología en el que también hay que dar cabida a otras publicaciones.

La concepción de la tesis es de orientación plenamente teológica y tomista. María, en cuanto Madre de Jesucristo, entra de lleno en el objeto de la teología. Sto. Tomás la introdujo de hecho en la segunda parte del tratado de Incarnatione, considerándola exclusivamente desde el punto de vista de Madre de Dios, y dedicándole desde la cuestión 27 hasta la 32 inclusive, en las que analiza su excelencia en cuanto tal, su santidad, sus prerrogativas y la encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas por obra y gracia del Espíritu Santo. Pero la teología católica moderna, si bien es cierto que no ha descubierto la función mediadora de María, no lo es menos que le ha dado un relieve que nunca ha tenido en la historia de la teología. Y la teología de la mediación mariana está todavía por hacer. Existen elementos dispersos aquí y allá, pero falta una síntesis orgánica, y sobre todo una síntesis verdaderamente teológica de la mediación de María. ¿De qué manera realizarla, y, sobre todo, cuál ha de ser el troquel en el que se ha de moldear la teología mariana de la mediación? Para el P. León Leloir, formado en la doctrina del Angélico Doctor, no admite vacilaciones la respuesta: el tratado de Sto. Tomás *de Christo mediatore*. La idea no es nueva, pero sí la realización. El señor Alastruey publicó hace dos años el primer volumen de su Mariología, calcado también en el tratado de Incarnatione de Sto. Tomás, pero las cuestiones en él desarrolladas son las mismas que el Angélico Doctor expone en su tercera parte de la Suma, esperándose todavía con ansiedad el segundo volumen en que por fuerza ha de estudiar la cuestión de la mediación. Aun cuando otros méritos no tuviera la disertación del P. Leloir, éste sólo es de valor tan subido que bastaría para merecer nuestra simpatía y aplauso.

El criterio que presida e informa toda la obra, es el de una inteligencia que se ha asimilado, no sólo la letra, sino principalmente el espíritu de la doctrina de Sto. Tomás. No ya en la concepción general de la obra, en el planteamiento de las cuestiones y en la solución de las mismas, sino también en la interpretación de los argumentos de Escritura y Tradición, el punto de vista es siempre del más puro tomismo. Tal vez por esto, pueda parecer a algunos demasiado parco y exigente, pero no importa, porque la misma verdad es sobria y prudente. Como dice el gran Cayetano, no necesita la Virgen de títulos y alabanzas por parte nuestra que no estén basadas en razón. Aquel racionalismo de Sto. Tomás tan exigente como respetuoso con toda verdad, pero de manera especial con las que de un modo o de otro atañen al orden transcendente de lo sobrenatural, debiera ser imitado y seguido por todos los que escriben acerca de estas cuestiones. El sentimentalismo no dominado, así como el afectivismo no guiado por los resplandores de la verdad, siempre ha sido en teología de funestos resultados.

El P. Leloir no quiere que se considere su obra más que como un instrumento de trabajo, para quien quiera y pueda llevar a feliz término el noble fin que le impulsó a escribirla: la formación de la teología de la mediación

mariana. Muy modesto en la propia estimación, ut religiosum decet, su trabajo representa, sin embargo, un buen avance en el fin por él anhelado, como verá el lector por el resumen que del mismo damos a continuación.

En tres partes se divide la obra, correspondiente a sus tres volúmenes. En la primera analiza el concepto de mediación mariana por analogía con la mediación de Cristo. Esta va expuesta en las dos primeras secciones, que contienen entre las dos cinco capítulos. En el mediador hay que distinguir dos cosas: la razón de medio y el acto mismo de mediar. La primera conviene a Jesucristo por razón de su humana naturaleza, comprendiendo el segundo todos los actos realizados por nuestro divino Salvador, para unir entre sí los dos extremos: Dios y la creatura. Estos actos son muy numerosos y diversos, pudiendo todos ellos encajarse en el *munus sacerdotale*, *munus propheticum* y *munus regium*.

El texto de S. Pablo «*unus est mediator Dei et hominum homo Chritus Jesus*» (I. T., 2, 5), no excluye otros mediadores de orden secundario, sino que ha de entenderse en el sentido de que sólo Jesucristo es mediador: a) naturalis; b) principalis ac perfectivus; c) de condigno ex toto rigore iustitiae; d) absolute universalis; e) primarius ac supremus; f) absolute necessarius de condigno absoluto.

La mediación de María hay que concebirla por orden a la de Jesús, su divino Hijo. Como en la de Este, hay que distinguir en la de aquella la razón de medio y el acto de mediar. La razón de medio entre Dios y los hombres manifestamente se encuentra en la Virgen santísima, porque por razón de su maternidad divina y de las relaciones que de aquí se siguen con cada una de las Personas de la Trinidad, así como por la plenitud de la gracia derivada en ella en consonancia con aquellas altísimas prerrogativas, está sobre toda creatura, así humana como angélica, tocando en los mismos humbrales de la divinidad, como enseñan Sto. Tomás y Cayetano. Y por otra parte en cuanto creatura racional que es, conviene con los demás hombres y es inferior a Dios.

Respecto del acto mismo de mediar, o sea de la mediación propiamente dicha, con razón escribe el P. Leloir: «ante paucos annos nullus fere sufficienter curabat ut adaequatam notionem hujus mediationis exhiberet» (I. 106) «Multi contionatores atque etiam auctores, cum loquuntur de Maria Mediatrice, vel scribunt, sensum receptum vocis mediationis, nescio quo pacto, arbitrario modo enervant, considerantque unice ut mediationum partes quas Beata Virgo habet in distributione gratiarum. Talis autem modus concipiendi et loquendi dicendus est inaccuratus et ansam praebet pessimae confusioni. Titulus enim distributivus gratiarum est erga titulum mediatricis, qualis pars erga totum, qualis species erga genus... Quim immo si Maria vocaretur Mediatrix tantummodo propter distributionem gratiarum seorsum spectatam, *improprie* plane, aut saltem in sensu minus perfecto mediatrice diceretur; non enim deferret quae unius sunt alteri et viceversa» (I. 115-17).

La mediación de María no se puede concebir integralmente si no es por analogía con la de Jesucristo. Y así como la mediación de Este comprende, por una parte, la satisfacción por el pecado, el mérito de la gracia y el rescate del género humano en el sacrificio de la Cruz (per quae defert ea quae sunt homini Deo), y, por otra, la intercesión en el cielo y la distribución de las gra-

cias adquiridas (per quae defert ea quae sunt Dei hominibus), así también todos estos elementos constituirán el concepto perfecto e integral, aunque siempre en un plano secundario y subordinado, de la mediación de la Virgen. Tal es desde luego el concepto de mediación como se expresa en la Sagrada Escritura y la Tradición, en cuyo sentido hay que atribuirlo también a María. «Ergo fatendum est illud fundamentum quod communiter precones Verbi Dei e suggestu Dei assignant, ut titulo Mediatricis Maria insignetur, revera, si seorsim spectatur, non esse sufficiens, ut servata proprietate terminorum, Maria Medatrix dicatur» (I. 117).

Así es cómo la Mediación de María de su comparación con la de Cristo se eleva en su concepto y adquiere un fundamento al mismo tiempo teológico y escriturario.

Una vez expuesto el concepto de la mediación mariana, pasa el autor a examinar la cuestión del primer principio en marianología. Como esta cuestión tiene mejor su lugar en la síntesis teológica que hace el P. Leloir en el tercer volumen, dejamos para entonces su examen.

En la segunda parte estudia la mediación de la Virgen en los órganos de la revelación por este orden: Sagrada Escritura, Tradición, Magisterio Eclesiástico y Liturgia. Tratando de formar una teología de la mediación era imprescindible un análisis de los fundamentos de ésta en la revelación, sin lo cual aquella carecería de base firme. De aquí la importancia grande que el P. Leloir concede a esta segunda parte de su ensayo de una teología mariana.

El argumento escriturario va dividido en cuatro capítulos en los que analiza los lugares principales tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento relativos a la mediación de María, bajo estos epígrafes: *Protoevangelium*, *Anuntiatio*, *Compassio*, *Ministra gratiarum*. Como no es posible entrar en detalles, he aquí la síntesis del contenido escriturario de la mediación mariana: «Sensu non quidem *literali*, ut probabilius videtur, sed *typico* tantum ex textu Protoevangelii, deduci possunt ut *maternitas spiritalis* Mariae (semen mulieris sunt enim et Christus et omnes christiani), et *prima adumbratio* parallelismi Euae-Mariae, et principium consortii, non autem, saltem ex verbis textus, cooperatio in distributione gratiarum, Conceptum Immaculatum B. M. V., et ejus Asumptio gloriosa in coelum.

Pariter sensu *typico*, non mere acomodatio, ut plures volunt, verba Christi morientis in Cruce *Maternitatem Spiritualem* erga homine, a Joanne typice praefiguratus, solemniter promulgant, novoque titulo, commissione nempe Christi, audent.

Sensu etiam, saltem probabiliter *typico*, forsitan acomodatio tantum, Maria in variis mysteriis N. T., ut ministra gratiarum exhibetur; in sanctificatione Praecursoris, in adoratione Magorum et Pastorum, in nuptiis Canae, in effusione E. S. super Apostolos, primosque christianos in caenaculum die Pentecostes congregatos.

Sed, ut sapienter monet Angelicus, «nihil sibi spirituale sensu continetur fidei necessarium, quod Scriptura per litteralem sensum alicubi manifeste non tradat».

Et revera, sensu *litterali*, S. Scriptura nobis tradit et *consensum Mariae ad Incarnationem*, et *plenitudinem gratiae*, et *dolorosam ejus compassionem* (II. 235-36).

Estos conceptos de María tan sobriamente manifestados por la revelación son los que elaborará después durante muchos siglos la tradición cristiana, cuyo estudio emprende a continuación el P. Leloir con fino espíritu crítico inspirado siempre en aquel principio de S. Agustín: «non quaeramus *id quod non est*, ne *id quod est* non inveniamus».

En dos secciones, que se extienden desde la p. 237 hasta la 439, estudia la doctrina mariana de los Padres, Doctores y teólogos, desde S. Justino y San Ireneo hasta nuestros días, concluyendo con el Magisterio Eclesiástico y la Liturgia. Muchos de los textos aducidos son ya conocidos, otros no; pero todos ellos van sometidos a un riguroso análisis teológico-crítico, que dan un valor grande a esta parte de la obra del P. Leloir.

Como síntesis muy esquemática en la que sólo se indican los jalones principales de la evolución doctrinal sobre la mediación mariana, a través de los siglos, plácenos transcribir la hecha por el mismo autor en la página 239. Es como sigue: «Ab initio Ecclesiae *principium consortii* enuntiatur sub simplici antithesi Eva-Mariae, qua collaborationem proximam et liberam in opere Redemptionis enuntiari satis patet.

Mox magis in specie Origines, et centum quincuaginta annis Augustinus postea sermonem habent de *maternitate spirituali* Mariae. Ambrosius loquitur de *sacrificio* Mariae sub cruce Filii, quo Maria primam illam comparationem nomine Evae indicatam apte complet. Hipolitus Romanus, Gregorius Taumaturgus, Leo Papa M. a conceptione mere physica Christi se refugere dicunt.

Illam consociationem quam per plura saecula, jam explicitè Patres proponunt, pertinere usque ad *mediationem gratiatum*, supponit Efrem, qui primus voce Mediatrix utitur; asserunt Andreas Cretensis, Germanus C. P., Joannes Damascenus, etc...

In illo tempore tota nostra doctrina a Patribus exposita est, si quis tamen vult hic et illic colligere fragmenta.

Hanc saepius disertis verbis proponunt sive globalim, sive in specie, mediaevales, ducibus Bernardo et Aberto Magno. Horum duorum vestigiis omnes inhaerunt fideliter, ita tamen ut nullus adhuc hanc doctrinam theologice exponat».

Posteriormente y con ocasión de las objeciones de los protestantes, los teólogos se ocupan a fines del siglo XVI, y durante todo el XVII, del mérito de la Virgen. En el XVIII S. Alfonso de Liguori propugna contra los Jansenistas la doctrina tradicional sobre su mediación. Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, el misterio de la Concepción Inmaculada de María absorbe casi por completo la atención de los teólogos, hasta que las encíclicas marianas de León XIII, vuelven a atraer el pensamiento de aquéllos sobre su mediación. Actualmente es sentir común entre ellos, con raras excepciones, que la mediación de María tanto en la adquisición de las gracias, como en su distribución, pertenece al depósito de la fe apostólica y es definible de fe divina.

Es de notar que la doctrina de la mediación mariana, contenida primero como en germen en la Escritura, desarrollada después por los Padres y los teólogos, y sancionada finalmente por el Magisterio eclesiástico, en especial por León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, es la mediación *integral*, o sea, en cuanto a todos sus elementos. Estos pueden resumirse en los tres fun-

damentales: asociación de María a la obra redentora de Cristo, adquisición de las gracias y distribución de las mismas.

Por todo lo cual el P. Leloir, haciendo suyas unas palabras de Petavio, resume así el fruto de su larga y benemérita investigación de la mediación mariana a través de los diferentes órganos de la revelación. «Eadem fere quae Christo Domino tanquam primario mediatori excellenti ratione tribuntur, Mariae velut secundariam, ac longe inferiorem nostrae salutis administram donantur, hoc est mediatricem et patronam».

En la «disputatio nona» dirige una mirada retrospectiva sobre todo el argumento de Tradición que acaba de exponer, preguntándose a sí mismo, cuál es entre las pruebas aducidas, la que señala el camino propio para demostrar la apostolicidad de la mediación mariana. Tres son los seguidos por los teólogos modernos. El primero consiste en el uso de la palabra «*Mediatrix*», atribuída por los Padres a María. El segundo en la distribución de todas las gracias, y el tercero en la asociación a la obra redentora de Cristo, expresada en el paralelismo Eva-María. El P. Leloir excluye el primer camino por carecer de la antigüedad necesaria, pues en primer lugar, los primeros que usan este vocablo son, en Oriente, San Efrén en el siglo IV o V, y San Ildefonso de Toledo, en el Occidente, a mediados del VII, y además, está todavía por determinar el sentido en que lo empleaban, toda vez que puede tomarse en un sentido metafórico, y mientras algunos lo entienden, como el mismo S. Efrén, en el sentido de cooperación a la obra redentora de Jesucristo, otros no lo toman como sinónimo de distribución general de las gracias. El segundo camino, de la misma manera que el primero, carece también de antigüedad suficiente, pues los textos más antiguos en que se atribuye *implicitamente* a la Virgen la mediación de todas las gracias son de San Efrén, y los primeros en profesarla *explicitamente* son, en Oriente, San Germán en el siglo VII, y San Anselmo, en el XI, en Occidente.

De donde se infiere, por vía de exclusión, que el único medio adecuado y perfecto para probar la apostolicidad de la mediación mariana en su sentido integral, es el paralelismo Eva María, el más antiguo y el más comprensivo de todos. Pero esto plantea la cuestión siguiente: ¿Cómo está contenida en el consorcio de María a la obra redentora de Cristo, la mediación de las gracias, de una manera formal o sólo imolícita y virtualmente? El autor deja la solución de esta cuestión para la tercera parte, en cuyo análisis entramos sin más demora.

La mediación mariana sale del argumento de la Tradición en sus rasgos fundamentales, como un *hecho* cuya naturaleza íntima hay que definir y declarar. A esto se ordena la teología de la mediación mariana, cuyo esbozo nos presenta el P. Leloir en su tercer volumen, tal vez el más importante de todos. Y así como el concepto de la mediación mariana no podía definirse con exactitud, sino por analogía con la mediación de Jesucristo, otro tanto sucede cuando se trata de explicar su naturaleza. La teología de la mediación mariana, si ha de ser tal, se ha de fundar toda ella en la analogía con la de Jesucristo. Y con esto queda ya indicado el método que en ella ha de seguirse.

Se plantea ahora la cuestión del primer principio en Mariología. Si la teología mariana ha de ser verdaderamente científica, ha de tener sus principios propios. De aquí la cuestión empeñada entre los teólogos modernos acerca del

primer principio en mariología. En primer lugar, hay quien aboga por la existencia de dos principios primeros, y quien por la de uno sólo, habiendo disconformidad en cuanto a la determinación de éste. El P. Leloir hace una distinción, cuyo alcance no comprendemos todavía bien, entre el orden abstracto y el orden actual de la providencia de Dios, concediendo la existencia de un doble principio en el primer sentido y negándola en el segundo. Pues qué, cuando se establece esta cuestión en mariología, ¿no se trata de ella precisamente en el orden actual de la Providencia? No haríamos esta observación si la distinción anterior no llevara lógicamente al P. Leloir a una conclusión algo extraña, de la que hablaremos después.

Los que propugnan la existencia de un doble principio señalan las proposiciones siguientes, como dos verdades básicas, de las cuales se deducen todas las demás en mariología. Primera: María es madre de Dios. Segunda: María fué asociada a la obra redentora de Jesucristo. Fúndanse para esto en que de la maternidad divina no se puede deducir la cooperación de María a la obra de su divino Hijo, y por lo tanto a la adquisición de las gracias y su distribución.

En primer lugar, la negación de un primer principio en mariología, vale tanto como negar la unidad perfecta de la teología mariana como ciencia. Pero además, ¿es cierto que de la maternidad divina no se siga por un proceso verdaderamente teológico la asociación de María a la obra redentora de Jesús? No lo creemos. Por el mero hecho de ser María madre real de Jesucristo se constituye en verdadera Madre espiritual de todos los cristianos, hermanos de Cristo por la gracia. Este nuevo título no puede ser una abstracción, ni una palabra vacía de sentido, sino que para la plena realización de sus funciones, postula la unión de María con Jesús en toda su obra redentora, tanto en la adquisición de las gracias como en su distribución. De otra manera, María gozaría del título de Madre espiritual nuestra, pero sin la *realidad plena* de sus funciones. Y esto no es concebible en la providencia ordenada de Dios, ni está conforme con el concepto de María como madre espiritual de los hombres, tal como consta en la Escritura y en la Tradición. Por lo tanto el primer principio en mariología podría formularse así: *María es madre real de Jesucristo y espiritual de los hombres*. De esta proposición se deduce enseguida de una manera perfectamente lógica toda la teología mariana: la plenitud de la gracia en María, la unión con su Hijo en la redención del género humano, y la mediación universal de la gracia, tanto en el orden de adquisición, como en el de su distribución. Porque la negación de cualquiera de estas cosas entrañaría la negación de la realidad de sus funciones como madre nuestra en el orden espiritual, o las reduciría a meras denominaciones extrínsecas. Y que en el concepto de María como Madre de Dios, vaya inmediatamente envuelto el concepto de ella también como madre nuestra, no de cualquiera manera, sino en un sentido real, pleno y perfecto, es cosa que se desprende fácilmente de la revelación. Por esto creemos que en mariología existe un primer principio, no distinto del señalado, en el cual va expresada la definición integral de María, según los datos de la revelación.

El P. Leloir, en virtud de la distinción anteriormente por él establecida de la maternidad de María, considerada en concreto y en abstracto, como no encuentra camino libre para deducir de ella, en el segundo sentido, su con-

sorcio con Jesucristo en la obra redentora, concluye que: «*predestinatio Mariae cadit primum Mediatrix, secundario tantum in Deiparam. Prius a Deo concipitur consors Redemptoris, quam Mater Christi... Prius in ordine intentionis fuit homines quam Deum paritura*» (I, 127). Y en otra parte hasta llega a decir que María «*mater prius erit spiritu quam carne Christi*» (II, p. 193)...

No; María es madre espiritual de los hombres por razón de su maternidad divina, en la cual va inmediatamente contenida la maternidad espiritual, y en este mismo sentido es concebida y predestinada por Dios. Lo contrario es un contrasentido a todas luces inadmisibile. Y de la maternidad espiritual de los hombres, en el sentido pleno y fecundo que le dan la Escritura y la Tradición, se deduce su consorcio con Jesucristo Redentor, juntamente con todo lo demás. Por donde se ve también que el consorcio no goza del rango de verdad primera, ni en el orden concreto, ni en el abstracto (?) de la maternidad divina.

La síntesis teológica de la mediación mariana, o conmediación como la llama el autor, la divide en dos secciones. La primera se titula: De variis aspectibus sub quibus Commmediatio Mariae speculative spectari potest, seu de operibus propter quae Mariae hoc nomine Commmediatricis donatur. La segunda: De titulis quae Mariae propter haec opera competunt. Cada sección se divide después en sendas disputaciones y éstas a su vez en capítulos, en los que expone toda la doctrina de la mediación mariana paralelamente a la de Cristo según el método de la analogía.

La mediación de Jesucristo, una en su naturaleza, es considerada por Santo Tomás bajo los diferentes aspectos, según los cuales es causa de nuestra salud, a saber, bajo la razón de mérito, de satisfacción, de sacrificio, de redención y de eficiencia. Y esos mismos aspectos son estudiados ampliamente por el P. Leloir en la mediación mariana, siempre en consonancia con la doctrina teológica respectiva de Jesucristo.

Rompe filas en esta serie de cuestiones del máximo interés, la relativa al mérito de la Virgen respecto de la gracias. Todos los teólogos convienen hoy, secundando las enseñanzas de los Sumos Pontífices, en que la Virgen mereció *de congruo* la gracia regeneradora del hombre. Otro tanto puede afirmarse respecto de la satisfacción por el pecado. Pero el P. Leloir va más allá y pregunta si el mérito de la Virgen respecto de la gracia es también *de condigno*. Deja traslucir bastante claramente cuál es su sentir sobre esta cuestión, y hasta lo afirma alguna vez, pero cuando más se esperaba una afirmación rotunda y categórica, retrocede de golpe, diciendo que sólo desempeña el papel de historiador en este aspecto particular de la cuestión. Se presiente que encuentra algún obstáculo en su marcha que no le es posible orillar. ¿Será tal vez la opinión contraria de los examinadores de la tesis? ¿Serán ciertas expresiones de S. Tomás?... No parece que sea precisamente esto último, puesto que insinúa repetidas veces que depondría su opinión favorable al mérito de condigno, si alguno le demostrara su oposición a los principios de la doctrina del Aquinatense.

No creemos que nadie lo haya hecho hasta la fecha, ni tal vez lo haga en el futuro. Desde luego Sto. Tomás no trató formalmente la cuestión de la mediación de la Virgen en ninguna de sus obras. Sólo aspectos parciales están expresados aquí y acullá. Por lo tanto, esa oposición, de haberla, habría que buscarla en los principios, no en expresiones sueltas, aisladas y genéricas.

Y lejos de haber oposición hay, por el contrario, en nuestra opinión, conformidad y armonía perfectas entre los principios de la teología tomista y el mérito de condigno de María.

En la III. P. q. 64, a. 4, pregunta el Angélico Doctor si pudo Jesucristo comunicar su potestad de excelencia sobre los sacramentos a sus ministros. Cuatro cosas abarca esta potestad de excelencia: a) «ut eorum *meritum* operarentur ad sacramentorum effectus»; b) «ut ad invocationem nominum ipsorum sanctificarentur sacramenta»; c) «ut ipsi possent sacramenta instituere»; d) «et sine ritu sacramentorum, sacramentorum effectum conferre solo imperio». Como condición sine qua non para la realización de esto, sólo exige Sto. Tomás en el ministro una gran plenitud de gracia (Ibid).

Nadie negará que esta potestad de excelencia sobre los sacramentos es mucho más que el mérito de condigno respecto de la gracia, pues equivale a la misma gracia capital de Cristo, no de cualquier manera, sino en el mismo grado y modo que El la posee. El mérito de condigno sólo comprende la *primera* de esas prerrogativas o excelencias, como así lo han visto casi todos los teólogos.

Pues bien, Sto. Tomás, tanto en ese lugar, como en el IV. Sent. d. v, q. 1, a. 3, concede la posibilidad de otorgamiento a una pura creatura de esa potestad de excelencia, negando el hecho de su concesión *cumulativa*, por lo mismo que no admite la conveniencia, y por lo tanto el hecho de la existencia de dos cabezas en la Iglesia ejusdem ordinis. Pero lo que de ninguna manera niega Sto. Tomás en los lugares citados, es el *hecho* de la comunicación por Jesucristo de *alguna* de esas excelencias, por ejemplo, el mérito de condigno, separadamente de las demás. Porque de esta manera el fantasma de las dos cabezas ejusdem ordinis en la Iglesia, desaparece por completo.

Y que los teólogos hayan reconocido en la primera de las prerrogativas incluidas en la potestad de excelencia el mérito de condigno es cosa fácil de probar. Vamos a citar solamente tres, por no alargar demasiado la lista. Son éstos, Domingo Soto, Suárez y Billuart. Dice así el primero: «Potuit Deus gratiam Capitis Divo Petro aut B. Mariae impertiri, hoc est tantam elargire gratiae plenitudinem, ut ejus opera acceptarentur ad *meritum* et *satisfactionem* pro universis piaculis humani generis. Hoc autem non se teneret simpliciter ex parte satisficientis, sed ex parte illius cui fit satisfactio, nam fundatur in gratia, quam Deus illi prius contulit» (IV Sent., d. 1, q. 5, a. 4).

Ninguno duda que Domingo Soto habla aquí del mérito y de la satisfacción de condigno... La única salvedad que hace es que ese mérito no es ex toto rigore justitiae, puesto que se funda en la gracia recibida graciosamente, y por lo tanto últimamente en Dios y no en la persona que satisface o merece. La distinción entre en el mérito de condigno ex condignitate y ex toto rigore justitiae, la establece él mismo un poco antes de las palabras citadas.

La misma doctrina encontramos en Suárez. «Hoc autem non abstante certum etiam est posse Deum facere liberam facultatem alicui purae creaturae intellectuali vel rationali, ut suo arbitrio conferat aliis gratiam eo modo quo voluerit, vel per solum actum internum suae voluntatis, vel per externum contactum aut verbum, vel per aliquod aliud sensibile signum, ad eum nodum, quo communicata est humanitati Christi potestas faciendi miracula, et dandi gratiam ut late diximus in t. 1.º, d. 31, quia nulla est per se loquendo major

repugnantia in communicanda hac potestate supposito creato, quam naturae creatae. Quo sensu diximus in eodem (t. 1. d. 47, sect. 1.), seclussa ratione meriti et satisfactionis de *rigore justitiae*, posse communicare purae creaturae potestatem excelentiae conferendi gratiam». (In III. P. q. 64, d. 12, sect. 2).

Como fácilmente puede colegirse del contexto Suárez habla en este lugar de toda la potestad de excelencia sobre los sacramentos, no poniendo al mérito de la gracia y satisfacción, más limitación que la señalada ya por Domingo Soto. Y por si alguna duda pudiera caber respecto de lo primero, no hay más que fijarse en el título de la sección segunda: «Utrum petuerint sacramenta ab alio quam a Deo institui». Y en las palabras que a continuación de las transcritas en el párrafo anterior, añade: «Ex quo manifeste sequitur posse communicare eidem creaturae, ut suo arbitrio designet externos actus vel coeremonias, per quas vel ad quarum praesentiam detur gratia».

Exactamente la misma doctrina encontramos en Billuart. «Nulla est implicitantia quod Deus tantam gratiae plenitudinem puro homini conferat, ut *mereatur* aliis gratiam, non solum de congruo sed etiam *de condigno*, licet non riguroso, quod nullam supponit gratiam» (De Scram. in com. dissert. v. a. 1).

Ahora bien: cuando se trata del terreno de los hechos no es menos cierto que todos esos autores niegan que se haya concedido a alguna creatura esa prerrogativa. Pero esto tiene una explicación a nuestro entender no muy difícil.

En primer lugar todos esos autores consideran el mérito de condigno en cuanto va ligado a las demás prerrogativas señaladas por Sto. Tomás respecto de los sacramentos, y constituyen a una persona en la categoría suprema de Cabeza de la Iglesia en el mismo orden que Jesucristo. Y en este sentido todos llevan razón al negar que jamás se haya hecho tal concesión por Dios a alguna criatura. Porque cabezas de la Iglesia no hay más que una, que es la del mismo Jesucristo.

Además, ni esos teólogos tratan del mérito en la cuestión de la mediación de María en el sentido que tiene ésta en la actualidad, ni el principio del consorcio de aquella a la obra redentora de Jesucristo tenía, en la teología de entonces, el relieve que ha adquirido en la de ahora.

Por todo esto, y teniendo en cuenta que el mérito de María es efecto de la misma gracia de Jesucristo, el cual existiendo en este orden de dependencia y desligado de las otras prerrogativas y excelencias propias de Aquel, no puede llevar consigo aneja la dignidad de Cabeza de la Iglesia, no parece pueda negársele el mérito de condigno a la Virgen en nombre de los principios de la doctrina tomista. Al menos en nombre de un tomismo dinámico, no de un tomismo literalista y estático. No se pierde de vista que Santo Tomás, como antes indicábamos, nunca trató ex profeso del mérito de María en la cuestión de la mediación tal como hoy la entendemos. Según los principios por él establecidos, ¿qué le puede faltar a María para el mérito de condigno? ¿No tiene la plenitud de la gracia en grado insuperable por ninguna pura criatura? Y el mismo consorcio con Cristo en la redención del género humano hoy por todos admitido, ¿no reclama juntamente con aquella plenitud de gracia, esa cualidad en el mérito de María? Y si, además, se tiene en cuenta que el mérito de María es siempre inferior al de Jesucristo, no sólo en cuanto dependiente y subordina-

do al de Este, sino también en cuanto menos universal (María es la primera redimida y santificada en virtud de los méritos de Jesucristo), y de un orden inferior o de sola condignidad, mientras que el de Jesucristo es absolutamente universal y de rigurosa justicia, no se ve que en nombre de la doctrina tomista se pueda negar a la Virgen el mérito de condigno, antes por el contrrrio, éste parece exigido por los mismos principios de aquella.

Sucede en esta cuestión algo análogo a lo que pasa en la de la Inmaculada. Santo Tomás puso los principios, rechazó las concepciones falsas, y señaló el camino verdadero para la definición de la Inmaculada revelada. En esta de la mediación mariana, aun cuando no la discutió directamente, señaló también los principios verdaderos, rechazó concepciones exageradas y extravagantes, y dejó abierto a sus discípulos el sendero, por donde siguiendo la lógica de aquéllos, pudieran venir al conocimiento del mérito de condigno de María, sin precipitarse en extremismos vituperables, que derogarían la dignidad de Cristo, como la derogaban aquellas concepciones absurdas de la Inmaculada.

Y lo que se dice del mérito de María, hay que afirmarlo también analógicamente del otro aspecto de la mediación universal, que es la satisfacción por el pecado. Plácenos trasladar aquí unas palabras de Domingo Soto que vienen muy al caso. «Notandum est duplex esse meritum atque adeo satisfactionem de condigno, ut D. Thomas (III. P. q. 1. a 2 ad 2) adonatavit, alterum scilicet secundum perfectam rationem condigni meriti et satisfactionis, quae consistit in hoc quod adaequatio meriti ad debitum teneat se, non ex parte illius cui fit satisfactio, sed solum ex parte satisfacientis. Et hoc modo nec mereri, nec satisfacere ullo modo potest humanae creaturae communicari, ut illic idem ipse ait. Ad hanc enim virtutem requiritur, ut ipse qui meretur et satisfacit, per se sit infinite Deo gratus, atque adeo infiniti valoris, quem possit suo merito, et satisfactioni tribuere, quod non potest nisi Personae divinae competere. Et haec fuit causa incarnationis Christi. Nam etiam si nullam habuisset gratiam creatam, quia erat suppositum divinum, et opera ejus, licet exercita per humanitatem, quia actiones sunt suppositorum, erant infiniti valoris, satisfacissent. Quare hoc non conveniebat humanitati nisi quatenus Verbo divino conjunctae. Et hoc est quod argumenta a nobis proxime instructa convincunt, non esse creaturis communicabile. Sed alia est ratio meriti et satisfactionis de condigno, non quidem *absolute simpliciter et perfecte*, sed ex suppositione; nempe, supposita gratia Dei. Atque haec ratio merendi et satisfaciendi de condigno, est quam hic asserit D. Tomás posse communicari Ecclesiae vel uni purae creaturae» (IV Sent., d. 1, q. 5, a. 4).

Nada, pues, puede oponer ningún tomista verdadero a esta concesión a la Virgen del mérito de condigno en su mediación universal, tanto respecto de la gracia, como de la satisfacción por el pecado, sobre todo teniendo en cuenta el principio de su asociación a Jesucristo en la obra redentora y la plenitud de su gracia. Jesús y María forman, en un orden diverso, como un todo indivisible en la redención y salvación del género humano. Ni de aquí se sigue que la Virgen María sea cabeza de la Iglesia; porque ella es la primera redimida, la primera santificada y vivificada por los méritos de Jesucristo. Ni a ella le competen tampoco las otras excelencias de Jesucristo, en cuanto cabeza de la Iglesia. Esas extravagancias de llamarla cabeza de la Iglesia o concabe-

za, hay que desterrarlas por completo de la teología mariana, si no se quiere comprometer la misma doctrina de la mediación. Y es también muy necesario siempre que se agitan estas cuestiones, no tanto establecerlas sobre sólidos fundamentos, cuanto señalar las diferencias que las separan del mérito y satisfacción de Jesucristo. Porque de lo contrario se comprometería todo, y lo que en sí es sólidamente teológico, resultaría inaceptable por falta de la prudencia y discreción necesarias. Por esto nos parece inexacta la frase, varias veces repetida por nuestro autor, en la cual se dice que el mérito de la Virgen es «ejusdem rationis», con el de Jesucristo.

Si el P. Leloir hiciera estas observaciones que acabamos de exponer, enfocando el mérito de María desde el punto de vista de los principios de la doctrina tomista, y explicándolo según el método de la analogía, en la que la diversidad predomina sobre la igualdad, creemos que ningún riesgo correría en defenderlo a cara descubierta. Y eso mismo daría a su tesis un valor más sobre los muchos que atesora, porque el verdadero tomismo no es estático sino dinámico, lo cual se ha de manifestar en la solución armónica de los nuevos problemas que la teología arroja con la virtualidad de sus principios.

A semejanza de la mediación de Cristo, la de María es también per modum sacrificii, et per modum *redemptionis*. La tradición ha reconocido constantemente en la mediación mariana estas dos modalidades. Jesús y María son concebidos por ella como formando un sólo principio de nuestra salud, aunque en diferente grado. Estas diferencias, por lo que a la acción sacrificiada de María se refiere, las condensa el P. Leloir en estas palabras: «Christus, licet characterem sacerdotalem formaliter non haberet, erat proprio sensu sacerdos unctione substantiali gratiae unionis. B. Virgo autem improprie et immerito sacerdotisa diceretur, licet majorem habeat sacerdotibus potestatem; ad oblationem enim quam in incruentam tantum renovamus et representamus, ipsa in sua cruenta realitate contulit.

Insuper Christus obtulit genuinum et proprium, externum et cruentum sacrificium; non autem Maria, nisi ut plures, quibus consentio volunt, proprium Christi sacrificium, multo magis quam suum Deo offerendo» (III, 569).

Y por lo que toca a la modalidad de la redención, las diferencias que la distinguen de la realizada por Cristo están representadas en el distinto valor del precio que ambos ofrecieron al Padre por la salud del género humano. Después de lo dicho acerca del mérito de María, ninguna dificultad sería puede haber acerca de estos dos aspectos de su mediación. Las dificultades vendrán más tarde respecto de los títulos o denominaciones que por razón de ellas corresponden a la Virgen.

No sucede otro tanto cuando se trata del último aspecto de la mediación marina, o sea de su eficiencia y distribución de las gracias. Aquí las dificultades abundan tanto en lo que mira a la *universalidad* del hecho como al *modo* de realizarlo.

Una vez explicada la causalidad universal de la gracia por Jesucristo-Mediador, el P. Leloir pasa a continuación a examinar la de la Virgen, primero en cuanto al *hecho*, y después en cuanto al *modo*.

La primera parte de esta cuestión la condensa en la siguiente tesis, la cual prueba después, con gran acopio de datos, por el magisterio de la Iglesia, la liturgia, la autoridad de los santos Padres, Doctores y teólogos, y la razón

teológica: «*B. Virgo Maria ita a Deo constituta est universalis mediatrix in distributione gratiarum, ut nulla gratia, nisi aliquod suo actuali interventu, ad homines derivetur*» (III, 586).

Con ser ésta una de las tesis más centrales de la mediación mariana se nos antoja que no es de las mejor desenvueltas por el P. Leloir. Y no lo decimos por la deficiencia de la argumentación positiva, que, como en la parte segunda de la obra, es aquí selecta y muy abundante, sino por la pobreza de la argumentación teológica y el deficiente paralelismo de la mediación mariana con la de Jesucristo.

En la argumentación teológica sólo aduce, bajo doble forma, el principio del consorcio. ¿Por qué no habría de argumentar también por la maternidad espiritual de María? ¿Acaso las funciones de madre en el orden de la gracia, no exigen la cooperación de María en la distribución de aquella universalmente?

Pero lo que sobre todo ha llamado nuestra atención es el deficiente paralelismo entre Jesús y María en la distribución de la gracia. La tesis por el padre Leloir asentada es de tal universalidad que parece que no admite excepciones. Sin embargo, son tantas las restricciones que a continuación le pone, que su universalidad queda casi anulada.

He aquí las limitaciones: 1.º «Ad gratias sub vetere Testamento distributas quod atinet, patet Beatam Virginem eas concedere non potuisse nec formali intercesione, nec alia quavis causalitate» (III, 590).

2.º «Mediationem gratiarum erga animas purgantes B. M. V., fortiter denegant Ude, aliique paucissimi. Cum haec quaestio plane dependat a liberrimo Dei consilio illudque per scripturam et traditionem nobis innotescat, tacentibus illis, tacebo et ego» (Ibid. 592).

3.º «Ad gratiam per sacramenta collatam... liquet B. M. V., non posse directe illam gratiam nos infundere, nec etiam illam pro nobis immediate petere, sed indirecte tantum, quatenus obtinet aut confert nobis gratiam actualement recipiendi sacramentum aut eliciendi supernaturalem actum contritionis perfectae cum voto ejusdem» (Ibid. 592).

4.º «Idem dicendum videtur de augmento gratiae sanctificationis» (Ibid. 592).

5.º «Quinimo dicendum videtur eam non fuisse Mediatrix gratiarum antequam in coelum assumpta est» (Ibid. 540).

A la verdad que nos parecen demasiadas limitaciones. ¿No habíamos quedado en que María formaba con Jesús un principio de toda nuestra redención, aunque en un orden diverso? ¿No habíamos convenido en que la Virgen mereció de condigno con Jesús, aunque en grado diferente, todas las gracias por medio de las cuales se verifica nuestra salud, con la sola excepción de la primera suya, que fué totalmente gratuita? ¿No habíamos quedado también en que la Virgen satisfizo de condigno por el pecado del hombre? Luego la Virgen interviene causalmente, saltem per modum *causae finalis*, en la distribución de toda gracia, bien sea la que fluye de los sacramentos, o la habitual, y esto tanto para los del antiguo testamento como para los del nuevo, ya existan en el purgatorio o en esta vida mortal. Y esta cooperación de María en la distribución de la gracia per modum *causae finalis*, no hay razón ninguna para retardarla hasta el día de su Asunción gloriosa a los cielos.

El paralelismo entre Jesús y María en la obra redentora postula este otro paralelismo en la distribución de la gracia, aunque siempre en un orden secundario y subordinado de la segunda al primero.

Ahora por lo que atañe a la cooperación de la Virgen en la distribución de la gracia, por vía de intercesión, desde luego que ésta no puede tener lugar hasta su vida. Pero tampoco vemos razón suficiente para diferirla hasta su muerte gloriosa, y mucho menos para poner en duda después de ella su alcance a las almas del Purgatorio. Parece que la plenitud de su gracia, la conciencia que sin duda tuvo la Virgen de la misión a que Dios la destinara, lo que dice Sto. Tomás de su visión de la esencia divina, juntamente con los principios generales que guarda la Providencia en la concesión de medios proporcionados según la alteza y dignidad de los fines para que escoge las personas, exigen mucho más que eso.

En cuanto a la otra cuestión del *modo* en la distribución de las gracias, el P. Leloir señala con acierto las condiciones genéricas que debe revestir aquélla que se reducen a tres:

1.^a Ut unionem cum Christo quam perfectissime servet, ne divino consilio quo Jesus et B. Virgo tam arcte connectuntur, contradicat.

2.^a Ut mediationem Mariae supra sanctorum mediationem cum excelentia tum efficacitate extollat.

3.^a Ut eandem mediationem infra mediationem Christi teneat (III, 636).

Y después de examinar la causalidad ocasional, la moral, la intencional, la física, la per viam intercessionis, enseñada por los Papas y en la que todos los teólogos convienen, termina insinuando repetidas veces sus preferencias por la causalidad física al modo de la humanidad de Cristo. No le seguimos en la elección. En nuestro entender, la doctrina de la mediación por causalidad física, carece de fundamento teológico y tradicional. Aún más; compromete la doctrina misma de la mediación, equiparando la Virgen a Jesucristo, y haciendo inevitable la existencia de dos cabezas en la Iglesia.

La mediación de la Virgen se salva perfectamente con todo su esplendor dentro de la causalidad moral, en toda su amplitud, y está contra el buen sentido teológico atribuir a una persona, aun cuando esa sea la Virgen Santísima, una prerrogativa sobrenatural tan excelsa como la causalidad física de la gracia, no constando ciertamente en los órganos de la revelación, ni siendo, por otra parte, necesaria para explicar su misión especial en la economía de nuestra salud. Además, el mismo orden de subordinación, existente entre María y Jesús, parece que pide un modo distinto en la causalidad de la gracia. No hay que llevar tan allá el método de la analogía que se confunda con la univocidad o se aproxime demasiado a ella; pues nunca hay que perder de vista que la analogía es una similitud disimilis.

En la sección segunda analiza los títulos que suelen darse a la Virgen comúnmente por los autores. Rechaza el de Doctora en cuanto al uso, pero no en cuanto a lo formal e intrínseco. De manera semejante reprueba el uso de llamarla Sacerdote por el equivoco a que puede dar lugar en las gentes incultas, aunque por otra parte tuviese la Virgen *eminenter* la dignidad sacerdotal. Y termina ahogando por el triple título de *Conmediatricis*, *Corredemptricis* et *Matris hominum*, que contienen y resumen todos los demás.

Al llegar al final de esta larga reseña que la gratitud nos exigía, hemos de

expresar ahora en pocas palabras nuestro juicio acerca de la tesis doctoral del P. Leloir.

Excelente en su concepción, riquísima en la parte positiva, aunque tal vez no satisfaga a todos su exposición del Proto-evangelio, tímido en las tesis fundamentales de la mediación, como el mérito y la satisfacción, y en la síntesis teológica, que ocupa toda la tercera parte, más positivo que doctrinal o teológico, contra todas nuestras esperanzas.

Esto no quita para que sea un verdadero arsenal de datos muy utilizables para el que de una vez se decida a hacer la teología de la mediación mariana, paralelamente a la de Jesucristo, según el método de la analogía.

FR. M. CUERVO.

Salamanca. Convento de S. Esteban.

BIBLIOGRAFIA

Fr. Francisco de Vitoria, O. P.—*Relecciones teológicas*. Edición crítica, con facsímil de códices y ediciones príncipes, variantes, versión castellana, notas e introducción, por el P. Maestro Fr. Luis ALONSO GETINO, cronista de Salamanca y bibliotecario de la Asociación Francisco de Vitoria.—Tomo III. Madrid, 1936.

Con este tercer tomo queda terminada la notabilísima obra que la Asociación Francisco de Vitoria acordó dar a la publicidad en cumplimiento del primero de los fines que a la Asociación se le señalan en el artículo primero del proyecto de estatuto anexo al acta de fundación de la misma, donde se dice: «Artículo 1.º La Asociación Francisco de Vitoria tiene carácter exclusivamente científico, y sus fines principales son: 1.º La publicación de las obras de Fr. Francisco de Vitoria, en el idioma original y en las traducciones que se estimen convenientes para su mayor difusión».

En el deseo de que ésta fuese lo más esmerada y cuidadosa posible, eligió la Asociación, de entre sus primeros miembros, al P. Getino, notable publicista, perfectamente conocedor de la obra insigne del autor de las «Relecciones teológicas», y capacitado como pocos para hacer una labor científica y de depuración del eminentísimo maestro, en memoria y honor del que se emprendía esta publicación, la más importante de todas las que han sido dadas a conocer por la Asociación que se honra apellidándose con su nombre.

El tomo 1.º salió a luz en el año 1933 y el 2.º en el siguiente, 1934. El tercero, que hoy presentamos, al igual que los dos anteriores, resulta, por la reproducción de los facsímiles y variantes, revelados con tanta fidelidad y exactitud, libro notabilísimo y de verdadero valor tipográfico, aparte del muy positivo que le dan las admirables observaciones expuestas por el sabio director de esta magna obra, autor a su vez también, de la igualmente editada por la Asociación Francisco de Vitoria y titulada: «El Maestro Fr. Francisco de Vitoria, su vida, su doctrina e influencia», ilustrada con más de cien grabados e innumerables documentos inéditos.

Comienza este tercer tomo con una Introducción, donde da una vez más el P. Getino pruebas de sus envidiables dotes como historiador y como crítico. Dicha Introducción lleva al frente el siguiente sumario: Cien textos internacionalistas de Grocio y de Gentili, calcados en otros tantos de Vitoria. Las doctrinas de Vitoria germinando en los escolásticos posteriores. La primera obra escrita para refutarle. Documentos publicados en este volumen.

Con un gran espíritu de imparcialidad y de justicia, coloca a dos columnas, en la una los textos de las «relecciones de Vitoria» y en la otra los de «Mare Liberum» de

Grocio, en primer lugar; a continuación los de «Jure Belli ac pacis», y después los de «Jure Praedae», del mismo autor; para terminar con los de «Jure Belli», de Gentili. Con toda claridad pone así de manifiesto la grande y repetida coincidencia entre los textos de estos autores y los de Vitoria, pudiéndose decir con frase del propio P. Gerónimo, que tejen sus obras sobre el cañamazo de las «Relecciones de Vitoria».

Es curioso e interesante lo que dice después, a propósito de la obra «De europeorum ad indorum regiones jure, occasione Hugon. Grot. J. B. P. l. 2, c. 2, § 23, contra Franciscum a Victoria, Doct. salmant. Hisp.», de fecha 1689, y de la que es autor Juan Pablo Silberrand, el que se queja de que Vitoria no deja puerta ninguna abierta a la legítima conquista de los europeos. A ello contesta muy bien y justamente el director de esta edición crítica de las relecciones, entre otras oportunas observaciones, que las «restricciones, vetos y topes del maestro salmantino, en la época de nuestra supremacía, de nuestro delirio de conquista, de colonización, son las perlas preciosas de la corona de Vitoria, que pone el sentido cristiano por cima de todos los nacionalismos y egoísmos, que suelen doblegar los imperativos de la justicia en autores de menos serenidad y fortaleza» (pag. XLVI).

Termina esta introducción con unos versos que cree pueden atribuirse muy fundadamente al propio Vitoria, y que se encuentran insertos en la obra de su amigo Pedro de Covarrubias, que costeó Giraladini. Lástima que los límites en que debe mantenerse una nota bibliográfica, no nos consientan transcribir aquí tan curioso documento.

Este tercer tomo contiene las siguientes reproducciones de la Edición príncipe. *Relectio de Augmento Charitatis, De Temperancia, De Homiciãio. De Arte magica, De hoc ad quod tenetur homo veniens ad usum rationis.* De todas estas Relecciones incluye más adelante perfectas traducciones en castellano, lo que hace mucho más cómodo y fácil, aun conociendo la lengua del Lacio, el estudio de las interesantísimas cuestiones que en aquellas se estudian de manera tan original como amena, por el inclito dominico del convento de San Esteban y profesor de la Universidad de Salamanca.

Se incluyen en este tercer tomo, las reproducciones del código «De Arte magica» existente en Madrid, y la de la edición «De Augmento Charitatis», hecha por Domingo Báñez, juntamente con su comentario y las variantes entre la edición primera y la segunda del mencionado grupo de Relecciones, entre la edición de Salamanca y el código palentino, y entre la edición de Salamanca y la de Ingolstadt.

Se comprende que la reproducción de tales códigos y variantes hacen de este tercer tomo un libro de positivo valor y mérito, no menor que el de los dos anteriores de esta valiosísima obra, tan justamente ensalzada por la crítica de los principales y más sabios publicistas, tanto nacionales como extranjeros.

Termina este tomo que nos ocupa con un índice de materias de todas las Relecciones, y con otro completísimo de autores, ambos a cual más útil y provechoso.

Bien merece plácemes y agradecimientos por parte de todos los estudiosos la Asociación Francisco de Vitoria, que en los nueve años, poco más, que lleva de vida—nació en Marzo de 1927—ha logrado con la reproducción de las obras de los internacionalistas antiguos más notables, principalmente con los que forman la inclita escuela española de los siglos XVI y XVII, y con los trabajos originales de los miembros y asociados, formar la, hasta el día de hoy, más interesante y rica biblioteca jurídica internacional.

ISIDRO BEATO SALA,
Catedrático de Derecho internacional.

Vida del P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero, por el P. Fr. Adriano SUAREZ, de la misma orden. Dos vols. en 4.º de XVII-342 y 416 págs. Cádiz, 1936. Marqués de Cádiz, núm. 5.

Empresa bien difícil echó sobre sus hombros el P. Adriano Suárez, académico de la IBERO-AMERICANA de Cádiz y bien conocido por otras obras, especialmente por la titulada LEVANTATE Y ANDA. Esta sobre el P. Arintero las supera todas. El P. Suárez muestra en ella no sólo gentil entendimiento, sino también muy educada y rendida voluntad.

El P. Arintero fué uno de los hombres más prodigiosos por su labor en nuestra patria. Hombre de una voluntad inquebrantable; de una salud de hierro, hasta los postreros días de su vida; sordo ya desde joven y libre de la carga aniquiladora de ministerios y prelacias, dedicó los sesenta y ocho años de su vida a estudiar, enseñar y escribir, consagrando en los últimos años no pocas horas a la dirección espiritual de almas escogidas, con las que se comunicaba por escrito y de palabra.

La carrera universitaria le llevó los primeros años al cultivo de la ciencia pura; después desembarcó en la apologetica, en la exégesis, en la teología; y finalmente, entregado él por completo a la vida mística, dedicó a los escritos místicos todas sus energías, que eran ilimitadas.

La vida de un hombre de talento con esa dinámica en la sangre ofrece, para ser reflejada, grandes dificultades. El P. Adriano no se amilanó ante ellas, antes bien, se preparó con copiosa documentación para salir airoso del empeño. Puede decirse que los 858 párrafos que van numerados en los dos tomos, tienen todos su documento, y algunos muchos documentos. Es favor que todos debemos agradecerle, todavía más que los juicios atinados que forma sobre ciertos hechos y doctrinas; porque los documentos estaban llamados a extraviarse, y ya no cabe que se extravíen; y los juicios se pueden formar siempre con los datos delante.

El P. Arintero, en medio de su sencillez infantil, fué un hombre complejísimo. Dominicano y dominicano hasta la médula de los huesos, al resolverse a ser fundador (o cofundador, si se quiere, pues esta fundación tiene su reformadora al modo de Santa Teresa), funda un convento de monjas franciscanas, espejo, eso sí, de una espiritualidad que tenía que llenar las exigencias de un espíritu dominicano. Las del P. Arintero sentíanse colmadas ante la observancia y la caridad y la delicadeza de conciencia de las monjitas de Cantalapiedra. Cuando en alguna comunidad de Dominicas le echaban en cara que prefiriese otras monjas a sus hermanas, contestaba con gracia: *«No sé por qué se extrañan, pues las hijas siempre son más queridas que las hermanas»*.

Se educó en la escuela de Sto. Tomás, cuyo nombre agregó al suyo en la profesión. Y aunque encontraba excesivo el juramento de no apartarse nunca de su doctrina y se resistió bastante tiempo a hacerlo, en la última época de su vida se le ve constantemente preocupado de encuadrar sus conclusiones en las del Angélico Maestro. Esto no obstante, al tratar de la necesidad de la Encarnación aun en el caso de que Adán no hubiera pecado, defiende la tesis afirmativa como un decidido escotista.

Sus discusiones más enojosas fueron en los últimos años con algunos Padres Carmelitas sobre la unidad de vías en la contemplación; y su constante afán era fortificar sus tesis doctrinales con textos de Sta. Teresa de Jesús y de S. Juan de la Cruz. Nada más carmelitano que aquel hombre en los días mismos en que le hostigaban los Carmelitas.

El primer volumen estudia al P. Arintero en su formación, en su vocación, en su enseñanza, en sus primeras obras, en las obras todas, hasta sumergirse en las alturas místicas, que es la sección reservada para el volumen segundo.

Tiene el volumen primero sus once capítulos bien aprovechados. En él asistimos a la formación de un hombre hasta que se transforma en Dios, hasta que se obra en él la conversión. La conversión de un religioso, que había sido de honestidad acrisolada, de pobreza profunda, de laboriosidad incansable, de observante conducta, y que había conservado la inocencia bautismal, parece rara conversión. No obstante, es un hecho manifiesto la del P. Arintero, y no tiene tanto de extraño, ya que el desnudarse de sí mismo y unirse a Dios es una especie de conversión dentro de una vida religiosa, que sin ser corriente, no había entrado por los cauces de la heroicidad. La evolución espiritual del P. Arintero, que tanto había escrito sobre las evoluciones naturales y sobrenaturales, es estudiada por el P. Adriano con admirable perspicacia, deteniéndose en las imperfecciones de la primera época tanto como en las virtudes de la segunda.

Hijo de las mismas montañas de León, conecedor de toda su familia, religioso dominico en el mismo convento pocos años después, le sigue, por así decirlo, la pista paso a paso, y ahonda en la historia del P. Arintero estudiando la suya propia. Así se solaza en cominerías de la niñez que otros hubieran desestimado, y descuida en la Bibliografía datos que otros hubieran recogido. Lamentemos particularmente la brevedad con que despacha la prodigiosa propaganda de los últimos años por medio de las hojas volantes repartidas por cientos de millares y seguidas de influjo manifiesto en las costumbres públicas y privadas. No es que eso sea un borrón en obra en que hay que pasar muchas cosas por alto, sino que muchos no transigen con omisiones bibliográficas.

Tampoco le perdonarán fácilmente el haber dejado de publicar muchos pequeños manuscritos de que nos habla, empezando por sus primeras pláticas y sermones, que serían base incomparable para el estudio de sus progresos como pensador y como escritor. Nos acostumbra tanto a las buenas fuentes, que luego nos enfadamos por una que nos falte.

El P. Adriano coloca tan en su punto los documentos que alega, que se toman como un bizcocho; y como en el segundo volumen nos regala con tantos, nos parece muy falto el primero, aunque no puede decirse que lo sea, pues el P. Adriano nada afirma sin documento al canto.

Puesto a ofrecer la Vida en dos tomos, nosotros hubiéramos preferido uno de Vida y otro de documentos, que hablan directamente, y que ordenados con la maestría que tiene para ello el biógrafo del P. Arintero, formarían como una vida de pura sugerencia más importante que la otra, que saldría bordada de referencias breves; y por lo tanto, reducida a menos de la mitad.

Capítulos hay, como el de su proceso de Vergara, que no serán del agrado de los incondicionales del P. Arintero. Nosotros, por el contrario, vemos en él una demostración de la sinceridad del biógrafo, que no se ciega con los méritos de su biografiado y que pone interés bien plausible en describir las dos zonas en que se movió el P. Arintero: la zona de las humanas imperfecciones, la zona del hombre viejo con los resabios inherentes a este humanismo miserable; y la del hombre de Cristo, del hombre transformado por la gracia de Dios, depurado por ella, santificado, y espejo de cuantos le contemplan.

Léase el libro y se volverá muchas veces sobre él, siempre con gran provecho. Que en una obra tan larga es la mejor demostración de su mérito.

¿Equivocaciones? En toda obra humana las hay: aquí tendrá que haberlas. Alguien que escuchó al P. Arintero un sermón en su pueblo de Lugueros, diez antes de la fecha inicial que pone el P. Adriano en el n.º 279: algunos niegan exactitud teológica a ciertas frases de los números 561 y 563; otros a otras. Como es obra de tanta actualidad, una frase que tenga ambigua será mal interpretada más de cuatro veces. Lo que no podrá negar nadie es que en labor tan dificultosa, el P. Adriano sale airoso y nos ofrece una obra docta, edificante, discreta y llena de imparcialidad, de una documentación abundantísima y de un interés creciente.

L. G.

Don Rodrigo Jiménez de Rada, por Manuel BALLESTEROS GAIBROIS. En 8.º, 232 págs. «Colección pro Ecclesia et Patria». Barcelona, Ed. Labor, 1936.

Es don Rodrigo Jiménez de Rada, figura de tanto relieve en la historia de España, que sin desnaturalizar el desenvolvimiento de los hechos, se puede encuadrar en torno de él toda la vida nacional en sus diversas manifestaciones durante la primera mitad del siglo XIII. La misma complejidad del personaje exige que su biografía vaya como desdoblada en aspectos parciales que permitan abarcar toda la realidad que en él se encierra. Prelado de la iglesia primada, político consumado, consejero de reyes y pontífices, organizador de cruzadas, guerrero, escritor, y sobre todo precursor de los Reyes Católicos en la creación de la nacionalidad española, son otras tantas facetas que en grado eminente resaltan en su vida de acción.

Analizadas cada una de ellas por diversos autores en estudios parciales, y teniendo además el trabajo de conjunto, documentado y extenso, que publicó sobre él en 1925 el padre J. Gorosterratsu, estaban ya las cosas en sazón para intentar una síntesis que fuese expresión fiel de lo que este prelado significa en la historia de España y de la Iglesia. Con tales antecedentes la obra del señor Ballesteros tenía que ser interesante y amena, evocadora en sumo grado de aquella España naciente que luchaba por ensanchar su suelo, rescatándolo del invasor agareno. A través del libro se va viendo cómo don Rodrigo es el exponente más genuino de la vitalidad de la raza, fuente inagotable de energías, forjadora de instituciones seculares, que podrán tener sus eclipses, pero vuelven a renacer para atestiguar la inmortalidad del pueblo hispano.

En un libro de alta divulgación, como quiere ser éste (p. 25), el crítico tiene derecho a esperar que todas sus afirmaciones estén respaldadas por documentos, alegados o implícitos. Sin duda que el autor los ha tenido muy presentes para dar consistencia a la narración. Con todo, aun el profano tropieza con ciertas fallas en que el prestigio del historiador sufre sus mermas. Vamos a indicar algunas, limitando a ellas nuestra censura, pues no sería justo generalizarla sin más pruebas.

Primeramente en la página 43 encontramos estas dos peregrinas afirmaciones, que aun cuando estuviesen apoyadas en documentos, que no lo están, cabría ponerlas en litigio. «Antes de que Honorio III aceptara [1216] a los Predicadores [los dominicos], ya don Rodrigo los tenía instalados en su diócesis». «Tanto admiró [don Rodrigo] la austera, férrea labor de los caballeros de la Cruz, que el mismo fundó una orden militar con la regla de Santo Domingo bajo la advocación de la Virgen del Rosario. La suerte posterior de esta orden nos es desconocida».

En el capítulo acerca de don Rodrigo como hombre de ciencia hallamos otros dos asertos a cual más fantásticos. «La Universidad o estudios de Palencia nace en 1208.

Don Rodrigo trajo a Palencia profesores de Bolonia y de París, según el mismo y el Tudense nos relatan en sus respectivas historias» (p. 202). «Para concluir, finalmente, con lo que tiene don Rodrigo de fundador e impulsor de los centros culturales, hablemos de su última obra, que es la creación de la Universidad de Salamanca en 1240. No se halló ausente el consejo de don Rodrigo en hecho de tal importancia, y muy al contrario, tuvo todo su beneplácito, como el mismo nos lo escribe en su historia» (lib. 8, cap. 34, p. 203). Pasemos por lo de la fundación de la Universidad de Palencia en 1208, como antes de Ballesteros han sostenido otros, si bien yo he demostrado que existía ya en 1185 (cf. *Semana pro Ecclesia el Patria* de Palencia. Palencia, 1936, págs. 215-243). En todo caso la traída de profesores de fuera, tanto don Rodrigo como el Tudense la atribuyen expresamente a Alfonso VIII, y lo que dice nuestro autor está desmentido por las mismas fuentes a que él se remite. En cuanto a la Universidad de Salamanca, habiendo sido fundada durante el reinado de Alfonso IX de León, según consta por una cédula de San Fernando de 1243, que anda en todas las historias de dicho establecimiento, tenía que existir ya en 1230, fecha de la muerte de aquel monarca. Por lo demás, tampoco consta que don Rodrigo tuviese en ello parte, ni él en su Historia dice semejante cosa, pues en el libro séptimo, capítulo 34, al que sin duda ha querido referirse nuestro autor (el libro 8.º no tiene más 15 capítulos), habla solamente de la Universidad de Palencia.

Otra afirmación que no debe pasar sin algún correctivo aparece en la página 150, según la cual Honorio III encargó en 1226, a don Rodrigo que enviase a África «otros misioneros y que nombre más obispos, a ser posible de la orden de los franciscanos, única que permitió por entonces el Miramamolín reinante». Acerca de este particular el docto historiador franciscano padre Atanasio López ha demostrado (cf. *Archivo Ibero-Americano*, año 7.º, 1920, págs. 399 y sigts.) que el primer obispo de Marruecos en tiempo de don Rodrigo (1225-28) fué un dominico. Igualmente ha reproducido una bula de Honorio III, enviada a don Rodrigo con fecha de 20 de Febrero de 1226, a la que sin duda se refiere nuestro autor, en la cual el Pontífice dice así: «Poco ha hemos mandado a vuestra fraternidad... que enviaseis a aquellas regiones [del reino de Miramamolín] con vuestra autoridad algunos varones prudentes de la orden de los frailes *Predicadores* y Menores, a fin de trabajar en la conversión de los infieles». Añade que en virtud de ello don Rodrigo envió un obispo y algunos religiosos; mas no siendo esto suficiente para atender a tan extensa región, de nuevo «mandamos a vuestra fraternidad por obediencia, en virtud de estas letras apostólicas, que procuréis enviar a dichos reinos para trabajar en obra tan necesaria y excelente religiosos de *ambas Ordenes* prudentes y discretos».

Por último, para no alargar más esta reseña, rechazamos con toda energía el sentido de la alusión que hace en la página 151 a fray Munio de Zamora, General de la Orden dominicana, pues aunque el autor se remite a las pruebas de Mercedes Gaibrois de Ballesteros, todo ello no tiene más fundamento que una simple sinonimia, de tantas como se dan en la historia, razón infirmísima para derrocar el buen nombre de aquel eximio varón.

FR. V. B. DE H.

Don Rodrigo Sánchez de Arévalo: 1404-1470. Su personalidad y actividades. El tratado "De pace el bello,, por el P. Teodoro TONI, S. J. En 4.º, 268 págs. Madrid, Tip. de Archivos, 1935.

Al terminar la carrera de Derecho ha presentado el padre Toni este trabajo, que es su «tesis doctoral», publicándose luego en *Anuario de historia del Derecho español*. Acierto en la elección del tema, entusiasmo y perseverancia en su estudio y éxito en los resultados, he ahí lo que puede sintetizar en términos generales el significado de esta obra con que se ha enriquecido nuestra bibliografía histórico jurídica. La importancia del personaje estaba pidiendo un estudio que le sacase del olvido, pues, aparte de lo que publicaron sobre él Nicolás Antonio y el asombroso polígrafo montañés Menéndez Pelayo, casi todo lo que ha salido a luz es de segunda mano. Con razón, consciente de la tarea que emprendía, ha podido escribir el autor al frente de la introducción: «Queremos estudiar con algún detenimiento y no superficialmente la figura de don Rodrigo Sánchez de Arévalo, persuadidos de que vamos a resucitar la memoria de un hombre de interés histórico revelante».

El libro consta de cuatro capítulos: Primero, *Resumen biográfico*, donde el autor va siguiendo a su personaje en las embajadas a las Cortes pontificia y reales que le fueron encomendadas y en los cargos y prelacias eclesiásticas que ocupó (arcediano de Treviño, obispo de Oviedo, de Zamora, de Calahorra y de Palencia, refrendario de Paulo II y castellano de Santángelo). Segundo, *El hombre en su intimidad*, estudios académicos, aficiones humanísticas, amistades y ortodoxia. Tercero, *Actividades literarias*, enumeración y contenido de los escritos de S. de A. Cuarto, *El tratado "De pace el bello,,* doctrina de este libro.

La simple reseña que precede da idea del trabajo de investigación que ha sido preciso realizar, amplio y difuso como lo fueron los lugares y actividades de S. de A., para encuadrar su vida y obras en el marco histórico que les corresponde. Todavía no está agotada la materia, y el autor espera poder ampliarla en lo sucesivo (p. 12).

Para que su obra resulte más depurada, vamos a señalar algunos lapsus, afortunadamente de escasa importancia.

El libro «*De monarchia orbis*», dice el padre Toni, «debió escribirse en 1468» (página 156). El cardenal Torquemada—añade después (p. 158, cf. p. 145, nota 1)—combatió mordazmente este tratado, teniendo que salir el autor a su defensa en el *Clypeus sive defensio Monarchiae*. El cardenal Torquemada ocupa en efecto posiciones contrarias a las que S. de A. sostiene en esos libros, donde, como buen canonista, se manifiesta acérrimo defensor del poder directo del Papa en materia temporal. Pero la identificación de este adversario de S. de A. con Torquemada, aunque posible, tropieza con serias dificultades y no cabe admitirla sin mayor garantía. Primeramente, si el *De monarchia* es de 1468, habiendo muerto Torquemada en ese mismo año a 26 de septiembre y a los ochenta de edad, apenas queda tiempo ni disposición, dados sus muchos achaques, para que pensase en impugnar a nadie. Pero además, el émulo de S. de A. concede falsamente, según dice éste en el preámbulo del libro, «el principado monárquico de toda la tierra al Emperador» (p. 158), lo cual no puede convenir al ilustre prelado dominicano. Más aceptable sería que éste impugnase el *Defensorium Ecclesiae et status ecclesiastici* de S. de A., fechado en 1466, y en que defiende con mayor decisión si cabe el poder directo del Papa. Pero ello es mera hipótesis que necesita comprobación.

Prevalidos de la invitación que hace el autor a los lectores en la página 148, nos

atrevernos a preguntarle ¿qué obra es aquella «De los estados del hombre», dedicada al padre Antonio de Santa María, prior de Nieva, cuyo original leyó Gil González Dávila en 1643, según atestigua el padre Risco en *España sagrada*, t. 39, p. 62? Personalmente nos interesaría su conocimiento para ampliar noticias sobre el indicado prior dominicano. El título bien parece corresponder al contenido del *Speculum vitae humane*; pero ésta no va dedicada al padre Santa María, sino a Paulo II (p. 35).

Aunque la provisión que hizo el Papa del obispado de León en el cardenal Torquemada produjo dificultades, no es exacto, como afirma el autor (p. 87), que el Rey no accediese a la toma de posesión. También debe rectificarse la fecha de fundación del convento salmantino de San Esteban (p. 120), que tuvo lugar hacia 1229, no en 1377, y la filiación religiosa de los dominicos Tolomeo de Lucca y de Juan de Falkenberg (p. 154), y el contenido e interpretación de algunos textos que se alegan no bien ponderados por sus respectivos autores, como el relativo a Vitoria (p. 45, nota 2) y el del padre Risco (p. 63), donde éste confunde al cardenal Juan de Torquemada con Juan de Segovia. La explicación que da del profesorado de S. de A. en Salamanca es viable, aunque al autor le parezca poco satisfactoria (p. 40), pues del siglo xvi se conocen varios casos por el estilo. En cuanto a la existencia de maestros nominalistas en aquella Escuela a principios del siglo xv (p. 121), es mera suposición que carece de probabilidad, no habiéndose implantado allí esa tendencia hasta un siglo después. Por último en la transcripción o traducción de textos se nota algún pequeño descuido, obra quizá de los cajistas (v. gr., el contrasentido lógico que sin fundamento atribuye a Gräbmann, «bajo la base», por *auf Grund*, en la pág. 6).

FR. V. B. DE H.

Jerarquía. Número 1.^o—Navarra—Invierno MCMXXXVI.

Sobre fondo negro y señorial, nueve letras en oro,—rótulo y propósito—: *Jerarquía*.

Revista de juventud. Pensada por jóvenes y escrita por y para jóvenes.—La vejez no es edad. Es peso de ceniza de ilusiones muertas. Es misión no cumplida. Es deber que se quedó en eso, en «deber».

Voz de jóvenes a jóvenes, centrados en su hora, que aspiran a que el deber sea dirección de conducta, orientación encarnada en vida.

Blanca caricia de un papel exquisito y de unos tipos que serían orgullo de las prensas aldinas.

Palabra justa. Prosa limpia y ceñida. Prosa labrada, que a veces canta con exactitud de verso.

Espíritu nuevo. Ideas con aristas. Gesto breve y exacto de discóbolo. Los pies, en punto firme sobre la tierra. El brazo, lanzado a lo lejos en aspiración de horizontes. Impetu y Apoyo. Tradición y Porvenir. (—y... qué nuevos suenan los viejos nombres de viejas cosas en este lenguaje de mocedad. Esos nombres ajados por la gárrula palabrería del siglo de los Parlamentes).

Al frente de la escuadra de *Jerarquía*, Fermín Yzurdiaga. Pensamiento claro. Expresión certera. Pluma coronada por el premio que es consagración de periodistas.

Jerarquía es ya, desde este primer número, gala de nuestras letras. Viene hablando muy alto palabras claras, lenguaje de catolicidad, lanzando a los vientos un nuevo mensaje de gloria y de grandeza.

La recibimos en su aparición, cordialmente. Fraternalmente. Y vaya hasta su Di-

rector y Redacción nuestro saludo y nuestro deseo de una larga vida alumbrada por el gozo de la gloria difícil.

FR. GUILLERMO FRAILE.

G. C. RUTTEN, O. P.: **La Doctrina social de la Iglesia**. 2.^a edición. Editorial Políglota Española. Petritxol, 8. Barcelona, 1936.

La rapidez con que se ha agotado la primera edición española de esta obra del P. Rutten, demuestra la gran aceptación que sus doctrinas han tenido en nuestra Patria. Su claridad, su juicio seguro, su valor orientador, en cuestiones tan apasionantes, la hacen merecedora de toda difusión. Ojalá estas enseñanzas puedan penetrar profundamente en la sociedad, y que la tragedia que ensangrienta al suelo de España, sirva de escarmiento a los que deben y tal vez no quieren comprender.

La nueva edición va aumentada con un hermoso Prólogo de Manuel Giménez Fernández, ex ministro de Agricultura, y con la traducción del Código de Malinas.

G. F.

MERCIER, Cardenal: **Criteriología**: Traducción española por *F. Gallach Pals*. Nueva Biblioteca filosófica, vols. LXXXII y LXXXIII. Dos tomos de 262 y 278 págs. 14 ptas.—Espasa Calpe. Madrid, 1936.

La excelente Colección filosófica editada por Espasa Calpe, acaba de enriquecerse con esta traducción de la Criteriología del Card. Mercier. Es obra demasiado conocida para necesitar añadir encomios a los que se le han tributado desde el momento de su aparición. Tampoco es esta ocasión de reproducir los reparos que se han puesto a algunas de sus tesis, y que ya han sido ampliamente discutidos. Solamente, ya que se trata de una traducción, diremos que es fiel y cuidadosa, y que vierte con exactitud y claridad el pensamiento del autor. La presentación material es cómoda y elegante.

G. F.

El Cuerpo Místico de Jesucristo, por Ernesto MURA, de los HH. de San Vicente de Paul.—Un opúsculo de 137 págs. Precio, 1,25 ptas. Editorial Fides. Apartado 17. Salamanca.

Hace ya dos años que el Profesor Ernesto Mura, publicó su gran obra en dos volúmenes: «Le Corps Mystique du Christ, sa nature et sa vie Divine, d'après S. Paul et la Théologie». Obra de la cual ha podido decir un Maestro en Teología, que «cosa más profunda de pensamiento y de sentimiento y más docta, no creemos se haya escrito hasta ahora sobre este sacratísimo tema». Es un verdadero tratado de Teología dogmática, ascética y mística, para manejo y estudio de especialistas.

Para divulgar tan santa y sólida doctrina, Ernesto Mura escribió una serie de artículos—de más fácil lectura y aprovechamiento para el gran público—que han venido apareciendo en las páginas de **LA VIDA SOBRENATURAL** en los años 1935 y 1936. Terminada la publicación de este trabajo de divulgación dogmática, la EDITORIAL FIDES tomó el feliz acuerdo de editarlo en el precioso opúsculo que hoy presentamos.

Su mejor elogio, después de la valiosa firma del autor, es el plan de estudio que en él se sigue:—I. Doctrina de San Pablo sobre el Cuerpo Místico.—II. Naturaleza del C. M.—III. La Vida del C. M. en su Divina Cabeza.—IV. La Vida del C. M. en sus miem-

bros.—V. Su actividad de conjunto en la vida de la Iglesia.—VI. La Sma. Virgen, corazón del C. M. de Jesucristo.

Vivamente deseamos una gran difusión de este trabajo que ofrece sólida doctrina para la formación cristiana y sustancioso alimento a la piedad de los fieles.

FR. J. M. DE AGUILAR, O. P.

GALLINA, P. César, M. S. C.—**La Biblia para los niños**. Traducción del italiano por D. Cipriano Montserrat, Pbro.—Antiguo Testamento (355 páginas, 44 ilustraciones, 20 por 14 cms.) Luis Gili, Editor, Barcelona.

Es una obrita eminentemente práctica. Exposición clara y sencilla del Antiguo Testamento. Su autor, conocedor a fondo de la psicología infantil, no ha encontrado dificultad en amoldarse al lenguaje auténtico y característico de los niños, a quienes va dirigida la obra. Cada uno de los 91 capítulos de que consta esta 1.^a parte, están rematados por unas bellísimas consideraciones, con lo que logra quede grabada perfectamente en la imaginación de los niños la doctrina explicada en cada capítulo. Otra cosa muy digna también de elogio (además de las 44 artísticas ilustraciones) es el cuestionario que acompaña al final de los capítulos, ya que esto facilita grandemente su estudio.

Por todo lo dicho, resulta una obra de máxima utilidad en las escuelas, a la vez que convenientísima para desterrar las deficientes «Historias Sagradas» que hoy pululan por los centros de primera enseñanza.

P.

MORETTI (Sac. Aloisius).—*Caeremoniale juxta Ritum Romanum, seu De Sacris Functionibus*, Episcopo celebrante—assistente—absente, in partes septem digestum: Manuale juxta novissima Decreta S. Rituum Congregationis et Codicem Juris Canonici. Volumen I. De quibusdam notionibus sacram Liturgiam respicientibus. 260 págs. (15 por 22 cms.) Turín (Italia), Librería Marietti.

Por lo que promete el plan de esta publicación y por el contenido de su primer volumen podemos dar como seguro que ha de ser obra insustituible para todos los clérigos y para cuantos de algún modo hayan de ocuparse de la liturgia. En los volúmenes que han de seguir se tratará: *De divino officio, de Sacrosancto Missae Sacrificio* (vol. II); *de sacris functionibus infra annum occurrentibus, de sacris functionibus extraordinariis* (vol. III); *de Sacramentis, de Sacramentalibus* (vol. IV). El primer volumen expone metódica y clarísimamente nociones muy amplias sobre derecho litúrgico, personas eclesiásticas, sacramentos, sacramentales, oficio divino, Misa, música sagrada, lugares sagrados, mobiliario, días festivos, culto divino... Es un tratado muy completo, documentado con las decisiones del Código y de las Sagradas Congregaciones; redactado con gusto y pulcramente editado. Cuantas consultas puedan ocurrir en materia litúrgica han de tener solución cumplida en esta obra, a juzgar por lo que adelanta el primer volumen.

M.

En defensa de la Iglesia y de la libertad de enseñanza, por Antonio DE PILDAIN y ZAPIAIN, C. Lectoral de Vitoria. Ediciones FAX. Plaza de Santo Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid. 19 por 13 cms., 240 páginas, 3,50 pesetas.

Los que atentamente siguieron la labor profundamente derrotista de aquellas desdichadas Cortes Constituyentes, encontrarán aquí los magníficos discursos que en distintas intervenciones parlamentarias pronunció el Sr. Pildain en defensa de la Iglesia católica y de la libertad de enseñanza.

Sus argumentos son preciosos; sólo aquellas inteligencias de granito, impregnadas de fanatismo y de cultura, pudieron resistir a la luz deslumbradora de tanta fuerza silogística.

El triunfo del hoy Obispo de las Palmas, fué indiscutible; a pesar de que a sus razones nada pudieron constatar los prohombres de la República laica, llegó a captarse la simpatía de la Cámara.

Derecho de la Iglesia a la libertad de enseñanza como derivación de su maternidad divina, este es el tema desarrollado brillantemente en una conferencia pronunciada en el Monumental Cinema de Madrid, y que ocupa las últimas páginas del libro.

FR. F. LANZ.

Sti. Thomae Aquinatis in Metaphysicam Aristotelis Commentaria, cura et studio R. P. M. R. CATHALA, O. P., cum tabula analytica P. Chrys. Egan O. P. En 8.º mayor, pp. XII-798. Marietti. 1935.

Y va con esta la tercera edición. La rapidez con que han sido agotadas las dos anteriores, a pesar de ser muy numerosas, da idea de la buena acogida que ha tenido y del éxito librero que representa. Dado su carácter no se podía esperar otra cosa. De desear es que su difusión sea cada vez mayor a fin de que tanto los Profesores como los alumnos de Metafísica beban en las fuentes puras y cristalinas de Aristóteles y Sto. Tomás, pues no cabe duda que el florecimiento de la ciencia libre y divina, como diría el filósofo de Estagira, depende del acercamiento a sus dos representantes más inslignes. Precisamente esa aproximación y familiaridad con las fuentes de la Metafísica es el fin que persigue esta edición, el cual no se verá totalmente alcanzado hasta que esta obra no sea aceptada como texto en todas las clases de Metafísica. Ninguna variación que merezca señalarse, respecto de las ediciones anteriores, contiene la presente.

FR. M. CUERO.

Con licencia eclesiástica.